

BEGOÑA SALVADOR ROS

CONDENADA

Daniela



Edición especial Kindle Unlimited

Condenada Daniela

Edición especial Kindle Unlimited

Begoña Salvador Ros



Condenada Daniela

Edición especial Kindle Unlimited

ISBN ebook: 9788419941596

Derechos reservados © 2021, por:

© del texto: Begoña Salvador Ros

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi hermana.
Mi mitad.*

Capítulo 1

No te creo

¿Quién me lo iba a decir a mí? Desde luego mi familia no, y mis amigas, menos. Esta noticia había sido una sorpresa para todos.

«¡Daniela se casa! ¿¿¿Que Daniela se casa??? ¡No jorobes! ¡Daniela se casa! ¿En serio? ¡Te lo juro! ¡No me lo puedo creer! Lo tienes que haber entendido mal. No me imagino a Daniela casada. ¿Estás segura?».

Según me cuentan, esa fue la reacción de la gente al enterarse de la sorprendente y disparatada noticia de que yo, Daniela Moreno, iba a pasar por el altar. Fijo que nadie me imaginaba vestida de novia. Si os digo la verdad, tampoco yo me visualizaba en plan «blanca y radiante va la novia», agarrada al brazo del padrino y cortando la tarta nupcial con el sable kilométrico. No me imaginaba organizando una boda y diciéndole a un hombre que iba a pasar el resto de mi vida con él. Sobre todo, porque la pureza y la castidad nunca habían sido lo mío. Yo tenía un carrerón digno de actriz porno. No os lo puedo negar y tampoco es mi intención. Me ha cundido la cosa. Yo me he pasado por la piedra a más de dos mil tíos, así, tirando por lo bajo y sin exagerar ni un poco. Pero, oye, igual precisamente por eso sentí que había llegado el momento de sentar la cabeza. Y, ¿con quién mejor que con Raúl? Os estaréis preguntando por qué él había sido el elegido entre el gran abanico de hombres del planeta Tierra. Pues porque, sinceramente, jamás en mi vida había durado en una relación más de tres meses. Con él llevaba ya dos años. Setecientos treinta días, que se dice pronto, pero son una barbaridad de horas, minutos y segundos. Y eso era digno de casamiento. Era un hecho histórico y yo, en mi interior, sabía que con pocas personas encontraría la estabilidad que había conseguido con Raúl. ¿Si me daba miedo un compromiso tan fuerte? No lo quería pensar demasiado. Si lo meditaba en profundidad, seguramente saldría corriendo a tirarme a alguien, en plan huida hacia delante. Por eso prefería no pensarlo. Además, yo no era de pensármelo todo en exceso, yo era más de dejarme llevar por lo que sentía en cada momento. De todas formas, conociéndome, podía haberme negado al compromiso. Lo intenté, pero a Raúl le hacía tanta ilusión que cedí. Es un tío bastante tradicional y, bueno, pensé que igual, en el fondo, tampoco tenía que cambiar nada. De todas formas, aunque ahora os lo estoy contando como si esto hubiese sido una pedida preciosa y un «sí, quiero» emotivo, la situación no fue en absoluto esa, aunque hubiese concluido de la misma forma: con una pareja a punto de preparar sus votos matrimoniales.

La noche de autos, la de la pedida, Raúl me recogió para cenar. Yo me había puesto un vestido largo de seda y unos tacones de aguja muy bonitos. Me dejé el pelo suelto, porque sabía que a él le encantaba, y me maquillé con ganas. Tardé lo mío, pero conseguí el resultado que me

proponía. Esa noche conseguí un nueve. Sí, puntuaba mis *looks* y no me permitía salir de casa si no había conseguido, como mínimo, un ocho. Para ello tenía que aprobar con nota en las tres partes de mi examen estético formadas por: pelo, ropa y maquillaje. Jamás le había contado a nadie esta prueba que tenía que superar cada día, ni siquiera a mi mejor amiga, Bea, que siempre se sorprendía de que yo, pasase lo que pasase y fuese el día que fuese, siempre estaba guapa. Se pensaría la tía que esto era algo casual. Para nada, estaba todo estudiado. Pero nunca se lo dije a ella ni al resto de mis amigas porque, seguramente, me iban a llamar superficial y yo me lo tomaría a la tremenda y las iba a mandar a todas a pastar al monte. Y la verdad es que no estaba yo para ir alejando amigas. No entiendo el porqué, pero tengo muy pocas. Haciendo un poco de autocrítica creo que soy un poco cansina, alocada, y me temo que saturó a la gente. También a veces soy un poco egoísta, algo numerera, irrespetuosa y arrogante... Pero, oye, todos tenemos nuestros defectillos. ¡Que aquí nadie es perfecto! Y, si son mis amigas, me tienen que querer como soy, ¿no? Pero, por si acaso esto no era así, yo estaba intentando mejorar y, sobre todo, desde que estaba con Raúl me notaba más centrada.

Bueno, pues volviendo al tema, que después de un largo rato de preparación estaba lista para cenar con mi chico. Yo estaba de nueve, pero él esa noche estaba de diez. Me quedé impactada al verlo cuando vino a recogerme con el coche. Llevaba traje. Él, al trabajar de abogado, siempre vestía con traje, pero el de esta noche era especial. Estaba muy elegante y me recibió con un ramo de flores más grande que mi cabeza cuando me pongo una pamelita tamaño XXL para una boda y no puedo ver nada, pero voy muy elegante. Se me dibujó una sonrisa enorme en la cara y me abalancé a sus brazos.

—Oye, que para llevarme al catre con un ramo la mitad de grande habría bastado —le dije yo, con una sensibilidad exquisita.

—Daniela, mira que me lo intento currar. Me arreglo, entro en la floristería, me tiro más de un cuarto de hora decidiendo cuál es el ramo más bonito de la tienda, acudo a mi coche ante la atenta mirada de un montón de personas. —Porque la gente ve a un hombre con un ramo y se gira sin disimulo—. Me meto en el coche, dejo las flores a mi lado con cuidado y vengo hacia aquí con la ilusión de un quinceañero... y tú me recibes con el romanticismo en la planta de los pies.

—Ya, ya, lo sé. Espera, que me hago una anotación mental y lo intento recordar para la próxima. Estoy tratando de mejorar esta versión de la Daniela 2.0 y solo soy capaz de hacerlo en plan ensayo-error. Déjame intentarlo de nuevo —le supliqué, porque de verdad quería mejorar como ser humano—. ¡Pero qué preciosidad de ramo de flores! Raúl, me dejas con la boca abierta. Mil gracias, no sabes la ilusión que me ha hecho este detalle tan romántico.

Raúl sonrió de oreja a oreja. Al parecer le había gustado mi segunda reacción.

—Ahora acércate, que te voy a meter la lengua hasta la garganta, igual hasta hago que vibre tu campanilla —le dije con voz sensual, pero por su bufido entendí que eso tampoco le había sonado romántico. Me iba a costar evolucionar a la nueva Daniela, pero lo iba a conseguir porque, por fin, después de tanto tiempo, podía decir que las cosas me iban muy bien y no quería cagarla, así de claro. Quería que todo se quedase tal cual estaba. En el pasado me habían

despedido de muchos trabajos, la mayor parte de las veces por mi comportamiento poco decoroso, por enrollarme con clientes o con compañeros, y por estos mismos motivos tampoco había sido capaz de mantener a mis parejas. Había dejado más cuernos a mis espaldas que los que había en un rebaño de ñus. Pero mi propósito era relajarme muchísimo y conservar a Raúl y mi trabajo como *wedding planner* en la masía. Si me tenía que poner algún aparato que mantuviese mis piernas cerradas, lo haría. Estaba decidida.

Raúl me llevó a cenar a un sitio muy especial. Sonaba una música de ambiente tranquila y no faltaron las sonrisas, las carantoñas y las palabras bonitas. En un momento dado me descalcé y restregué mi pie por su pantalón. Este gesto a la mayoría de los hombres con los que había estado les ponía muchísimo, pero no era el caso de Raúl. Él era una persona discreta y, aunque era muy fogoso en la cama, lo era siempre en un ambiente de intimidad. Mi pie inició la retirada ante su cara de agobio y anoté este rechazo al *restriegue* de entrepierna en mi lista mental para convertirme en la mejor novia del mundo. Tras la cena, Raúl se empeñó en vendarme los ojos y yo me imaginé haciendo algún jueguecito perverso que incluyese esposas, látex y látigos. Así que le dejé guiarme y, bajo su supervisión, caminé hasta el coche. Me introdujo en él con cuidado —en el coche, me refiero. ¿Lo veis? Si es que yo tengo la mente podrida de perversión, ¡todo me suena a sexo!— y después se puso al volante. Bajó la ventanilla y el aire fresco de la noche me acompañó en mi viaje sin vistas. Raúl me hablaba todo el tiempo y me encantó percatarme de los matices que adquiriría su voz grave cuando toda mi atención estaba centrada en escucharla. Yo es que no era muy dada a escuchar, más bien era de tendencia a parlotear sin freno y sin filtro.

Después de aproximadamente un cuarto de hora me di cuenta de que Raúl estaba frenando para aparcar el coche. A los pocos segundos oí mi puerta abrirse y olí su perfume de hombre, que me ponía como una moto. Me relajé para no hacer ninguna vulgaridad que le incomodase, como rozar su paquetorro con la excusa de que estaba siendo incapaz de ver nada. En lugar de eso, me dejé llevar por él que, rodeándome por la cintura, me guio hasta el interior de algún edificio. Me pareció que dábamos una pequeña vuelta y me imaginé entrando por una puerta giratoria. En el lugar donde acabábamos de entrar no se escuchaba nada, solo se oía murmullo de gente que se debía de encontrar un poco alejada de nosotros. Entonces Raúl me aparcó en algún sitio y me pidió que esperase cinco minutos. Me quedé allí plantada como una seta. Empezaba a sentirme ridícula y me incomodaba bastante el hecho de llevar una venda en la cara, así que levanté un poco la cabeza hacia arriba para ver por debajo, pero solo logré entrever un suelo precioso, brillante y muy limpio. Cuando estaba a punto de sacar un ojillo por la venda para cotillear el ambiente, escuché la voz de Raúl a mi lado.

—Ya estoy aquí, cariño.

Acto seguido me volvió a dirigir hacia algún sitio y me hizo parar. Escuché el ruido de unas puertas al abrirse y me imaginé que estábamos entrando en un ascensor.

—¿Dónde estamos, Raúl? No puedo más, ¡me come la intriga! ¿Puedo quitarme ya la venda de los ojos?

—No, aún no. Paciencia. Ya estamos llegando.

Me dirigió por un suelo enmoquetado, lo que me confirmó definitivamente que estábamos en un hotel. Oí el pitido de la tarjeta de la habitación al acceder y, cuando entré, un olor a vainilla y a esencias invadió todo mi cuerpo. Se escuchaba música muy romántica y, tras unos minutos que se me hicieron eternos, en los que le oía revolotear deprisa a mi alrededor, Raúl me invitó a quitarme la venda.

A pesar de lo ansiosa que estaba unos minutos antes, en ese momento no reaccioné. Me empecé a preguntar el porqué de esa sorpresa. No era mi cumpleaños ni tampoco nuestro aniversario. No celebrábamos nada. Raúl era muy romántico, pero aun así sentí que había algo más. Él se acercó a mí, me bajó con cuidado el pañuelo que cubría mis ojos y yo permanecí con ellos cerrados, no me preguntéis el motivo. Bueno, si me lo preguntáis os diré que me daba miedo lo que creía estar a punto de ver.

Capítulo 2

El conato de pedida

—Venga, Daniela. ¡Abre los ojos! —La voz de Raúl sonaba ilusionada, así que me lancé a despegar mis párpados. Lo hice poco a poco y, cuando los abrí del todo, me quedé muy impactada. Creo que nunca había visto nada parecido. Como yo ya había deducido, nos encontrábamos en una habitación de hotel. Pero no me habría podido imaginar que la habitación era así. Posiblemente sería una de las más caras y lujosas de las que disponían. Era una auténtica maravilla. Enorme y decorada al detalle por algún decorador de interiores altamente cualificado para el puesto. Suelo de parqué, alfombras, lámparas grandes y preciosas, un sofá en el que cabríamos estiradas mis cuatro amigas y yo, y un escritorio. Todo eso se encontraba en una misma estancia. También tenía un baño amplio con dos pilas y una bañera redonda, y una minicocina con barra americana en medio del salón comedor. Por último, otra de las zonas era una habitación de ensueño. En lugar de paredes tenía dos grandes ventanales con vistas al mar y, pegado al cristal y a una doble altura, un gran *jacuzzi* de forma cuadrada invitaba a relajarse en sus aguas. Frente al segundo ventanal se veía la cama iluminada por un camino de velas y unos pétalos de rosa descansaban sobre la colcha haciendo la forma de un corazón. Lo de los pétalos me impactó demasiado, me quedé observándolos sin saber qué decir. Me parecía una cursilería tremenda y una horterada inmensa.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —me preguntó Raúl. Su voz sonaba nerviosa.

—No mucho —le contesté con sinceridad—. Bueno, el sitio sí, el sitio es una pasada. Pero lo de las rosas y eso, ahí me parece que te has pasado. Y las velas... Esto parece el entierro de alguien, todo tan oscuro y rodeado de flores.

—Pretendía que fuese romántico —me contestó, apurado.

—Sí, sí, me imagino que pretendías eso. —A veces me costaba entender las intenciones de los demás y reaccionar con empatía, poniéndome en el lugar del otro, y ni aunque ese otro fuese mi novio lo conseguía. Ese es otro de los defectillos que tengo, creo que se me había olvidado comentarlo—. Pero este despliegue de romanticismo ¿a qué viene? ¿celebramos algo? Espero que no signifique lo que me estoy imaginando... porque si es así...

—Y si fuese así, ¿qué?

—¿Qué de qué? —le dije con un tono que parecía que estaba enfadada y a punto de pegarle un puñetazo.

—Daniela, pues ¿qué pasaría si estuviese a punto de pedirte matrimonio, que supongo que es lo que te estás imaginando? No me he vestido así y he decorado todo esto para invitarte a ir al cine

o a ver un partido de baloncesto. —Raúl parecía molesto, me imaginé que no era la reacción que se había imaginado cuando había montado esta pedida que me estaba horrorizando.

—Pues casi habría preferido que me invitases a ver un partido de fútbol al campo, y eso que el fútbol es el deporte que menos me gusta del mundo. Pero si lo que pretendías era pedirme matrimonio, espérate primero a que abra esa ventana y me lance a través de ella. Y cuando ya no esté aquí en el mundo de los vivos, hablas. Pero espérate a que me haya estampado contra el suelo, por favor, y que no pueda escuchar ninguna frase, porque te confieso que estoy empezando a hiperventilar. —Empecé a agarrarme el pecho, porque de verdad me daba la sensación de que estaba a punto de sufrir un infarto. Aunque creo que en realidad se trataba solo de un poco de ansiedad. Aun así, me tiré al suelo y Raúl se sentó a mi lado cogiéndome la mano. Creo que eso me agobió aún más y sentí el corazón latiendo fuerte en mis tímpanos. Eso es raro, ¿no? Os prometo que lo sentí así.

—¡Aléjate, hombre! —le grité a Raúl—. ¿No ves que me estás quitando el aire y que no puedo respirar?

—¿Cómo? ¿Te quito el aire? ¡Perdona! ¿Te traigo una bolsa o algo para que respires dentro? —Raúl se movía nervioso por la habitación buscando la bolsa mágica que, según parecía pensar, me haría recuperar la calma.

—¿Y se puede saber para qué quiero yo respirar en una bolsa? Si me estoy agobiando con todo el aire que hay en esta habitación que parece un palacio ¿cómo voy a tener suficiente con el aire de una maldita bolsa? —le grité a Raúl, alterada.

—No lo sé, no me hagas caso. Estoy muy nervioso. —Raúl seguía buscando algo por allí que pudiese ayudarme; al final encontró un panfleto de publicidad que había en la mesita de noche de la habitación y me empezó a abanicar con él. Yo lo aparté de un manotazo y me encaminé al baño a echarme agua por la cara.

Seguro que estaréis pensando que soy una mala persona y que «pobre Raúl». También que, con lo que se lo había currado, era sorprendente que yo lo estuviese estropeando de esa forma.

—No te entiendo, Daniela. ¿No te casarías conmigo? ¿Te resulta tan horrible la idea? —Raúl sonaba alucinado y abatido, me hablaba desde la puerta del baño, seguramente para no agobiarme más ocupando mi espacio vital—. Había ensayado unas palabras y estaba deseando decírtelas. —Sacó de su bolsillo un folio arrugado donde se veía su letra, seguramente estaban ahí las palabras con las que me pensaba pedir matrimonio, las miró y se las volvió a guardar.

Cuando estuve un poco más calmada y volví a respirar con normalidad, le traté de explicar cómo me sentía.

—Lo siento, Raúl, es que esto no me lo esperaba para nada. Yo no soy persona de casarse. Yo no me he casado nunca. Quiero decir... —Yo también estaba nerviosa y me salió esa tontería—, que yo nunca he contemplado la posibilidad de estar con alguien toda la vida, hasta que nos hagamos viejos y decrepitos, que no hay nada más horroroso que la vejez y todo termina con un final en que nos terminamos muriendo.

—Daniela, ¿pero tú me quieres o qué? —Raúl ya dudaba de todo, lo estaba horrorizando con mi reacción ante su conato de pedida.

—Pues claro que te quiero. Yo creo que antes de ti no había querido a nadie de verdad. He tenido muchas relaciones, pero nunca he estado enamorada. No sé si de ti lo estoy, pero por lo menos no tengo ganas de salir huyendo cuando te veo despertar por la mañana con los ojos pegaditos. Ni siquiera cuando tienes mal aliento. Creo que eso puede significar que te quiero, pero lo de casarse ya son palabras mayores.

—¿Tengo mal aliento? —me preguntó agobiado, no se estaba dando cuenta de que intentaba decirle una cosa bonita, que le quería hasta por la mañana a mi lado, a pesar de que yo por la mañana no quiero a nadie en mi casa. Aunque igual acusarle de tener halitosis no le había puesto los pelos como escarpas de la emoción. La verdad es que su aliento matutino no olía mal, olía como todos los alientos, supongo, como la ropa de invierno cuando la sacas después de todo el año en una bolsa: a cerradito. Las bocas se pasan cerradas toda la noche; bueno, si no se ronca o se habla, que de todo te encuentras cuando te has encamado con mucha gente.

—Lo que te quiero decir es que tú eres diferente del resto de los tíos con los que he estado. Yo soy un desastre de novia, nunca recuerdo tu cumpleaños, no tengo ni un detalle romántico contigo y me cuesta mucho dar explicaciones de lo que hago, porque estoy demasiado acostumbrada a estar sola, pero siento que, por primera vez, quiero ser menos Daniela e intentar ser un poco más una persona corriente, porque no me apetece perderte.

Ahora Raúl me miraba conmovido.

—Eso es lo más bonito que me has dicho nunca.

—Ya, no te emociones tampoco —le dije, bajándole del arcoíris de purpurina en el que parecía que se había subido y se había puesto a flotar—. Lo que yo te quiero decir es que quiero estar contigo, pero no tengo ninguna intención de casarme, porque yo soy un pájaro libre y, si me dejas libre, yo creo que volveré a ti, pero si me metes en una jaula... Si me metes en una jaula, yo me voy a escapar. Te lo aviso ya para que no haya malentendidos.

—Pero yo no quiero encerrarte. Quiero que formemos una familia juntos, solo eso. Consolidar nuestra relación. Ir dando pasos como pareja...

—Es que tú y yo somos muy distintos. Tú eres abogado y yo siempre que escucho la palabra abogado pienso en contestar: el que tengo aquí colgado. ¿Crees que pegan algo dos personas tan diferentes?

—A veces los polos opuestos se atraen —me dijo con ojillos de cordero degollado.

—No quiero cargarme esto que tenemos —le dije con total sinceridad—. Yo, si me siento agobiada, me da por hacer alguna tontería. Estropeo las cosas que funcionan en mi vida, no sé por qué lo hago ni si soy capaz de evitarlo, pero sí que sé que no quiero que me pase eso contigo. Así que rompe esa notita, guarda tu anillo otra vez en el bolsillo y sigamos con nuestra relación seria que me permitirá continuar contigo, pero no tan seria como para que la destruya. —Raúl, que mientras yo hablaba había vuelto a sacar su papel y a releerlo, me miró, bufó y volvió a guardar su cartita y sus ilusiones en el bolsillo.

—El anillo si quieres me lo quedo por no hacerte perder el dinero, que seguro que no te lo devuelven —le sonreí para ver si relajaba el ambiente, pero no surtió efecto.

Joder, me sabía muy mal el chasco que se acababa de llevar. De verdad que sí. Estaba siendo

completamente sincera, le estaba diciendo que, como yo me agobiase, la liaría, haría cualquier cosa que tirase por la borda una relación, una amistad o un trabajo que me funcionase. No lo hacía adrede y no lo podía controlar. Más claro, agua. Si eso no es amor verdadero, que venga Dios y lo vea. Debería ir al psicólogo para que estudie por qué me comporto así, porque no lo hago aposta. Es como una fuerza superior a mí que me hace cagarla continuamente, y seguramente esa forma de actuar me viene por algo y el psicólogo me lo sacaría con preguntas de mi pasado. Igual me diría que me comporto así porque tuve unos padres ausentes. Mi padre siempre estaba viajando a causa de su trabajo y a mi madre le agobió el hecho de tener que criarme sola (no fui una niña fácil) y pasó la mayor parte de mi infancia bastante deprimida. Cuando no tenía ganas ni de levantarse de la cama, yo le decía que no se preocupase y me pasaba el día con la portera de mi finca, a la que me gustaba llamar «mamá». Seguro que es por esas cosas que tengo carencias afectivas heredadas de la infancia. Si yo de eso entiendo, pero dudaba que nadie tuviese la solución a mi problema. Además, siempre ando pillada de pasta como para estar pagando a un psicólogo para que me analice. Y tengo que añadir que a mí me gustaba vivir así: libre y sin ataduras. No todas las relaciones tenían ese ciclo de vida de: dos personas se conocen, se gustan, salen juntas, se casan, tienen hijos y se mueren, ¿no? Puede haber parejas que se conocen, salen juntas, hacen muchos viajes y viven como Dios, tienen mucho sexo, se hacen viejos y se mueren. Del final no se escapa nadie, pero puede haber diversos tipos de relación. No todas tienen que ser iguales ni buscar lo mismo, ¿no? Eso pensaba yo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —le pregunté sin saber muy bien cómo se reacciona tras el rechazo a una romántica propuesta de matrimonio...

—Pues... ¡no lo sé! Yo pensaba pasar una noche genial contigo, bañarnos en el *jacuzzi*, estar juntos, querernos y sentirnos en una nube porque nos vamos a casar.

—Podemos hacer todo igual menos lo de la nube. Estaremos aquí abajo, no en la nube, pero, oye, que aquí tampoco se está nada mal.

Raúl no dijo nada y yo me lancé a animarlo de la mejor forma que sabía hacerlo. La forma en la que yo solucionaba mis problemas: a través del sexo.

Me abalancé sobre él y lo empujé a la cama. Le bajé la bragueta y fui directa al lío. Él aún parecía triste, así que traté de animarlo. Me empecé a contonear a su lado quitándome la ropa, me bajé el vestido y dejé al descubierto mi ropa interior de encaje. Me senté a horcajadas sobre él y empecé a mover mi cuerpo rítmicamente sobre su miembro, ya erecto. Tras unos pocos preliminares introduje su miembro en mi interior y comencé a moverme deprisa. Por las conversaciones que tenía con mis amigas, mi relación con el sexo era distinta a la de todas ellas. Yo era capaz de alcanzar el clímax rápidamente y sin preliminares si así me lo proponía. O lentamente si es lo que pretendía. Calculaba muy bien los movimientos y los tiempos, era una especie de *mastersex*. No había posición que me doliese ni postura que me negase a realizar, y además era tremendamente flexible, con todo lo que ello implicaba. Podía proporcionar un polvo rápido de escasos cinco minutos o noches interminables que acabasen con el recuento de cinco orgasmos. Esa noche me guie por las sensaciones que me transmitía mi novio y la cosa fue

breve. Él estaba tocado, realmente parecía que le habría hecho mucha ilusión el tema de la boda. Cuando terminamos, Raúl me miró fijamente a los ojos y me dijo con voz triste.

—Mañana no tienes que ir a trabajar, pedí tres días libres para ti. Esta noche te pensaba decir que mañana nos íbamos los dos de viaje a Venecia para celebrar que tú y yo nos casábamos, y solo lo sabríamos nosotros.

Me quedé en silencio, no sabía muy bien qué contestar a eso.

—Vaya, eso que me habrías dicho es muy bonito. Lo que me habrías dicho si yo te hubiese contestado que sí, me refiero... —le dije en voz baja.

—Bueno, si quieres podemos irnos igual. Total, los billetes a Venecia están pagados —me dijo Raúl con tono lastimero.

—A mí me encantaría, pero no sé si es buena idea ir si tú tenías planeado visitar la ciudad como prometidos y esto te puede causar tristeza o algo. ¿Cómo te sentirías con ese tema? —le pregunté intentando ser empática y ponerme en el lugar de Raúl. Estaba haciendo grandes esfuerzos para que no saliese mi vena egoísta que me habría animado a visitar Venecia en un viaje pagado, sin contemplaciones. Si él no se veía en esa preciosa ciudad tras mi rechazo, no iríamos. Pero él dijo que sí y yo no tenía ni idea de cómo ese viaje estaba a punto de cambiarme la vida.

Capítulo 3

Vuelo 3354, destino Venecia

Pasamos la noche en la *superhabitación* romántica de la no pedida y, cuando nos despertamos, nos duchamos y desayunamos en el bonito comedor del hotel; luego nos encaminamos a mi casa para que yo cogiese lo indispensable para el viaje de tres días a Venecia. Raúl ya llevaba una bolsa en el maletero y, tras media horita escasa, bajé con la maleta de las cosas imprescindibles y la maleta de las cosas totalmente accesorias. Esta segunda yo la llamaba «la de los *porsiacasos*». Por si acaso llueve me llevo un chubasquero; por si acaso hace frío, el abrigo; por si acaso hacer calor, camisetas de manga corta; por si acaso cae un meteorito sobre la Tierra, una linterna y una brújula; la plancha del pelo por si hay mucha humedad; un secador por si no hay en el hotel... En fin, cositas varias. Raúl torció el gesto, porque le ponía muy nervioso que llevase equipaje como si nos fuésemos un mes, pero le conté que necesitaba guardar un montón de nuevos conjuntos de lencería de La Perla y pareció relajarse.

Teníamos el vuelo bastante pronto, así que fuimos directos al aeropuerto. Facturamos mi maleta innecesaria, ya que las otras dos pasaban como equipaje de mano y, una vez dentro, comimos un bocadillo rápido antes de entrar en el avión. No me gustaba mucho volar y pensé que sería buena idea tomarme un lingotazo de ginebra a palo seco. Así se lo dije al chico del bar del aeropuerto, que me miró un poco extrañado. Me lo bebí de un trago y aún me miró más perplejo.

Raúl, que se tomaba tranquilamente su café, miró divertido al camarero. Le gustaba ver cómo reaccionaba la gente ante mis comportamientos poco habituales. Él ya estaba más que acostumbrado. Al principio de empezar nuestra relación alucinaba con el hecho de que fuese capaz de tomar una bebida alcohólica tipo cubata para acompañar la comida o la cena. No es que lo hiciese todos los días, si no ya estaríamos buscando centro de desintoxicación, pero sí que, en alguna ocasión, cuando me pegaba por ahí, me tomaba una ensalada con tequila o unas alitas de pollo con ginebra. En el restaurante chino de mi barrio fliparon cuando les pedí un mojito para acompañar al cerdo agri dulce, pero para mí eso era comida fusión. Si lo dijese un cocinero con estrella Michelin, eso sería una combinación gloriosa pero, si lo pedía yo, era una cerdada. ¡Qué injusta es la vida de la gente corriente! Después del lingotazo, que no me sentó nada mal y que consiguió templar mis nervios, nos encaminamos a la puerta de embarque. Yo rondaba arriba y abajo esperando divisar alguna azafata que diese el pistoletazo de salida a la entrada en el avión, pero, por el momento, aún no había nadie. Raúl se sentó a mirar el móvil y yo aproveché para mandarle un mensaje de WhatsApp a Bea. Bea era mi amiga desde hacía muchos años. La que mejor me entendía y la que más me toleraba. Yo también la había apoyado mucho a ella, cuando

a la tía le dio por dejar a su novio y su trabajo porque pensaba que sería feliz siendo *influencer* y enamorando a un actor famoso que ni siquiera conocía, Kike Galán. El resto de nuestras amigas pensaron que se le había ido la pinza, pero yo la apoyé. Me encantaba verla cometer esas locuras, sobre todo porque hacía tiempo que, con su exnovio Carlos, no la veía feliz. También la había apoyado cuando se quiso meter en un *reality show* de parejas con Kike, que eso no lo tenía claro ni él. Se puede decir que yo, que como amiga a veces dejo bastante que desear, con ella me entendía bien, aunque no me hubiese dejado ir a representarla a los platós de televisión cuando entró en el *reality*, que eso es una espinita que tenía clavada y que no le iba a perdonar jamás. Yo lo habría hecho genial.

«Perra de la guerra, ¿a que no adivinas dónde estoy?». Acompañé el mensaje con una foto de un ventanal, a través de él se podían divisar unos cuantos aviones.

«¿¿¿En el aeropuerto??? ¿Dónde vas? ¿No trabajas hoy? No me digas que ya te han echado del curro. O peor, estás faltando tú porque te ha entrado el impulso de coger un avión y volar a algún sitio sin ningún motivo aparente». Me pareció impresionante la poca confianza que tenía mi amiga en mí. Supuse que la fama que tenía me la había ganado, así que tampoco iba a hacerme la ofendida.

«Sí, me estoy yendo a París a recoger tu bebé, que está tardando ya demasiado y no quiero que sigas con ese aspecto de mesa camilla. También me han dicho que en Francia han sacado un invento para reducir los pies esos de muñeco Michelin que tienes, que parecen dos guantes inflados, y voy a ver si te consigo uno».

Tras mandar ese mensaje observé que me entraba una llamada de Bea.

—¿Por qué eres tan mala? Sabes que estoy embarazada de siete meses. Es normal que esté hinchada, es por la retención de líquidos —se justificó con tono lastimero.

—Si es que no aprendes. Después de tener a Eva, que te dejó anémica y con un racimo de hemorroides ahí abajo, vas tú y repites, ¡manda narices! —Bea y Kike estaban esperando a su segunda hija, a la que iban a llamar Paula.

—Eva es lo mejor que nos ha pasado en la vida, no seas bruja. Y estamos deseando ver la carita a su hermana. Ya les he comprado unos vestiditos iguales a las dos... y a ti una camiseta de tía molona.

—¿Les has comprado ya la chupa de cuero para cuando me las lleve en la moto? —le pregunté ilusionada y hablando totalmente en serio.

—Las tengo encargadas, es que tamaño feto aún no hay. Ya hablaremos con calma de lo de llevarlas en la moto, eso pasará más o menos cuando cumplan los dieciocho, o mejor, los treinta y ocho.

—Bueno, sí, primero me las llevaré al parque ese, ¿no? Ese sitio tan aburrido donde hay columpios y esas cosas. Aunque con los perros se liga mucho en los parques, pero con los niños ni de coña, seguro. Me pondré la camiseta de tía molona para que se note que no soy su madre, que solo las tengo un ratito, y luego os las devuelvo.

—Pero tú ya no necesitas ligar, Dani. Tú ya tienes a tu chico, Raúl, que es un amor —me lo dijo tranquilamente y remarcando las palabras con énfasis, como si tratase de meter en mi

subconsciente esa idea que parecía importante para ella.

—Hablando de Raúl... Para eso te he llamado. Es que no sabes lo que pasó ayer. —Me giré buscando a Raúl para que no oyese cómo le contaba a Bea lo del rechazo a su proposición, mientras él seguía enfrascado en su teléfono.

—Cuenta, cuenta —me contestó ansiosa.

«Se ruega a los pasajeros del vuelo 3354 con destino a Venecia que embarquen por la puerta tres». Se oyó esta frase por megafonía y empecé a ver cómo todos se acercaban a la puerta de embarque.

—Tía, te tengo que dejar, que se me cuelan todos.

—Pero, espera, entonces, ¿te vas a París? Hazme una foto de la Torre Eiffel *porfa*, una chula que me la ponga de fondo de pantalla.

—Sí, sí, te cuelgo, que me adelantan todos. Te mandaré una en góndola —le contesté sin apenas escucharla.

—Joder, Daniela, en góndola dice. En góndola por París y andando por los Campos Elíseos en Venecia. Anda, disfruta de la ciudad del amor. —Le colgué cuando aún no había terminado la frase. Me dirigí veloz hacia la puerta y le hice señales a Raúl para que viniese.

—Tranquila, que cabemos todos en el avión. Cada uno tiene su asiento reservado. No nos vamos a quedar sin sitio —me dijo andando hacia mí a paso de tortuga, o al menos esa es la impresión que me dio. ¡Qué tranquilo era este hombre, por favor! Menudo pachorra estaba hecho. Lo mismo será entrar los primeros y sentarnos tranquilamente en nuestro asiento que llegar los últimos y tener que estar parando cada segundo ante la gente que sube sus maletas a los compartimentos superiores y los que circulan a dos por hora buscando su sitio. Yo es que era nerviosilla e inquieta. La paciencia no era lo mío. Y lo volvimos a corroborar enseguida, porque hizo su aparición una señora mayor que disimuladamente se situó por el principio de la fila, pretendiendo saltarse el orden de cola.

—¡Eh, eh, señora, señora! Alto ahí. —Lo sé, no soy policía, pero en ese momento estaba a punto de poner orden—. ¿Sabe que todos nosotros no estamos aquí de plantón para ver si crecemos?, ¿sabe que estamos haciendo cola?

—Ay, bonita, no me he dado cuenta. Es que estoy mayor y me duelen las piernas. Si me dejáis pasar y que me siente antes, os lo agradecería mucho...

—No se ha dado cuenta, dice. Cuenta no, cuento. Lo que tiene usted, señora mía, es mucho cuento. Ande, tire para el final, que no me quiero enfadar. —Raúl me echó una mirada reprobatoria mientras la vieja andaba muy despacio hacia atrás en la fila. Todo el mundo me miraba fatal, se ve que se habían tragado las palabras de la abuela cuentista.

—Pase, señora, póngase en mi sitio —le dijo un hombre subiendo el tono de voz con la intención de que yo lo escuchase alto y claro. El susodicho estaba en las primeras filas y me miraba negando con la cabeza como diciendo: «póngase aquí, señora mía, a salvo de Belcebú, que hoy se ha convertido en una mujer rubia con el pelo largo, muy mala leche y poca empatía con los ancianos».

—Esas son las cosas que tienes que intentar cambiar, Dani. No deberías haberte puesto así con

una pobre señora mayor —me dijo Raúl cuando por fin nos acomodamos en nuestros asientos en el avión.

—La pobre señora esa, como dices tú, le estaba echando un morro alucinante. Se las sabe todas. La gente mayor odia esperar y siempre intenta colarse, parece mentira que seáis todos tan ingenuos —le contesté chillando, y volví a acaparar las miradas de la gente de alrededor.

—¿Tanto te cuesta hacer la vista gorda? Dejas a la mujer que se cuele si así es feliz y no pasa nada. Vamos a entrar un segundo después, ¿merece la pena alterar a todo el mundo y pasar un mal rato?

—Bueno, yo es que un mal rato no paso, a mí me gusta impartir justicia —le contesté con sinceridad; es que era tal cual.

Al final iban a tener razón los que desde el colegio me vienen diciendo que me gustan las bullas y las peleas. Y pensaréis: pues búscate a una contrincante a tu medida, no te metas con una pobre abuelita. Pero yo me habría peleado con cualquiera. En eso no tengo estrategia. A mí, si me calientan, salto. Me da igual si eres un niño, una abuela o una bestia parda de gimnasio y mides metro noventa. Me enciendo y ataco. Y nadie me ha mandado al hospital porque debo de tener una flor en el culo.

Hice mi segunda anotación mental para mejorar como persona: tener consideración con los viejos, aunque tengan la cara más dura que el cemento armado.

Tuvimos un vuelo tranquilo de unas dos horitas. Charlamos y escuchamos música durante todo el trayecto. En el momento en el que la azafata nos avisó de que estábamos a punto de aterrizar, me empecé a emocionar ante la idea de este finde improvisado en Venecia. Me encanta viajar y, mientras esperábamos a que saliese mi maleta por la cinta, empezamos a mirar en internet lo que había que hacer en Venecia en un par de días. Al ver las fotos de esa ciudad, en la que nunca había estado, me pudo la emoción.

—Pero qué preciosidad de sitio, ¿verdad? Parece sacado de un cuento. Si es así en foto, no me quiero imaginar lo que me va a gustar cuando lo veamos al natural. —Raúl sonreía divertido ante mi entusiasmo. Hoy ya parecía haber olvidado el desengaño de mi rechazo tajante a la boda y se mostraba alegre y dicharachero, como él era. Me quitó un peso de encima. Ahora podríamos disfrutar de la ciudad tranquilos, y el tema de la pedida quedaría para siempre en una anécdota que, con el tiempo, llegaría a resultarnos hasta divertida. Estaba convencida de ello.

Capítulo 4

Ti amo

Cogimos un taxi acuático para que nos llevase al hotel. Nuestras primeras impresiones de la ciudad fueron maravillosas. Qué bonito se veía todo desde el vehículo acuático, que parecía de todo menos un taxi.

Ya instalados en el hotel, en una habitación que no era como la de la noche anterior, pero sí bonita y confortable, nos dimos una ducha, descansamos un poco y después salimos a pasear por la ciudad. Raúl había buscado en Google los restaurantes con mejores vistas de Venecia y le hacía ilusión cenar en uno desde el que se veía el Gran Canal. Anduvimos hasta allí disfrutando de la buena temperatura que hacía y de las vistas que ofrecía esa ciudad rodeada de agua por todas partes.

El restaurante que había elegido Raúl era un sitio muy romántico, con farolillos iluminando cada mesa y con unas rosas rojas puestas con mimo en un precioso jarrón. A mí me parecía extrañísimo pensar que en solo veinticuatro horas hubiesen pasado tantas cosas y que en ese momento me encontrase en Italia preparada para cenar *Millefoglie con Cipolla Fondente, Tartare di Manzo e Fonduta di Formaggio*, que no tenía ni puñetera idea de lo que era, pero el camarero había pronunciado *cipolla* con un acento tan sugerente que había tenido que pedirlo. Resultó ser un milhojas con cebolla negra, tartar de ternera y *fondue* de queso que estaba delicioso.

No pude evitar volver a entusiasmarme con el ambiente. Yo, que siempre había sido un poco el Grinch de la vida, ahora parecía un teletubbie. Eso igual significaba algo. Tenía que reconocer que me sentía muy feliz.

—¡Qué bonito es todo esto, Raúl! ¡Qué sitio más precioso has elegido! ¡Me quedaría aquí a vivir!

—¿A vivir, Daniela? No creo que quisieses pasar toda tu vida aquí.

—¿Por qué no? Yo creo que me gustaría.

—No podrías ir en moto, y tú necesitas el ir en moto como el respirar.

—Oye, a ver si te piensas que soy yo un miembro de *Sons of Anarchy* —hice alusión a una serie de televisión que acabábamos de ver juntos, que nos había gustado mucho y cuyo protagonista había sido mi último *crush*—, que yo me adapto a todo. Además, podría ir en moto de agua, adelantando a los gondoleros, derrapando y haciendo que tragasen agua las turistas estiradas. Yo no lo veo mal plan.

Estuvimos diciendo tonterías durante toda la cena. Raúl me dijo que con mi historial (yo había cambiado de trabajo casi tanto como de pareja) seguro que si hubiese vivido en Venecia durante

alguna época de mi vida habría sido gondolera, guía turística, camarera, dependienta de alguna tienda... Vamos, que habría tocado todos los palos.

—Oye, Raúl, igual no, ¡eh! ¡Que estoy más centrada! Ya llevo más de un año trabajando en la masía y no me he liado con ningún cliente ni he tenido problemas de ningún tipo.

—Hombre, pues me alegra mucho saber eso, la verdad. Me quedo más tranquilo teniendo en cuenta que, si no fuese así, me habrías estado engañando, y yo sin olerme nada —me contestó Raúl, que parecía ofendido con mi sinceridad.

Le choqué el brazo riéndome escandalosamente, porque es que este hombre me daba la vida. Menos mal que era verdad que no le había engañado, porque, si lo hubiese hecho, yo era capaz de habérselo soltado así, sin más. Entendedme, yo hasta ahora no había visto la infidelidad como algo tan grave. Mis valores morales no debían de ser muy sólidos. Yo era una superviviente. Desde niña me había tenido que sacar siempre las castañas del fuego yo solita. Los profes me reñían sin parar, pero en mi casa mi madre no tenía tiempo ni ganas de sentarse conmigo y explicarme por qué no estaba bien lo que hacía. Bastante tenía ella con intentar levantarse y asearse todas las mañanas. No siempre lo conseguía. La cuestión es que yo no veía que una infidelidad fuese una cosa tan horrible. La carne es débil y un desliz le puede suceder a cualquiera. Para dos días que vamos a estar en este mundo hay que dejarse llevar y disfrutar. Esos eran algunos de los pensamientos que yo tenía hasta hacía muy poco tiempo. Podría decir que antes de conocer a Raúl. ¿Por qué me estaba controlando y Raúl aún no llevaba cornamenta? Pues no me había parado a analizarlo en profundidad. Podría ser que no se hubiese presentado la ocasión, pero es que anteriormente las ocasiones surgían sin parar y, si no surgían, las buscaba yo. Dicen que la ocasión la pintan calva. Realmente, calva mi ocasión no iba a ser. Necesito pelazo al que agarrarme cuando llego al orgasmo. Es una manía mía, pero, cada vez que me voy a correr, me agarro a la cabellera del maromo en cuestión y, si estoy encima, me siento como si estuviese galopando un purasangre. Descartando la opción de que no hubiesen surgido ocasiones, me dio por pensar que igual había llegado el momento de reconocer que era posible que no hubiese sentido la necesidad de ser infiel porque estaba feliz con Raúl. Él cubría todas mis necesidades y yo no buscaba nada fuera de la relación porque ya lo tenía todo dentro. Esa era una posibilidad. También había otra cosa que me había hecho cambiar el chip, y es que realmente me resultaba horroroso imaginar que este abogado, que se me había metido más adentro de lo que me gustaría reconocer, me fuese infiel con otra persona. Que sus labios besasen los de otra y que su pelo sirviese de agarradera para otra amazona. Esto sería muy doloroso para mí. Me di cuenta de ello cuando Raúl me contó que había una nueva abogada en el bufete. Una noche organizaron una cena en la empresa y Raúl quiso que lo acompañase. Esa noche la conocí y me percaté al instante de que esa chica estaba interesada en mi hombre. No sé explicaros el porqué. Yo no soy muy observadora, pero es que a ella la calé enseguida. Su forma de reírle las gracias, la manera en la que le toqueteaba el brazo musculoso con cualquier excusa y, sobre todo, su forma de mirarlo. Los ojitos que le ponía no me gustaron un pelo.

Estuve a punto de cogerla del brazo, como si volviese a ser la Daniela de diecisiete años, estilo choni discotequera con la cabeza llena de ganchos, llevármela al baño y decirle que, como

volviese a tontear con mi hombre, la agarraría de la melena esa y la obligaría a comer asfalto. Ni que decir tiene que, si quería conservar a Raúl, esas tácticas barriobajeras (aunque muy eficaces) de chica de la calle no podrían ser usadas. Así que hice lo que pude, marqué territorio con besos y abrazos hasta la extenuación, le llamé «mi chico, mi amor, cariño» y cualquier apelativo que a ella le demostrase que este hombre estaba ya pillado. Vamos, que me faltó mearle encima. Así que ella captó la indirecta. También era posible que pudiese percibir a través de mis ojos a la loca que habita en mi interior y que esto le hubiese hecho alejarse huyendo despavorida. Eso las mujeres lo captamos, y yo loca estaba un rato. Y peligrosa también era. La cuestión es que habiendo notado yo lo que era la punzada de los celos y el dolor ante la posible amenaza de una compañera seductora, no me apeteció convertirme en la que le infligiese ese dolor a Raúl. En consecuencia, estaba bastante calmada y me duraban mucho los trabajos porque había dejado mi vagina tranquila una temporada, que era la que siempre lo estropeaba todo y la que me metía en muchos líos.

Después de la cena y de la charla distendida volvimos paseando tranquilamente hasta el hotel. Nos hicimos unas fotos que quedaron preciosas a la luz de la luna de Venecia y paramos a comprar un helado de chocolate. Llegamos a nuestra habitación entre risas y caricias y, esa noche, volví a ejercer de amazona y a cabalgar a mi abogado. Cuando haga esta analogía ya sabéis a qué me estoy refiriendo.

El tiempo que pasamos en Venecia fue maravilloso. Nos acercamos a conocer la isla de Murano, visitamos el mercado de Rialto donde compramos dos máscaras venecianas que nos pusimos esa misma noche cuando, subida a mi corcel, volví a montar al galope (guiño, guiño) y recorrimos en *vaporetto* el Gran Canal. También visitamos la librería Acqua Alta. A Raúl le hacía ilusión comprarse un libro de esta preciosa librería que se inunda cuando sube el nivel del agua, por lo que no es raro ver libros apilados en góndolas o en bañeras. Nos resultó muy bonita y muy curiosa. También nos acercamos a un mirador y disfrutamos de las vistas de la ciudad desde las alturas mientras le pedíamos a algún simpático turista que nos hiciese alguna foto para el recuerdo.

—Esta foto se la enseñaremos a nuestros hijos —le dije a Raúl al ver una foto en la que él salía sonriente y yo chupándole la mejilla.

—¿Tú crees que tendremos hijos alguna vez? —me preguntó él, y noté que la idea le ilusionaba.

—¡Estaba bromeando! No voy a dejar que me pase lo que a Bea. Esos alienígenas se te meten dentro y te deforman completamente. Te cambian la vida y te quitan libertad. Y te tendrías que despedir de estas tetas tal y como las conoces. —Me las agarré con ímpetu y las moví arriba y abajo—. Con lo bonitas que son, eso sería una tragedia. Se deformarían seguro y, si le diese el pecho al bebé imaginario, igual se quedaban como dos calcetines espachurrados. Calla, calla. Los niños no son para mí.

—Pues serían muy guapos —me contestó Raúl, algo pensativo—. Bueno, igual luego cambias de idea. —Le hice un gesto de negación con el dedo para dejar claro que ni en un millón de años

me iban a ver a mí con un vestido premamá, con náuseas, acidez y con una nariz descomunal. No sé el motivo, pero a las embarazadas que conocía se les había puesto un narizón importante con el embarazo, llegando casi a triplicar su tamaño. Gracias, pero no. No era mi intención lucir una nariz de Fofito en ningún momento de mi vida.

Continuamos visitando la ciudad y, como era lógico, no nos podíamos perder el paseo en góndola. Me hice amiga del gondolero y le convencí para que me prestase su gorro de paja y el remo que llevaba para hacerme una foto como la autóctona que me sentía. De fondo se oían canciones italianas como *O sole mio* y yo me sentía como la *protta* de una película romántica.

Esto viene muy al hilo de lo que os voy a contar a continuación.

El ambiente veneciano me había extraído de mi ser. ¿Qué quiero decir con esto? Que me había sacado de la realidad. De mi realidad. De mi casa. De mi vida. De mis rutinas. Y me había invadido un espíritu romántico y feliz hasta el extremo. Yo no era así. El «paz y amor» no iba conmigo, por eso digo que estaba rara. Solo eso explica lo que sucedió durante la última tarde que pasamos en Venecia.

Nos encontrábamos en la plaza de San Marcos admirando el ambiente. Paseábamos cogidos de la mano y diciéndonos cursiladas al oído, porque yo podía ser muy burra, pero también muy cariñosa si me lo proponía. Vimos que, en mitad de la plaza, había un grupo de músicos y un cámara de televisión que les estaba enfocando. Como yo soy muy curiosa y me flipa el mundo de la televisión, le pedí a Raúl que nos acercásemos a verlos más de cerca.

Cuando llegamos ante ellos y, con la música resonando en nuestros oídos, cogí a Raúl de la mano para bailar con él. Este hecho llamó la atención del cámara que estaba grabando y nos empezó a enfocar a nosotros también, entre silbidos y risas de la gente. Los músicos tocaban la canción de Umberto Tozzi, *Ti amo*:

*Ti amo
In sogno, ti amo
In aria, ti amo
Se viene testa vuol dire che basta lasciamoci
Ti amo
Io sono, ti amo
In fondo un uomo
Che non ha freddo nel cuore e nel letto, comando io*

Era una canción muy bonita que estaba llegando a cada rincón de la plaza; nosotros bailábamos muy pegados, ajenos a todo lo que estaba ocurriendo a nuestro alrededor. Mi vestido vaporoso, que tenía una raja importante en un lado de la pierna, se movía hacia todos los lados y envolvía las piernas de Raúl que se movían sincronizadas conmigo. Yo notaba cómo volaba mi larga melena y sentía cómo me invadía el olor del perfume de Raúl cada vez que nos aproximábamos el uno al otro o girábamos dando alguna vuelta.

Cuando la canción llegó al final y solo decían «*ti amo, ti amo, ti amo, ti amo*», me di cuenta de que se habían juntado más de cincuenta personas a observarnos y hacían corrillo alrededor de

nosotros. Entonces sucedió. Raúl se arrodilló y sacó el anillo que le había hecho guardarse en el bolsillo un par de días antes. Me miró con los ojos vidriosos por la emoción y yo no sé si fue por el embrujo de ese maravilloso viaje, por la música que sonaba, por la gente que nos miraba expectante, por la cámara que nos enfocaba o, tal vez, por el compendio de todas estas cosas juntas, pero le dije que sí. Y en ese momento sentí que así debía ser y que el *Ti amo* de Umberto Tozzi me había llevado a tomar la mejor decisión de mi vida.

Capítulo 5

Para siempre es demasiado

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me volviste a pedir que me casase contigo?

—No lo sé. Solo surgió. Tenía el anillo en el bolsillo del pantalón desde que te pedí matrimonio en la habitación de hotel. Me dejé envolver por la música, por el momento, por encontrarnos en esa ciudad preciosa y haber pasado unos días inolvidables... No lo planeé, me salió solo —me explicó Raúl, mientras sobrevolábamos Venecia, ya de vuelta a casa—. Si lo hubiese pensado detenidamente, no lo habría hecho. No sé si habría podido soportar otro rechazo. Y eso me lleva a preguntarte, ¿por qué esta vez me dijiste que sí?

—Pues no lo sé. ¿Me echaste alguna droga en la bebida que me nublase el juicio? —Me reí con mi propia gracia. Raúl también sonrió—. No puedo explicártelo, esta vez lo sentí así. ¿A ti no te pasa que una noche una idea te parece malísima y todo lo ves negro, y al día siguiente ya no le ves lo negativo a la misma cuestión?, ¿o soy la única con una clara bipolaridad a la que le deben afectar las fases de la luna o la fase del ciclo menstrual en el que me encuentre?

—¿La ausencia, o no, de tu regla es la que nos ha llevado a casarnos? ¿Me quieres decir eso? —me preguntó Raúl simplificando mi razonamiento para hacerlo sonar ridículo, el muy asqueroso.

—Vamos a ver, el viernes la idea me parecía un horror sin pies ni cabeza y ayer no me parecía tan mala. Hasta diría que me hace algo de ilusión. —Raúl me miró ojiplático. Yo no entendía por qué le costaba tanto comprender algo que a mí me resultaba bastante normal. Este señor lo debía tener todo siempre claro como el agua. Pues yo no, yo cambio como el tiempo. Por la mañana puede hacer un solazo en el interior de Daniela, a primera hora de la tarde los nubarrones apagan mi optimismo, a última hora de la tarde se han disipado todas las nubes y por la noche está granizando y me quiero morir de pena. Yo pienso que, en el fondo, aunque Raúl pareciese flipar y no entender nada, me conocía perfectamente. Y eso explicaría el hecho de que me hubiese repetido la pregunta del millón. Porque él veía posible que la borrasca Daniela se hubiese esfumado dando paso a un día soleado. Al verme bailar en biquini en la plaza de San Marcos —solo en el sentido figurado de mi estado de ánimo, en la vida real iba perfectamente vestida—, se había lanzado a probar suerte de nuevo, así que no debería hacerse el sorprendido.

—Bueno, lo importante es que tenemos bodorrio a la vista. Tendremos que hablar del tipo de boda que vamos a organizar. Yo quiero algo grandioso, ¡como si se casasen los reyes otra vez! Correrá el alcohol como la espuma, habrá cientos de invitados y no repararemos en gastos.

—¿Pero a ti no te agobiaba la idea de casarte?

—Pero no por la boda en sí, ¿sabes que me encantan las fiestas! Era por el tema de casarme contigo. —Raúl me miró horrorizado y yo pillé enseguida que lo que había dicho no le había sentado bien, estaba mejorando mi empatía—. No, no, deja que me explique. —Esta frase era, últimamente, mi frase más usada—. No contigo en concreto. Me habría pasado con cualquiera. Me refiero al hecho del compromiso. Una palabra muy fuerte para mí: comprometerme con alguien para toda la vida. Mira, te lo estoy diciendo y me está entrando el agobio otra vez. No me vuelvas a ofrecer la bolsa para respirar, ¡eh! Mejor no hablemos del tema. Anda, vamos a escuchar música.

Eso hicimos. No volvimos a tratar el tema durante el trayecto y así desapareció mi ansiedad. Ya de vuelta en casa tratamos el asunto con cuidado y Raúl me dijo que lo importante era que yo no me agobiase. Que se lo contase a la gente cuando considerase oportuno y que iríamos dando todos los pasos poco a poco, que lo importante era que yo no entrase en crisis de nuevo. Le prometí intentarlo.

—A ver, que una boda tampoco tiene por qué ser para siempre. Que no es una condena a muerte, que, si la cosa no va bien, nos separamos y cada uno por su lado.

—Hombre, eso está claro. Yo no te voy a retener en contra de tu voluntad. No te estoy secuestrando, Daniela. Que lo dices de una forma... que suena así.

—No, no, yo soy libre y, si la cosa no funciona, me separo más rápido que canta un gallo. Un día me ves a tu lado en el sofá y al día siguiente no queda ni rastro de mi paso por la casa. Recojo todas mis cosas y vuelo como una cometa a otro destino —le dije mientras sacaba el montón de cosas sin usar de la maleta de los *porsiacaso*.

—Pero no puedes decidir casarte pensando que, si va mal, te divorciarás.

—¿Por qué no puedo? Estoy buscando soluciones a problemas que pueden surgir. Soy una persona previsora... en ocasiones. Aunque no lo aparente.

—No, lo estás gafando. —Raúl me miraba bastante molesto y yo no entendía por qué lo que le estaba diciendo le estaba sentando tan mal—. ¿Quién piensa en divorciarse antes de casarse?

—Pues la persona que se agobia al imaginarse unida a alguien toda la vida. *Forever and ever*. Por los siglos de los siglos.

—Mira, Daniela. —Raúl me cogió la cara con las manos y me obligó a mirarle a los ojos—. No te preocupes, ¿vale? Ese día solo nos vamos a decir que nos queremos de corazón. Tú me quieres, ¿verdad?

—Raúl, de verdad te digo que yo a ti te quiero como no he querido a nadie en toda mi vida.

—Pues eso es lo que vamos a celebrar. Yo te prometo que voy a quererte y a cuidarte siempre, durante el tiempo que me dejes hacerlo. Solo vamos a decirnos eso y, en el futuro, lo que tenga que pasar, pasará. Pero vamos a intentar disfrutar del camino que recorramos juntos, sea mucho o poco; intentemos que sea especial.

Hasta una loca con poca empatía como yo se daba cuenta de que Raúl era la puta lotería que jamás me había tocado y que por fin había llegado a mí. Ahora solo tenía que evitar que me pasase como a muchas de las personas a las que les había tocado el gordo de Navidad.

Quedarme, a la larga, más pobre de lo que era antes de que me sonriese la suerte. Y yo en ningún momento estaba hablando de dinero.

Capítulo 6

Cría amigas y te sacarán los ojos

Pasaron un par de semanas en las que dejé reposar el tema de la boda. No se lo conté a nadie, ni siquiera a Bea, porque, aunque sabía que se alegraría, tenía que estar muy decidida para gritarlo a los cuatro vientos. Además, quería evitar que la gente me agobiase con el tema, que bastante cogido con pinzas estaba ya para que encima me hiciesen dudar. Seguro que lo iban a ver precipitado y que me iban a preguntar si estaba completamente segura. Y yo nunca estaba segura ni de lo que iba a cenar esa misma noche. Yo vivía muy al día. Disfrutaba el momento y me cansaba pronto de todo. Podríamos decir que era una persona bastante volátil.

Raúl era el mayor punto fijo que había pasado por mi vida. También mis amigas, aunque cerca había estado de perderlas en varias ocasiones, eso tenía que reconocerlo.

Hablando de amigas, ese día por fin me iba a reunir con mi grupito. Me dirigí a casa de Bea, ya que habíamos quedado allí para grabar el programita de YouTube en el que hablábamos de estilismo, tomábamos café y decíamos cosas sensatas y también muchas paridas. Yo me solía caracterizar por soltar más de esto último.

Llamé al timbre y vino a abrirme Bea.

—¿Cómo está mi morsa marinera? —la saludé cariñosamente «estilo Daniela» y me miró perdonándome la vida. No podía evitar hacer alusión a su gordura de mujer embarazada de siete meses y medio cada vez que hablaba con ella, porque Bea estaba inmensa. Le habían dicho que retenía líquidos o algo así y que por eso estaba tan hinchada. Pero debía de estar ella sola reteniendo toda el agua de la ciudad. Las fuentes ya no echaban agua, los ríos se habían secado y el mar parecía un charquito diminuto porque Bea era una *hidromujer*. Era *aquawoman*. Una presa a punto de explotar. ¡Qué barbaridad!

Fui tras ella y me encontré a las chicas en el salón. El *pack* Sana, como llamábamos a la pareja formada por Sara y Ana, estaba probándose ropa. No me extrañó nada que estuviesen allí las dos, casi siempre estaban juntas. Al pequeño Hugo, hijo de Sara, lo traían muchas veces, pero desde hacía unos meses estábamos intentando mantener a los niños lejos cuando grabábamos, ya que nos ralentizaban mucho y perdíamos demasiado tiempo. Sara estaba sonriendo por algo, desde que estaba con Ana se la veía mucho más feliz. Ya llevaban un par de años juntas. Aunque Ana en un primer momento no me había caído muy bien o, mejor dicho, le había cogido una manía que no la podía ni ver, ahora ya la había aceptado como una más del grupo. ¡Mejor así! Porque la tenía que ver constantemente. Me resultaban un poco cansinas a veces, la verdad, sobre todo al principio, pero ahora ya me había acostumbrado y se me hacía raro cuando veía a una sin la otra. Los modelos que se estaban probando los había diseñado Carmen, la hermana de Kike. Carmen

Galán se había convertido en una diseñadora de gran renombre y a la gente le encantaba que nos pusiésemos sus piezas de ropa para enseñarlas en el programa.

La última integrante de nuestro grupito en ser nombrada, Marta, que era abogada y mamá de una niña llamada Alba, apuntaba algo en una libreta; supuse que estaba organizando la escaleta del programa con los temas que íbamos a tratar hoy. Levantó la vista al verme llegar y me soltó:

—Hombre, Daniela. Gracias por no contestar a ninguno de los mensajes que hemos mandado esta semana. Estás un poco dispersa, ¿no? Que aquí tenemos que colaborar todas, ¿eh? —me reprendió *miss simpatía*—. Que tú siempre te presentas aquí y dices cuatro gracias, y por ahora te está saliendo bien la jugada. Pero hay que prepararse mejor las cosas. Tenemos muchos espectadores, esto ya se está poniendo serio y tú sigues pensando en la mona de pascua.

—Joder, acabo de llegar y ya me está cayendo la bronca. He estado liada con temas personales. Hacedme un resumen de todo lo importante y listo. No será para tanto, que vosotras sois muy romanceras y en la vida hay que ir más al grano.

—Tú es que vas demasiado al grano, la verdad. ¿Y qué temas personales son esos? Si se puede saber... —me preguntó Marta, que hoy parecía la señorita Rottenmeier.

—Temas muy importantes, sin lugar a duda. No os lo imaginaríais jamás.

—Ya se está haciendo la interesante —apuntilló Sara. Desde luego que hoy la tenían tomada conmigo.

De repente vi salir corriendo de un cuarto a Hugo y a Martín, los hijos de Sara y Ana, y a Eva, la enana de Bea, detrás de ellos.

—Ah, muy bien, ¿y esto es serio? Montar aquí el chiquipark. Creía que ibais a empezar a dejar a los nenes en otro sitio... ¿Dónde está la tuya, Marta? —pregunté mientras les daba una gominola a cada uno. Que ellos no tenían la culpa de que sus madres tuviesen la cara tan dura y fuesen tan poco profesionales. Yo, sin embargo, era una tía muy enrollada.

—Está con su padre.

—Pues muy bien, así tiene que ser. Hay que separar lo personal de lo profesional.

—Nosotras no podemos dejarlos con nadie. Estamos las dos aquí —contestó Ana, a la defensiva.

—Vale, pues, si lo sé, me traigo a la perrita y así no está sola.

Y ahí volvimos a una discusión, que habíamos tenido ya en alguna ocasión, en la que ellas argumentaban que no se puede comparar a un niño con un perro, y yo seguía sin verlo claro.

—Bueno, pues la pura realidad es que nos están distrayendo. Aún no hemos concretado lo que vamos a hacer hoy, no hemos empezado a grabar ni una toma... Yo ni siquiera me he vestido y aquí están ellos saltando por todas partes —les recriminé. Eran unos niños muy escandalosos, habían salido a sus madres.

—Ya se acabó tanta palabrería —dijo Marta, chillando—. No quiero oír ni una palabra más, nos vamos a centrar ya en lo que hemos venido a hacer, que es grabar el programa. Bea, mete a los niños en el cuarto con Kike. Y tú, Daniela, céntrate, vístete y cállate la boca de una vez.

Todas la miramos asustadas y obedecimos sin rechistar.

—¿Qué son esos temas tan importantes personales tuyos? —me preguntó Bea entre susurros

para que no le riñese la marimandona de Marta.

—Ya te lo contaré —le dije con evasivas.

—No, anda, dímelo. Que últimamente estoy todo el día con los temas de las niñas en la cabeza, la que está aquí y la que viene de camino, y no me pasa nada interesante. Ya me entiendes. Ando estreñida a causa del hierro que me estoy tomando en el embarazo, mira tú qué cosas me quitan el sueño.

—Pues no, eso no es nada interesante. ¿Para qué te voy a engañar?

—Ya, por eso. Cuéntame tú. ¿Has hecho alguna Danielada? Alguna idiotez propia de ti... Cuéntame algo que me dé vidilla —me pidió Bea.

Puse los ojos en blanco y le dije que se callase, porque vi que Marta se paseaba arriba y abajo, como si fuese una profesora vigilando a una clase que se está examinando. Por lo en serio que estaba salvaguardando el orden se podría pensar que el examen imaginario que estaba vigilando era un examen de acceso a la Universidad ¡por lo menos! Yo me puse un vestido que me habían dejado preparado y le pedí a Bea que me subiese la cremallera.

—Va, dime. ¿Qué locuras te han pasado últimamente? Cuéntamelas, ¿es algo de lo que te pasó en París? Ya está, has conocido a un francés y estás con tus líos amorosos. No, ¿eh?, que Raúl es muy bueno.

—No me fui a París, me fui a Venecia. ¡Que no te enteras de nada! —le dije con más hostilidad de la que pretendía.

—¿Será posible? ¿Y por qué me engañas? ¡Qué bonita Venecia! ¿Pasaste por el puente de los Suspiros? ¿Sabías que es una construcción barroca del siglo XVII que da acceso a los calabozos del palacio? La gente se imagina que los suspiros son de los enamorados, pero nada que ver. El puente debe su nombre a los suspiros de los prisioneros que desde allí veían por última vez el cielo y el mar.

—¿Tú qué eres? ¿La Wikipedia? Cuando te pones sabihonda no puedo contigo, ¿eh? Yo pasé y suspiré. Pensaba que había que suspirar para mantener la tradición y tener suerte en el amor.

—Tú no tienes suerte en el amor —me dijo Bea, y enseguida rectificó—. Bueno, ahora sí. Raúl es genial. No es que no tengas suerte, es que nunca te has fijado en los tipos adecuados. Pero ahora sí.

—Chissst, silencio. Seguid arreglándoos, pesadas —nos gritó Marta. La había tomado con nosotras. Yo estaba viendo a Sara y a Ana, que estaban riéndose no sé de qué, y a ellas no las reñía.

—¿Me cuentas algo o qué?

Bea se puso muy pelma y yo tengo muy poca paciencia, así que se lo solté así a las bravas. A bocajarro.

—Tía, que me voy a casar con Raúl. Cállate ya, pectorra pesada.

—¿¿¿¿¿Qué????? —chilló Bea, y ahí sí que vimos a Marta avanzar hacia nosotras con los ojos enfurecidos—. ¿Cómo me lo vas a decir así? ¡No te creo! ¡Dime que es verdad! ¡No puede ser! ¡No te estoy creyendo en absoluto!

Bea pegaba pequeños saltos que le hacían parecer un balón de playa rebotando sin parar. Tenía

una sonrisa enorme dibujada en la cara y los ojos le chillaban de felicidad. ¿Pueden chillar unos ojos? ¡Los suyos sí! Tanto chillaban, los ojos y ella, que atraieron a una Marta iracunda hacia nosotras dispuesta a descargar su ira. Iracunda, ira. Pensaréis que me repito, pero es que decir que Marta estaba enfadada era quedarse muy corta. A mí su actitud me estaba pareciendo totalmente desproporcionada, pero me daba miedo decírselo, fijaos si la vi enfurecida. Llegó hasta nosotras y me agarró del brazo, me llevó a una esquina y me dejó ahí, sola. Me volvía a pasar como en el colegio: la que estaba armando el escándalo era Bea, pero, como yo ya tenía la fama de gamberra, me castigaban a mí.

—¡Pero si es Bea la que está chillando! —me defendí cual niña de cinco años.

—Algo le habrás hecho tú —me contestó ella, cual profesora tremendamente injusta que acusa sin pruebas solo por la fama que precede a la persona.

—¡No, espera, no te la lleves! Déjala hablar. Nos tiene que contar una cosa muy importante. Por favor... —le suplicó Bea.

—Bueno, me parece que hoy no vamos a poder grabar, ¿no? —preguntó Marta, malhumorada. Al parecer, no le podías cambiar los planes aunque tuvieses una noticia importante que dar. Posiblemente la más importante de toda mi vida.

—Sí, sí, grabamos luego. Pero antes vamos a sentarnos todas, voy a preparar unas tazas de café y saco unos refrigerios, porque Daniela nos va a contar una cosa que nos va a cambiar la vida.

Anda que no era exagerada Bea. Igual se pensaban las chicas que iba a compartir con ellas una vacuna que solucionaría alguna pandemia mundial, en caso de que existiese semejante situación, solo concebible en la ciencia ficción.

Vimos aparecer a Bea con una caja de galletas enorme y una tableta de chocolate, y yo le dije que ella era la única persona, que yo conocía que usaba la palabra «refrigerios» y que pensaba que ni siquiera la usaba bien, porque eso era una merienda altamente calórica. Vamos, justo, justo, lo que le hacía falta a ella para acabar de dar forma al balón de playa que tenía por estómago...

Bea me ignoró, sacó su cafetera de mango negro, «porque para las ocasiones importantes hay que tomar café de verdad», nos dijo, y la oímos trajinar en la cocina.

Mientras, en el salón, Sara, Ana y Marta me miraban expectantes y yo no sabía por qué necesitábamos tener el café entre las manos para que yo diese la noticia.

—¿Se lo puedo contar ya? ¡Tú ya lo sabes, Bea! —le grité.

—No, no. Ni hablar. Que quiero ver la cara que se les queda.

Las observé y vi que me miraban con intriga. La espera se estaba haciendo algo incómoda.

Por fin salió Bea de la cocina con una bandeja en la que llevaba los cafés. Procedí a coger el mío y me dispuse a contar, al fin, la noticia. Con tanta expectación me estaba poniendo nerviosa y me estaban entrando ganas de irme de vareta. De irme por la pata baja. Ganas de cagarme, vaya. Volví a dejar el café en la mesa, porque, si me lo tomaba, sí que saldría despedida hacia la taza del váter.

—No, no, espera, no hables. —Bea fue otra vez hacia la cocina entre las quejas, ahora generalizadas, del grupito, que se mostraba impaciente. Y después salió con su móvil

enfocándonos, listo para grabar.

—¿En serio? ¿Crees que es necesario grabar esto? —le pregunté con mala cara.

—Pero quita esa cara de malhumor, que lo voy a subir a *stories* y querrás salir mona y contenta. —Bea era una *influencer* con miles de seguidores, así que puse una sonrisa enorme y muy falsa, y me giré hacia mis amigas.

—¡Que me caso! —Y subí las manos con las palmas hacia arriba y las cejas, en plan: ¡sorpresa! Para darle teatralidad.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho? —me preguntó Sara, procesando la información.

—¿Has dicho que te casas o que te cansas? —Esta fue una pregunta muy estúpida que hizo Marta, pero es que me parece que a ninguna le cuadraba la noticia de que yo me pudiese casar y querían pensar cualquier otra cosa, como que estábamos ahí sentadas con el vídeo de Bea preparado para saber si me canso demasiado.

Como respuesta le subí el dedo del medio. Conmigo tonterías las justas. El día que repartieron la paciencia yo me había dormido y no llegué a tiempo. Bea dejó de grabar.

—Fenomenal, entre todas habéis estropeado el vídeo.

—Yo no he dicho nada —argumentó Ana. Pero es que eso tampoco era algo bueno. Bea quería grabar un: «¡enhorabuena!, ¡qué alegría!», y a todas dando saltos y abrazándonos. Eso me imaginaba yo.

—Pero ¿con quién? —preguntó Marta, que, para formular esa pregunta, más le hubiera valido haberse quedado callada.

—¿Cómo que con quién? ¿Igual con mi novio? ¿Te suena el nombre de Raúl? —le dije con rabia.

Debería estar muy enfadada con ellas. ¿Qué clase de amigas tenía? Llevaba ya dos años con Raúl y no eran capaces de dar por hecho que me iba a casar con mi novio. Igual, a algunas personas, dos años les podía parecer poco, pero era mi relación más larga con diferencia y lo más en serio que me había tomado algo en la vida. Así que me indigné. Me levanté bruscamente, empujé la silla, tiré mi larga melena para atrás en un movimiento sexi que no le restó indignación al asunto y me dispuse a abandonar la casa de Bea para no decirles a todas (bueno, menos a ella) que acababan de entrar en mi lista del odio, de la que era francamente complicado salir después.

—¡Pero no te enfades! —me decían mientras me perseguían hacia la puerta—. No nos lo esperábamos, eso es todo. Anda, vuelve, siéntate. Cuéntanos todo bien, que es una gran noticia. —Marta parecía ahora animada, o igual solo lo fingía, pero ella ya debería saber que, cuando yo ya me había alterado, era complicado que reculase. Estaba a punto de coger el pomo de la puerta cuando Ana dijo...

—Fíjate que yo hasta me esperaba que dijese que te casabas con un desconocido. No sé por qué. Porque es a lo que nos tienes acostumbradas. Cuando te va bien con alguien, huyes y serías capaz de tomar una decisión precipitada como la de casarte con alguien que acabas de conocer —me dijo, seguramente hoy estaba concursando para ganar el premio a doña sinceridad.

Me giré y las miré fijamente.

—Así me veis todas, ¿no? —les grité, alterada—. Como una loca que no puede haberse pillado por alguien maravilloso. Eso es imposible. Siempre me veréis como una descerebrada, como alguien que siempre la tiene que liar y que, si no lo hace, ya no es ella.

Todas guardaron silencio. Sin duda era lo que pensaban.

—¿Entonces estás enamorada? ¿Te vas a casar con Raúl? ¡Eso es fantástico! —afirmó Sara con entusiasmo para desviar seguramente la atención de mi pregunta.

—Esa era mi idea, pero igual no es mi destino, ¿verdad? Seguro que ese final feliz no es el que le toca a Daniela. Venga, que me voy ya, podéis hacer vuestras apuestas para ver si finalmente hay boda o lo echo todo a perder, como siempre.

Ellas se quedaron serias, supongo que sintiéndose mal, y yo cerré de un portazo.

Salí a la calle y me fui andando a por la moto. La había aparcado cerca. Vi salir a Bea. Intentaba andar deprisa, pero su barrigón no le dejaba avanzar a gran velocidad. Yo aceleré el paso, ya que no tenía ninguna intención de pararme. Iba pensando en la reacción de las chicas. Me había molestado la forma en la que me habían mirado, como si no creyesen que esa boda fuese a tener lugar. Entendí que no es que ellas no se alegrasen por mí, es que me conocían demasiado bien. Yo en el fondo sabía que era imposible que no hiciese, desde el momento presente hasta el día de la boda, alguna estupidez de gran alcance. Seguramente si el compromiso era algo serio, más seria sería la cagada que haría yo. Ellas no eran malas amigas. Ellas me conocían demasiado. La única que aún parecía tener fe en mí, en que podía hacer las cosas bien por una vez, era Bea.

Me puse el casco, arranqué la moto y me fui dejándola atrás. Me chillaba que parase y que hablase con ella. Pero yo ya había escuchado suficiente. No pensaba oír ni decir nada más. En ese momento solo importaba lo que estaba por llegar. Y la única forma de que ellas reaccionasen como yo esperaba era convirtiéndome en la persona que ellas esperaban que fuese. Había llegado el momento de cambiar y de que apareciese ante el mundo la nueva Daniela. Iba a ser la prometida ejemplar. Iba a callar las bocas de esa panda de listillas e iba a ser la mujer casada más feliz de la Tierra.

—Vamos, Daniela, tú puedes —me animé a mí misma. Porque, que tuviese claro el plan no significaba que cumplirlo fuera a ser fácil para mí. En realidad, solo tenía que aguantar unos meses sin meterme en líos y sin cagarla. Presentarme ante Raúl el día de la boda y decir: «Sí, quiero». Solo dos palabras. Parecía fácil. ¿Qué podía salir mal?

Capítulo 7

Gracias, pero mi despedida la organizo yo

A partir de esa tarde con las chicas me convertí en la prometida modelo. Me compré uno de esos libros de bodas que tanto había criticado porque me parecían muy cursis. Durante las siguientes semanas hice recortes con ideas de vestidos de novia, elegantes pero sexis, muy de mi estilo. También busqué fotos de la decoración y de las flores para el banquete, recorté las que más me gustaban y las pegué. Puse los datos de la celebración, elegí los tarjetones y los detallitos que daríamos a los invitados. Para todo ello conté con la inestimable ayuda de Bea, que se convirtió en mi *wedding planner* particular. Pero no solo decidía ella, estos preparativos estaban contando con la colaboración de todos sus *followers*, a los que mi amiga no paraba de asediar con encuestas para que nos diesen su opinión acerca de todo y, cuando digo todo, me refiero exactamente a eso, a todo. Si no le ponía freno, ellos iban a decidir hasta el color del esmalte de uñas de mis dedos de los pies.

En cuanto al tema de los invitados, los *followers* y Bea ya no podían meter baza. Entre Raúl y yo confeccionamos una lista bastante extensa, la verdad. Raúl tenía mucha familia. Yo no. Yo solo invitaba a mis padres y a algunos tíos y primos. Había una parte de la familia con la que no me llevaba bien desde hacía diez años. En aquel entonces, mi tía me había conseguido un trabajo en la oficina de mi tío, haciendo recados y echando una mano por allí. Un día me dieron unos papeles importantes para llevar a un despacho cercano. Esos papeles nunca llegaron a su destino. Aparecieron semanas después en la comisaría de un pueblo de los alrededores. ¿Cómo llegaron allí? Eso, a día de hoy, aún es un misterio. Yo me los dejé olvidados en el metro. ¿Por qué iba en metro si el despacho estaba al lado de la oficina de mi tío? Pues porque se me rompieron los zapatos bajando las escaleras hacia la calle. No podía andar como una patizamba por la vida, así que pensé que me podría acercar al centro en un momento y comprarme unos botines que ya tenía fichados y que estaban en oferta. Un trámite rápido, necesario, inofensivo y del que no se iba a enterar nadie. Algunos funcionarios que trabajaban en la finca del despacho de mi tío lo hacían constantemente. A veces, no tenían ni dónde ir y se paseaban por la calle fumando. Yo creo que más de uno había empezado a fumar para poder hacer la pausa del pitillo. Pero esa gente era mucho más profesional que yo en el arte del escaqueo, ¿eh? Una vez, un funcionario de la planta tercera que tenía obesidad mórbida tropezó y se quedó tendido en el suelo del patio. Me dijo que tenía mal las rodillas (lo cual no me extrañó) y que no se iba a poder levantar él solo. Yo me lo encontré ahí tirado, como una cucarachilla panza arriba intentando voltearse sin ningún

éxito e intenté ayudarlo, pero yo soy como un espárrago triguero en versión ser humano, así que resultó imposible que mis bracitos, aunque fibrosos, fueran capaces de levantar al muchachote que se hallaba tendido en el suelo. Vi llegar a algunos compañeros del hombre y les pedí ayuda. Ellos pasaron corriendo, buscando el ascensor porque, según me dijeron, «tenían que fichar» o les quitarían dinero del sueldo. Me explicaron, ante los alucinados ojos del señor tendido y los míos propios, que ya cuando constase en el trabajo que habían comenzado su jornada, bajarían a ayudar a su compañero que, en ese momento, estaba rojo como el tomate frito, pero ya se había resignado a permanecer en esa posición horizontal y no se esforzaba en intentar levantarse. Finalmente, dos personas bajaron y le ayudaron a levantarse. Acabaron tan agotados por el esfuerzo que se marcharon después a tomar un café.

Bueno, pues lo que os estaba contando antes del inciso de la caída del señor rollizo, por decirlo suavemente, es que yo pensé que, visto lo visto, lo mío era *peccata minuta*. Yo solo estaba cumpliendo el dicho este de: «Donde fueres, haz lo que vieres». Bea me taladraba con dichos y refranes que le encantaban y este me vino al pelo. Pues nada, que algo se torció en el plan. Llegué al centro, me compré los botines, que eran una cucada, y me dispuse a volver para entregar los papeles. Empecé a sudar cuando vi que yo solo estaba cargando una bolsa (la de los botines) y que la otra, en la que estaban los papeles del trabajo, había desaparecido. Ante situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Yo tenía que entregar unos documentos e igual, si lo hacía, no me metía en un lío. Entré en un locutorio y me conecté a la red de carpetas de mi tío y empecé a imprimir albaranes y facturas que me sonaban. Quizá estarían entre la documentación que tenía que entregar. Había echado una ojeada muy rápida a los papeles, porque eran muy aburridos, pero la verdad es que no estaba muy segura. La cuestión es que entregué esa carpeta ante la sonriente secretaria que me dio las gracias y todo. Yo pensé que me había librado, hasta que, al día siguiente, cuando ya estaba a punto de marcharme a casa, mi tío me llamó a su despacho y cerró la puerta. Empezó a gritarme porque, al parecer, yo había desvelado una serie de papeles ilegales a un despacho que era competencia directa de su oficina. Ahí tuve que reconocer que no estuve fina. Iba a proceder a disculparme y a excusarme con el tema del tacón, pero mi tío se puso tan bravo y subidito que le tuve que frenar y decirle que era «un viejo chocho, exagerado y amargado», y que ya no quería trabajar más con él. Tengo que reconocer que me enajené y, viéndolo ahora con mayor madurez y perspectiva, no tenía ninguna razón. Pero yo no soy persona de disculparme y hace diez años lo era aún menos, así que eso supuso el fin de mi relación con mis tíos y el mayor enfriamiento de la relación con mi padre, que ya me tenía atravesadita de antes y con esto me coroné. Con la sorprendente noticia de mi boda era la única vez que había visto, en los últimos tiempos, un atisbo de conformidad por parte de mi padre ante mis decisiones. Diría que hasta observé al viejo cascarrabias algo emocionado.

En lo referente a la boda, Raúl y yo lo teníamos todo bastante pensado. Decidimos no tardar mucho en casarnos y fijamos fecha para tres meses después. La unión oficial sería un ocho de septiembre, caía en lunes, en el Juzgado. Solo estaríamos nosotros y los padrinos, y luego haríamos la celebración el siguiente sábado en la masía donde yo trabajaba. Nos casaría al aire

libre un juez de paz conocido por los dos, aunque esto sería más bien una representación sin demasiada validez legal, porque nosotros ya estaríamos casados. Luego tendría lugar la celebración, que consistiría en un cóctel al aire libre en unos jardines espectaculares que tenía la masía y, tras esto, la cena en un salón en el interior. Finalizaría la noche con las copas y la fiesta posterior en el espacio que se habilitaría como discoteca. Con todo esto atado, traté con Bea el asunto que más ilusión me hacía: mi despedida de soltera.

—No podemos tardar nada en organizarla. Eres mi mejor amiga y estás a punto de explotar. No puedes faltar y tampoco me gustaría que rompieses aguas en ese momento, piensa que mi despedida tiene que ser la madre de todas las fiestas. Que me caso. Que esto es muy grande. Jamás lo habríamos imaginado y nada puede eclipsar ese momento. Ni siquiera el nacimiento de tu bebé.

—Pues nada, si quieres me pongo un tapón ahí abajo hasta que pase tu sonada fiesta. ¡No te digo, la flipada esta! —Bea estaba un poco alteradilla con el asunto del embarazo así que no le tomé en cuenta su desconsiderada contestación.

—Uy, qué carácter. Pues sí, ponte un tapón o cósete el chocho. Ponte una cremallera en el chumino para que la perlita pueda respirar, que de ahí no puede salir nadie hasta que yo lo diga.

—¿Sabes que el bebé está dentro de un saco amniótico? No está suelto por ahí flotando entre fluidos y pipí.

—¿Por qué estamos hablando de pipí? Vamos a centrarnos. Tú lo que tienes que hacer es aguantar a ese bebé como sea ahí dentro hasta que pase la despedida y el bodorrio del siglo.

—Dani, cariño, estoy casi de ocho meses. Estoy deseando que este bebé salga ya de mi interior y se acabe el estreñimiento, las noches en vela y la necesidad frecuente y constante de hacer pis. ¿Entiendes? La niña vendrá cuando ella quiera y le va a dar igual si tú tienes pensada una cena importante, una despedida de soltera o una boda.

—Vale, vale, tranqui. Todo irá bien —le contesté a Bea intentando calmarla, porque las hormonas habían tomado el control del cuerpo de mi amiga, que, al parecer, estaba pasando una odisea en el final de su embarazo—. Pues entonces tenemos que organizar la despedida cuanto antes... Ya va a ser un bajón que estés con el bombo enorme y con el embarazo tan avanzado, pero es que, como no puedas venir, me da algo. Yo te necesito a mi lado, Bea. No me puedes fallar. —Igual ella pensaba que yo se lo decía para quedar bien, pero nada que ver. Tener a Bea a mi lado me hacía mucha falta, Bea era algo así como mi hermana-amiga-madre: me daba consejos, me escuchaba y me calmaba cuando más lo necesitaba. No podía estar sin mi querida hermana-amiga-madre en los momentos más importantes de mi vida. Era de vital importancia que viniese.

—Sabes que no me quiero perder nada, Dani. Pero entiéndeme, aquí no mando yo... Bueno, yo había hablado con las chicas para organizar la despedida y habíamos pensado...

—Ay, no, no. La despedida la organizo yo. ¿No te lo había dicho? —la interrumpí, porque había que dejar las cosas claras desde el principio.

—No, bueno, normalmente eso lo organizan las amigas. —Bea parecía ilusionada y la tuve que dejar hablar. Es que cogió carrerilla y no me dejó meter baza—. Habíamos pensado en un día de

chicas al completo. Quedar por la mañana prontito, llevarte de tiendas en plan diva: «Tú eliges cosas y nosotras las pagamos», comer en tu restaurante favorito, pasar la tarde en el teatro viendo un musical que, por cierto, Kike ya nos ha conseguido las entradas. —«Pues que las vaya devolviendo», pensé—. Después, cenamos en el japonés que tanto nos mola. Aunque yo no sé qué cenaré, que me cocinen algo, porque no puedo comer pescado crudo. Continuamos con la fiesta de chicas, como a ti te gusta. Beber, bailar, posible karaoke, ¡lo que más te apetezca! Yo no sé cómo aguantaré ya a última hora de la noche, pero prometo intentar estar hasta el final por ti. —La cara de Bea era pura ilusión y me supo mal desmontarle el plan ese tan elaborado, pero yo tenía mi propia idea de lo que quería para mi despedida de soltera y no podía renunciar a ello.

—Suenan bien, pero no vamos a hacer nada de eso. —Bea me miró descolocada—. ¡Nos vamos a ir a Ibiza! —Bea me miró aún más descolocada.

—¿Cómo? ¿Cómo que nos vamos a ir a Ibiza? ¿Qué has querido decir con eso? —Bea parecía un poco agobiada ante la noticia y no tuvo la reacción que yo esperaba, la de pegar botes de alegría. Bueno, a ella pegar botes tampoco le convenía en su estado, pero un poco de entusiasmo no habría estado mal. ¿¿¿Hola??? ¡Estamos hablando de una isla brutal! No entendí su cara de acelga.

—Pues que mi despedida de soltera ya está muy pensada y va a tener lugar en Ibiza. En la Isla Pitiusa. En la isla de las mil fiestas. Bueno, así la bauticé yo la primera vez que fui, porque es la leche. Bea, ahí hay una fiesta brutal y es lo que necesito para despedir la soltería. Solo un fin de semana en Ibiza y yo ya me caso tan feliz.

—Pero también hay mucha fiesta aquí, en Valencia —me replicó Bea, y empecé a pensar que no le hacía demasiada ilusión meterse en un avión ni pegarse la gran fiesta de su vida en su estado. Pero yo ya me había informado y, si nos íbamos enseguida, ella aún podía volar. No habría ningún problema—. Tampoco necesitas irte a Ibiza para divertirte... no hay que exagerar.

—Es que, ¿sabes quién nos ha invitado y quién nos tiene preparado un gran fiestón, de esos legendarios? —le pregunté incapaz de disimular la emoción que me embargaba.

—No, ni idea. ¿Quién?

—¡¡¡Mi primo!!! —En ese momento reconozco que chillé y todo. Es que me encantaba mi primo.

—¿Qué primo? —me preguntó mi amiga, a la que no le había contagiado la ilusión ni un poquito.

—Mario. El que está más bueno que la Nutella. Cuerpo de escándalo, aire surfero. Morenito, ese que está muy cañón... ¿Ahora ya sí?

—Mario no es tu primo. —Ya estaba ahí la Bea cortarrollos.

—Ya. Tienes razón, no es primo de verdad. Eso está genial, ¿eh? Me refiero a que es una suerte que en realidad no seamos familia —le guiñé un ojo simpáticamente. No recibí la misma simpatía por su parte.

—No entiendo por qué —me contestó con brusquedad. Mi amiga era más aburrida que un vibrador sin pilas.

—Estoy bromeando. Sé que no es mi primo, pero nuestras madres han sido siempre tan amigas

que es como si lo fuese. Siempre estaban con la broma de que de mayores acabaríamos juntos. Cuando éramos niños para nosotros era impensable, pero cuando cumplió los veintiuno me dieron ganas de aplicar el dicho de: «Cuanto más primo, más me arrimo». Me estás transformando en una friki de los dichos como tú, ¿eh?

—Para que nos entendamos. Tú lo que quieres es ir a Ibiza para sacarte la espinita del supuesto primo justo antes de casarte, como si esa infidelidad no contase. Como si fuese algo normal engañar a tu prometido antes de casarte y al decir: «Sí, quiero», en ese momento, todo se resetease. ¿Es eso? —me preguntó con cara de jueza que ya había dictado sentencia y que no me favorecía en absoluto.

—Pues no, no es eso, lista. Es que tienes una boca más grande que un buzón de correos. No voy a serle infiel a Raúl, ¿vale? No soy idiota. No pienso cagarla. ¡Qué poquita fe tienes en mí! Yo solo digo que el chico es muy guapo y supongo que alegrarme la vista aún podré, ¿no? ¿O al casarme me voy a tener que sacar los ojos y nunca más podré fijarme en los tíos buenos? ¿Me voy a tener que flagelar cada vez que me cruce con un adonis? Además, vive en una chaletazo en Ibiza y nos acoge a todas allí. Con su piscinita, su jardincito... ¡Vamos a estar de lujo, Bea!

—Lo del chalet la verdad es que mola y, mirar, se puede mirar. Pero tratándose de ti, cuanto menos, mejor. —No cabía duda de que Bea me conocía bien—. El que evita la ocasión evita el peligro.

—¿Ves cómo amas los refranes? Tranquila, además ya tuve una tórrida y breve historia con él en el pasado, y no fue para tanto. No hay espinita ninguna de la que preocuparse. ¿Quieres saber cómo le entré? Lo estoy recordando y es como si fuese ayer.

—No, gracias. No me interesa —me contestó la que era, al parecer, la máxima aguafiestas de la ciudad.

—Le dije: «si vas a estar en mi cabeza todo el día, al menos ponte ropa».

—¡Qué sutil! —Bea dejó asomar una leve sonrisa en su cara. Igual se le estaba empezando a salir el palo que debía tener clavado en el culo.

—Lo sé. Los hombres nunca me pueden acusar de que no saben de qué palo voy. Soy clara y transparente.

—Tienes decidido el destino, por lo que veo. No hay posibilidad de cambio de planes.

—No, ninguna. Ya tenemos el catamarán encargado en Ibiza y todo.

—Ah, catamarán reservado. Genial. —Pero su voz no denotaba ninguna alegría ni emoción.

—Tranquila, gordita. Que lo vas a pasar muy bien. Si te caes al agua te podemos usar de boya. Tan redondita tú y tan mona. —Bea me miró fatal y le tuve que poner los ojos del gatito de Shrek y darle un abrazo como pude, rodeando su inmenso contorno con los brazos extendidos.

Tuvimos que informar a las chicas del cambio de planes. La verdad es que para todas habría sido más cómodo quedarse en Valencia, ya que al tener niños y haberse convertido en unas marujas de impresión, el plan de Ibiza les trastocaba un poco. Pero, bueno, se adaptaron. Y yo sé que en el fondo les apetecía tener un fin de semana para ellas. Yo las pensaba desmelenar a tope,

porque tenía el presentimiento de que esa fiesta la recordaríamos para siempre... y en eso estaba en lo cierto. Especialmente yo.

Capítulo 8

La bella genio de su lámpara

A Raúl le pareció bien la idea del fin de semana en la isla para despedir mi soltería. Él se iba a marchar a Sevilla con sus amigos. Le pensaban vestir de flamenca y pasearlo por las calles con los morros pintados, la bata de cola y una flor en la cabeza. Raúl se había negado en rotundo, pero sus colegas ya tenían el traje de folclórica listo para brillar. Yo esperaba que a mis amigas no se les hubiese ocurrido ninguna payasada similar, porque yo no pensaba entrar al trapo.

La noche anterior habíamos preparado los dos las maletas y habíamos echado un polvete intenso de despedida, como si en lugar de un fin de semana nos marchásemos un año. Estaba muy bien con Raúl, esa era la pura realidad, pero me apetecía muchísimo el fin de semana con las chicas. Seguro que ellas pensaban que lo hacía solo por pegarme una buena fiesta, por liarla y nada más, pero la verdad es que también era porque las cosas habían cambiado demasiado en los últimos años entre nosotras y me costaba recordar alguna conversación en la que no estuviesen hablando de los críos, de la casa o del trabajo. En este viaje tenían prohibido semejantes conversaciones, se lo había expuesto claramente. Tocaba desconectar, divertirse y volver a tener veinte años. La vida tenía que volver a ser menos seria, al menos ese fin de semana.

Nos encontramos todas en el aeropuerto. Yo llegué la última, como era habitual en mí, aunque con tiempo suficiente, esto ya no era tan habitual. Esta vez estaba ansiosa por lo que me esperaba y no pensaba perderme por llegar tarde. Había hablado con mi «primo» y nos vendría a recoger al aeropuerto; luego tenía muchos planes organizados y todos incluían alcohol, música y playa.

Cuando ya habíamos pasado la puerta de embarque y nos encontrábamos esperando que nos dejaran subir al avión, les expuse las restricciones a las que se enfrentaban en materia de conversación. Ya había hecho la lista de temas prohibidos, que serían sancionados con dureza por mí, y repartí un papelito para cada una.

—¿Por qué aparecen en esta lista los nombres de nuestros hijos?, ¿y la palabra estreñimiento, calostro y prolactina...? Seguro que tú no sabes ni lo que significan las dos últimas palabras —afirmó Ana, que no andaba nada desencaminada.

—Ni lo sé ni lo quiero saber. El otro día Sara, Marta y Bea estuvieron hablando de eso media hora. Me pareció aburridísimo. He vetado el tema.

Pensaba comprar una botella de Jagger y a la que me sacase un tema tabú le cascaba un chupito de ese mejunje infernal de elevadísima graduación. Bueno, a Bea no podría, tendría que pensar otra cosa para ella.

—¿De qué podremos hablar entonces? —me preguntó Sara, que, al parecer, no concebía la vida sin hablar de niños, de trabajo o del calostro ese.

—Pues, chica, podemos hablar del tiempo, de música, de cine, del apareamiento de los patos o de las tortugas. De cualquier cosa menos de los temas que salen en el papelito que tenéis en vuestro poder...

— Oh, vaya, ¡qué interesante! —dijo irónicamente Ana.

—Vamos a centrarnos, que aquí hay temas de los que tenemos que hablar sí o sí. Debemos hablar de tíos, de fiesta, de alcohol, de desenfreno. De cosas que no hemos hecho, de cosas que nos gustaría hacer. De a qué famosos nos tiraríamos, de a qué famosos no tocaríamos ni con un palo. Confesiones íntimas que no sabe nadie. Esta despedida va a marcar un antes y un después —les dije viniéndome arriba—. Esta fiesta va a ser lo más genial que han visto vuestros ojos, va a poner a prueba vuestros cuerpos, os va a hacer reflexionar sobre la vida y la muerte. No os extrañe que volváis de ella cambiadas, incluso que os replanteéis vuestra vida anterior. Igual os anima a coger una mochila, dejar a vuestras familias y volveros nómadas. O quizá penséis en viajar a la India para encontraros a vosotras mismas. Podéis sentir la llamada de la vocación eclesiástica e ingresar, inmediatamente después, en un convento. No sé por dónde vais a salir, pero algo gordo se avecina. En definitiva, mi despedida de soltera es posible que cambie el sentido de vuestra existencia tal y como la conocéis.

Las cuatro me miraban alucinadas, como si se me hubiese ido la pelota aún más, y escuché un bufido. No pude atribuirlo a nadie, porque estaba tan concentrada escenificando la magnitud que iba a tener mi evento, que no supe de dónde provenía. Iba a tener trabajo cambiando la perspectiva de estas amigas mías, que no sé en qué momento se habían vuelto tan sosas y cotidianas.

No me entendáis mal. Las respetaba y me alegraba de que ellas fuesen felices en su cotidianidad, pero me habría gustado que aprovecharan mi despedida de soltera para dejarse llevar, para reírse alto sin miedo de despertar a los críos, para liarla parda en un bar, igual con pelea incluida, como cuando nos echaban de los garitos porque alguna pava me miraba mal y le tenía que explicar quién era Daniela Moreno. Ellas no me lo habían pedido, pero yo les iba a conceder unos días de desenfreno y locura, de no tener que ser responsables de nadie más que de ellas mismas, ¡hasta podrían ir al baño solas! Y eso sé que me lo iban a agradecer muchísimo. Quería que ese fin de semana fuese especial para todas. Y que de él surgiesen miles de anécdotas que luego contarían a su descendencia. Yo iba a ser la bella genio de su lámpara. De nada, amigas.

Capítulo 9

La isla que nunca duerme

El viaje empezó bien. Tuvimos un vuelo divertido recordando anécdotas del pasado. Nadie sacó ningún tema prohibido; mejor, porque no me apetecía ponerme a gritarles y a reñirles en el inicio del que yo veía venir como un fin de semana espectacular. Cuando aterrizamos y recogimos nuestros bártulos, nos dirigimos a la salida donde, en teoría, nos estaría esperando mi «primo» Mario. Nos golpeó un intenso calor que se acrecentó al observar los carteles de discotecas ibicencas que estaban por todas partes. La emoción había hecho que aumentase varios grados mi temperatura corporal. Estaba muy contenta, con ganas de abrazar a Mario. Pero allí no había nadie. Bueno, sí, había gente. Familiares que se reencontraban, novios que se abrazaban emocionados después de un tiempo de ausencia, personal de algún hotel esperando a familias extranjeras... A los Smith, para ser exactos, con su cartelito informativo en alto y una gran sonrisa de bienvenida... Pero allí no había nadie que nos viniese a recoger a nosotras cinco.

Al cuarto de hora de espera, las chicas me insistieron en que llamase a Mario. Ana, Marta y Sara no me quitaban los ojos de encima mientras marcaba el número, como si yo necesitase supervisión constante, como si no se fiasen de mí. Igual se pensaban que Mario ni siquiera existía, porque ellas no lo conocían. Y que se iban a ver solas en Ibiza y sin un sitio donde dormir. Seguro que me veían capaz de darles esa sorpresa inesperada. «¡Chicas! ¡Flipad! No tenemos dónde caernos muertas, pero así añadimos un plus de emoción al viaje. Mario no existe. Es una invención mía para traeros engañadas». ¿Os imagináis? Bea sí que sabía que Mario era real, pero se había marchado corriendo a buscar un váter porque se había estado aguantando el pis hasta que habíamos aterrizado; decía que el baño del avión le parecía claustrofóbico. La entendí perfectamente. Meter a Bea en semejante cubículo era como intentar meter a un elefante en una caja de cerillas.

La verdad es que Mario no me cogía el teléfono, pero mantuve la calma. Esperamos un rato más y, cuando llevábamos cuarenta minutos de plantón y descartamos que Mario fuese a aparecer de repente por la puerta del aeropuerto, nos marchamos a buscar un par de taxis.

—Primo tuyo tenía que ser —me dijo Marta con cara de rabia, como si me hiciese responsable a mí de la falta de compromiso de Mario.

—En realidad no es mi primo —balbuceé en voz baja. No quería hablar demasiado, porque notaba el ambiente algo tenso.

La verdad es que me parecía fatal que Mario no hubiese venido, pero, vamos, que yo no tenía la culpa. Ya me encargaría de cantarle las cuarenta a ese malqueda en cuanto pusiésemos un pie en su chalet ibicenco.

Al llegar a la dirección que me había facilitado Mario, nos quedamos francamente asombradas... para bien. Solo lo veíamos por fuera, pero ya se podía afirmar que era una pasada de lugar.

—¿Estás segura de que es aquí? —me preguntó Sara, y no me extrañó nada que dudase. Yo tampoco sabía que, aquí mi primo, vivía en semejante mansión. Repasé la dirección que me había dado y, efectivamente, era ahí. Menos mal, porque los taxistas ya se habían ido y las chicas no acogerían bien otro contratiempo. ¡Qué poca paciencia estaban demostrando tener! ¡Apañados iban sus hijos con semejantes madres impacientes!

—Sin ningún lugar a dudas, aquí es —afirmé segura, y sonreí porque, «¿hola? Ya me podéis ir dando las gracias, os he traído a un jodido hotel de diez estrellas». Aun así, preferí no alardear y restregar nada por sus caras de amigas deseando plantar el huevo en algún sitio, hasta que viese con mis propios ojos al jodido Mario, que me tenía contenta. Entiéndase que esto es justo al contrario: me tenía cabreadísima, pero también muy impresionada por el exterior de su chalet, y eso era así.

—¿A qué se dedica Mario? —me preguntó Bea, a lo que yo contesté levantando los hombros en plan: «Me importa un verdadero comino mientras me invite a pasar mi despedida de soltera en el paraíso» y me acerqué a presionar el timbre de la puerta.

Las chicas miraban a la casa impacientes. Yo tengo que reconocer que también estaba empezando a ponerme nerviosa, aunque tuviese la certeza de que Mario existía y de que no era una invención mía. Ante la falta de respuesta, aporreé la puerta y, cual loca recién encerrada en un manicomio, empecé a gritar: «Ábrenos, joder» y le di por lo menos unas treinta veces seguidas al timbre, hasta que, por fin, apareció tras la puerta un Mario despeinado y adormilado, pero un Mario al fin y al cabo. Lo cual ya era importantísimo y una gran noticia.

Hasta ese momento solo habíamos podido ver una fachada blanca de importante extensión y un jardín perfectamente cuidado. Cuando Mario abrió la puerta, divisamos a lo lejos la piscina, rodeada de unas preciosas tumbonas situadas encima de una tarima de madera bajo la sombra de un par de grandes palmeras. Un pasillito hecho con piedrecitas invitaba a acercarse a una vivienda que, o era de nueva construcción, o había sido reformada hacía poco.

—Daniela, ¿estás loca o qué te pasa? ¡Estaba durmiendo! —me contestó Mario, alzando la voz.

—Me importa un bledo si estabas durmiendo. ¿Tú no tenías que venir a recogernos al aeropuerto? ¿Qué clase de personaje chungo te has vuelto? Ahora nos vas a pagar los taxis que hemos tenido que coger.

—¿Pero qué hora es? —preguntó levantando su reloj marca Omega, que debía de valer más que todos los muebles de mi casa—. Pues nada, que me he sobado. Flipando estoy de lo tarde que es. Anoche es que la cosa se lio demasiado. Bienvenidas a Ibiza, la ciudad que nunca duerme. —Mario hizo una reverencia y pude apreciar su estómago firme, ya que nos había abierto la puerta llevando solo un pantalón corto de chándal. Después, se apartó para dejarnos

entrar. Con su sonrisa traviesa estaba para comérselo y a mí prácticamente ya se me había pasado el enfado, lo cual demostraba que yo no era nada rencorosa con los anfitriones buenorros.

—¿La ciudad que nunca duerme no es Nueva York? —le preguntó Sara a Ana mientras entrábamos en la parcela. Enseguida nos quedamos paradas observando el impresionante jardín.

—Pues esta será la isla que no duerme —les contesté yo, segura de que, si había una isla que nunca dormía, esa era Ibiza. Por eso la había elegido yo para mi despedida de soltera. No quería desperdiciar ni un minuto allí.

Hice las presentaciones oportunas y las chicas fueron muy amables con Mario, parecieron olvidar enseguida el plantón del aeropuerto. Tengo que decir que él se las supo ganar. Me dijo que tenía unas amigas preciosas. Resaltó los bonitos ojos verdes de Marta, le dijo a Sara que tenía una cara muy simpática y que ya sabía que le iba a caer muy bien, le fliparon los tatuajes de Ana, la cual se los enseñó todos y le explicó por qué eran importante para ella, llegando a ruborizar a Sara en alguna ocasión y, por último, le dijo a Bea que era la embarazada más bonita que había visto nunca. Yo le dije que Bea no estaba embarazada y Mario me miró perplejo, lo vi palidecer ante su posible metedura de pata, después volvió a mirar a Bea detenidamente y se echó a reír ruidosamente. Es que eso no se lo tragaba nadie: Bea estaba embarazadísima.

—Tú sigues estando como un quesito, ¿eh, Dani? No me puedo creer que te vayas a casar. Sencillamente no me cuadra. Mi mente cortocircuita ante esa información. ¿Vosotras os lo podéis creer?

—La verdad es que no —contestó Marta—, estamos flipando mucho, igual que tú. Pero se va a casar, porque como no se case y me quede con el vestido que me acabo de hacer a medida y que me ha costado una pasta en el armario, yo la mato.

—Yo la cojo de los pelos esos largos y rubios que tiene y la arrastro por todas las calles hasta la ceremonia —añadió Sara—. De la belleza que la caracteriza no iba a quedar nada. Iba a ser una novia fea y despeinada, pero al finalizar el día sería una mujer casada. —Miré a Sara horrorizada ante la contundencia de su afirmación y me alejé ligeramente de ella.

—Yo no tengo ni vestido porque no encuentro, porque estoy muy gorda y no sé si habré dado a luz ya, me imagino que sí. Si no, que me la saquen a la fuerza. Es que vaya momento has elegido para casarte, Dani. Tú ya sabías que yo ya tenía el bollo en el horno desde hace meses y soy tu mejor amiga, no sé cómo se te ocurre organizar la boda en estas fechas.

Nos habíamos quedado parados sin parar de hablar. Ignoré el reproche de Bea y escaneé a Mario sin ningún miramiento. Estaba tan bueno como siempre. Me vino un impulso repentino de bajarle los pantalones de chándal ahí mismo y retomar el idilio del pasado, pero después sentí una punzadita de remordimientos al acordarme de Raúl. Se me pasó enseguida, porque, como ya había hablado con Bea, los pensamientos no cuentan. Aunque sería mejor que intentase relajar mi mente calenturienta; igual podría recurrir a alguna técnica que me hiciese descartar las malas ideas rápidamente en cuanto me llegaban. Imaginármelo haciendo caca postrado en el váter o quitándose las pelotillas de entre los dedos de los pies. Igual se le hacían pelotillas también en el ombligo. En esas cosas tenía que pensar cuando viese a Mario paseando sin camiseta para centrarme en Raúl. Él solo tenía dos pelotillas, y muy bien puestas además.

—No has cambiado nada, primo. Sigues con ese rollo surfero que me encanta. El pelito largo con el flequillo tapándote los ojos, ese cuerpo que es pura fibra y ese culo duro que dan ganas de apretar. —Estiré la mano para dar fe de la turgencia de su trasero, Bea me pegó un manotazo para apartarla y yo pensé en Mario mordiéndose las uñas de los pies. Funcionaba. ¡Qué manera de arquear la espalda tenía este hombre en mis pensamientos!

Bea soltó de repente:

—Calostro, calostro y más calostro. —Supuse que lo estaba diciendo para distraerme y enfadarme, pero no logró su objetivo porque habíamos vuelto a andar hacia la casa, y en ese momento estábamos viendo de cerca la maravillosa piscina: una sonrisa inmensa se dibujó en mi cara. Entonces sentí un impulso. Y yo siempre soy fiel a mis impulsos.

Capítulo 10

Mario, ¿el puto?

Solté la maleta, me quité la camiseta y los *shorts* que llevaba. Me descalcé y me tiré de bomba a la piscina en bragas y sujetador.

Todos pararon en seco su avance hacia la casa cuando vieron que no les seguía y que un rastro de ropa les guiaba hacia la piscina. Mario gritó:

—¡Esa es mi chica! —Y se tiró, con chándal incluido, al agua.

Marta nos miró divertida porque Mario y yo habíamos empezado a hacernos aguadillas y a salpicarnos. Después abrió su maleta, cogió un bañador y fue a cambiarse detrás de un seto.

—Pero no te escondas, mujer. Que este fin de semana no hay secretos y lo que pasa en Ibiza se queda en Ibiza —dijo Mario, sonriendo. Menudo peligro tenía aquí el amigo. Marta se ruborizó un poco, había perdido la costumbre de que le hiciesen insinuaciones o la piropeasen. Se ve que no se había topado con obreros en una larga temporada.

Se tiró a la piscina de cabeza con elegancia cuando estuvo cambiada y buceó hasta nosotros. Sara y Ana ayudaron a Bea a sentarse en el borde de la piscina y ella remojó contenta sus piernas y sus pies en el agua. Después se pusieron el bañador tapándose la una a la otra con una toalla. Me recordó a mi infancia. Mi madre siempre me tapaba para que me cambiase en la playa, pero ellas no lo hicieron sin poner cero interés, como hacía mi madre, así que no les vimos el chochillo como toda la playa me lo vio a mí en múltiples ocasiones.

Estábamos muy relajados y a gusto en la piscina. Marta se preguntó en voz alta cómo estaría Alba y tuvo que ser sancionada. Le expliqué a Mario lo que tendría que suceder a continuación, ante las quejas de mi amiga, que consideraba que era normal acordarse de su hija que aún era pequeña. Normal podía ser, pero lo que a mí no me parecía lógico era que ella tuviese acceso a mi lista de conversaciones prohibidas y se la hubiese pasado por el forro. Mario no tenía Jagger, absenta ni ningún licor mortal, pero salió del agua, entró en la casa y volvió con una botella de güisqui y otra de ron, algunos refrescos y unos vasos de cubata de plástico. Le llenó generosamente a Marta una copa de ron con Coca-Cola y yo la azucé para que se la bebiese de un trago. Marta bebió un poco mientras todos la ovacionábamos, y Sara y Ana nos sirvieron a todas las demás bebidas alcohólicas a nuestra elección. Bea solo bebió un vasito de Coca-Cola. Me dio ternura mi gordi, parecía la típica niña que va a un cumpleaños y no puede merendar nada porque está malita de la tripa y está ella con su panecillo de jamón york mientras todos los demás comen chocolates y caramelos. Pero a Bea no parecía importarle no poder participar de la piscina y del alcohol, y se reía divertida de nuestras payasadas acuáticas. Nos habíamos terminado la primera botella y las latas vacías de cerveza rodaban por el césped cuando Bea nos

hizo reparar en que no habíamos comido. Nosotros a esas alturas ya estábamos un poco dispersos bajo los efectos del alcohol y ni cuenta nos habíamos dado. Bea, animada por Mario, se dirigió a la cocina y preparó unos sándwiches, los acompañó de papas, olivas y aperitivos varios que encontró por la cocina y nos lanzamos sobre ella para devorarlos al verla llegar.

—Pero, Mario, ¿tú a qué te dedicas en Ibiza? ¿Esta casa es tuya? —lo interrogó Ana, que ya le había cogido confianza y estaba un poco achispada. Estaba recostada sobre Sara, que la abrazaba por detrás mientras permanecía sentada en la escalera de la piscina.

—Pues me dedico a lo que va surgiendo, igual estoy tres meses trabajando en una gasolinera, que medio año repartiendo pizzas, dos semanas dando clases de surf, o todo a la vez. Esta no es mi casa, estoy alquilado.

—Pues debes de pagar un alquiler muy alto por este chalet —afirmó una Marta a la que parecía estallarle la cabeza al intentar comprender que saliesen los números para ese alquiler de la chorrada de trabajos que había enumerado Mario. Además, no parecía que él tuviese mucha estabilidad en ninguna de esas profesiones. Más bien parecía que iba dando tumbos de un trabajo a otro movido por la corriente, como su tabla de surf.

—Es posible que esté viviendo por encima de mis posibilidades —nos dijo Mario sonriendo, mientras se abría una nueva cerveza y pegaba un largo trago—. Consigo algunos ingresos adicionales, pero si os cuento cómo lo hago, después tendría que mataros. —Nos soltó eso y se quedó tan pancho. Yo entendí que bromeaba.

Marta nos miró a todas con cara de agobio, porque era muy miedosa y acababa de visualizar a Mario como un asesino a sueldo, seguro.

Yo, que flotaba bocarriba en la piscina, ante la insistencia de Bea, que no hacía más que recordarme lo peligroso que era nadar bajo los efectos del alcohol —ella lo había experimentado—, me incorporé para saber más acerca de esos negocios que te podían hacer vivir en mansiones en Ibiza.

—Eres un jodido puto, Mario. ¿A que sí? Un *escort* de esos. ¿O te gusta más que te llamen acompañante? Un acompañante de abuelas ricas a las que te empotras en los mejores hoteles de la isla.

Marta me miró alucinada, sin duda pensando: «¿Por qué nos habrá traído Daniela a casa de un prostituto?». Las demás se rieron y Mario lo negó.

—No me dedico a eso, Dani. Aunque te tengo que confesar que he recibido ofertas relacionadas con asuntos sexuales muy interesantes, pero yo no podría satisfacer a mujeres que no me gustasen, ni aunque me hinchase a viagra.

Mario nos contó alguna de esas ocasiones en las que le habían ofrecido mantener relaciones sexuales a cambio de dinero y nos quedamos alucinadas.

—¡Qué mundo más sórdido ese de la noche! ¡Qué asco! —exclamó Marta, horrorizada.

Entonces Mario afirmó que quizá todo el mundo tenía un precio, a lo que Sara le contestó que ni de coña. Que había cosas que no estaban en venta.

—Si os ofreciesen un millón de euros por pasar una sola noche con, por ejemplo... —Se quedó pensando por un instante—. Papuchi, el padre de Julio Iglesias, que supongo que no os motiva

mucho, ¿aceptaríais?

—Por supuesto que no —contestó Marta, indignada.

Y las demás la apoyaron.

—Ni hablar, ¡qué horror! —dijo Ana.

—Ni por todo el oro del mundo —afirmó Bea.

—Si igual al hombre ni se le levanta... Se queda sopa y os lleváis, por la cara, semejante dineral. ¿Y si os asegurasen que nadie se enteraría? —las pinché yo.

—Yo no me arriesgo. —Marta, que estaba incómoda manteniendo esta conversación, me increpó—. Yo espero que las cosas que dices, Dani, sean broma. Confío en que, llegado el momento, no te atreverías a hacer una cosa así.

—Eso nunca lo sabrá nadie —les dije saliendo del agua y poniéndome frente al poco sol que quedaba. Estaba atardeciendo y nosotras ya teníamos las manos como pasas de arrugadas.

Se me fueron uniendo las demás e intenté que pusiesen en orden el listado de hombres famosos «poco folleteables» que se me ocurrió. En ello estaban, por ahora decidiendo si dejaban en el último lugar al actor de Mr. Bean, a Michael Jackson o a Santiago Segura, cuando Mario volvió a salir de la casa con más bebida. Estaba eufórico y muy hablador, nos decía que quería saber todo acerca de nosotras, pero apenas nos dejaba hablar. Las chicas me preguntaron si consumía drogas, a lo que les contesté que imaginaba que no. No, que yo supiese. ¡Anda que no les gustaba montarse películas a estas chicas! No puede mostrarse un chico risueño y hablador porque sí, enseguida le acusan de drogadicto.

Esa noche, Mario no nos dejó que entrásemos en la cocina para preparar la cena, dijo que él se encargaba, así que nosotras aprovechamos para darnos una ducha. Después dejé a las chicas contactar con sus familias, preguntar por los niños y, al comprobar que todo estaba bien, se quedaron más tranquilas. Yo llamé a Raúl y me contó que estaban cogiendo fuerzas. Habían ido a dar un paseíto en coche de caballos, habían entrado en casi todos los bares de Sevilla y él ya estaba cansadísimo. Me dijo que, si se pudiese quedar durmiendo, sería un hombre feliz, pero sus amigos le habían dicho que de eso nada, que enseguida se volvían a poner en marcha, a seguir bebiendo y a terminar la noche doblados en alguna discoteca de moda. Me despedí diciéndole que no hiciese nada que yo no haría y se echó a reír, seguramente porque pensó que le acababa de abrir un mundo de posibilidades.

Capítulo 11

Vaya noche la de anoche

Cuando Mario nos convocó en el salón, nos quedamos muy sorprendidas. Había puesto la mesa con un mantel muy elegante y había dispuesto dos velones que iluminaban toda la estancia. Nos hizo tomar asiento y simuló ser nuestro camarero. Se había puesto una camiseta negra y unos vaqueros desgastados y llevaba un delantal también oscuro con la cara de Darth Vader. Nos sirvió a todas una copa de vino, menos a Bea que continuaba con los refrescos, y me hizo degustar el líquido y darle el visto bueno. A mí, aunque no era una entendida en vinos, me pareció que estaba estupendo.

Las aguafiestas de mis amigas empezaron a advertir de los efectos que tendrían sobre nosotras al día siguiente la barbaridad de mezclas alcohólicas que estábamos haciendo. Pero yo las inste a callar.

—Hay que aprovechar el hoy, que es el ahora, y disfrutar. El mañana es incierto. Comamos, bebamos y que no vengan más de los que estamos.

Di este discurso subida sobre la silla, empujada por una repentina sensación de euforia y bienestar, disfrutando de la felicidad que me acompañaba en ese momento. Tenía a mis amigas a mi lado, a Mario y su casoplón, y todo iba de maravilla. Las chicas se estaban divirtiendo mucho, solo había que verlas. Estaban relajadas, hasta Bea parecía disfrutar de la cena y la compañía. Y es que Mario nos había preparado una receta bastante elaborada: Salmón marinado con jengibre, *wasabi* y salsa de cítricos. Nos contó que llevaba cuatro días preparando este plato y a mí me extrañó que Mario hubiese tenido tanta constancia. Esperaba que no nos intoxicase. Igual lo había sacado de alguna casa de comidas preparadas; no me extrañaría, la verdad, pero lo cierto es que estaba muy bueno. Bea inspeccionaba cuidadosamente el plato para comprobar que estuviese bien cocinado por algún asunto relacionado con el bebé, que explicó brevemente, porque le dije que ese tema estaba en la lista de conversaciones prohibidas.

Esa noche nos cogimos una bufa del quince todas. Bueno, todas menos una, la preñada, que se debió de ir a dormir sin decir ni pío para que no intentásemos retenerla en contra de su voluntad. No sé a qué hora pasó eso, pero sí sé que a las tres de la madrugada en la casa de Mario no cabía ni un alfiler. Me di cuenta de golpe, cuando salí del baño con Marta. Es cierto que nos habíamos pasado más tiempo del razonable en el baño, porque a mi amiga le entró la paranoia de que su pelo no se había quedado bien al no secarlo tras la ducha y consideró que a las dos y media de la madrugada era una hora más que apropiada para probar mi plancha del pelo, que la verdad es que era un aparato magnífico al que solo le faltaba volar. Una pasada de plancha, en serio, algo superior y altamente recomendable. Le quemé varias veces la cabeza, porque yo no estaba para

esos menesteres, pero ella no chilló ni lloró ni nada. Estaba encantada, gozando con la dichosa plancha más que con el Satisfayer.

—¡Vaya melena me ha dejado! —Marta movía el pelazo de un lado al otro y yo la aparté de un empujón, porque quería salir ya y me estaba robando tiempo de diversión. Cayó sobre el váter y le entró la risa tonta. Estuvimos un rato riéndonos, a mí hasta se me saltaron las lágrimas al ver que Marta no era capaz de levantarse por sí misma en medio de su ataque de risa. Con mi ayuda lo consiguió y, antes de irnos, aproveché para meter la plancha caliente en la bolsita, que por suerte no ardió ni nada por el estilo. Salimos del baño y nos percatamos de que habíamos hecho cola. ¿Cómo podía ser? ¡Si éramos solo seis personas en esa casa y una estaba ya en el quinto sueño! Ahí es cuando nos dimos cuenta de que habíamos recibido alguna que otra visita. La música sonaba por toda la casa, la gente bebía apoyada en las paredes, algunos se daban el lote y otros comían unos platos de aperitivos que Mario debía de haber distribuido por las distintas estancias.

—¿Pero qué está pasando aquí? —les preguntamos a Sara y a Ana, que suponíamos que se habrían enterado de en qué momento esta casa había pasado a convertirse en Pacha Ibiza. Antes de que ellas terminasen de enrollarse y nos contestasen, Mario se acercó a nosotras y nos lanzó confeti a la cabeza. Marta movió rápidamente su cabeza para que los papelillos no le estropeasen su estupendo peinado de media hora de «cocción». Mario siguió andando risueño repartiendo confeti a diestro y siniestro y no nos dio tiempo a preguntarle nada. Yo lo estaba pasando bomba, me vine arriba, empecé a bailar, me subí en una silla, di un discurso, me bajé de la silla, pillé el confeti, lancé el confeti, vi unas flores en un jarrón, las saqué del jarrón, cayó agua, me mojé los pies, lancé las flores para ver quién se casaría después, le cayeron a un tío calvo y con barba que se emocionó un montón, empecé a bailar quitándome ropa, seguí bailando mientras mis amigas me ponían ropa... En fin, un auténtico desmadre de los que al día siguiente dices: «Vaya noche la de anoche».

Tras este desenfreno me entró un ligero bajoncillo y fui con las chicas a sentarme en unos sillones.

—Descansamos solo diez minutos —les aseguré.

—¿Quién será toda esta gente? —preguntó Ana, pegando un trago a su copa—. Mario ha estado hablando por teléfono y, a los pocos minutos, han empezado a llegar todas estas personas como en hordas de zombis.

—Bueno, pues mejor. Así más ambiente. ¡Fiestón! —contesté en absoluto preocupada por tener esa visita de tantos desconocidos.

—¡Fiestón!, ¡fiestón! —gritó Marta, que movía el pelazo de un lado al otro, emocionada. Estaba muy graciosa, pero tenía que controlarla. Marta pasaba de ser el alma de la fiesta a la borracha a la que hay que meter en la bañera para que se le baje el pedo y pare de vomitar, en un visto y no visto.

Entonces divisé a Mario y me di cuenta de lo que estaba haciendo. Le pasó un papelito a un chico alto y este le dio veinte euros. Mario se guardó el dinero en el bolsillo de atrás y después se alejaron cada uno por su lado.

Vale, Mario no solo consumía droga, al parecer también la vendía. Pero no me pareció buena idea contárselo a las chicas. Sin duda, pondrían el grito en el cielo y arruinarían la fiesta y mi despedida de soltera. ¡Con lo bien que lo estábamos pasando! De eso nada, esto lo arreglaría a mi manera. Al despertarme cogería a Mario, le cantarí las cuarenta y le diría que nada de traficar delante de mis amigas, que eran polis o algo así.

Pero cuando me desperté al día siguiente Mario no estaba.

Capítulo 12

No rompas más mi pobre corazón

No había conseguido descansar bien. Lo que mis amigas anticiparon ayer, que al amanecer íbamos a lamentar la mezcla mortal de bebidas alcohólicas, estaba en lo cierto. ¡Esas chicas eran unas sabias! Me había despertado varias veces durante la noche, desubicada y buscando agua, como si llevase una semana andando perdida en el desierto. Pero una cosa es lo que me pedía mi deshidratado cuerpo y otra bien distinta lo que estaba dispuesto a hacer mi aparato locomotor, ya que las fuerzas no me acompañaban para tal propósito. ¡Estaba reventada! Y no fui capaz de levantarme e irme de expedición a la cocina en busca de algo de beber, así que durante el par de horas que permanecí acostada me mantuve en una especie de duermevela. Estuve alerta por si, por alguna de aquellas, veía a Mario levantarse, porque quería hablar con él cuando no me oyesen las chicas. Pero no fue posible, ya que me debí de dormir profundamente justo cuando él se marchó. Cuando me levanté, vi que había dejado una nota donde nos decía que se iba a hacer surf. ¿Se habría drogado de buena mañana? Igual él tomaba *cocacao* en vez de Cola Cao... Vale, ya, lo sé, una broma un poco forzada, pero ¿era posible? Porque a ver quién tenía fuerzas para hacer deporte después de una noche de fiesta llena de alcohol y desenfreno.

Decidí que no merecía la pena agobiarse por ese asunto, él ya era mayorcito, y me dispuse a despertar a las chicas para moverlas hacia la playa.

—¡Vamos! ¡Arriba, petardas! ¡Un nuevo día comenzó! Estamos de despedida y la playa nos espera —les grité levantando la sábana que tapaba sus respectivos colchones mientras me paseaba dando pequeños saltos alrededor de ellas.

Mario nos había habilitado una habitación en la que dormíamos todas juntas en colchones hinchables. La casa tenía varias habitaciones libres, pero las chicas habían dicho que cuanto menor trastorno le causásemos al anfitrión, mejor y, además, nos hacía ilusión la idea de dormir juntas y simular que estábamos en una fiesta de pijamas como las que organizábamos de niñas.

—Daniela, son las ocho de la mañana —me dijo Bea, abriendo un ojo. Precisamente se quejaba ella. ¡La que más había dormido! Observé que su nariz de embarazada se había ensanchado durante la noche y así se lo hice ver. Algo que, al parecer, a ella no le pareció de buen gusto. ¡Qué susceptible estaba!

Las demás ni me contestaron, siguieron remoloneando y pretendieron darme la espalda y continuar durmiendo. No me quedó otra salida. Cogí mi móvil y puse música a todo volumen. A Bea le recordó a cuando participó en el *reality 2+2 son Vip*, a ese momento en que la musiquilla horrible que patrocinaba el programa les despertaba cada mañana. Ella se activó enseguida, a las otras les costó más. Les dejé las luces encendidas y la música sonando, y me fui con Bea a la

cocina a tomarnos un café. Yo pensé que el café me asentaría el cuerpo escombros que me acompañaba en ese día y, de no ser así, por lo menos me haría vomitar los estragos de la noche anterior. Ambas opciones me parecieron aceptables.

En el camino hacia la cocina pudimos comprobar que Mario no había echado a nadie de la casa. Todos los invitados de la noche anterior tenían cabida allí. Había gente durmiendo en el sofá y también tendidos sobre una alfombra que había en el salón. Nosotras nos habíamos ido a la cama sobre las cinco de la madrugada y, prácticamente, la gente que estaba a esa hora seguía aún en la casa. Al despertar, Mario había considerado una buena idea marcharse dejándolos a todos allí, con la casa hecha un asco. Esa debía de ser la vida ibicenca. Sin estrés ni preocupaciones. Te levantas y a surfear.

Nosotras recogimos lo que pudimos, por aquello de ser buenas invitadas, pero Mario iba a tener que ponerse a limpiar seriamente o contratar algún servicio de limpieza. Esto no sería un problema para él porque, por lo que habíamos comprobado, estaba forrado.

Cuando por fin las bellas durmientes se reunieron con nosotras, desayunamos y nos duchamos, nos pusimos los bañadores y nos marchamos a la playa. Mario me había mandado un audio y me había dicho que había un monovolumen aparcado en la puerta y que estaba a nuestra disposición, que cogiésemos las llaves que estaban en un armario del comedor y que nos fuésemos a la playa con él.

Le contesté con otro audio. «Gracias, guapetón. Cuando lleguemos, ¿te mando ubicación y te reúnes con nosotras?». No me contestó, supuse que estaría haciendo surf.

Elegimos una famosa cala de Ibiza que no nos pillaba muy lejos de la casa de Mario. Había mucha gente, pero nos hicimos un hueco cerca del mar. Al poco de estar instaladas, empezaron a aparecer algunas fans de Bea para hacerse fotos con ella. Mi amiga se había hecho aún más popular después de participar en el *reality* de parejas. Las demás también éramos conocidas debido al programa que grabábamos con ella para su canal de YouTube y nos unimos a la foto.

Esa mañana lo pasamos genial. Playa, sol y buenas amigas. Aquello era el paraíso. Agua transparente y vistas muy hermosas. Permanecimos tumbadas sin apenas movernos, de vez en cuando entrábamos en el mar para aliviar el calor o nos echábamos agua con un dispensador que yo siempre llevaba conmigo en verano. El agua estaba para eso y para que bebiese Bea; las demás nos suministrábamos cervezas de una neverita que también nos había proporcionado Mario.

—La verdad es que este chico se lo está currando, eh. Es un tío genial. ¡Más majo! —me dijo Marta. Y pensé en cómo le cambiaría la imagen que se había formado en la cabeza si le contase que ayer le había visto pasando droga. No le habría gustado nada, ya ni sería majo ni genial ni molaría nada en absoluto.

Las chicas estaban muy contentas y agradecidas por este viaje. Se ve que hacía mucho que no estaban en una playa tumbadas haciendo «la nada». Cuando iban a la playa con sus familias, se pasaban el tiempo vigilando a los enanos seguramente para que no se ahogasen, comiesen arena o cosas de esas que hacen los niños. Por suerte, yo de eso no tenía ni idea y la playa para mí

siempre era estar «a la parrilla», vuelta y vuelta. Y ya sabemos todos que «a la parrilla sabe mejor».

A la hora de comer nos acercamos a un chiringuito que había en la playa. Sonaba música por unos altavoces y la gente comía, bebía y bailaba, todo a la vez. Nos dejamos llevar por el ambiente. La música fluía por los poros de nuestra piel, que se veía cada vez más rojiza a causa del sol, y eso que Sara nos había embadurnado de protector solar por todos los recodos de nuestros cuerpos. Me di cuenta de que las copas que bebíamos alegremente se nos estaban subiendo a la cabeza cuando reparé justo en eso, en nuestras cabezas. ¡Llevábamos sombreros! Todas nosotras teníamos unos sombreros de *cowboy* y en ese momento por los altavoces sonaba la canción de Coyote Dax. Nosotras nos movíamos de un lado a otro, yo muy dignamente y las demás sin dar pie con bola con la coreografía, que más fácil no podía ser. Pero es que a Ana le había entrado la risa floja y se había tirado al suelo, y Sara y Marta le pasaban por encima entre risas intentando seguir los pasos sin golpearse contra la marabunta de gente. Los sombreros eran de un grupo de chicos que también estaban de despedida de soltero y eran ellos los que habían pedido la canción, que por cierto era muy apropiada para su atuendo, la verdad. Uno de ellos llevaba un tanga de leopardo y una pajarita y me imaginé que sería el novio. No sé cómo se prestaba a mostrar su culo peludo a todos, porque era un chico con mucho pelo y su trasero no era nada agradable de ver.

En pleno auge de la fiesta quise mirar la hora en el móvil y me di cuenta de que había estado veinte minutos hablando con Raúl. Ahí volví a comprobar mi estado de embriaguez. No recordaba haber hablado con él. ¿Qué le habría dicho? Esperaba no haberle contado lo del narcotraficante Mario, porque a Raúl no le habría hecho ninguna gracia. Igual le había contado que estaba viendo el culo peludo de un tío, vete tú a saber. Y hablando del rey de Roma, el del culo peludo no, el otro. Ahí estaba. Mario apareció en el chiringuito y nos dio un montón de efusivos abrazos. Se apartó para hablar con Bea. Definitivamente, mi amiga necesitaba hablar con alguien que no estuviese alcoholizado, ya que la observaba mirarnos con mala cara en la distancia, debajo de una sombrilla. El «No rompas más mi pobre corazón...» no es fácil de digerir si no llevas en el cuerpo algunos cubatas.

Marta se subió a una silla y empezó a animar a todo el personal.

—¡Vamos, chavales! ¡Esto es Ibiza, la isla que nunca duerme! —Después de gritar eso se tiró agua de una botella por la cabeza, se debía de sentir estrella de *rock*. Se le quedó todo el pelo pegado a la cara y entonces quiso solucionarlo volteando la cabeza arriba y abajo para que el pelo adquiriese volumen. Me dio un poco de miedo que se precipitase hacia el suelo con tanto giro de cabeza; estaba haciendo bastante el cuadro. Después se enderezó y se tambaleó un poco. Por suerte no cayó encima de nadie. Empezaron a mirarla con mala cara cuando lanzó el agua de la botella sobre las cabezas de todos los que bailaban a su alrededor, según ella con el objetivo de refrescar a todo el mundo.

Si sus compañeros de trabajo la vieses en ese estado, alucinarían; Marta era una abogada bastante seria... menos cuando se sentía como un miembro de AC/DC.

Yo me sentía contenida en este viaje y eso no podía ser, así que le pedí al dueño del chiringuito que me dejase pinchar música en plan *DJ* Daniela. Me puse a mezclar canciones y lo hice estupendamente, porque lo de haberme enrollado con tanta gente tiene como ventaja que conoces cómo funcionan muchas profesiones. Y *DJ* Luca, el italiano de mis veintitrés, me había dejado toquetear su mesa de mezclas (y lo que no era su mesa de mezclas) de vez en cuando. Me puse una mano en la oreja en plan profesional y empecé a poner temazos muy buenos. La gente me ovacionaba y me vine arriba. Era una diosa de la música. Entonces apareció una chica que pretendió empezar a ejercer ella también de *DJ*. «¿Perdona? ¿Pero dónde vas, flipada?» me entraron ganas de decirle eso, pero pasé directamente a la acción y ella me plantó cara. Mis amigas, viendo los codazos que nos estábamos empezando a propinar con escaso disimulo, intentaron que dejase que ahora lo hiciese ella un rato, pero yo no estaba por la labor. Le metía pequeños golpes con el culo para que se esfumara, pero ella volvía a colocarse frente a la mesa, risueña.

Cuando estaba a punto de sacarle los dos ojos de las cuencas, vi que Bea, desde su sombrilla de rayas, le decía algo al oído a Mario y este, veloz, se plantó a mi lado y me levantó en volandas. La chica entonces ya se apropió completamente de la mesa de mezclas y yo, en el momento en que me dejó en el suelo, estuve a punto de abofetear a Mario por su desfachatez, pero él me relajó diciéndome que nos teníamos que ir porque nos esperaba una sorpresa.

Capítulo 13

Una barriga llena de bebés

—¡¡¡El barco!!! —grité emocionada y, manifestando un cambio radical de estado de ánimo, me lancé a sus brazos sin previo aviso y por poco nos caemos los dos sobre la arena. Las chicas se ilusionaron un montón. Aunque realmente no fue una sorpresa, porque yo ya sabía que teníamos un barco reservado, pero a Mario le sirvió para evitarme una pelea y a mí me ilusionó igual. Recogimos nuestras bolsas de playa y nos despedimos de los amigos y del novio hortera del tanga de leopardo, y caminamos por el paseo de la playa siguiendo a Mario. Nosotras no parábamos de reír y Bea no paraba de beber agua, acalorada. Llevaba una pamelita gigante y casi no le veíamos la cara, pero parecía contenta y relajada. La achuché y le dije lo muchísimo que la quería y me puse en plan osa amorosa; mi amiga estaba encantada con tanta muestra de afecto. Yo no era muy cariñosa y Bea siempre me lo echaba en cara.

Sara y Ana caminaban de la mano. Sara se acercó y le dijo algo al oído a Ana, y esta le cogió la cara con las dos manos y empezaron a besarse. Habían dejado de caminar y nos paramos para vitorearlas. No parecían prestarnos ninguna atención y les pedí que se contuviesen, que había una que se iba a casar, era una persona sexualmente muy activa y estaba a dos velas. Mario aprovechó para insinuarse:

—Nos escondemos detrás de esa palmera y lo arreglamos en un momento, ¿eh? Eso tiene fácil solución.

Bueno, fue bastante claro, no sé si lo que me dijo se puede considerar insinuación.

Habíamos llegado al barco. Era un catamarán de considerable tamaño. Mario nos ayudó a subir y nos explicó que, a partir de ese momento, teníamos cuatro horas de música y barra libre de bebidas y comida. El barco se puso en movimiento y nosotras fuimos directas a la parte delantera, la proa, como se diría en terminología náutica. Extendimos nuestras toallas para disfrutar del sol, pero no nos llegamos a tumbar porque Mario se acercó a nosotras con un montón de vasos con bebidas. Con él iba otro chico que cargaba con un equipo de música. Se llamaba Carlos y era el mejor amigo de Mario. Los dos se encaramaron a la máquina y enseguida empezamos a escuchar música electrónica a todo volumen.

Llevábamos unas seis horas bebiendo sin descanso y, aunque estábamos un poco cansadas, seguíamos animadas. Los chicos le habían sacado a Bea una tumbona y estaba toda repantigada con un vaso de agua con hielos y una rodaja de limón. Con su pamelita extragrande, sus gafas de sol y su bañador rayado parecía una señora bien y no pegaba mucho con este grupo de chicas que cada vez se mostraban más alocadas.

El sol pegaba fuerte y nos estaba empezando a dejar grabadas las marcas del biquini sobre la piel. A mí mucha marca no me podía dejar, por lo menos en el culo, porque llevaba un biquini negro brasileño que dejaba poco a la imaginación, pero me quité la parte de arriba porque no había cosa que odiase más que unas tetas blancas desluciendo un cuerpo moreno. Animé a mis amigas a hacer lo mismo y Ana y Sara se unieron a mi causa. Estábamos en medio del mar, la única presencia que les podía cortar el rollo era la de Mario y Carlos, pero no parecía importarles que les viesan los pechos. A Marta sí, así que me miraba alucinada mientras yo me recorría la proa dando botes en una especie de baile que me había inventado siguiendo el ritmo de la música.

Según me dijo después, ella pensaba que no había nada malo en hacer toples, pero lo de correr y saltar con las tetas moviéndose de un lado a otro, eso ya le había chocado más. ¡Qué reparos tenía la gente con cosas tan naturales como el bamboleo de unos pechos turgentes!

Paré mi baile porque recibí una foto en el móvil. Un amigo de Raúl me mandaba una imagen de mi prometido con vestido de lunares y una flor en la cabeza, que no sé cómo habrían enganchado a su pelo corto. Se la enseñé a las chicas y nos estuvimos riendo de lo lindo durante un buen rato.

—Te teníamos que haber hecho alguna putada de esas nosotras a ti. Hemos sido demasiado buenas —me dijo Ana.

—Es que Daniela no se corta, entonces no tiene gracia. Lo bueno es hacer a la persona pasar apuro.

Tras decir esto, Sara se bebió su copa de un trago y fue a por más. Las chicas charlaban entre gritos, Mario y Carlos estaban dirigiendo el barco y yo me asomé a la borda y me lancé al mar. Sentí ese impulso. La cosa es que no pensé en avisar a nadie y no se debieron de dar cuenta. Pero todo eso lo supe luego. Yo estaba feliz nadando y buceando entre pececillos. Con esa sensación de frescor que te recorre el cuerpo ardiendo por el sol al entrar en contacto con el agua, me sentía una sirena. Cuando saqué la cabeza del agua, vi la popa del catamarán alejándose de mí y dejando un mar revuelto a su paso. Me había quedado sola en medio del mar y me puse a hacer el muerto para que mis tetas tomaran color.

Pasaron unos diez minutos hasta que mis amigos repararon en que Daniela no estaba en ningún sitio y dieron la vuelta para venir a buscarme.

Me ayudaron a subir mientras Bea me regañaba por el susto que les había dado y yo la ignoraba totalmente.

—Relájate, Bea. Está todo bien. Se me ha pasado avisaros, sabes que soy una chica de impulsos.

Ella asintió. Lo sabía perfectamente.

Me enrollé la toalla sobre el cuerpo y aproveché que Mario estaba solo dirigiendo el barco para acercarme a hablar con él sobre el tema que me rondaba desde la noche anterior. Carlos se había reunido con las chicas y estaban todos tumbados tomando el sol. Con el follón de la música era complicado que nos pudiesen escuchar...

—¡Hola, grumete! ¿Has venido a echarme una mano? Fijo que tú nos harías naufragar, hasta en

un día como este de poco oleaje y sin nada en el horizonte —me dijo con una sonrisa en la cara. Le encantaba meterse conmigo.

—Y te daría rabia porque se te caerían las drogas al mar, ¿no? —A Mario se le borró la sonrisa de la cara—. Y a los peces les daría un subidón enorme con el *speed*, la cocaína o con lo que sea que trafiques.

—Tía, se te va la pinza. No sé de qué me estás hablando —me contestó sin mirarme a la cara, con la vista fija en el mar.

Le cogí de la barbilla y le obligué a mirarme.

—Por eso tienes pasta, ¿verdad? Y tú también te colocas, eso explica que salgas con esas pupilas hiperdilatadas y seas el alma de la fiesta. Y por eso te vas a hacer surf sin haber dormido, porque vas a tope.

—Te estás montando una película muy guapa. —Esa fue su contestación, pero no me lo creí.

—No quiero saber nada del tema drogas mientras estemos aquí, ¿eh? ¿Me estás escuchando?

Mario fingía ignorarme, pero me había oído perfectamente.

—Dani —me llamó cuando ya me estaba marchando—. ¿Desde cuándo te has vuelto tan puritana? —Mario volvía a sonreír.

—A mis amigas no les van esas mierdas. No quiero que las espantes, que es mi despedida de soltera, coño.

Me largué dejándolo solo. Era verdad que a mí no me había escandalizado, él sabía que los dos nos habíamos corrido grandes fiestas y yo había probado de todo. A él no le iba a engañar, pero me estaba reformando y pasaba de rollos, que yo era muy de liarme fácil, así que las malas influencias mejor dejarlas para otras personas con más cabeza y más fuerza de voluntad. Me quité la toalla y volví a tumbarme junto a las chicas. El sol ya no pegaba tan fuerte y se estaba de maravilla allí. Pero nuestro paseo en barco estaba llegando a su fin, volvíamos a ver cómo el puerto se iba haciendo más grande ante nuestros ojos y fuimos preparándonos para bajar.

Las chicas estaban encantadas con Mario y ahora también con Carlos. El chico era muy majo, la verdad, Mario se lo estaba currando mucho y estábamos pasando una despedida inolvidable.

Paramos en un restaurante mejicano que era «la rehostia», palabras textuales de Carlos, y volvimos de nuevo a la casa de Mario.

Pasamos una segunda noche muy divertida, aunque esta vez más tranquila. Solo estábamos nosotras, Carlos y Mario. Estábamos sentados en las tumbonas de la terraza porque hacía una noche estupenda. Bebíamos y hablábamos sin parar.

Mario empezó con su ritual, se marchó dentro un par de veces y luego salió muy excitado, como si hubiese bebido siete red bulls de golpe. No me podía creer que nadie se estuviese dando cuenta de que Mario se estaba metiendo algo. Seguro que Carlos sabía lo que estaba haciendo su amigo. Pensé que estaría acostumbrado, porque no parecía darle mayor importancia. En una de las ocasiones en las que Mario se metió en la casa, entré detrás de él. Lo seguí por los pasillos a una distancia prudencial hasta que entró en su habitación. Esperé un poco, porque quería pillarle con las manos en la masa, de modo que abrí la puerta de golpe.

—Joder, Daniela. ¿Por qué no llamas a la puerta? —Mario se había colocado delante de una mesa que tenía en su habitación y trataba de ocultar lo que había detrás.

—¿No te gusta que te miren mientras te drogas? —Vale, era una acusación seria y no tenía demasiadas pruebas, pero, por la cara que puso Mario, supe que había dado en el clavo.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? No sé de qué me estás hablando —me contestó sin demasiada convicción.

—No pasa nada, solo quiero unirme a la fiesta, ¿o es que no te gusta compartir? —Me acerqué a él mientras le sonreía y Mario pareció relajarse. Se apartó de la mesa y ahí estaba. Una raya de coca lista para consumir y una bolsita con los mismos polvos blancos al lado.

—Venga, que invita la casa —contestó, alegre.

Me acerqué a él y, cuando estaba a su lado con la cabeza agachada lista para inhalar la droga, me giré y le pegué un codazo en toda la tripa. Mientras Mario se sujetaba la barriga, empecé a propinarle golpes por la cabeza, hombros, brazos... En fin, por todos los lugares que se me pusieron a tiro.

—Pero, ¿cómo eres tan idiota? ¿Trapicheas con droga y también la consumes? ¿Cómo te puedes meter esa mierda en el cuerpo? ¡Qué decepción más grande tengo contigo! ¡Has caído muy bajo, en serio!

—Daniela no hagas un mundo de esto, que es una tontería. ¡Joder, qué daño me has hecho! —chilló hecho un ovillo—. Consumo de vez en cuando y a veces le paso a algún colega que le da palo lo de ir por ahí a pillar. También hago alguna operación más gorda, pero ese tema lo tengo totalmente bajo control. No tienes nada de lo que preocuparte.

—Tus operaciones tienen que ser bastante grandes para poder vivir en semejante chaletazo, a mí no me la vas a colar. Y te vas a meter en un lío por creerte más listo que nadie, y eso no me hace ninguna gracia, que yo te aprecio, que nos hemos criado juntos.

—Daniela, no te puedo contar mucho, pero las operaciones son así de sencillas. Mañana mismo, si tú quisieras, yo te daría material para llevar a Valencia y pasarías sin problemas los controles porque el pavo al que le mando la *merca* tiene el aeropuerto controlado. Cuando aterrizases en Valencia, un hombre trajeado se acercaría a ti y se llevaría la maleta, y al día siguiente tendrías en tu cuenta bancaria 100.000 euros. Para ti solita, a disfrutar y a vivir. Si es que esto es muy fácil...

»Pero bueno, esto es hablar por hablar, porque tú nunca te prestarías a eso. Y mira que tú eres una tía valiente, con agallas, pero no creo que tengas lo que hay que tener. Para hacer esto hay que ser de otra pasta. Por eso ganamos tanto dinero, porque esto no lo puede hacer cualquiera.

Me quedé mirándolo alucinada. ¿Estaba pretendiendo que pasase droga? Y me daba la explicación como si de verdad eso fuese tan sencillo. Todo controlado y, sin prácticamente hacer nada, te forras. ¿A quién pretendía engañar?

—Mira, Mario, no me vendas esto como el negocio del siglo, porque no ganas tanta pasta por ser un valiente, la ganas porque con lo que estás haciendo, tarde o temprano, vas a terminar jodiéndote la vida.

—Tía, tú antes no eras así, eh. Antes eras la leche. Te encantaba la aventura, hemos hecho de

todo juntos y ahora me juzgas y me miras escandalizada. ¿Qué te ha pasado? —Mario me miraba como si le hubiese desilusionado, como si ya no fuese la persona con la que había compartido tantas cosas, como si no me reconociese...

—Que he madurado, ¿quizá?, ¿que no quiero meterme en problemas?, ¿que soy feliz? —le grité histérica.

—¡Qué va! No es nada de eso. Es otra cosa —afirmó convencido. Después bajó la vista a las manos y me pregunté qué esperaba encontrar ahí.

—¿Qué cosa? A ver... dime —Mario estaba intentando provocarme, pero es que me conocía muy bien. Yo era como un toro, a mí me enseñaban un señuelo y entraba al trapo con toda la fuerza de la que era capaz.

—Nada, nada, da igual. —Uff, cómo odiaba todo esto.

—¡Que me lo digas! ¿¿Qué estás insinuando?? —Yo estaba chillando y notaba la vena del cuello a punto de estallarme.

—Vale, pues te lo digo. Te has vuelto una cagada, una cobarde, ya no te atreves a hacer nada de lo que antes nos resultaba excitante a los dos, lo que nos ponía a mil, lo que nos daba una sensación de euforia incontrolable. Antes no te paraba nada ni nadie. Antes molabas, ahora te vas a casar con un abogado que seguramente te va a llenar la barriga de bebés, te meterá un perro en casa y, cuando te quieras dar cuenta, serás una vieja que no habrá vuelto a sentir de verdad en toda su puta vida. Esa sensación de euforia y de adrenalina no la vas a volver a experimentar.

»Pero, escucha, yo voy a ser leyenda, escribirán un libro sobre mí y lo podrás leer mientras te toques y la envidia te coma por dentro.

—Eres gilipollas. —Solo fui capaz de decirle eso, y me marché mientras le escuchaba reírse y gritarme:

—¡Pero no te enfades! ¡Qué carácter tienes, Daniela! Tú eres feliz así, ¿no?

Caminaba hacia el jardín pensando en lo idiota que era Mario cuando me choqué de frente con Bea, que entraba en la casa.

—¿Por qué tardáis tanto en salir vosotros dos? ¿Qué estabais haciendo?

—¿Has venido a controlar? —le pregunté con indignación y mala leche, la que me había puesto Mario.

—No, mujer. Pero me extrañaba... —me contestó con voz de abuela cotilla.

Me llevé a Bea fuera y me tumbé otra vez frente a la piscina.

Intenté introducirme en la conversación distendida que tenían las chicas, pero mi mente volvía a lo que me había dicho Mario. ¿Me había convertido en una aburrida que no volvería a sentir intensamente? ¿Me estaba equivocando y me arrepentiría en el futuro? Mientras ellos hablaban, yo no hacía más que pensar en que quizá no era tan mala idea que la adrenalina volviese a recorrer mi cuerpo solo una vez más. Solo para recordar cómo me sentía, solo una vez antes de sentar la cabeza por completo.

Capítulo 14

Coser y cantar

A la mañana siguiente me colé en la habitación de Mario mientras todas dormían. Le apreté el almohadón contra la cara, una broma que nos solíamos gastar de niños y que, en un par de ocasiones, casi me llevó a la asfixia. De pequeños éramos muy bestias. Mario se despertó sobresaltado, pero cuando vio que era yo la que le estaba impidiendo respirar con normalidad, me insultó y se echó a reír.

—Solo por estar informada. ¿Qué tendría que hacer exactamente si decidiese colar la droga en Valencia? —lo abordé sin preámbulos. Me importaba poco que se acabase de despertar y que aún tuviese los ojos pegados. Yo había venido a lo que había venido.

Mario sonrió, abrió el primer cajón de su mesita de noche, sacó un cigarro y se lo encendió. Pegó una larga bocanada y me tiró todo el humo en la cara. Le cogí el cigarrillo y pegué una calada yo también. Hacía años que había dejado de fumar con asiduidad, aunque en las noches de fiesta volvía a disfrutar fumándome algún pitillo esporádico.

Mario, ataviado solo con unos bóxers negros, me lo contó todo. Me dijo que por ser la primera vez podría probar a llevar marihuana y hachís en la maleta. Él decía que lo precintaba de una forma que evitaba que lo reconociesen cuando pasase a través de la máquina de rayos X y, en el caso de que llamasen a los perros detectores de droga, tampoco eran capaces de reconocer el olor. De todas formas, eso no importaba, porque el tipo para el que trabajaba Mario era una personalidad en la Isla Pitiusa y tenía un control absoluto del aeropuerto. Tenía al personal comprado, así que jamás saltaría la liebre. Era una operación cien por cien segura. Al menos, eso es lo que él me decía mientras permanecía recostado en su cama. Se levantó perezosamente y abrió su armario, de ahí sacó una pequeña maletita de mano de color azul. Volvió a pegar una calada a su cigarro.

—Aquí guardaremos la *merca* —me dijo convencido señalándome un punto del interior de la maleta que, al parecer, era un bolsillo. Yo nunca lo habría adivinado. Mario ya daba por hecho que lo iba a hacer... y supongo que yo también—. Trae tus cosas, corre. Las meteremos aquí dentro antes de que se despierten las demás.

Me marché a mi habitación sintiéndome nerviosa. No sabía por qué estaba a punto de cometer semejante locura. Yo tenía una estabilidad económica con Raúl y el dinero no me hacía falta. Pero siempre me había gustado eso de conseguir dinero rápido y necesitaba volver a experimentar la adrenalina que me proporcionaba saltarme las normas y salirme con la mía. Ya había tenido algunos problemas con la justicia cuando era más joven. En cierta ocasión entré en una tienda de lencería de firma y robé el conjunto de ropa interior más caro que tenían. En aquel

entonces estaba saliendo con mi jefe y el hombre estaba forrado, quería impresionarlo. Pero me pillaron y tuvo como consecuencia un delito leve de hurto. No quedó ahí mi historial delictivo: unos años después, una vecina muy asquerosa me denunció por tener en mi jardín unas cuantas plantas de marihuana. Si os digo la verdad, yo pensaba que eso no era delito, casi toda la maría que salía de ahí me la fumaba yo solita con la única ayuda de mi novio del momento, que era un porrero muy loco y divertido con el que pasé unos meses curiosos. No os puedo contar mucho, ya que tengo serias lagunas de memoria y esto es debido a que nos pasábamos el tiempo colocados. La cuestión es que figuraba en mi historial algún que otro antecedente penal y no me había molestado ni en comprobar que hubiese sido eliminado. Total, ¿qué más daba? Jamás lo habían comprobado a la hora de empezar a trabajar en algún sitio, y mira que yo había pasado por muchas empresas y trabajos, pero a nadie le había pegado por ahí y yo no lo ponía en el currículum.

«Inglés medio-alto (siempre había que exagerar un poco en esto), informática a nivel de usuario, conocimientos del programa Excel... Historial delictivo: hurto en tienda de lencería y posesión de marihuana. Moto propia». No habría quedado bien. Aun así, contar ya con algún antecedente no supuso un freno para mi aventura de aprendiz de narco, un nuevo trabajo que podría tachar de la extensa lista de cosas a las que me había dedicado desde bien joven: secretaria, modelo, fotógrafa, camarera y dependienta, entre otras muchas ocupaciones más, y ahora iba a probar eso de ser camella en mis ratos libres. Pero con la tranquilidad de que era absolutamente imposible que me pillasen. Lo que me había propuesto Mario era un chollo. Menudo regalazo iba a comprar a Raúl con el dineral que iba a ganar. Iba a quedarse alucinado.

Mario y yo habíamos metido todas mis cosas en la maleta, y yo ya estaba duchada y preparada cuando se empezaron a despertar las demás. Se fueron arreglando a buen ritmo, teníamos prisa porque Mario nos iba a acercar al aeropuerto para que cogiésemos el vuelo de vuelta a casa.

Bea reparó en que la maleta que llevaba no era la misma que la que había traído de casa. Le dije que me gustaba más esta de Mario y que se la había cambiado. No compartieron mi opinión, la de Mario era bastante fea y masculina, pero no se extrañaron, porque estaban acostumbradas a que hiciera cambios inesperados e incomprensibles constantemente. Ellas no conseguían olvidar el trueque que le hice a una niña de la clase cuando aún íbamos al colegio: me encapriché de su mochila y se la cambié por mi bici, de un valor claramente superior. Pero eso a mí no me importaba. Esa mochila y el llavero de pelo que llevaba colgando tenían que ser míos. Mis padres se enfadaron muchísimo y mis amigas no lograban comprender cómo me había podido desprender, sin pensármelo siquiera, de una bicicleta muy bonita que era prácticamente nueva. En fin, cosas que una hace sin demasiada reflexión.

Nos despedimos del chaletazo de Mario con bastante pesar, ¡qué sitio más condenadamente estupendo! Quizá, a partir de ahora, yo también empezaría a gozar de esos pequeños lujos, si es que era verdad lo que me había asegurado Mario y esto del aeropuerto eran coser y cantar.

Íbamos hablando animadamente en el coche, agradeciéndole a Mario todo lo que había hecho por nosotras y asegurándole que volveríamos pronto.

—Seguramente en menos de un año, para la despedida de casada de Dani. —Ana, a veces, era gilipueñas perdida, pero la verdad es que no la podía culpar de sus escasas expectativas con respecto a la duración de mi matrimonio. A Raúl no lo iba a cambiar por una mochila, pero supongo que ellas pensaban que yo sería capaz de cambiarlo por el dueño de una mochila, si es que este en cuestión estaba potente.

Nos despedimos de Mario al llegar al aeropuerto. Mi amigo me abrazó y me dijo:

—En cuanto lleguéis a Valencia, confírmame que todo el vuelo ha ido según lo previsto.

Asentí y nos marchamos dentro.

—Mario parece un padre protector, ¿verdad? Pero si el avión es el medio de transporte más seguro del mundo —me dijo Sara, y yo le respondí pegando un bufido que indicaba que sí, que Mario era «un patidor» como decimos a veces en Valencia a las personas que se preocupan excesivamente por todo. Aunque a mí, que se quisiese interesar por que saliera todo bien en lo referente al transporte de una cantidad considerable de marihuana y hachís a otra ciudad para su distribución, me parecía lo más normal del mundo. Pero ellas todo esto no lo sabían, claro está.

Nos paseamos por las tiendas del aeropuerto para hacer tiempo. Las chicas les compraban gominolas y algún peluche a los peques para que pensasen que se habían acordado de ellos. Por lo menos lo estaban haciendo en ese momento. Todas habían logrado desconectar bastante, aunque ahora ya comentaban que menos mal que solo habían estado fuera un par de días, porque los echaban mucho de menos. Yo vigilaba mi maleta, flipando aún con que dentro no hubiese solo bragas, sujetadores y pareos para la playa. Aunque resulte extraño, me daba un subidón enorme estar haciendo esto sin que mis amigas se oliesen nada. ¡Fliparían tanto! ¡Y se enfadarían también tanto si lo supiesen!

Podía imaginarme claramente la reacción de Bea, exagerando y al borde del colapso, acusándome de darle esos disgustos cuando estaba a punto de parir. Ya me lo había dicho un par de veces ese fin de semana, y eso que solo había desaparecido en tres ocasiones. En la casa de Mario, en la playa o por la borda del catamarán. ¡A saber cómo reaccionaría si alguna vez se enteraba de esto!

Recibí un mensaje de Raúl, me decía que iban a coger el tren para volver a Valencia y que estaba deseando llegar a casa para descansar y estar conmigo. También me dijo que una de las cosas que debía hacer nada más llegar era quitarle el esmalte de uñas rojo de sus manos y de sus pies, ya que no quería seguir siendo una folclórica por más tiempo. Le mandé un audio riéndome ruidosamente, porque la imagen de sus pies peludos con las uñas rojas era demasiado divertida para mí.

Había llegado el momento. Teníamos que pasar por el arco de seguridad y colocar los bolsos y el equipaje de mano en la cinta transportadora con el detector de rayos X. Fuimos hablando despreocupadamente mientras dejábamos nuestras pertenencias. A mí me daba tranquilidad escuchar la charla distendida de mis amigas, que permanecían ajenas a lo que yo estaba haciendo. Estaba un poco nerviosa, pero no mucho más de lo que podía estarlo cuando tenía una cita importante o algún examen o prueba de las que me tomaba en serio, que habían sido bastante pocas en mi vida, la verdad.

Avanzamos y pitó ruidosamente el arco de seguridad cuando pasó Marta. No supimos muy bien el porqué, quizá lo había hecho sonar el gancho metálico que llevaba en el pelo o quizá había olvidado sacar alguna moneda del bolsillo. La vigilante de seguridad la cacheó y yo me burlé del manoseo con la tranquilidad de llevar ya mi maleta pegada a mi mano y sin que esta hubiese hecho saltar ninguna alarma. Esto era tan fácil o más de lo que me había adelantado Mario. Avanzamos para buscar nuestra puerta de embarque. Íbamos parloteando tan aceleradas que no escuchamos a un hombre, guardia de seguridad, que nos seguía diciendo:

—Señorita, señorita.

Finalmente nos alcanzó y, cómo no, a la señorita a la que estaba llamando era a mí.

—¿Me puede acompañar, por favor?

—¿Acompañarlo a dónde? —le pregunté haciéndome la ingenua. Mis amigas nos miraban intrigadas.

—A ese cuartito de allí. —El hombre señaló una habitación de cristales transparentes donde se podía ver en el interior unas mesas de madera en las que un par de personas tenían sus maletas abiertas con sus cosas extendidas. Los guardias las estaban examinando. En ese momento tengo que confesar que ya me empecé a poner nerviosa.

—¿Cree que esto es necesario? Es que no nos sobra mucho tiempo, en breve sale nuestro avión —le dijo Sara, visiblemente agobiada por el contratiempo. Todas estábamos cansadas después del intenso fin de semana y nos apetecía llegar a casa.

—Sí, es necesario —le contestó el de seguridad bastante seco.

—Supongo que será algo rutinario y seguro que encuentra algo divertido en su maleta como un vibrador, un sombrero de *cowboy* o un tanga de esos que llevan una pilila incorporada. Pero no va a encontrar nada más ahí, se lo puedo asegurar —le explicó Bea intentando ser graciosa.

—¿Por favor, me acompaña? —me dijo el de seguridad ignorando totalmente a mi amiga, que llevaba unas sandalias con las tiras tan apretadas que le sobresalía la carne por encima. ¡Vaya pies más hinchados! Ese calzado sería muy fresquito, pero a ella le quedaba francamente mal. Me di cuenta de esto porque, mientras ellos hablaban, yo estaba mirando al suelo intentando pensar cómo iba a salir de esta si a ese hombre le daba por registrar mi maleta y encontraba el compartimento secreto.

Les dije a las chicas que esto sería un malentendido y que no tenía sentido que todas perdiésemos el avión por este contratiempo. Las animé a que cogiesen el vuelo, ya que ellas tenían familias esperándolas y les aseguré que no había ningún problema, que yo si perdía este avión ya cogería el siguiente, que a mí no me esperaba ningún peque en casa, solo un hombre con las uñas pintadas de rojo. Intenté sonar despreocupada para que no sospechasen nada. Noté que se debatían acerca de qué decisión tomar. Les sabía mal dejarme allí, pero perder el avión era un trastorno importante. Finalmente, convencí a todas de que se marchasen, excepto a la cabezota de la preñada que me acompañó a la sala como un perrito guardián junto al de seguridad, aunque a ella la obligaron a permanecer fuera. Antes de adentrarme en la sala, le lancé una mirada tranquilizadora a Bea, quería que pensase que no había nada de lo que preocuparse. Entré con el hombre y se le unió otra mujer de uniforme. Me hicieron abrir la maleta y, mientras

lo hacía, en mi cabeza mataba a Mario de varias formas diferentes. Es una forma de hablar, pero sí que es verdad que me acordaba de él de una forma nada cariñosa por el ratito que me estaba haciendo pasar. Bueno, no pasaba nada, el bolsillo estaba muy camuflado y yo tenía tantas cosas en la maleta que igual no lo veían.

Error. Es cierto que mis cosas los entretuvieron bastante, pero estas personas eran profesionales. Hacían su trabajo de forma concienzuda mientras yo miraba mi reloj intentando que pillasen las señales que indicaban que me estaba poniendo muy nerviosa porque tenía que coger un avión. No pareció importarles demasiado mi urgencia, continuaron escarbando hasta que terminaron descubriendo el bolsillo secreto y extrajeron cuidadosamente el paquete con la droga. Me giré para mirar a Bea y le hice una cara de absoluta sorpresa. La misma que les hice a los tipos estos de seguridad, que ahora mismo se habían retirado para hacer una llamada y me miraban como a una delincuente peligrosa, aunque yo me cogía la cabeza y ponía una cara de sorpresa y agobio digna de una actriz de Goya.

Intenté salir a hablar con Bea, pero el compañero uniformado me indicó que no era buena idea y que no se me ocurriese moverme de allí.

Yo no sabía muy bien qué hacer, así que solo se me ocurrió llamar a Raúl, (los guardias me lo permitieron), y yo le conté mi versión de lo que había pasado (que alguien me había metido una considerable cantidad de droga en la maleta y que la seguridad del aeropuerto me tenía retenida allí) y que necesitaba que viniese en calidad de abogado, de prometido, o de las dos cosas. Raúl me aseguró que, en cuanto llegase, cogería el primer avión que saliese para Ibiza. Me pidió que estuviese tranquila, porque lo íbamos a solucionar. Y yo me quedé allí dentro, sola, mirando a Bea, que parecía preocupada y entristecida a través del cristal y preguntándome si esta vez la había cagado del todo o si Raúl tenía razón y todo este lío se iba a solucionar. No recordaba que Mario hubiese metido tanta cantidad de droga en mi maleta, pero la habían desperdigado por toda la mesa y me pareció una barbaridad. Tampoco veía normal que estuviese viniendo tanta gente con cara de muy pocos amigos a ver el arsenal que yo iba a transportar. Todo esto no me olía nada bien y me imaginé que sí, que esta iba a ser una de las cagadas más gordas de toda mi vida.

Capítulo 15

Un tsunami llamado Daniela

Me trasladaron a una comisaría de Ibiza. Me metieron en una sala de interrogatorios a la que no dejaron entrar a Bea, que parecía haber envejecido diez años a causa de la preocupación.

—Bea, tranquila. Aparta esa expresión de amargura de tu cara, que, como se te queden esas arrugas en la frente para siempre, vas a parecer la abuela de Paula en vez de su madre cuando des a luz. No pasa nada, ahora la gente tiene a los hijos muy mayores, pero me sentiría culpable si te convirtieses en la yaya Bea antes de tiempo por mi culpa. —Quise quitarle hierro al asunto antes de entrar en la sala, pero mi amiga no tenía fuerzas ni ganas de contestarme. Le aseguré que todo iba a ir bien, aunque yo no estaba convencida de ello, y les pedí a los policías hacer una llamada. Me lo permitieron y llamé a Mario. Pero esto solo me hizo perder el tiempo y aumentar considerablemente mi cabreo, porque no me lo cogió.

Había visto muchas películas y series de televisión, y tenía claro que debía permanecer hermética hasta que estuviese en presencia de mi abogado. En esta ocasión el pronombre posesivo era muy apropiado. Él era mi chico, mi abogado, mi Raúl. Estuve manteniendo una conversación ficticia con él en mis pensamientos. En ella me mantenía firme en mi determinación de contar la bola de que la droga había aparecido en la maleta por arte de magia. La *merca* había sido introducida por un desconocido. Podría incluso intentar inventar un perfil de un delincuente que me había resultado sospechoso al permanecer un rato pegado a mi maleta. ¡Hasta diría que me había parecido escuchar un sonido de cremallera y que no se me ocurrió pensar que podría ser la mía! Luego les daría una descripción del peligroso sujeto. Explicaría que el tipo en cuestión era joven, medía alrededor de metro ochenta e iba vestido como una persona muy normal. Diría que llevaba una gorra negra. Una gorra le haría parecer más sospechoso. Los policías tomarían nota de la descripción, me tranquilizarían y me dirían que lo iban a encontrar, y yo me marcharía de allí de la mano de Raúl y esto quedaría en una anécdota que yo jamás confesaría.

Todo el plan se vino abajo cuando apareció Raúl. Bueno, nada más aparecer no. Pero al poquito. Raúl me vio, corrió hacia mí y me abrazó muy fuerte. En ese momento pensé que nada podría salir mal. Él era mi hogar y ¡olía tan bien! Nada me pasaría a su lado. Estaba convencida de ello y eso fue mi perdición. Los policías que dejaron entrar a Raúl se retiraron, dejándonos intimidad.

— ¿Qué ha pasado, Dani? —me preguntó con ternura y con unos ojos que no eran capaces de ocultar su preocupación.

—No lo sé, Raúl. De verdad que no lo entiendo. Yo preparé la maleta en casa de Mario y allí no había nada. Bueno, sí, mis cosas. Pero ni hachís ni marihuana. Esto es una locura. —Me agarré la cabeza y se me escaparon unas lagrimillas nada fingidas. Estaba nerviosa y emocionada de tener a Raúl conmigo—. Había un tipo raro, llevaba gorra, no sé, quizá él me metió algo en un descuido.

—Cariño, ¿entiendes que estamos hablando de un delito grave? ¡Incluso podrías ir a la cárcel! Necesito que me cuentes la verdad, que confíes en mí. Yo te voy a ayudar, pero no puedo hacerlo si me ocultas cosas. Por favor, Daniela, quiero saberlo todo. Podremos con ello. —Raúl sonaba desesperado. Por su tono de voz me estaba dando cuenta de que no se estaba comportando como lo haría con cualquier otro cliente. Yo le tocaba muy de cerca. Y él pensaba que le ocultaba cosas, eso significaba que no se había tragado lo del chaval de la gorra. Así que confié en él. Me había dicho que podríamos con ello, así que, tras unas cuantas explicaciones poco contundentes más, confesé:

—Vale, nadie metió nada en mi maleta. Fui yo, Raúl. Se suponía que estaba todo bajo control. Mario me lo dijo. Era dinero seguro. Yo quería comprarte un gran regalo. —Me di cuenta de lo ridículo que sonaba esto mientras lo pronunciaba y de cómo el gesto de Raúl cambiaba radicalmente. Me estaba sujetando la mano y, al oír mi confesión, la soltó de golpe. Parecía que no era esa la respuesta que esperaba. ¿Por qué me había dicho que quería saber la verdad entonces? Pensé que se imaginaría que había sido cosa mía y que me iba a apoyar, que solo quería saber la verdad de mi boca. Pero no era así: él habría preferido cualquier explicación. Incluso que le hubiese dicho que unos alienígenas me habían abducido y me habían petado la maleta de drogas mientras volábamos hacia el planeta de los Ursos. Un planeta que me acabo de inventar y que no puede tener un nombre menos planetario.

—¿Lo del chico de la gorra no es verdad? ¿No te pudo meter nadie la droga en la maleta? ¿No estás encubriendo a nadie? —Raúl sonaba abatido y yo solo pude negar con la cabeza.

Permaneció un rato callado, se agarró las dos manos y miró hacia la mesa. Hacia algún punto fijo que seguro que veía ya borroso, pero que no le debía de importar, porque su mente ya estaba lejos de allí, tomando una decisión que me iba a romper en mil pedazos.

—No puedo con esto. No me lo esperaba. No puede ser verdad.

Tanta negación en una frase no podía ser nada bueno y mi suposición se confirmó unos segundos después.

—Me voy, Daniela. Necesitas un abogado. Yo no voy a poder representarte. Esto me supera. Te deseo mucha suerte, de verdad que sí.

Raúl ni siquiera me miró a la cara cuando dijo esto, yo creo que no podía mantenerme la mirada. Estaba roto por dentro. Me lo había cargado yo.

Sin darme tiempo a decir nada, salió por la puerta y me dejó allí, sola y muy rota.

No me habría pasado con otro abogado. Habría mantenido mi mentira con otro abogado y no habría confesado nada en presencia de otro abogado. Y seguramente no estaría a punto de entrar dentro de mi propio tsunami si hubiese llamado a otro abogado. Y el amor de Raúl, que siempre había sido mi salvación, esta vez se convirtió en mi perdición.

Capítulo 16

Un campamento con gente desaliñada

Mi entrada en la cárcel fue bastante traumática. Bea me había llevado en su coche hasta la puerta de la prisión. Se le saltaron las lágrimas al llegar y ver el horroroso muro de piedra que me iba a separar de mi libertad. Raúl no me acompañó porque ya no era mi pareja. Eso había quedado claro. Había tenido otra conversación con él después del encuentro en la comisaría de Ibiza. Me aseguró que no me entendía, que no sabía cómo podía actuar como una persona tan irracional, impulsiva e irreflexiva, y que no podía seguir con nuestra relación. Aunque él no me lo dijo, entendí que la boda se cancelaba. Yo ya tenía pensado un enlace exprés antes de que tuviese que entrar en prisión, ya que pensaba que un marido tendría más facilidades a la hora de establecer un posible vis a vis que un simple novio. A Raúl el tema de visitarme en la cárcel se le debió de hacer bola y no lo vio claro, y me quedé sin prometido y sin abogado tras confesar lo que había planeado con Mario como broche final a mi despedida de soltera. Me dolió mucho perderlo, pero pasaron tantas cosas malas, sentí tanto rechazo y se me complicó tanto todo, que apenas tuve tiempo de analizar lo que significaba haber apartado al único hombre bueno que había pasado por mi vida. También había tenido mala suerte. Me dijo mi nuevo abogado que el hecho de que hubiese intentado transportar marihuana y hachís se consideraba menos grave, ya que son drogas menos perjudiciales para la salud (drogas blandas) que, por ejemplo: la cocaína, la heroína, el éxtasis o el LSD (drogas duras). Aún tenía que dar gracias de que Mario no me hubiese convencido de llevar este segundo tipo de mercancía, porque habría sido mucho peor. Sin embargo, había mucha cantidad y yo tenía antecedentes penales, por lo que, según me explicó mi abogado, mi sentencia dependería del juez que me tocara. Podía quedarse en una multa o podría acarrear pena de prisión hasta de varios años. El juez que me tocó era estricto, el abogado me aconsejó que confesase el delito y el juez impuso una multa de 25.000 euros y un año de prisión, que se podría rebajar a seis meses si demostraba buena conducta. Por lo menos no me llevaron directamente a la cárcel después del juicio, me dieron unos meses para ingresar voluntariamente en prisión. Después me arrepentí de no haber delatado a Mario, porque intenté localizarlo por todas las vías posibles, pero había desaparecido del mapa. Mientras estuve en el aeropuerto, aún tenía la esperanza de que apareciese en cualquier momento con los hombres esos poderosos que tenían comprados en Ibiza. Esperaba que hablasen con los de seguridad y que me dijese que todo esto era un malentendido, que estaba todo bien y que me podía dirigir con mi maleta al avión. Pero no pasó nada de eso, tampoco lo solucionó después cuando lo llamé desde la comisaría e ignoró mi llamada, y aun así no le dije a nadie que la idea había sido de Mario. Por mucho que lo odiase en ese momento, yo no era una chivata.

Bea y yo apenas habíamos intercambiado palabra en el trayecto en coche hasta la cárcel. A mí no se me ocurría qué comentar. Planes a corto plazo con ella no iba a poder hacer, no podía decirle que cuidase de Raúl o de mi familia, ya que ya no me quedaba nadie. Raúl me había dejado y para mis padres esto había sido la gota que colmaba el vaso: ya no querían saber nada de mí. Ni siquiera le podría hablar del tiempo, porque si iba a llover o a hacer mucho aire poco me iba a importar a mí, estando encerrada la mayor parte del día entre cuatro paredes. Al menos eso me imaginaba yo, aunque esperaba que hubiese un patio grande para, por lo menos, ver la luz del día. Total, que solo acerté a decirle:

—Igual esto es parecido a cuando tú entraste en el *reality* con Kike. Tipo campamento de verano, pero con gente más desaliñada y un poco más problemática. —Intenté sonreír, pero noté esa sensación rara en la garganta, como un nudo que suele preceder a las lágrimas. Ella meneó la cabeza negando y miró hacia arriba, yo creo que estaba a punto de echarse a llorar. Ya no estaba gorda, bueno, un poco sí, pero lo normal cuando acabas de tener un bebé. Se le había adelantado el parto, seguramente por el disgusto, y había dado a luz dos días después de volver a casa tras la despedida con final inesperado.

—¡Ay, Dani! —Solo le salió eso.

—Cuídate, Bea, y gracias por traerme hasta aquí. Nos vemos pronto, ¿vale? Sé que esto es bastante deprimente, así que si no quieres venir a verme no te preocupes, lo entiendo. —Mi amiga me miró con lágrimas en los ojos, pero no dijo nada. Sabía que la había decepcionado muchísimo. Estaba muy ilusionada con que por fin hubiese sentado la cabeza y con que me fuese a casar con un hombre maravilloso. Nunca olvidaré la cara que puso cuando le confesé que todo esto no había sido ninguna trampa que me hubiese tendido nadie, que yo era consciente de lo que llevaba en la maleta. Se quedó de piedra. No se lo podía creer, como el resto de las chicas. Pero ella se quedó a mi lado. Aunque no me hablase apenas, aunque estuviese conmocionada, aunque aún no asimilase que yo hubiese hecho semejante estupidez, ella estaba ahí acompañándome a la prisión. Y recién parida, ¡que tenía más mérito! Las demás no supieron ni qué decirme. Bueno, Sara me dijo muchas veces que no podía entenderme y Marta que se había cansado de mis tonterías. No me pareció buena idea entonces pedirles prestado dinero para pagar la multa y para poder sobrevivir en la cárcel, ya que iba a necesitar comprar algunas cosas en el economato y yo no tenía casi ahorros ni familia a la que recurrir. Pero entre Raúl y Bea se hicieron cargo de todo. Raúl, que ya no quería formar una familia conmigo, me seguía queriendo ayudar. Ya tenía decidido que, cuando saliese de la cárcel, iba a reunir dinero para devolvérselo a los dos, si es que alguien me quería contratar después de mi paso por la trena, porque ya me había costado bastante conseguir trabajo antes de ser una presidiaria, así que supongo que la cosa solo se podría poner peor. La opción de robar para pagarles tampoco era viable. Ahora mismo sentía que había aprendido la lección y que nunca volvería a delinquir, ¡ni una multa de tráfico iba a dejar sin pagar! Si es que no me la iban ni a poner, porque iba a llevar la moto tan despacio que me iban a pitar los abuelos que van a 40km/h. Lo que sí pensaba hacer seguro era tatuarme las iniciales de los dos, B y R, para que no se me olvidase nunca quién había estado a mi lado en los peores momentos. Me los iba a tatuar con sangre si hacía falta. Ya tenía mentalidad de presa: tatuajes,

sangre, lealtad... Esto no se me olvidaría nunca. Es cierto eso que dicen de que en los peores momentos es cuando sabes a quién tienes a tu lado y con quién puedes contar. Yo, con poca gente, la verdad, pero ahí estaban ellos dos, que valían por veinte.

Abracé a Bea y me dispuse a entrar. Tenía pensado ser valiente, entrar sin llorar y sin girarme para mirar atrás, pero entonces me acordé de que iba a ingresar en la cárcel, joder, que yo solo había visto una prisión en las series de la tele y ahí pasaban cosas horribles. Y yo era en apariencia una chulita, pero en el fondo me preocupaba que me violasen mujeres fornidas en las duchas o que la tomase conmigo alguna banda de chinas aparentemente frágiles, pero más peligrosas que morder vidrio. Me entró el pánico.

—Bea, ¡no te puedes ir! ¡No me dejes aquí!

Bea me miró compungida, llorando e indicándome entre sollozos que no podía hacer otra cosa, pero que todo iba a estar bien. Me tiré al suelo, me abracé a su pierna derecha y empecé a chillar y a llorar, mientras ella trataba de levantarme y hacer que me serenase. Tanto ruido armé que salieron a la calle dos funcionarios de la prisión y se encargaron de meterme dentro. Sin tiempo de reflexión ni de despedidas. Lo último que vi antes de entrar fue a Bea llorando, destrozada, y eso me hizo estar aún más deprimida.

Pedí unos pañuelos de papel a uno de los funcionarios, pero me dijo que no tenía. Anda que yo también, venirme sin clínex cuando sabía que iba a ser encerrada... Si no lloras cuando te van a meter en la cárcel ¿cuándo vas a llorar? No sé para qué me estaba reservando los pañuelos. Yo derramé muchas lágrimas, no me voy a hacer la dura ahora. Sobre todo, lloré al ver lo que me esperaba. Yo no soy de pararme a reflexionar mucho las cosas, soy una tía de acción, y me parecía que ahora iba a tener demasiado tiempo para pensar en mis errores y en la vida de mierda que me había ganado a pulso. Me tendría que apuntar a todas las actividades que viese por allí, igual hasta me ponía a leer o a estudiar. Cualquier cosa en lugar de estar encerrada todo el día en una celda. A la funcionaria de la puerta no le interesó demasiado mi drama de los pañuelos y me miraba sorberme los mocos e hipar del disgusto con cara de asco. Había llevado un bolso y una pequeña maleta, que ya sabía que no podría entrar dentro; de hecho, es lo primero que me requisaron. Saqué cincuenta euros en efectivo y la funcionaria los cogió enseguida. Me dijo que lo iba a introducir en una tarjeta de una cuenta de peculio, una especie de tarjeta monedero que se usaba en la cárcel para que pudiese comprar cosas básicas en el economato, ya que el dinero en efectivo no estaba permitido allí. Tampoco lo estaban las joyas, los relojes, las colonias, los cinturones ni ningún objeto que se pudiese considerar peligroso o que tuviese algo de valor. Extrajeron mis pertenencias de la maleta y me las entregaron en varias bolsas de plástico. Después me despedí de mi teléfono móvil por una larga temporada. La funcionaria me dijo que tenía derecho a hacer una llamada nada más ingresar en prisión, pero la verdad es que no tenía a quién llamar. No tenía ni novio, ni familia, ni amigos. Solo a Bea y me acababa de despedir de ella, así que no lo vi necesario. Prefería llamarla cuando estuviese más tranquila y calmada. Daniela era su amiga alocada y divertida, no la llorona deprimida de la que se había despedido. Guardé el móvil en el bolso para que le hiciese compañía a la cartera. Pensé que esta segunda iba a descansar. Le había dado mucho tute últimamente. Con la excusa de la boda y de la despedida,

había estado gastando un montón; ahora tendría suerte si podía comprar un buen champú para el pelo o unos tampones súper. ¿Habría tampones en el economato? Igual me obligaban a ponerme esas compresas gordas que les ponen a las mujeres que acaban de parir. Me enseñó una de las suyas Bea cuando acababa de dar a luz y le insistí en que denunciase a ese hospital prehistórico por ponerle semejante ladrillo de algodón, sin alas y sin plásticos en el potorro. Si un chumino pudiese hablar, gritaría que le quitasen esa cosa incómoda que no se paraba de mover. Bea me dijo que la compresa tenía que ser gruesa para absorber la sangre y tenía que ser de algodón y sin plásticos por algo de que no se pegasen a los puntos. En aquel entonces tuve más claro aún que nunca tendría hijos, por los puntos en una parte de mi cuerpo venerada por mí y por los que la habían catado, y por no ponerme el ladrillo algodinoso en el chocho. Ahora ya no podría pensar en los hijos que no quería tener porque había perdido al único hombre con el que me habría planteado tenerlos y, además, y mucho menos importante, igual me tocaba usar esas compresas, porque en la cárcel te debían de dar lo peor. No debías de tener derecho a la comodidad y seguro que tampoco tendrías derecho a la eliminación de olores. La felicidad que emanan las mujeres de los anuncios de estos productos de higiene íntima yo no la iba a volver a catar. Dejé de pensar en compresas, porque además yo era más de tampones, e igual sí que tenían, que también yo me estaba poniendo en lo peor. Me darían de esos largos, pero, bueno, eso lo podía soportar y, en ese momento, deseé que tardase en bajarme la regla. Pero no demasiado, ya sabéis. ¿Habría test de embarazo en el economato? Empecé a visualizarme con náuseas matinales y un bebé gestándose en la prisión. La buena noticia: al final sí que habría tenido un bebé de Raúl; la mala: solo hay una cosa peor que cumplir condena en la cárcel, hacerlo mientras un bebé está creciendo en tu interior. Mi mente estaba muy negativa. Creo que no paraba de enlazar ideas absurdas y deprimentes porque estaba triste, preocupada y nerviosa a partes iguales. Pero ¿quién no se vuelve un poco loco al imaginar lo que le espera en la trena?

Capítulo 17

Bienvenida al infierno, Daniela

El recibimiento no fue nada amistoso. Una mujer me tomó los datos, las huellas dactilares y me hizo una foto. No estaba acostumbrada a que me hiciesen fotos así, a traición, casi sin previo aviso y sin posibilidad de adecentarme lo más mínimo. Pensé que le habría costado poco tomarse más interés en una imagen que iba a permanecer en mi historial por tanto tiempo y, además, ese día, como hecho excepcional, me había saltado el examen matutino de estilismo. No tenía fuerzas, así que salí de mi casa siendo consciente de que ese día un cinco raspado era lo mejor que podía conseguir. No le dije nada a la funcionaria, porque era una mujer horrorosa que me daba bastante miedo y a la que claramente el aspecto físico le traía sin cuidado, ya que había visto trols que, comparados con ella, eran un verdadero regalo para la vista. Después de eso se levantó y me obligó a desnudarme. Muy fuerte, ¿eh? La tía iba al grano, sin ningún preámbulo. Hombre, no es que esperase que me pusiese música o que me sirviese una copita de vino, pero unos minutos para prepararme y un poco de delicadeza al dirigirse a mí no me habrían venido nada mal... que era la primera vez que pasaba por eso... Pero a ella no le importaba lo más mínimo.

—Quítate la ropa —me ordenó muy seria, y a mí me entró miedo de que me fuese a violar. Ya lo sé, estaba muy pesada con la idea de que todo el mundo planeaba violarme allí. Como si eso no fuese un delito muy censurable; para mí, mucho peor que mover un poquito de droga blandita de una ciudad a otra. Si es que oyéndome me pareció que todo esto se había salido de madre y lo que yo había hecho apenas había tenido importancia. El castigo del juez había sido demasiado severo, seguro que tenía un hijo o hija porrero que había arruinado su vida y me echaba a mí la culpa de eso. ¡Qué injusto era todo esto!

Me desvestí con pudor. Yo, Daniela Moreno, la mayor exhibicionista del mundo, tenía vergüenza de quitarse la ropa. Era un poco paradójico. Mis tetas eran conocidísimas por toda la ciudad, porque iba mucho a la playa y jamás se me ocurriría tapar mis bufas estando relajada frente al mar. Las braguitas brasileñas que llevaba como biquinis tampoco es que me tapasen demasiado y había compartido algunas fotos bastante subidas de tono en mis redes sociales. Y ahora resulta que tenía vergüenza. La realidad es que no era vergüenza propiamente dicha, era que no quería enseñar mi cuerpo a esa mujer horrenda. Me tapaba como podía y ella estaba empezando a perder la paciencia.

—Ponte esta bata y abre las piernas —me ordenó casi gritando. Ya estaba claro lo que iba a pasar. Yo apretaba los labios de la vulva de forma instintiva, casi me dolían de la fuerza que estaba haciendo. Y ella empezó a manosearme por todas partes como buscando algo. No

encontró nada y me dejó avanzar. Me pasó un mono de color naranja que me iba como cuatro tallas grande y me dijo que me lo pusiese. Mientras me lo intentaba sujetar como podía, ella me pidió que abriese los brazos y me colocó encima una toalla y una manta, bastante duras y feas ambas. También me dio una especie de colchón que no tendría ni un centímetro de grosor. Dormir ahí iba a ser más *Misión Imposible* que la de Tom Cruise. La seguí por unos pasillos y supuse que nos dirigiámos a mi celda. Íbamos pasando por el centro y teníamos celdas a los dos lados. Algunas internas me miraban, otras me silbaban, gritaban y alguna me llamó «zorra». «Pues bien empezamos», pensé. Se me pasó por la cabeza contestarle, quizá tenía que empezar a imponerme desde ya o sería la zorrita de toda la cárcel, pero tengo que reconocer que estaba asustada. Casi todas las mujeres con las que nos cruzábamos eran más grandes que yo y tenían pinta de haber hecho un máster en gestión de peleas carcelarias. Mis únicos conocimientos sobre la materia eran un par de series de televisión y las entradas que Google le quiere mostrar a alguien que escribe en su buscador:

—¿Cómo defenderte en la cárcel?

—¿Debería unirme a una banda en prisión?

O la que creía que me sería de más utilidad:

—¿Cómo puede una presa fabricar un arma punzante?

No me fue de mucha ayuda, había muchos manuales larguísimos, pero no ofrecían consejos prácticos para presos, más bien eran como *PowerPoints* elaborados por alguna persona de leyes con mucha letra y poca utilidad para los que de verdad tenían que buscarse la vida en la cárcel. Me enfrentaba sola a mi paso por la trena. Pude ver a lo lejos el comedor y la mujer que me acompañaba me indicó con un gesto de la cabeza que acabábamos de pasar por unos baños comunes. Yo la seguía pegada a ella, con la cabeza un poco agachada, porque me daba miedo mirar directamente a los ojos de las internas con las que nos cruzábamos, como si al mirarlas directamente a los ojos estuviese despertando a unas bestias para que me persiguiesen y me torturasen. Ella me dijo que aún no íbamos a mi celda, que primero tendría que pasar un día entero en clasificación. Se abrió la puerta y me dejó allí sola. Me instalé y pasé el resto del día recibiendo la visita de un montón de personal que no paraba de preguntarme cosas.

Un trabajador social quiso saber la situación personal y familiar que dejaba fuera. Fue fácil de resumir: estaba más sola que la una. Me dijo que me entendía, le vacilé preguntándole si quería ser mi amigo y me miró de forma rara, como si yo estuviese loca. Igual por eso se pasó después una psicóloga, que me dijo que quería saber cómo me sentía y, aunque ella no me lo dijo, por las preguntas que me hizo sospeché que pretendía asegurarse de que no tenía en mente suicidarme a corto plazo. Le dije que hasta que no escuchase los pedos de una compañera de celda en vivo y en directo no lo valoraba como opción, y le pregunté cómo se suicidaría ella si estuviese sola en una cárcel y su vida fuese un gran trueno gigante y maloliente. No le hicieron gracia mis palabras y vi que escribía: «¿Protocolo de suicidios?» subrayado en mi ficha...

Pese a lo que ella puso, a mí ni se me pasaba por la cabeza suicidarme: bicho malo nunca muere, como se suele decir.

También me visitó el médico para interesarse por mis problemas de salud: me preguntó si tenía

que tomar medicación, si tenía algún problema de alergia a algún alimento o algo que él debiese saber. Negué con la cabeza y siguió viniendo gente que quería conocerme mejor. Un funcionario, que vino acompañado del trabajador social, me preguntó por mis intereses y quiso saber si querría participar en unas u otras actividades en la cárcel... Me recomendaron hacerlo para integrarme. Yo estaba flipando, ¡menudo recibimiento! Aún no sabía ni cuál iba a ser mi celda ni cuál mi hueco para colocar las bragas y ya me estaban presionando para que tomase decisiones. ¡Con lo mal que las tomaba yo!, ¡qué manera de agobiar! Por fin se fueron todos y me dejaron a solas. No quería pensar demasiado, no quería sentirme mal ni agobiarme por cosas que ya no tenían solución. Intenté tumbarme y dormir algo, pero me venía a la cabeza constantemente la carita de horror de Raúl cuando le confesé todo. Creo que esa cara no la iba a olvidar nunca. Jamás me había importado demasiado lo que pensasen los demás de mí, pero quería a Raúl y me estaba arrepintiendo de lo que había hecho. Me venía su reacción constantemente a la mente, creo que hasta tenía fijado el instante exacto en que le había partido el corazoncito en dos, y eso era demasiado duro hasta para una pasota como yo. Bueno, ahora ya estaba hecho y me tocaba pagar por ello. En circunstancias normales, tú te cargas una relación por tu mala cabeza, porque eres infiel, jugador empedernido, alcohólico o eres tonto del culo y no te soportan, te deja tu pareja y tratas de seguir con tu vida y ser feliz, pero a mí me habían privado de mi libertad, y este drama era aún mayor que el desastre de una ruptura amorosa. Era un combo infernal, sola y encerrada; no me extrañaba nada que la psicóloga diese por hecho que mi vida no tenía ya mucho sentido y que yo iba a querer quitarme del medio.

Al día siguiente vinieron a buscarme y me dijeron que ya me habían asignado un módulo. Seguí al funcionario por la enorme cárcel hasta que se paró frente a los barrotes de la que supuse sería mi nueva «habitación sin vistas». Pasó una tarjeta magnética y la puerta se abrió, invitándonos a entrar.

Era un cuadrado horripilante y bastante sucio. Tenía una ventana, pero apenas entraba luz a través de ella. La decoración era lo que podríamos describir como minimalista, tampoco había espacio para mucho más. Había una litera, un pequeño escritorio con algunas baldas y un mueble, que supuse que pretendía ofrecer algo de intimidad tras el cual se encontraba un váter, de obra y sin tapa, y una pila sencilla y un poco antigua. También había una pequeña ducha, que tendría que compartir con mi nueva compañera. Mientras yo me mentalizaba de que en esa caja de zapatos iba a vivir los próximos meses y de que tendría que hacer mis necesidades delante de otra persona, una mujer con los ojos grandes y la mirada penetrante se incorporó en la litera de arriba para verme. Después, como recibimiento, lanzó un bufido.

—No me traeréis aquí a la *barbie* rubia esta de compañera, ¿verdad? —le preguntó con indignación a la funcionaria, y esta no le contestó.

—¿Dónde está Samara?

—A Samara la han trasladado. La *barbie* Malibú es tu nueva compañera —le explicó la funcionaria sonriendo. Sopesé la posibilidad de agarrar a la funcionaria graciosa de los pelos para que mi nueva compañera supiese que conmigo no se jugaba, que a mí había que tenerme

mucho respeto. Pero no quería pasar mi segunda noche en la cárcel en una celda de aislamiento, y eso era justo lo que me habían advertido que pasaría si montaba jaleo allí dentro.

Nos quedamos solas en la celda y coloqué mi colchón, mi manta y mi toalla en la litera de abajo, que supuse que era la que me correspondía, como si me acabase de mudar a mi pisito nuevo y estuviese decorando mi espacio. Dejé caer las bolsas de basura con mis pertenencias al lado. Después me tumbé y miré hacia arriba. A los pocos minutos vi que se movían los muelles y la mujer de la litera de arriba bajó de un salto. Se apoyó en el extremo de la cama y me miró fijamente.

Yo también la miré a ella con curiosidad. Era bajita, morena de piel y tenía un pandero más grande que una plaza de toros. Me enteré después de que no había que hacer alusión a ello, ya que otra presa se había mofado de su enorme pompis diciéndole: «Nena, con menos culo también se caga» y había terminado en el hospital con la nariz fracturada y varias costillas rotas. Pero la verdad es que llamaba la atención. Se llamaba Ana María, pero todos allí la llamaban Julieta. Por lo que descubrí después, el apodo se debía a que había tratado de envenenar a su marido, aunque no veo claro el símil. En la peli de Romeo y Julieta, el protagonista tomaba el veneno al creer que su amada estaba muerta. Ella alegó que los dos tenían problemas y querían suicidarse a la vez, solo que a ella al final se le lio la mañana y se le olvidó tomar el veneno. Vamos, que había pretendido cargárselo y le había salido mal, porque el marido, que era un viejo con bastante dinero, había estado muy grave, pero no había llegado a morir.

—La Samara molaba. Esa gitana te miraba y se te caían las bragas al suelo del susto. Puta enana. ¿Dónde hostias se la habrán llevado?

La miré asintiendo, porque no sabía qué contestarle. No tenía ni idea de quién era la Samara esa ni tampoco me interesaba demasiado; si daba tanto susto, mejor que se la hubiesen llevado a otra cárcel.

—¿Y tú de dónde has salido? —Me cogió un mechón de pelo inspeccionando mi melena rubia y yo moví la cabeza para soltarme, no me hacía gracia que una desconocida carcelaria me tuviese cogida por los pelos.

Había oído que en la cárcel no se debe hablar demasiado, no hay que hacer muchas preguntas y hay que contestar solo si se dirigen a ti directamente. Julieta me había hecho una pregunta clara y me miraba esperando contestación, pero yo no sabía muy bien qué decirle.

—Yo soy una chica normal, de la calle. No he salido de una casa de la playa ni soy una pija, así que te agradecería que no me llamas *barbie* Malibú ni cosas así. Esos motes se quedan y no mola. En realidad, ¡qué curioso! Si lo pienso bien, sí que he salido de una casa de la playa, porque estaba de despedida de soltera cuando se lio todo. De la casa del puto Mario. Él debería estar aquí y no yo. —Estaba hablando demasiado, lo sabía, pero los nervios me soltaban la lengua y me convertían en una petarda parlanchina. Julieta permaneció en silencio y, de repente, se empezó a reír.

—Eres una payasa, ¿estás aquí por un error? ¿Ahora mismo tendrías que estar en el spa o posando para algunas fotos? —se burlaba de mí imitándome, como si yo fuese una niña mona pija que no hace más que mover la melena hacia todos los lados, poner morritos y menear el

culo. El de ella, inmenso, se golpeaba contra los barrotes de la litera. Yo la miraba ahora bastante intimidada—. A ti no te pega estar aquí. No me cuadra. Tienes pinta de niña bien, no de presa.

—Pues explícaselo al juez. Si te sirve de algo, yo también pienso que no debería estar en la cárcel, ¡ojalá esté aquí lo mínimo posible! —le dije, y volví a agachar la vista, porque ella me miraba muy fijamente.

Julieta se alejó un poco de mí y se sentó en la silla del escritorio. Se puso como a pensar o algo parecido, colocó los codos sobre sus muslos y se agarró la cabeza entre las manos. Yo no la quería mirar mucho por si reaccionaba con violencia al sentirse observada. Estuvimos unos minutos en silencio. Lo agradecí.

—¿A ver si vas a ser un topo! —dijo de pronto, como si después de darle vueltas al asunto hubiese descubierto la verdadera razón por la que yo, que efectivamente no tenía pinta de presa, fuese su compañera de celda—. Mierda, que me han metido a una bocazas aquí. Tú te vas a ir de la lengua con los funcionarios, ¿no?

—No sé de qué me hablas. Yo no soy un topo. —Me salió una voz demasiado aguda e histérica, porque la única presa con la que había coincidido me estaba acusando de cosas y yo acababa de aterrizar allí.

—¿Por qué te han trincado? —Sabía que Julieta me acababa de formular una pregunta de examen. Aprobar en este momento supondría que ella creyese que yo era una presa más. Si suspendía, porque no me creía, significaría que seguiría desconfiando de mí e igual prevenía a las demás de mi supuesto papel de chivata en la cárcel.

—Intenté pasar droga en un vuelo de Ibiza a Valencia. Nada demasiado serio, marihuana y hachís. Me pillaron en el aeropuerto y aquí estoy. —Noté mis manos sudando a mares y temí que pensase que mentía. Quería sonar convincente, pero no podía controlar las reacciones de mi asustado cuerpo.

Volvió a quedarse callada un rato más.

Se oyó una voz desde otra celda:

—¿Quién es esa putita que te han traído, Julieta? La vas a compartir, ¿verdad? —No vi a la persona que decía esto y tampoco a las mujeres que le reían la gracia. Me tensé en la cama. Iba a ser la primera vez en toda mi vida que me arrepintiese de estar buenísima.

Julieta no les contestó, pero se volvió a dirigir a mí:

—Se me está ocurriendo que podríamos hacer negocios. —La escuché, pero no dije nada. No se me ocurría qué negocios podría hacer yo con esa mujer. Podía intentar ponerla en forma y que ella me pagase por esa proeza, aunque fuese con crema hidratante del economato, pero esperaba que no pretendiese que con mis ejercicios le desapareciese el culazo gigante. Eso era un tema de constitución, de hueso, de grasa y de muchas cosas más que no se iban a poder solucionar con unas sentadillas y unas cuantas flexiones.

—Tú vas a tener tirón aquí dentro. —Ante mi falta de respuesta, ella siguió hablando—. Estás muy buena, mami. Yo te busco muchas novias, ya te aviso de que algunas te gustarán más y otras te gustarán menos, o igual no te gusta ninguna porque no te va el rollo, y además hay mucho orco aquí dentro y la depilación brilla por su ausencia —me explicó gesticulando.

Después, se acercó a mí y me dio un golpecito en el hombro, se rio y continuó contándome el negocio—. Ellas me pagarán de mil formas que se me ocurran por los encuentros sexuales. Seguro que muchas se apuntan y algunas, a cambio, me pasarán droga, que está muy codiciada. Aquí hay mucho trapicheo, ya te darás cuenta. Yo te daré algo para que te compres unas chuches, y a cambio cuidaré de ti, que eso es importante. Hay que tener gente que te proteja aquí dentro. Es un trato que nos beneficia a las dos. —¿¿¿Esta mujer me quería convertir en la putita de la cárcel??? ¡¡¡Tenía que empezar a imponerme!!! Estaba muy asustada, pero no podía dejar que mi vida, que ya era complicada, se pusiese aún más difícil. Me quedé unos instantes callada pensando cómo iba a actuar. No me machacarían, de eso nada. Tenía miedo, pero tenía que ser fuerte.

—Es que yo estoy un poco loca y, si me tratan de forzar a algo, me trastorno más y muerdo, como los perros. Como los putos perros tarados y peligrosos. —En ese momento me salió un gruñido muy feroz y empecé a mover la cabeza y a tirar saliva, como si fuese un animal rabioso o una rubia poseída por el diablo. No sabía si con lo del perro peligroso le estaría imponiendo o si estaba a punto de echarse a reír por mi patética actuación. Pero no podía pararme a averiguarlo. Tenía que seguir fingiendo que se me iba la pinza y que era una mujer con la que era mejor no meterse. Me tiré al suelo y le empecé a morder el bajo del mono carcelario para demostrarle que estaba tan loca como parecía. Me di cuenta de que le había clavado los dientes en la pierna cuando pegó un chillido histérico y me empezó a propinar patadas para que me apartase. Al final me alejé y ella se agachó para agarrarse la pierna, más o menos a la altura del tobillo. La sangre le asomaba por debajo del pantalón.

Yo la miraba desde la otra punta de la celda. Siempre se me había dado bien la interpretación. Ella no parecía darse cuenta de que estaba cagada de miedo.

—Estás como una puta cabra, ¡qué hija de puta la *barbie* oxigenada! —me gritó rabiosa mirándose la pierna.

—Sí, lo estoy, así que corre la voz por ahí. La nueva, la *barbie* oxigenada, es una cabrona peligrosa. —La aparté de mi cama de un empujón y me tumbé. Me temblaban las manos, así que las escondí colocándolas debajo de la cabeza. «Bienvenida al infierno, Daniela», me dije a mí misma. Julieta seguía maldiciéndome y yo pensé que, a partir de ese momento, mientras estuviese encerrada, iba a tener que dormir con un ojo abierto.

Capítulo 18

Haciendo amigas

La primera noche que pasé en la celda con Julieta fue horrible. No me fiaba de mi nueva compañera y me daba miedo que la emprendiese a golpes contra mí mientras dormía. Aunque no pegué ojo, me alegró comprobar que no se me acercó en ningún momento. La oí levantarse durante la noche para utilizar el váter. Escuché el chorro inmenso de su pis y algún sonido escatológico, y me lamenté de haber acabado en un sitio tan soez y desagradable. Me dormí muy tarde, durante la noche oía voces y risas y, de vez en cuando, los gritos de algún guardia que trataba de poner orden. Me desperté pronto y, aunque no tuviésemos espejos, supuse que estaría horrorosa con ojeras, bolsas y muy mala cara. Pero la verdad es que tampoco me importó demasiado, no pensaba puntuar mis estilismos carcelarios y esperaba que mi fealdad alejase aún más a Julieta de la idea de prostituirme, si es que lo de demostrarle que estaba como una cabra mordiéndole la pierna no le había disuadido aún de ello. Supuse que no querría que atacase a nadie con mi ira descomunal si me obligaba a prestar servicios sexuales allí, porque eso podría hacer que las presas se cabreasen mucho con ella. Estaba contenta de haberme impuesto al segundo día ante una presa peligrosa, pero no me podía confiar: los días siguientes serían críticos. Intuía que de esos primeros días dependería cómo iba a ser el resto de mi vida entre rejas. Yo había conseguido descolocar a Julieta con mi repentino ataque y mi plan era moverme por la cárcel comportándome como si de verdad estuviese un poco desequilibrada. Igual lo estaba realmente y mis amigas tenían razón. Pero no pensé que siendo una persona normal y amable me fuese a ir bien allí. Tenían que tenerme miedo. Yo no era grandota ni estaba demasiado fuerte. No imponía por mi aspecto físico; más bien estaba demasiado flaca, así que lo único que se me ocurrió fue eso, mantener esa mirada de ida que hiciese que todas las mujeres quisiesen tener poco contacto conmigo, ser algo así como la «ojos locos» de la serie *Orange is the new black*, sin llegar a hacerme ese tipo de peinados tan espeluznantes. Peinarme con veinticinco moñitos y enseñar trozos de mi cuero cabelludo es algo que jamás me plantearía hacer, por muy desequilibrada que quisiera simular que estaba.

El día en prisión empezaba con un recuento. Me lo habían explicado mientras estuve en clasificación. Nadie podía estar utilizando el baño o encontrarse desnudo en ese momento, porque se consideraba una falta de respeto hacia los funcionarios y hasta nos podrían sancionar. Tendría que acostumbrar a mi cuerpo a que no le viniesen apretones mañaneros, se ve que ahí dentro te controlaban hasta la hora a la que debías defecar. Julieta lo tenía claro también y estaba preparada. Ella se había dado una ducha con jabón y la miré con envidia. Yo aún no había podido pasar por el economato y no tenía gel ni champú. Mi compañera de celda tenía uno

enorme, pero no pensé que fuese buena idea gorronearle sus productos de higiene después del numerito del día anterior. Así que me tocó echarme solo agua por el cuerpo. Con los nervios que estaba pasando allí, o me compraba los productos pronto o iba a empezar a oler a animal salvaje. Los guardias pasaron, nos vieron colocadas, (colocadas en posición, no colocadas en plan drogadas), miraron un poco arriba y abajo y pasaron de largo a la siguiente celda. Me alegró comprobar que Julieta no les contó que le había mordido. En la cárcel ser un chivato era lo peor; eso lo sabía hasta yo, que era una novata, pero tenía miedo de que ella fuese un peso pesado de la prisión a la que nunca le pasaba nada, ni aunque se chivase, y que a mí me cayese una buena sanción por jugar a las matonas si ella decidía irse de la lengua.

Después del recuento fuimos al desayuno. Yo andaba delante de ella y la oía quejarse ante los guardias, saludar a otras presas y hablar mal de mí, como si yo no estuviese delante. Se ve que yo era una loca maloliente y que me iba a torturar y a matar en cuanto tuviese ocasión. Fingí que no la escuchaba, porque no quería volver a pelear, pero le lancé un par de miradas asesinas pretendiendo intimidarla. Estaba bastante sorprendida y tengo que reconocer que también un poco orgullosa de mi comportamiento allí, aunque mi actuación solo hubiese sido fruto de mi instinto de supervivencia y no de mi raciocinio, pero, oye, contaba igual. Yo era muy chula, muy gallito y demasiado impulsiva. Vamos, una bomba de relojería en toda regla, pero cuando puse un pie en la cárcel, me asusté de verdad. Pensé que lo que había creído toda la vida de que yo podía con todo era un cuento chino y que iba a durar dos telediarios en prisión. La visita del asistente social, del médico y del psicólogo me deprimieron más que me animaron, y ahí me di cuenta de que yo no era una chica de palabras y de diálogo, ni tampoco de tomarme demasiado tiempo para pensar. Yo era claramente una persona de acción, y por eso la amenaza de Julieta me había hecho reaccionar. Había activado un clic en mi mente apartando a un lado a la Daniela asustadiza recién llegada y haciendo cobrar protagonismo a la Dani guerrera. Ahora solo faltaba que esta última supiese que le convenía estarse quietecita y no meterse en más líos.

Entramos en el comedor, que era enorme y olía a fritanga, y me acerqué a coger una bandeja. Me pusieron un café con leche y un trozo de pan con mantequilla y mermelada. Caminé hasta las mesas, me senté en un hueco que encontré libre y las mujeres de esa mesa me dijeron que estaba reservado. Me levanté y me fui hacia otro y se volvió a repetir la misma situación, que ya empezaba a cabrearme.

—Yo aquí no veo que ponga el nombre de nadie. —Esta vez no me pude callar. Permanecí sentada mirando a la cara a las internas que, con su expresión, me decían que ya estaba tardando en marcharme de allí cagando leches. Una me indicó que me girase con un sutil gesto de los ojos y, al hacerlo, encontré a mi espalda a una mujer de color que debía estar rozando el metro ochenta. Me miraba con cara de estar a punto de estamparme la bandeja en la cabeza. Me levanté de nuevo.

Paseé por el comedor de bastante mal humor hasta que una mujer despeinada, con el pelo muy grasiento y con los dientes negros me indicó que me podía sentar a su lado. Me lo pensé. Era seguro una exdrogadicta, o igual aún seguía enganchada a las drogas en la cárcel (Julieta me había dejado caer que la droga seguía campando a sus anchas por la prisión), y me sonreía de

forma extraña. No me apetecía nada sentarme a su lado, pero es que no veía muchos más sitios libres, así que me vi obligada a hacerlo.

Dije un «hola» muy poco efusivo y me concentré en mi pan y en mi taza de café.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó con un trozo de mermelada pegada al diente. Entre unos y otros me estaban dando el desayuno. Sin poder evitar ponerle cara de asco, solté mi pan sobre la bandeja y pude comprobar que, en este lugar donde se trata de hacer cumplir la ley, la de Murphy no era una excepción. La mermelada se estampó contra la bandeja y la dejé allí abandonada y espachurrada. Ya no me apetecía comérmela. Iba a salir de la cárcel como los que van al programa ese de *Supervivientes* y no saben ni hacer fuego: con diez kilos menos. La mujer hablaba lentamente, como si tomase medicación para los nervios o se acabase de fumar siete porros seguidos. No le contesté porque, francamente, no me apetecía hablar con nadie, y con ella aún menos. Empecé a dar sorbos a mi café con leche observando el comedor con interés, pero ella no paraba de mirarme esperando contestación, así que finalmente le dije que me llamaba Daniela.

—Yo me llamo Laura.

«Ah, vale», le contesté sin mucho entusiasmo. Me pareció que no le pegaba nada llamarse así, pero no sabría decir qué nombre me habría parecido más oportuno para ella. A mi modo de ver, no le quedaría bien ninguno.

Se acercaron a la mesa dos presas más con aspecto parecido al de Laura. Una mucho más rolliza que ella, lo cual no era difícil, porque ella era un fideo, y otra aún más escuálida, y esto sí que era complicadísimo. La flacucha me dio mal rollo, no solo por su aspecto, también por su mirada: estaba como vacía.

Como no me interesaba nada entablar ningún tipo de amistad con ellas, me dediqué a mirar a mi alrededor. Vi que las presas se solían sentar por grupitos, muchas según su procedencia y me alegró no visualizar ninguna banda de chinas, ¡qué perra me había entrado con las dichosas chinas!, si yo solo conocía a la china del bar «Casa Loli» de mi barrio, que, por cierto, no se llamaba Loli, y la de la tienda del «todo a un euro» que está al lado de mi casa, y ninguna de las dos era peligrosa. Bueno, a esta última Bea y yo la llamábamos «la china que pega», porque nos pegó cuando separamos unos táperes para repartírnoslos, que, al parecer, iban en un plástico indivisible.

—Eso no se *hase*. No separas eso. Va junto, va junto —nos gritaba mientras nos arreaba golpes en el hombro.

Bueno, pues ahí no había chinas; sin embargo, pude observar a varias presas que a mí me parecieron peligrosas. Una en concreto me dio la impresión de ser un personaje muy chungo. Tenía tantos tatuajes que casi no se le veía la piel, era muy muy rubia, llevaba el pelo rapado por los lados y se había dejado la parte de arriba con una especie de tupé. Corté la conversación de los bellezones que competían por el título al «pelo Pantene» y les pedí que me dijeran quién era esa que tenía toda la pinta de ser la que partía el bacalao ahí dentro.

—Uy, no la mires. No la mires. Esa es la Felipa —me contestó alarmada la rolliza. Le había hasta cambiado la cara. Parecía que acababa de mencionar a Lord Voldemort (el malo de la peli

de Harry Potter) en el Gran Comedor de Hogwarts. Tendría que enterarme de si Felipa tenía alguna forma de dirigirse a ella como «el que no debe ser nombrado». Y esto lo sé porque tuve un novio que se declaraba «potterhead», friki-fan de Harry Potter, que me hizo tragarme todas las películas. No vi la última porque ya lo habíamos dejado.

—¿Por qué no la debería mirar? ¿Me va a caer un maleficio o algo? —le contesté cachondeándome de su temor.

—Pues igual sí. —Esta vez fue Laura la que me contestó. La más escuálida no debía ni de tener fuerza para hablar y estaba con la mirada puesta en la mesa—. Dicen que es la jefa de una secta diabólica —me explicó bajando la voz.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir con eso de una secta diabólica? —le pregunté como la primeriza en cargos penales que era.

—Se rumorea que Felipa asesinaba y desmembraba los cuerpos de sus víctimas mientras repetía oraciones satánicas —volvió a hablar la rolliza.

Me eché a reír. A estas les debía de haber pegado demasiado fuerte lo que fuese que se metiesen en la cárcel, igual no tenían buena droga y se dedicaban a mezclar la tinta de un boli Bic con algún medicamento y algo de marihuana, y se lo liaban todo en un porro estrambótico. Desde luego lo que me estaban contando era típico de peli gore de miedo, de esas que ves encogida y te pasas más tiempo con los ojos cerrados que abiertos.

De repente, la de la supuesta secta satánica pegó un golpe muy fuerte en la mesa y se empezó a reír como si estuviese majara. Luego miró hacia el comedor como buscando a alguien.

—Eso es que nos ha oído. Viene a por nosotras —susurró la fideo de la mirada clavada en la mesa con una voz de bruja vieja que me asustó un poco.

—Vamos a ver —retomé la conversación cuando Felipa volvió a sentarse y se puso a hablar con sus compañeras de mesa—. ¿Entendéis que esa pava ha hecho correr la voz del asunto de la secta satánica desmembradora con la intención de que todas le tengamos miedo aquí y la dejemos salirse con la suya en todo? ¿A que si os dejan poner una película aquí dentro es ella la que maneja el mando a distancia? Pues eso es lo que ella pretendía, ha logrado que la temáis y que nadie le plante cara.

Las tres me miraron sin dar mucho crédito a mis palabras.

Como habíamos terminado el desayuno, nos dirigimos hacia el patio. Se pusieron a comentar que todos los días, mientras desayunábamos, los guardias hacían revisión de todas las celdas. A mí no me importó demasiado, apenas tenía cosas propias, y las que tenía carecían de total interés para ellos. Sin embargo, ellas tres parecían algo preocupadas: supuse que les daría miedo que descubriesen los porros estafalarios o el pegamento que debían esnifar.

—Entonces, si yo os digo que le corté la cabeza a mi perra y la colgué de un árbol y luego colgué a mi prometido a su lado por las pelotas, ¿me creeríais y haríais lo que yo os mandase porque me consideraríais muy peligrosa? —Me acordé de mi perrita, que ahora vivía en casa de Bea, y me sentí mal. Volví a sacar el tema de Felipa porque no me había tragado para nada la historia de la secta. Además, yo pensaba que esos delitos eran demasiado graves. No juntarían en

el mismo módulo a presas con cargos de tráfico de drogas como yo, con la desmembradora de una secta satánica, ¿no? Eso no sería muy razonable. Al menos, eso quería pensar.

—Tú no has hecho nada de eso —me dijo Tere. Tere era la rolliza. Ella y Clara (la escuálida) me dijeron sus nombres al llegar al patio. Nos sentamos en unos bancos que había al lado de una cancha de baloncesto y, mientras manteníamos esa extraña conversación, vimos cómo cinco presas lanzaban a canasta con bastante poca gracia.

—A ver, ¿en qué te basas para decir que no? —le pregunté poniendo la cara ensayada de desequilibrada.

—No lo sé, eso se nota —me contestó—. Tú no tienes pinta de haber matado a nadie.

—Como si los asesinos llevasen un reflectante en la frente. Os sorprendería todo lo que he hecho —dije haciéndome la interesante.

—A ver si vas a ser tú más chungueta que la Felipa —me dijo Laura, sonriendo con sus dientes negros.

—Preguntadle a esa de allí. A mi compañera de celda. Ya le he clavado los dientes y solo acabo de llegar —les dije señalando a Julieta, que acababa de salir al patio acompañada de otras dos presas y acomodaba el culazo en otro banco.

—¿A Julieta?

—Sí, tía —contesté a Tere subiendo la voz, ya que las jugadoras de básquet estaban chillando porque una había conseguido encestar la pelota.

No dijeron nada, creo que no me creyeron. Permanecimos un rato más sentadas y me empecé a aburrir con ellas. Clara casi ni hablaba, estaba bastante atrapada. Y las otras dos lo hacían muy despacio y no tenían grandes cosas que decir. A ver qué iba a contar yo dentro de un par de semanas, tendría que empezar a narrarles batallitas del pasado como una abuela cebolleta. Les dije que me iba a estirar las piernas y pretendieron venir conmigo.

—No, no, vosotras quedaos aquí. Vigila a la Felipa, pero que ella no se dé cuenta y luego me lo contáis todo. —Tere y Laura asintieron como si por fin tuviesen una líder a la que obedecer y que les proponía una misión importante. Clara estaba entretenida mirando una mariposa horrible que se había posado en su pantalón y yo me di cuenta de que nunca me había referido a nadie poniendo el artículo delante como con «la Felipa», pero ahora fijo que se me pegaba y que se convertiría en una de esas cosas que arrastraría para siempre. Me di una vuelta por el patio viendo lo que se dedicaba a hacer la gente. Algunas estaban en una mesita dibujando el paisaje, supuse que estarían en algún taller de pintura. Los talleres y las manualidades eran actividades que se hacían todos los días. Los funcionarios insistían bastante en que era una gran idea apuntarse a cualquier actividad que se realizaba allí. Yo no me sentía muy motivada a participar y tampoco me apetecía estudiar o leer, actividades que vi que estaban llevando a cabo otras presas que parecían muy concentradas.

La cárcel tenía un polideportivo al que también teníamos acceso todas las mañanas hasta la hora de comer. Bajé a ver cómo era y me entretuve un buen rato observando cómo las internas corrían y usaban algunos aparatos o colchonetas que tenían allí. Pensé que igual me animaba a hacer algo de deporte, yo solía ir al gimnasio y cuidaba bastante mi cuerpo antes de entrar en

prisión. Me pareció una buena manera de continuar manteniéndome en forma y hacer que pasase más rápido el tiempo, que parecía que se ralentizaba allí dentro. El polideportivo tenía un par de bancos tipo gradas y vi a una presa sentada en ellos arrimada a la pared. Me puse cerca de ella. Cuando una interna bastante gruesa tropezó con la colchoneta y casi se cae de morros me entró la risa tonta. Me estaba riendo bastante alto y la silenciosa chica de mi lado me avisó de que dejase de hacerlo.

—Como Sole te vea, te va a pegar tal puñetazo que se te van a quitar las ganas de cachondeo en una buena temporada.

—Es que me hacen mucha gracia los tropezones tontos. No lo puedo evitar —le expliqué intentando contener la risa.

—Ya, pero no estás en el patio de un colegio. Estás en la cárcel. Esta gente es peligrosa; si te sigues riendo me levanto y me voy de aquí. No me apetece que se forme una pelea a mi lado o que ella se crea que estoy burlándome como lo estás haciendo tú. —La chica parecía atemorizada y no paraba de mirar a la tal Sole como si fuese una policía y ella estuviese robando el contenido de la caja fuerte de un banco. Paré de reírme. La mujer ni había llegado a caer, la cosa tampoco tenía tanta gracia, la verdad, pero yo llevaba dos días ahí dentro y notaba que ya me estaba desquiciando.

—No te había visto nunca. ¿Te han trasladado de otra cárcel o algo? —me preguntó cuando se relajó al comprobar que había dejado de reírme de la Sole. Ya estaba poniendo el adjetivo delante del nombre otra vez.

—No, trasladado no. Entré ayer aquí para unas vacaciones.

—¿Y es la primera vez? —La miré antes de contestar. Era bajita, morena y no muy corpulenta, no tenía pinta de matona. Podía ser una dependienta del supermercado o una camarera de un bar. Una persona muy normal.

—Sí, normalmente prefiero la playa como destino vacacional. Solo llevo un par de días aquí y ya te puedo asegurar que no tengo ninguna intención de repetir destino. ¡Qué asco de sitio, por favor! Odio estar aquí dentro.

—Pensé que llevarías más tiempo encerrada. Yo nunca me habría atrevido a reírme de una presa. No sé por qué estoy diciéndote esto. No te conozco de nada. —Se puso a mirar al suelo arrepentida, como si acabase de confesarle a Drácula que tenía una herida enorme en el cuello de la que no paraba de salirle sangre. Esta chica había tenido suerte de que yo fuese una presa inofensiva, porque era carne de chantaje y extorsión allí dentro.

—¿Cómo te llamas? —Yo era un desastre recordando los nombres de la gente, pero esta pobre infeliz me había causado ternura y pensé que, a partir de entonces, estaría de su lado. Qué menos que aprenderme su nombre.

—Sheila.

—Yo soy Daniela.

—Encantada. —Me dio la sensación de que me pretendía dar la mano, pero luego debió de pensar que igual no procedía y la volvió a esconder. Me pareció entrañable.

—Se ha hecho la hora de comer. ¿Te vienes? —le pregunté poniéndome en pie. Ella dijo que sí

con la cabeza y me siguió.

—Ya verás qué risa cuando le digamos a la presa encargada de la cocina que la comida de hoy es una basura y que se la meta por el agujero que mejor le quepa. —Sheila me miró asustadísima y le devolví la mirada como si le estuviese hablando totalmente en serio. Luego, cuando me cansé de verla tan agobiada, le sonreí.

—Estoy bromeando, tranquila. Solo nos meteremos con la Felipa. Le diremos que es una guarra desmembradora. ¿Conoces a la Felipa? —Ahora ella también se rio, sin duda sabía quién era la Felipa y estaba empezando a conocerme también a mí.

Capítulo 19

Las Nancys fumadas

Os va a extrañar lo que os voy a contar, pero la vida en la cárcel era pura rutina. Cuando piensas en una prisión (y supongo que esto es debido a las noticias, a las series de televisión o a las películas) te imaginas que allí reina un estado de caos, líos entre bandas y trapicheos. Al menos eso era lo que yo pensaba. Me sorprendió comprobar que la cárcel era, sobre todo, rutina. Hacíamos lo mismo a las mismas horas prácticamente todos los días de la semana. Es verdad que había gente que conseguía droga del exterior y que la movía por la cárcel, y también había presenciado varias peleas, pero, en general, si no buscabas bronca e intentabas convivir sin llamar excesivamente la atención, los días pasaban sin pena ni gloria.

Llevaba tres semanas allí. No puedo decir que el tiempo hubiese pasado rápido, pero, bueno, ya tenía una parte de mi condena superada. Había conseguido tener una convivencia normal con Julieta en la celda. Ella había olvidado ya el mordisco y me imagino que había considerado que era mejor tenerme de amiga que de enemiga allí dentro. Hablábamos, nos reíamos y tratábamos de respetarnos dentro de esas cuatro claustrofóbicas paredes que compartíamos. ¿Qué quiero decir con que nos respetábamos? Pues, por ejemplo, que no nos duchábamos ni hacíamos ruido cuando la otra dormía, no tratábamos de putearnos, y eso ya era de agradecer. Sheila me contó que su compañera de celda roncaba una barbaridad y siempre estaba llorando y chillando, porque, según decía, se acordaba de su madre que había muerto el año anterior. La pobre Sheila no dormía nada. Yo, en ese aspecto, no me podía quejar.

Vivía en una especie de día de la marmota, con poco hueco a la improvisación. Nos despertábamos a las siete, nos preparábamos formales para el recuento, desayunábamos, salíamos al patio, a veces participábamos en algún taller o hacíamos ejercicio (sí, yo ya me había animado a apuntarme a cosas para matar el tiempo) y sobre la una y media íbamos a comer. Tras otro recuento, volvíamos a subir a las celdas hasta las cuatro y media o cinco, salíamos otro rato, cenábamos y volvíamos de nuevo a las celdas a descansar. A última hora, justo antes de apagar las luces, tenía lugar el último recuento. Como os imaginaréis, con tanto control era muy difícil desaparecer. La opción de tatuarnos el mapa de la cárcel como Michael Scofield en *Prison Break* y escaparnos por algún túnel no parecía nada viable. Pero no todo era tan metódico y aburrido en prisión. Se podría decir que vivíamos algún rato divertido, como cuando nos dejaban ver programas o series de televisión, cuando frecuentábamos la biblioteca y leíamos alguna revista, y cuando tocaba sesión de cine y nos ponían una película los viernes por la noche. Pero no os voy a engañar, para mí los días eran bastante largos y aburridos, aunque haciendo balance creo que había esperado que vivir en prisión fuese una experiencia mucho más traumática. En general mi

módulo estaba bastante tranquilo. De vez en cuando había algún altercado, pero hasta el momento yo no había protagonizado ninguno. Me situaba cerca y animaba en las peleas, aunque Sheila, que ahora venía conmigo a todas partes, trataba de mantenernos alejadas de todos los líos. A mí no es que me hiciese ilusión ver cómo se cogían de los pelos dos presas, pero era algo que rompía la tediosa rutina. Cuando se enzarzaban en una disputa, las animaba chillando y silbando divertida. Estar encerrada allí me resultaba tan aburrido que cualquier cosa me hacía alterarme. Saltar y gritar era un desahogo para mí. La mayor parte del tiempo me notaba contenida, como una olla a presión que empieza a pitar porque va a estallar.

Laura, Tere y Clara también solían venir con nosotras. Al principio Sheila parecía bastante impactada con la pinta que tenían las tres y no quería juntarse con ellas, pero la convencí de que eran inofensivas y, al ir conociéndolas, con sus momentos en los que se quedaban atrapadas en sus pensamientos (sobre todo Clara), su forma de hablar pausada y las risas que dejaban al descubierto esos dientes que no servirían jamás para anunciar pasta dentífrica, se relajó y se acostumbró a la presencia de nuestras tres nuevas amigas de talego. ¡Menudo grupito habíamos formado! Como para salir a ligar juntas a las discotecas cuando nos diesen la condicional. No nos iban a parar ni los taxis. Pero, oye, yo estaba contenta de poder hablar con alguien allí adentro. Cuando no tenía nada que hacer, me ponía a darle vueltas a la cabeza y sentía un agobio importante. Creo que no había pensado tanto en toda mi vida. Julieta me había convencido para que hiciésemos meditación juntas nada más despertarnos. A ella no le pegaba nada lo de meditar, me dejó muy sorprendida, y a mí no es que me apasionase la idea, pero pensé que igual me venía bien para sobrellevar la sensación de ansiedad que me invadía muchos días. Bueno, pues me animé y, cuando, sentada como una india, trataba de dejar mi mente relajada y concentrarme en mi respiración, me acordaba mucho de Raúl. Prácticamente todos los pensamientos que se me agolpaban tenían que ver con él. Yo tenía que invitarlos a irse, porque se supone que tenía que relajar mi mente, pero me costaba muchísimo hacerlo. Se acercaba la fecha de nuestro aniversario de novios y, al recordarlo, volví a pensar en lo que me habría gustado haberme casado con él. Después del numerito que le había montado la primera vez que me lo pidió, que me dio hasta un ataque de ansiedad, sin embargo ahora sí me imaginaba vestida de blanco en un sitio bonito cogida del brazo de Raúl, que estaría guapísimo, y me parecía que eso sería un sueño hecho realidad. Cuando abría los ojos y volvía a ver a Julieta con su moño sucio en el pelo y nuestra celda horrible, creo que me daba una especie de efecto rebote posmeditación y me sentía mucho más angustiada de lo que estaba antes de meditar... si es que a lo de fustigarme por mis errores y echar de menos a Raúl se le puede llamar meditar. Luego, las tareas cotidianas del día ocupaban mi mente, pero todas las noches antes de dormir volvía a pensar en él. Me extrañaba ser tan constante en el recuerdo de Raúl, ¡si yo me cansaba de todo! Pero no lo había hecho de él, y, si no me hubiese dejado, me habría casado con él estando en la cárcel. Vale, no es la boda con la que sueña nadie, tampoco la que estaba yo confeccionando en mi libro de recortes de novia cursi, pero significaría que tendría un futuro con Raúl al salir de ahí y una razón para levantarme cada mañana.

Un día, después de la sesión de meditación con Julieta, se me ocurrió una idea. Llamé a Bea y

le dije si podía venir a verme a la cárcel, porque necesitaba hablar con ella. Bea ya había venido un par de veces y ya se conocía el protocolo. Lo solicitó y, seis días después, estaba sentada frente a mí. Raúl aún no me había visitado en la cárcel, lo comprendía. Pero necesitaba comunicarme con él, así que le escribí una carta y le pedí a Bea que se la entregase.

La carta era una invitación para nuestra boda. Ahora era yo la que me declaraba a él. Quería demostrarle que era capaz de comprometerme. Ya no me agobiaba en absoluto la idea de pasar la vida juntos, así que le pedía que, si me estaba echando de menos tanto como yo a él (o un poquito menos, porque supongo que cumplir condena contribuye bastante a añorar tu vida anterior), se lo pensase, le restase importancia al lugar en el que me encontraba y a mi nuevo aspecto de pordiosera, y accediese a casarse conmigo igualmente. Le decía que, aunque estuviese en la cárcel, me pondría muy guapa y tendríamos un día especial y una noche de bodas única y memorable, aunque tuviese que ser en un vis a vis. Le aseguré que lo quería más que a nada en el mundo y que me había dado cuenta estando encerrada de que él era la única motivación que tenía para querer salir y emprender una nueva vida. Escribí las cosas más bonitas que había escrito en mi vida. Y me cayó alguna lágrima mientras lo hacía. Yo era un desastre de persona, pero era un desastre de persona enamorada de Raúl. Lo tenía clarísimo. Ahora anhelaba lo que antes me daba mucho miedo.

Bea me prometió que se la entregaría. Me dijo que las chicas me mandaban un abrazo, pero no sé si me lo enviaban de verdad o si ella se lo había inventado para animarme. Por lo que yo tenía entendido, mis amigas ya no querían saber nada de mí. Aunque mis padres me habían dicho lo mismo y, sin embargo, mi madre ya me había llamado varias veces, seguramente para asegurarse de que estaba bien y de que nadie me había clavado ningún pincho afilado y me estaba desangrando en el frío suelo de mi celda. Suena dramático, pero es que mi madre es una mujer muy intensa que se lo toma todo muy a pecho. Así que, visto lo visto, igual era verdad y a mis amigas también les preocupaba mi bienestar. Ojalá fuese así. A Bea sí que le preocupaba. Me dijo que me veía más delgada y yo le contesté que algún día le presentaría a Laura y a Clara, y que le iba a parecer que, comparada con ellas, yo era una de las tres Gracias de Rubens. A mi amiga le sorprendió que le hiciese mención de un cuadro antiguo. Sabía que eso no lo había podido aprender ni en el colegio ni en el instituto, porque en aquel entonces yo era un desastre con patas que pasaba de todo. Aunque ahora no me iba mucho mejor, la verdad sea dicha. Si se enterase mi profesora de lengua de que estaba en la cárcel, seguro que me decía que ella ya lo había visto venir, porque le lie alguna muy gorda que no viene al caso. Pero, vaya, que le tuve que confesar a Bea que las habíamos pintado en el taller de arte la semana anterior. Se alegró de que estuviese haciendo cosas útiles en la cárcel.

Habían pasado ya más de treinta días y yo ya me había acostumbrado a mi nueva vida. La banda de las *Nancys* fumadas, se ve que nos llamaban así en prisión, estábamos bastante activas. A Laura, Clara y Tere, que parecía que les faltaban pilas de las AAA, las habíamos animado Sheila y yo a que se apuntasen a nuestras actividades. Cuanto más ocupadas estuviesen, menos pensarían en esnifar pegamento o en fumarse sus porros rarunos. Así que, además de pintar y de bajar al polideportivo y al gimnasio, donde ellas hacían bien poco porque no podían con su alma,

estábamos muy metidas en actividades de jardinería. Y tengo que reconocer que ese ratito que pasábamos entre plantas (Sheila y yo cuidándolas, y el resto del grupo pillando hojas para fumárselas), se me pasaba muy rápido y cada día me motivaba más. Yo, cuidando plantas... ¡quién me lo iba a decir! Trasplantándolas, echándoles abono y hasta cantándoles canciones de Rosalía para levantarles el ánimo. Se me metía tierra en las uñas y no me importaba. De verdad, os confieso que no me esperaba el cambio que estaba experimentando ahí dentro. Desde bien pequeña había sido tremendamente presumida y hasta el momento en que entré en la cárcel me preocupaba muchísimo mi aspecto físico. Me gastaba un montón de dinero en la peluquería, cuidando y pintando mis uñas, y comprando ropa, joyas y complementos. No me había hecho ningún retoque estético porque no me había hecho falta, esa es la verdad. Pero, de lo contrario, ni lo habría dudado. Estar guapa e ir a la moda ocupaban los primeros puestos de mi lista de prioridades, eso me hacía conseguir a cualquier tío que me gustase y luego me acababa cansando de él con la misma rapidez con la que lo había conseguido. Y ahora, si la Daniela de hace un año me viese, le daría un ataque al corazón de la impresión. Es que tengo que confesar que, a veces, ni me peinaba. Llevaba esa ropa horrible que me sentaba fatal, estaba ojerosa y tenía unas uñas que si pudiesen hablar gritarían: «¡Auxiliooooo!». Y lo extraño es que no me importaba. Ahí dentro no tenía nada de lo que me interesaba fuera, así que le estaba dejando paso a otras cosas que jamás habría hecho en la calle. Como, por ejemplo, leer. No os engaño si os digo que el último libro que había leído había sido: *Mamá pata cuenta a sus patitos*. Igual estoy exagerando, lo que quiero decir es que leer no estaba entre mis aficiones. Pero ahí no tenía Netflix, ni Movistar +, ahí tenía más bien: «Mira a la pared de tu celda durante una hora o lee un poco», así que decidí darle una oportunidad a lo segundo. Jamás me lo habría imaginado, pero me estaba flipando leer. La cárcel me estaba cambiando y hasta pienso que, en algunos aspectos, me estaba salvando de mí misma.

Pero bueno, mi esencia no había desaparecido del todo. A ver si os pensáis que ahora me había convertido en una erudita de lo más aburrida e introvertida. Mis colegas y yo, de vez en cuando, nos metíamos en algún lío y hacíamos alguna travesura. En el taller de arte aprovechamos un descuido de la presa que lo impartía, que no estaba muy centrada, y nos llevamos un par de botes de pintura morada. Nos tuneamos los monos carcelarios y nos pintamos el pelo, Clara, con las greñas moradas, estaba horrorosa, pero tan ilusionada que daba alegría verla. *Superemocionadas* aparecimos de morado a la hora de la comida. Las internas se volvieron locas chillando, nos decían que ese uniforme sí que molaba y que querían hacer lo mismo con los suyos. Por supuesto los funcionarios no lo permitieron, nos hicieron volver a las celdas a cambiarnos y luego nos sancionaron obligándonos a ocuparnos del servicio de lavandería durante toda la semana siguiente. Pero mereció la pena. Nos lo pasamos bien, ese ratito en el que permanecemos escondidas pintando fue genial. Ese acto de rebeldía me dio vidilla. Hasta Sheila se había lanzado a saltarse un poco las normas, la pobre era una buena chica que se había enamorado de un hombre que le había arrastrado a infligir la ley, pero se veía a la legua que ella no pertenecía a este lugar.

Habían intentado molestarla algunas presas, hasta habían pretendido quitarle comida o los pocos dulces que nos daban de vez en cuando, como si fuesen las matonas de un colegio, pero yo había vuelto a sacar mi vena macarra y la habían dejado tranquila.

Por otro lado, las había involucrado muchísimo con el asunto de mi boda. Sí, ya lo sé. Ni siquiera sabía si Raúl se iba a presentar a este extraño enlace carcelario, pero nosotras necesitábamos una motivación allí, y el asunto de la boda nos ilusionó un montón. Empezamos a elegir las flores para el enlace. Las cuidábamos mucho y teníamos pensado cogerlas un par de días antes y esconderlas en nuestras celdas. Nos sabía mal arrancarlas después de todo el mimo con el que las estábamos cuidando, pero, como decía Sheila, que era una romántica empedernida: «las flores son importantísimas en una boda».

Yo le había preguntado a una funcionaria, Milagros, la más cercana a las presas y con la que me llevaba bastante bien, dónde podría celebrar mi enlace. Ella bromeó diciéndome que en el salón real y me señaló una salita ridículamente pequeña, pero en la que cabrían perfectamente mis invitadas, que iban a ser solamente mis amigas carcelarias, y solo si se lo permitían. En la cárcel evitaban a toda costa cualquier tipo de reunión lúdica que juntase a varias presas, para que no se alborotasen, por lo que no nos dejaban celebrar prácticamente nada. Yo creo que Milagros no sabía que lo de la boda se lo estaba diciendo totalmente en serio. Pero yo ya estaba midiendo el sitio para saber el tamaño que tendría la cola de mi vestido, las sillas que me cabrían y las flores que quedarían mejor. Cuando lo hablé seriamente con mi asistente social, me bajó de la nube de ilusión en la que me encontraba de un plumazo. Para organizar una boda en la cárcel se necesitaban muchos meses de antelación, en ocasiones incluso años. Había que tramitar papeleo y conseguir permisos. Hacía falta que se encargase de ello la parte de la pareja que estuviese fuera y yo ni siquiera sabía si Raúl iba a aceptar casarse conmigo. De todas formas, decidí no decirle nada. Si se presentaba el día de la «boda imposible de tramitar» significaría que me quería y que nos casaríamos cuando yo saliese.

Era sábado y quedaban cinco semanas para que llegase el día y, aunque yo no tenía ninguna noticia de él, estaba a tope con los preparativos. Me pensaba poner guapa ese día y estaba confeccionándome una cola con retales blancos. Lo que no sabía era que las cosas en la cárcel iban a dar un giro de 180 grados para las *Nancys* fumadas y que mi simbólica boda iba a peligrar tanto como mi vida.

Capítulo 20

La sorpresa del jardín

Los problemas empezaron el martes siguiente. El lunes había sido un día normal, con sus recuentos y sus comidas, sus paseos y sus talleres. No habíamos podido salir al patio porque llovía, pero me lo había tomado bien. Me alegró pensar que esa lluvia beneficiaría a las flores y que se pondrían aún más bonitas para formar el ramo que llevaría cuando me reuniese con Raúl.

Por la tarde, Julieta y yo habíamos estado cantando en nuestra celda. No muy alto para que no nos llamasen al orden. Luego nos habíamos reído recordando las mayores cagadas que habíamos hecho en la vida. Yo tenía unas cuantas, pero ella no se quedaba atrás. Cuanto más la conocía, más inofensiva me parecía. Lo del envenenamiento estaba ahí y le había llevado a la cárcel, pero yo, la mayor parte del tiempo, no lo recordaba. Para mí era Julieta, a la que le olían fatal los pies, contaba unos chistes malísimos y no se le daba nada mal cantar. Recordé el miedo que me produjo el primer día que compartimos celda y me pregunté si ahora mismo tendríamos esta relación tan amistosa si yo no le hubiese mordido la pierna como si fuese un perro rabioso. Me había insinuado que me iba a convertir en su «putita», pero hasta esa imagen se me había ido difuminando con el paso de los días. Es como si hubiese conocido a la persona en lugar de al personaje. Al fin y al cabo, Julieta solo era una mujer más sobreviviendo allí dentro y luchando contra sus propios demonios, como hacíamos todas.

Nos dormimos en algún momento entre anécdota y anécdota; sencillamente, las dos dejamos de hablar y nos venció el sueño. Empezaba a pensar que la gente con la que había coincidido en la cárcel no era tan mala, que quizá habían tenido mala suerte en la vida o que habían obrado mal en el pasado, pero estaban enmendando sus errores. Estaba a punto de cambiar radicalmente de opinión.

El martes amaneció soleado. Nos preparamos para el recuento, bajamos a desayunar, Sheila y yo tiramos unas canastas en el patio y, sobre las once, nos dirigimos con las demás *Nancys* fumadas a la zona del jardín. Cogimos una bolsa de abono, sustrato y varias herramientas de un armario en el que se guardaba todo lo necesario para el cuidado de las plantas. Normalmente coincidíamos allí con otras tres internas que también se dedicaban a estas labores. No interactuábamos demasiado, pero nos turnábamos las herramientas y nos organizábamos bien. Nosotras no buscábamos ningún problema y ellas tampoco. Nos sorprendió no verlas al llegar y encontrar, en su lugar, a otras dos presas riendo y revolviendo de muy malas formas la tierra de unas flores que habíamos trasplantado unos días atrás. Como mi grupo no lo componía gente, como se suele decir coloquialmente «echada para adelante», me imaginé que me tocaba a mí

poner orden y enfrentarme a esas dos internas, a las que había visto por el comedor y las zonas comunes, pero con las que nunca había interactuado. No podía dejar que trataran nuestras plantas con tan poco cuidado y, además, ni siquiera les correspondía estar allí. Nosotras éramos las que estábamos apuntadas a esa hora al taller de jardinería.

Empecé a caminar decidida hacia donde se encontraban y pegué un silbido muy fuerte. Las dos levantaron la vista hacia mí y cesaron momentáneamente las risas. Me miraron como si acabase de estropearles el final de un monólogo muy divertido.

—¿Qué cojones os pensáis que estáis haciendo? —les grité dirigiéndome hacia ellas con cara de mala leche. Las dos ignoraron mi pregunta.

Laura me agarró del brazo y me indicó que me acercase a ella. Veía la mirada de las dos tipas fija en mí desde su posición.

—Daniela, esas dos son las secuaces de la Felipa. Cuidado con la forma en la que te diriges a ellas, son peligrosas.

—Como si son las hijas de Jack el destripador. Esas rosas las quiero en mi boda simbólica. —Había empezado a llamarla así desde que me había enterado de que no iba a ser posible casarme de verdad—. Y no me apetece nada que las toquen con sus apestosas manos —contesté a Laura sin un ápice de temor.

Avancé hasta que me situé delante de ellas y las miré a los ojos. La verdad es que, así de cerca, intimidaban. Las dos eran bastante grandes y estaban fuertes. Una era alta y la otra de estatura media, pero ancha como un armario ropero, y tenían pinta de que, si me daban con la mano abierta, podían hacer que saltasen todos los dientes de mi boca. Una estaba llena de tatuajes que a mí me parecieron horrorosos. Con la de tatuajes bonitos que hay hoy en día y ella tenía por ahí dibujados con tinta imborrable varios lagartos y caras de personas tan feas como ella. La otra solo tenía un par de ellos bastante normalitos, pero su cara era terrorífica, sobre todo su nariz. La tenía hundida, y un montón de cicatrices de quemaduras adornaban su cara y sus brazos. Intenté que el aspecto de ambas no me distrajera de mi objetivo.

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Quién os ha dado permiso para tocar estas flores? —Las aludidas se miraron riéndose y la más alta me escupió en toda la cara. Después, se cogió sus partes bajas con las dos manos y me contestó:

—Este es el que me ha dado permiso. Mi coño moreno. Os presento: coño moreno, esta es una rubia oxigenada que está muy perdida. Rubia oxigenada, este de aquí es mi coño moreno. Es el que más manda en la cárcel después de Felipa. ¿La conoces o aún no has tenido el gusto? —Mucho estaba tardando en nombrar a la desmembradora de la secta satánica y pensé que lo hacía para meterme miedo.

No le contesté, me limpié con la manga del mono sus asquerosas babas y noté que un calor intenso recorría mi cuerpo. Tere me cogió del brazo para tranquilizarme. Sheila, Clara y Laura observaban mi reacción, claramente sobrepasadas. Como si estuviesen a punto de mearse encima al constatar que estas dos nos iban a matar a todas. Con menuda panda de miedicas me había juntado. Debían de ser las más cobardes de toda la cárcel.

—Más vale que te andes con cuidado, porque me estás empezando a cabrear de verdad y no te

conviene en absoluto hacerlo —le contesté con la voz más amenazante que me salió.

—¿Y por qué no me conviene enfadarte, si se puede saber? ¿Me vas a tirar frente a tus cuatro *rottweilers* para que me muerdan? —me preguntó la de los tatuajes feos.

Los *rottweilers* se ve que eran Sheila y las fumetas, que parecían a punto de desmayarse del susto solo porque la matona esta las estaba nombrando. De nuestras dos nuevas enemigas, la que aún no había hablado se dirigió entonces hacia Sheila y le pegó un puñetazo en la barriga que la dobló por la mitad. Mi amiga se cayó al suelo retorciéndose de dolor y yo me dirigí decidida hacia ella para devolverle el puñetazo. Me di cuenta entonces de que las otras tres *Nancys* fumadas estaban cada vez más alejadas y pensé que iba a tener una buena charla con ellas en cuanto tuviese ocasión. Cuando había llegado frente a la presa para devolverle el golpe, apareció detrás de mí la otra y me pegó una patada justo por la parte de atrás de las rodillas. Sentí un dolor terrible y me caí al suelo. Mientras permanecía tirada en la tierra me pregunté por qué no habría hoy ningún guardia merodeando por la zona del jardín, cuando de normal estaban siempre vigilando y nos solían mirar con mala cara cuando nos daba por cantar más alto de lo habitual para animar a las plantas, o cuando tratábamos de hacer caca sobre ellas para abonarlas. Vale, eso es asqueroso y solo lo hacía Tere. Pero, vaya, que en cuanto se bajaba los pantalones, los guardias olían su culo y aparecían al momento. El olor de las peleas se ve que no les llegaba tan fácilmente, porque hoy el jardín estaba despejadísimo.

Las amigas de Felipa se rieron de nosotras mientras nos hacían gestos amenazadores: se mordían la lengua y apretaban los puños haciéndolos crujir. Cuando cogí fuerzas, me intenté levantar y me volvieron a tumbar de un fuerte empujón. No sé si me estaban dando más rabia los golpes o que no parasen de reírse. Después, se dirigieron hacia las flores y empezaron a arrancarlas todas y a destrozar el trabajo que llevábamos haciendo durante varias semanas. Sheila lo miraba todo desde el suelo horrorizada y yo me preparé para levantarme y atacar. Tenía que parar eso como fuese. No sé por qué motivo unas plantas eran tan importantes para mí allí dentro, ¡si yo era menos de campo que un parquímetro! Pero la realidad es que lo eran. Supuse que la razón era que en la cárcel había pocas cosas bonitas y el ratito de andar por el césped y de cuidar de las flores se había convertido en uno de mis momentos favoritos del día. Tenía muy pocos, así que no podía dejar que un par de locas con ganas de pelea me lo arrebatasen. Además, había intentado cuidar algo por primera vez en mi vida, sentía que lo estaba haciendo bien, pero en ese momento lo estaba perdiendo. Igual que había perdido todo lo que me importaba, como a Raúl o a mis amigas. Salí corriendo hacia la que más cerca tenía, la de la nariz amorfa. La pillé desprevenida y conseguí tirarla al suelo empujándola con fuerza. Mientras permanecía tumbada, le empecé a propinar patadas con toda mi saña, pero duró poco la cosa, porque se acercó la otra y entre las dos consiguieron que se cambiasen las tornas. Ahora la que estaba comiendo tierra era yo, y entre las dos se despacharon a gusto conmigo. Me dieron una buena paliza. Me pegaron sobre todo en sitios poco visibles, para que los guardias no se diesen cuenta. Me hice un ovillo para protegerme y no soy consciente del tiempo que permanecí así, mientras ellas me propinaban golpes de todo tipo. Lo cierto es que me asusté mucho y pensé que iba a morir ese día a manos de esos dos monstruos horribles. Y a mí no me gustaba ese final para la gran Daniela.

Capítulo 21

Reencarnarse en cerumen no mola

Luché para sobrevivir, porque necesitaba ver una última vez a Raúl y a Bea, y que esta última trajese a mi perrita que, aunque mis amigas no lo entendiesen, era como una hija para mí. Cuando ya me parecía estar viendo la luz al final del túnel, o quizá solo tenía la vista nublada por el dolor, oí a Sheila suplicarles que me dejaran en paz de una vez. No le hicieron ni caso. En una ocasión se acercó a intentar que parasen, pero con un rápido empujón se la quitaron de encima para que no estorbase, como si fuese una mosca molesta que se hubiese caído en su plato de sopa.

Oí la voz de una de ellas, no sabría decir de cuál, diciendo:

—Venga, Maca, vamos a dejarla ya. Ya ha tenido bastante.

La tal Maca, tras darme un par de patadas más de regalo, paró de golpearme, se agachó y me cogió la cara para que la mirase:

—Tú, escúchame bien —me dijo. Yo no era capaz de fijar la vista en ella, para mí era solo un borrón tatuado. Estaba acurrucada como si fuese un bicho bola y sentía que en ese momento no podría moverme ni aunque me pusieran una doble *cheeseburger* delante. ¡Con lo mucho que me apetecía!—. Ya no os queremos volver a ver por aquí, ¿eh? A partir de ahora el jardín es nuestro. La próxima vez no seremos tan consideradas contigo, así que, si no quieres acabar en el hospital o en la morgue, no te queremos volver a ver el pelo, rubita.

Se dirigía solo a mí, porque las fumetas habían desaparecido. Según me dijeron después, estaban tratando de llamar la atención de un funcionario para llevarlo disimuladamente hacia allí, porque querían evitar chivarse y que las matonas la emprendiesen contra ellas. Sheila sí que estaba cerca, pero me imagino que, al verla tan asustada, descartaron que ella fuese a querer volver al jardín, así que se ahorraron las amenazas hacia su persona.

Cuando se marcharon, estuve un rato tumbada y en silencio. Sheila se acercó y me ayudó a incorporarme. Me habían dado hasta en el carnet de identidad. Un poco de sangre traspasaba el mono a la altura de la barriga pero, como me venía tan grande, en cuanto fui capaz de moverme, le di una vuelta a la mancha y la escondí debajo de la goma de la cintura. Vi a lo lejos a Felipa, que se había reunido con las que me habían propinado la paliza; las tres tenían una conversación distendida. Escuché sus risas; las diversas miradas que echaron hacia el lugar donde nos encontrábamos me hicieron suponer que le estaban contando todo lo que había pasado. Vimos a Laura, a Clara y a Tere, que venían hacia nosotras esquivando a la banda de Felipa. Cuando llegaron, se acercaron a mí impactadas por mi cara de ser humano al que le han reventado el interior del cuerpo, y porque no fuese ni siquiera capaz de ponerme en pie, y trataron de

justificar, con su pausado tono de voz, el motivo por el cual habían desaparecido. Hablaban aún más lento de lo normal y hasta pensé que se habrían estado fumando algo para tranquilizarse mientras yo había estado a punto de palmarla a manos de unas mostrencas con tatuajes. Nos fuimos hacia dentro intentando aparentar normalidad cuando pasábamos frente a algún guardia. Aunque no había mucha distancia entre el jardín y el interior de la cárcel, a mí el camino se me hizo eterno y tuve que parar un par de veces para coger aire, porque me costaba bastante respirar con normalidad. Tampoco veía muy bien, notaba la vista borrosa y pensé que lo mejor sería que descansase un rato. Le dije a un guardia que me dolía la barriga (era la pura realidad, la barriga y todo lo demás) y le pedí que me abriese la celda para poder tumbarme. Me lo permitió y me recosté en la cama durante un cuarto de hora. Después traté de ser fuerte y espabilarme. Llamé a una funcionaria y le pedí un cambio de ropa, le expliqué que la mía se había manchado de sangre a causa de «asuntos femeninos». Ella asintió con la cabeza y me trajo ropa limpia. Los asuntos femeninos no salían por la barriga, pero ella no analizó la ropa que se fue camino de la lavandería.

Ese día traté de aparentar normalidad, pero estaba rota por fuera y, sobre todo, por dentro. No tenía ganas de comer, de hablar ni de pintar... Solo quería hacerme invisible y desaparecer. Pero, como eso era imposible, me habría conformado con que me dejaran un poco tranquila. Pero la vida en prisión seguía y yo tenía que parecer una presa normal, no un despojo humano al que le costaba hasta respirar. Aguanté como pude el resto del día, mendigué un ibuprofeno en la enfermería aduciendo dolor de cabeza, porque pensé que me haría sentir algo mejor, y le pedí a Julieta tranquilidad ese día. Ella pareció extrañada, pero no me preguntó nada y me dejó descansar. Cuando por fin se hizo de noche, pensé que solo tenía que aguantar, que al día siguiente me dolería un poco menos y al siguiente otro poquito menos, y así sucesivamente. Pero no fue el caso. Cuando me desperté después de haber pasado una noche horrible, aún me sentía peor. Los tres días siguientes tenía tanto dolor que llegué a pensar que igual me había roto algo y que por eso no mejoraba. Pero tampoco quería que lo de la paliza saliese a la luz, así que pasé mi penitencia en silencio. Tardé aproximadamente una semana en recuperarme. Aún tenía dolores, pero ya eran soportables. Durante ese tiempo no me vi con fuerzas de acercarme al taller de jardinería. Tuvimos que decir a los funcionarios que queríamos dejar la actividad voluntariamente y nos insistieron en que eligiésemos otra, pero la verdad es que no nos interesaba hacer ninguna otra cosa. Bueno, a mí sí, pero no era un taller que se pudiese poner en práctica precisamente en la cárcel. Era un taller físico impartido por mí y que tenía como propósito preparar a la panda de cobardicas con las que me había juntado para un futuro ataque a la banda de Felipa. Teníamos que enfrentarnos a ellas porque las cosas no podían quedarse así. Me puse a investigar, a los enemigos había que conocerlos bien y yo ya me había estado poniendo al día de todo. La de los tatuajes feos era Maca, una presa que habían encarcelado por robo a mano armada y que llevaba un año en la cárcel, y la otra era Carolina y estaba en prisión por estafa. Carolina ya podría haber salido en libertad, pero había agredido a varias compañeras de módulo estando presa y le habían aumentado los cargos. Las internas con las que hablé me

dijeron que Carolina y Maca se juntaron con Felipa prácticamente desde que entraron y que las tres habían asumido un rol de líderes: pensaban que todas las internas les debíamos sumisión.

Nada que ver con la banda de las *Nancys* fumadas, que eran menos peligrosas que los patitos de goma con los que juegan los niños en la bañera. Nuestra «temible» banda se dedicó, desde que yo me vi con fuerzas, a frecuentar el polideportivo y el gimnasio. Intentaba ponerlas en forma, pero no me sentía muy motivada. Aunque ellas me decían que sí, que las entrenase, que teníamos que recuperar el jardín, cuando las miraba a los ojos me daba la sensación de que, si llegaba la acción, se iban a volver a cagar de miedo. Aun así, traté de motivarlas y de intentar que se fortaleciesen o, en el caso de las más escuálidas, que por lo menos no se desplomasen cuando las empujasen con un dedo o soplando con mucha fuerza. En las que más fe tenía era en Sheila y en Tere. Pensé que, si al menos ellas dos me apoyaban, seríamos tres contra tres o, mejor aún, contra dos, porque igual Felipa solo dirigía el cotarro, pero a la hora de la verdad no era de ensuciarse las manos. O igual sacaba un cuchillo y nos iba cortando en pedacitos a las cinco para echarnos al cocido que nos ponían los viernes. La rumorología decía que era completamente capaz de ello, pero prefería ser optimista, porque tener la cabecita fría ahí dentro era muy importante.

Para mantenerme serena aprovechaba los ratos libres y llamaba a Bea. Hablar con ella me hacía mucho bien. No le conté lo de la paliza porque no quería preocuparla. Me gustaba más que hablase ella y que me contase cosas de las niñas. Me dijo que su hija mayor, Eva, estaba preciosa y cuidaba mucho a su hermana pequeña, Paula. Me gustaba un montón escuchar las anécdotas de las peques, me hacía sentir que había cosas bonitas y seres inocentes en el mundo, y eso me daba un poco de esperanza. Recordaba la escasa atención que les había dedicado a Eva y también a Hugo, el peque de mi amiga Sara, desde que nacieron. De vez en cuando les daba alguna golosina o les compraba algo de ropa moderna que veía en alguna tienda, pero nunca jugaba con ellos o les hacía demasiado caso. Me da vergüenza reconocerlo, pero pensaba que eran un poco incordio, que habían absorbido a mis amigas y hasta las habían transformado en otras personas con las que yo ya no sentía tanta afinidad. Unas mujeres que, según mi forma de ver las cosas, habían perdido su identidad y a las que, a veces, no reconocía. Solo parecían preocuparles los gases de los niños, su alimentación o sus rabietas. Sentía que por culpa de esos críos nunca volvería a tener la misma relación que había tenido con ellas antes de que se convirtieran en madres. Ahora, al recordarlo, me sentía mal, porque la verdad es que en la cárcel estaba añorando mucho a mis amigas y no podía evitar pensar que, una vez más, había sido una egoísta queriendo que ninguna de ellas avanzase ni se comprometiese con nada ni con nadie, solo porque yo no me sentía preparada para hacerlo. Empecé a pensar que me habría gustado estar más presente en la vida de esos niños y que debería haber escuchado con interés los nuevos desvelos de las chicas, aunque yo no estuviese en ese punto de mi vida, porque eso es lo que hacen las verdaderas amigas. Me reconocí como una mala amiga y pensé que, a partir de ahora, si me lo permitían, las cosas iban a cambiar. Sentí que me quería convertir en una persona mejor y, aunque aún no hubiese podido demostrar nada, solo el hecho de pensarlo me hizo sentir bien. Y ahora viene lo fuerte: hasta me imaginé en alguna ocasión, mientras permanecía tumbada en la

incómoda cama de mi celda, que un peque clavadito a Raúl jugaba con él a la pelota mientras yo los miraba tumbada desde el césped con cara de pánfila. Yo nunca había tenido ninguna intención de ser madre, así que achaqué estos locos pensamientos a alguna especie de efecto secundario del encierro. Porque la realidad es que a mí la estancia en la cárcel ya se me estaba haciendo bastante cuesta arriba. La banda de Felipa, además de quedarse con el jardín, nos estaba extorsionando. Gastaban el saldo de nuestras tarjetas de peculio, nos quitaban la comida y nos obligaban a hacer algunas de sus tareas. La situación se estaba volviendo insostenible. Yo nunca pensé que permitiría que me trataran así, pero lo estaba haciendo. Aunque me muriese de rabia por dentro, no veía muchas opciones más que darles lo que querían para no complicar aún más las cosas. Y cada vez era más cierto lo que le había escrito a Raúl en la carta: él era la única razón por la que me seguía levantando por las mañanas. Tenía la esperanza de que en unas semanas él se presentase en la cárcel, porque eso lo cambiaría todo. Me daría mucha fuerza y un subidón increíble, porque significaría que me daba otra oportunidad y que aún podría ser feliz cuando saliese de allí. Le pregunté a Bea si sabía algo de Raúl y se me aceleró el corazón mientras esperaba que ella me dijese si él le había comentado sus intenciones.

—Lo siento, Dani. No sé nada de él. Yo le di la carta y Raúl me dio las gracias y se la guardó en el bolsillo. Me preguntó si estabas bien, si lo estábamos las niñas y yo, yo le pregunté por su trabajo y no hablamos mucho más.

—Por lo menos se interesó por mí. Eso es que aún le importo, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí —me contestó Bea, dubitativa. Me dio la sensación de que no quería darme falsas esperanzas. Pero la esperanza era lo único a lo que podía agarrarme ahí dentro.

Me despedí de ella y colgamos. Sentía un pequeño vacío cada vez que lo hacíamos, como si me despidiese de alguien con una vida llena de luz y volviese a encerrarme en mi mazmorra en la que permanecía a oscuras la mayor parte del tiempo. Estaba equivocada al pensar que la cárcel no era para tanto. Era para tanto y para mucho más cuando te paras a meditarlo de verdad y te das cuenta de que has tirado por el retrete la única vida que vas a tener, a no ser que te reencarnes en algo interesante en una vida futura. Bea y yo habíamos bromeado a veces con nuestras futuras reencarnaciones y ella me decía que, con lo mal que me estaba portando en esta vida, seguro que en la próxima me reencarnaba en una cucaracha. Y eso era antes de que me enviasen a la cárcel. Ahora sería peor, porque igual las cucarachas son asquerosas para nosotros, pero tienen una vida feliz hasta que alguien las chafa con la zapatilla, claro está. Entonces no merecería ser una cucaracha, igual me tocaba reencarnarme en un ser inanimado, como una piedra golpeada por la fría nieve y arrastrada por el viento, o un poco de cera de los oídos, a la que le arrean con el bastoncillo y la tiran a la basura. Y aceptaba mansamente mi futuro como cerumen. Sentía que me merecería cualquiera de los peores tipos de reencarnación.

Capítulo 22

El premio gordo

Pasaron las semanas, estaba llegando al ecuador de mi condena. Yo ya me había hecho a la idea de que solo cumpliría seis meses de condena porque, si no me metía en ningún lío, mi abogado me lo había asegurado. Estaba pactado con el juez. Una tarde que observé que el jardín estaba despejado, fui a reencontrarme con mis plantas. Estaba todo muy cambiado, aunque a simple vista parecía que la banda de Felipa las estaba cuidando. Supongo que los funcionarios tampoco les iban a dejar estropearlo todo como habían hecho delante nuestro. Pese a que echaba de menos ocuparme del jardín, tenía otros motivos para querer echar una ojeada por allí. Pensaba que Felipa y sus compañeras tramaban algo, que había alguna intención oculta en manifestar tanto interés en estar solas en ese taller. ¿Que por qué lo pensaba? Porque me lo había insinuado Julieta. Cuando por fin le conté que Maca y Carolina nos habían invitado a abandonar el taller de jardinería, me dijo:

—A saber qué están tramando esas pájaras ahí dentro. Piensa lo peor y seguro que te quedas corta.

—Esta tarde me cuelo y lo investigo —le contesté decidida.

—Ten cuidado que, como te pillen husmeando por allí, te muelen a palos —me advirtió mi compañera de celda, que no era agorera ni nada.

—¿Y qué puedo hacer? Necesito saber qué están haciendo. —Pensé que igual Julieta, que era una presa bastante espabilada, tenía alguna buena estrategia en la que no me tuviese que exponer demasiado.

—Manda a las taradas esas con las que te juntas y que se enteren ellas de lo que están haciendo aquellas mostrencas. Si Felipa las mata, no sería una gran pérdida para la sociedad. Lo malo es que seguro que no se enteran de nada, se cagarán de miedo como vean a aquellas asomar el morro por ahí y lo único que conseguirás de ellas será más abono para las plantas.

Sopesé la idea y descarté rápidamente mandar a la pandilla fumeta para allá porque eso no podía traer nada bueno. Podían darse dos supuestos:

1) Mandarlas a investigar estando fumadas.

En ese caso y, si estaban bastante colocadas como era habitual en ellas, ya que no se andaban con medias tintas, era hasta probable que no llegasen al jardín. Se quedarían con los ojos cerrados en algún banco del parque y se les olvidaría que tenían que investigar.

2) Mandarlas a investigar sin estar fumadas.

Si no estaban colocadas, estarían atemorizadas. Se pondrían nerviosas, harían ruido, la banda de Felipa las encontraría y con un puñetazo las tumbaría. Después, Felipa las cortaría en trozos y

las escondería entre la tierra. No esperaba menos de ella.

Estaba claro que no podía confiar en ellas para esta misión. La verdad es que había cogido cariño a esa panda de inútiles y me habría sabido bastante mal que muriesen. Aún me habría sabido peor, y esto hay que interpretarlo de forma literal, comerme sus tropezones en el cocido. Felipa andaba metida en la cocina y me generaba rechazo ingerir cualquier tipo de trozo de algo que ella siempre decía que debía ser pollo. ¿Cuánto pollo había en ese menú? Cuando terminase de investigar lo del jardín me pondría con la cocina, con mucho disimulo, que la verdad es que yo tampoco tenía ningunas ganas de convertirme en un sabroso tropezón.

Así que solo podía confiar en mí misma para averiguar por qué necesitaba el jardín la banda de Felipa. En cuanto llegué me puse directamente al lío. Lo primero que hice fue buscar debajo de las macetas, en las estanterías y en el armario donde guardábamos los útiles de jardinería. Lo vacié por completo, fijándome en cualquier escondrijo que pudiesen haber encontrado. No sabía bien lo que estaba buscando, pero igual, si descubría algo sobre ellas, podría cambiar la situación y conseguir que nos dejaran en paz. Recordé entonces lo que estaban haciendo el día que las encontramos en nuestro jardín, estaban removiendo la tierra. Nosotras pensábamos que lo estaban intentando estropear todo, porque también tenían volcadas algunas macetas y tiradas por el suelo las herramientas, pero se me ocurrió que igual estaban tratando de ocultar algo en el interior de la tierra de las plantas. Empecé entonces a rebuscar a fondo. Fui planta por planta escarbando concienzudamente y parando de vez en cuando, especialmente si oía algún ruido, porque temía que me descubriesen. A esa hora de la tarde no había taller de jardinería y teníamos prohibido entrar en el interior. Continué con la búsqueda, que, por el momento no estaba dando muchos resultados, durante media hora más. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, fui a revisar unas plantas que estaban bastante pochadas y que se encontraban al fondo del jardín. Inspeccionaría esa línea de macetas y las que estaban justo delante y me marcharía de allí con el rabo entre las piernas. En la penúltima y en la última maceta que revisé a fondo estaba el premio gordo. Dos bolsas con pastillas que no me dio la sensación de que fuesen paracetamol ni ningún tipo de protector estomacal. ¡Menos mal que no había mandado a las *Nancys* fumadas, se las habrían tragado todas!

Seguro que había más bolsas escondidas por ahí, pero ya no tenía ánimo de seguir buscando. Ahora ya estaba claro para qué querían tener el dominio del jardín: era un buen escondite para la droga, ya que las celdas estaban muy vigiladas.

Permanecí unos segundos con las dos bolsas en la mano planteándome qué debería hacer a continuación. Si las dejaba allí, igual al día siguiente descubrían que alguien había estado husmeando por la zona y las hacían desaparecer. Había intentado ser cuidadosa, pero era bastante probable que, por poco observadoras que fuesen, se encontrasen con detalles que no estaban exactamente igual a como los habían dejado ellas.

La otra opción era llevarme las bolsas y decirle a Felipa que tenía la mercancía y que ya podía ir dejándonos en paz si quería recuperarla. Solo había encontrado dos paquetes, aunque había bastantes pastillas en cada una, así que la pérdida de dinero sería considerable para Felipa, y querría recuperarlas a toda costa. Su grupito podría encontrar otro objetivo al que torturar en

prisión fácilmente, a cambio tendrían sus pastillas y aquí no habría pasado nada. Pero me daba miedo llevarlas conmigo por si me pillaban los funcionarios y eso empeoraba mi situación. Les diría: «Me acabo de encontrar esto tirado en el jardín», pero no creo que sirviese como excusa, me atribuirían el marrón seguro, así que mejor no trasladar las bolsitas de un sitio a otro. La única opción que se me ocurrió fue la de meter las bolsas en un escondite distinto, así solo lo sabría yo, las tendría controladas y evitaría que me relacionasen con ellas al no llevarlas encima. No quise meterlas en ninguna maceta porque las podían volver a encontrar, así que se me ocurrió hacer un agujero profundo en la tierra del suelo y esconderlas allí. Me sorprendió a mí misma ver cómo le daba a la pelota cuando me iba la vida en ello.

Estuve más de veinte minutos cavando con una diminuta pala de plástico, que era el tipo de instrumento que nos dejaban manejar en la cárcel. Me resultó gracioso pensar que con esa palita tan pequeña podría estar perfectamente en la playa jugando con Eva a hacer castillos de arena; ya tenía algo que podría hacer con la niña cuando saliese de prisión. «Mira, Eva, con una pala como esta la tía Dani ocultó la droga de una banda de desmembradoras peligrosas en la tierra de la cárcel».

Vale, no era una anécdota apropiada para contarle a una niña. Igual ni siquiera tendría oportunidad de contarla porque me mataban antes. Intenté no pensar en ello y seguí cavando. Cuando por fin terminé, observé el terreno y comprobé que era imposible adivinar que la droga estaba enterrada allí. Eché un último vistazo para asegurarme de que todo estaba más o menos igual a como me lo había encontrado y me marché.

Me dirigí a los baños comunes intentando que nadie reparase en mi melena despeinada, en el sudor que cubría mi frente después del esfuerzo de cavar y en mis uñas llenas de tierra. Me aseguré de que no hubiese ninguna presa cerca y empecé a asearme. Tuve que mojar un poco el mono carcelario porque tenía la tierra pegada por todas partes. Me peiné como pude y estuve con las manos bajo el grifo durante un buen rato. Algunas internas entraron, pero no me prestaron mucha atención, hicieron sus necesidades y salieron enseguida. Siempre había alguna funcionaria merodeando por la puerta, así que no quise permanecer allí mucho tiempo y, en cuanto estuve presentable, me fui. Saludé a Milagros con un gesto de la cabeza y ella me devolvió el saludo. Ya era casi la hora de la cena, así que me reuní con las demás reclusas en el comedor. Solo le conté a Sheila lo que había descubierto en el jardín y estoy segura de que ella habría preferido que no lo hubiese hecho. Dudé mucho acerca de si decírselo a las otras o no. Yo planeaba ir a abordar a la banda de Felipa con las demás, a las que había estado preparando para una posible pelea. Aunque aún eran unas enclenques, como era lógico; milagros con solo unos días de entrenamiento no se podían hacer. Pero pensaba que, aunque fuesen unas flojas, me darían algo de apoyo moral. No me sentía preparada para marchar yo sola a confesar a una banda peligrosa que me había apropiado de su droga, pero llegué a la conclusión de que lo mejor era contárselo a ellas lo más tarde posible, justo antes de encararnos ante las tipas que habían invadido nuestro jardín y lo habían profanado; así no les daría tiempo a cagarla o a salir corriendo y esconderse.

Por la noche, Julieta me preguntó si había descubierto algo y otra vez me vi en una encrucijada.

Mi compañera de celda parecía querer ayudarme, pero ¿podía confiar en ella? Hice lo que pensé que sería la mejor opción: decir una verdad a medias.

Capítulo 23

Clara, la lunática

Realmente le conté la pura realidad, que había encontrado droga entre las macetas del jardín. Lo único que omití fue el hecho de que yo la había cambiado de sitio. Pero sincera había sido. A Julieta no le sorprendió en absoluto el hallazgo. Me preguntó si la tenía en mi poder y le dije que no, que me había dado miedo mover droga por si me pillaban los funcionarios. Mi compañera de celda no paraba de preguntarme cosas e intentó aliarse conmigo para que nos hiciésemos con el control de la mercancía. Ella pensaba que lo que yo había encontrado sería la punta del iceberg y que todo el jardín estaría repleto de droga muy bien escondida. Podía verle el símbolo del dólar dibujado en los ojos como si se tratase de un dibujo animado, y me agobié. Me arrepentí de haberle contado, porque lo que menos falta me hacía en ese momento era tener a Julieta metiendo las narices donde no la llamaban. Le dije que yo pasaba de líos y le cambié de tema, pero temí que se lanzase también ella a poner el jardín patas arriba para encontrar el tesoro de la banda de Felipa. Yo es que no aprendía, siempre había sido una bocazas. Le volví a maquillar la realidad diciéndole que apenas había encontrado un par de pastillitas y me dio la sensación de que no me creyó. Debía cerrar el pico ya o, en lugar de estar preocupada por convertirme en un trozo de pollo, empezaría a estarlo por el pánico a morir envenenada. A decir verdad, casi prefería este segundo tipo de muerte, pero, si no me mataba nadie, mejor.

No podía esperar demasiado para encararme a la banda de Felipa, era posible que ya hubiesen echado en falta la droga. Quería que supiesen que yo era, en ese instante, la única que sabía su verdadero paradero y que empezasen a asumir que, o nos dejaban en paz, o se había acabado lo de jugar a las traficantes carcelarias.

Dejé pasar un par de días pensando cómo afrontar la situación, les conté a las chicas mi descubrimiento y les dije que, unidas, podríamos conseguir pararlas ahora que teníamos controlados sus trapicheos. Les asustó el tema de chantajear a unas mujeres peligrosas para conseguir nuestra libertad, pero sabían que tampoco teníamos muchas más opciones. La tenían tomada con nosotras y la situación se estaba volviendo cada vez más insostenible. Ellas me dijeron que no volverían a salir corriendo y que estarían a mi lado, aunque fuese solo para hacer bulto. Me pareció suficiente. Yo les aseguré que trataría de protegerlas. Parecía que me creyese yo Arnold Schwarzenegger, aunque en realidad yo era otra tirillas; si pudieseis ver en persona a Las *Nancys* fumadas entenderíais porqué yo era considerada la *superwoman* del equipo.

Tenía que informar a Felipa de que las cosas estaban a punto de cambiar para ellas, pero tenía que hacerlo con mucho cuidado, para que no me descubriesen los guardias. Pensé que debía citarlas en un sitio en el que supiese que no había cámaras como, por ejemplo, en el hueco que

hay subiendo a las celdas por las escaleras, o en los baños. Como ya os dije, solía haber una funcionaria custodiando los baños por fuera y, si tardabas en salir, entraba a ver qué pasaba (a las estreñidas por naturaleza no las dejaban defecar con tranquilidad), así que preferí citarlas en la zona sin cámaras que hay al lado de las escaleras. Lo hice a través de una nota, la dejé caer disimuladamente sobre la mesa de Felipa cuando vi que no había nadie vigilando. Ella la cogió extrañada y la escondió. No la leyó en el momento y no me quedó claro que lo fuese a hacer, aunque esperaba que sí lo hiciese. En ella le decía que tenía una información que le iba a resultar muy interesante y que la esperaba al día siguiente a las doce del mediodía en el sitio acordado. Seguro que Felipa sabía que allí no nos podrían grabar las cámaras porque ella tenía toda la cárcel controlada. Esperaba que apareciese y que pudiésemos mantener una conversación calmada, ya que aún podía recordar el dolor que sufrí tras el encuentro con sus amigas.

Pasé una nueva hoja del calendario imaginario de mi mente y le di la bienvenida a un día más en el infierno. Otro nuevo amanecer en el que seguramente tampoco sabría nada de Raúl. Quedaban unos días para la cita que había acordado con él y, aunque yo era una persona bastante optimista, estaba empezando a pensar que no se iba a presentar. Es que no se había comunicado conmigo de ningún modo, una llamadita de teléfono si no pensaba venir no habría estado nada mal. ¡Qué menos! Había cometido un error, uno gordo, sí, pero no había matado a nadie. Si no se iba a presentar a nuestra boda falsa, qué menos que llamar para rechazar la propuesta, dar la cara y ser un hombre. Que no le pedirán matrimonio todos los días, ¡espero!, y no es algo que se pueda ignorar como solemos hacer con los mensajes de publicidad que nos llegan al correo electrónico. Aunque igual estaba yo poniéndome en lo peor y no me decía nada porque planeaba aparecer en la cárcel para decirme que me quería más que a nada en el mundo y que me iba a esperar el tiempo que hiciese falta. Ese tiempo que hiciese falta ojalá fuesen solo unos meses y no lo aumentase yo con mis peleas carcelarias, arriesgadas pero absolutamente necesarias en ese momento. Ya me había vuelto a ilusionar: el hecho de que no supiese nada de él pasaba a ser una gran noticia. Pero en ese momento no podía pensar en eso. Tenía que estar concentrada y no ocupar mi mente con nada que me distrajese. Porque ese día no iba a ser uno más, ese día podría marcar un antes y un después dentro de la cárcel. Podría suponer el fin de la extorsión, podría significar que respirásemos tranquilas y pasar los días que nos quedaban allí dentro sin sobresaltos, que bastante dura era ya la estancia en la cárcel sin una banda que te molestase cada día. Si hasta nos quitaban la silla cuando nos íbamos a sentar a comer, ¡ni que tuviésemos siete años!, a mí esas bromas ya no me parecían divertidas, ni siquiera cuando no me las hacían a mí.

Mientras esperábamos el recuento, observé el culazo de Julieta y su aspecto de mujerona, y pensé que podría haber sido un buen fichaje para pelear contra la banda de Felipa. La tía era grande e imponente y, además, se juntaba con tres o cuatro más que habrían hecho un gran papel en nuestro destartado grupo de escuálidas. Pero algo me ponía freno con respecto a ella y era, sencilla y llanamente, que no confiaba en Julieta. Me imaginaba cómo acabaría todo aquello si la implicaba. Ella querría colaborar y se aliaría con nosotras, de eso estaba casi segura, pero, cuando descubriese dónde estaba toda la droga, se la querría apropiarse y trataría de quitarnos del

medio. No me extrañaría que volviese a intentar convertirme en su «putita». Era mejor no arriesgarse. Yo no quería la droga para nada, yo lo que quería era que nos dejaran en paz. Además de quitarnos la comida y el dinero de la tarjeta de peculio, nos insultaban, nos empujaban y hasta en no pocas ocasiones nos habían obligado a entregarles nuestras bragas, que no sé yo para qué las querían. No lo entiendo. Yo me imagino tocando las bragas de ellas dos y me entran arcadas. Preferiría inocularme el virus del ébola a acercarme a su ropa interior. Sheila me dijo que, en una serie de televisión, las reclusas de una prisión ponían en marcha un negocio de venta de bragas por internet y, cuanto más usadas y sucias estuviesen, más se pagaba por ellas en la calle. Seguro que estaban haciendo eso las muy asquerosas, o igual algo peor, porque la realidad muchas veces supera a la ficción. Seguro que una banda de pajilleros con algún trastorno serio (porque si no, no se entiende) estaría ahora mismo recibiendo con los brazos abiertos mis bragas en su casa. ¡Qué ascazo, madre mía! A mí no me daban asco mis bragas, pero a ellos debería. La gente está muy loca. Pues volviendo al tema, que la pandilla de Felipa nos tenía agobiadas. Ahora les había dado por las bragas, pero en cualquier momento se les podría ocurrir vender nuestros dientes por internet y tardarían nada y menos en dejarnos melladas, o incluso podrían querer nuestro pelo para hacer pelucas con auténtico pelo de presas. Solo tenía que ocurrírseles y se pondrían manos a la obra con la extorsión. Vale que me estaba relajando con el cuidado de mi aspecto físico en la cárcel; bueno, más bien estaba dejadísima hasta el punto de que unos días atrás una presa me había acusado de ser un hombre, pero con mi pelo no se jugaba. Más valía pararlas a tiempo.

Eran las once de la mañana y yo estaba con las *Nancys* fumadas en el patio.

—¿Estáis nerviosas? —les pregunté.

—Bueno, un poco. Pero solo vamos a hablar, ¿no? —me preguntó Sheila, aunque más que una pregunta parecía una súplica.

Me di cuenta de que las otras tres permanecían atentas a la conversación.

—Sí, sí. En principio sí. Pero no hay que descartar que se tomen mal lo que les vamos a decir y que nos ataquen. —Quería que estuviesen preparadas y que no saliesen corriendo al primer empujón.

—Yo he preparado un pincho. —Ahí me quedé muerta. Clara, que de normal parecía vivir en algún satélite de la luna, sacó entonces un palo no muy grande pero con una punta bastante afilada y me lo enseñó orgullosa. A nuestro alrededor algunas curiosas se nos quedaron mirando.

—Esconde eso —le gritó Laura, histérica—. Como nos vean los guardias con ese palo, nos mandan de cabeza a aislamiento.

Clara se echó a reír ruidosamente. Al ver que no nos estaba haciendo ninguna gracia, se puso seria de golpe y nos dijo:

—Yo lo llevo dentro del mono siempre. —Después, no sé cómo, lo hizo desaparecer debajo de la goma del uniforme. Como estaba tan flaca y el mono le iba tan ancho no se apreciaba en absoluto el pincho por debajo de la tela. Me dejó muy sorprendida que Clara siempre hubiese

llevado eso ahí. La miré con un poco de miedo. Nunca me había parecido que estuviese muy bien de la cabeza y ver a una chiflada con un arma siempre te da respeto.

—Tranquilas, nunca ha pinchado a nadie —explicó Tere, y Laura asintió. Se ve que ellas sí que sabían el arma casera que se había fabricado la colega. Sheila parecía a punto de echar a correr y miraba a Clara como si se hubiese escapado de un manicomio, yo noté que su cuerpo le pedía chivarse y con mis ojos le indiqué que ni hablar.

«Es inofensiva, tranquila», le transmití con la mirada, o quizá fue «todo está controlado, a nosotras no nos va a atacar con el palo la loca esta», o algo así como «sí, está muy loca, pero ¿quién no lo está hoy en día?». No es fácil saber lo que le estás diciendo a alguien con la mirada. Yo pretendía tranquilizarla y que no se chivase a los guardias porque, si lo hacía, iba a meter a Clara en un buen lío, y la lunática (pensé que la podía llamar así por vivir en la luna y estar loca) me daba un poco de pena.

A las doce menos cinco ya rondábamos cerca de las escaleras. Si alguien nos veía de lejos, podría afirmar que las cinco éramos lo contrario a una banda carcelaria peligrosa. Estábamos todas bastante nerviosas, Sheila y yo no parábamos de andar arriba y abajo y las otras tres miraban a un lado y al otro con cara de estar cometiendo un delito más gordo que el que les había llevado hasta allí. Yo ahora miraba distinto a Clara, parecía inofensiva y seguramente lo era, así se lo había querido transmitir yo a Sheila, pero ¡llevaba un pincho debajo del uniforme! Yo aún estaba alucinando, ¡cómo engañaba la gente en la cárcel!

A las doce y diez vimos aparecer a Felipa, que iba escoltada por Maca y por Carolina. Andaban tranquilamente, hasta me pareció que se reían de algo. Pararon frente a nosotras, que nos habíamos escondido debajo de las escaleras, y se acercaron hasta ponerse frente a nuestras caras.

Por un momento nadie dijo nada. Pensé que debía ser yo quien tomase la iniciativa, hablaría la primera y así parecería que dominaba la situación. Yo no tenía ni idea de cuál debía ser la forma de proceder para pararle los pies a unas matonas, pero pensé que, si les dejaba hablar a ellas, igual no tenía ni oportunidad de abrir la boca después.

—Sabemos cosas. —Fue lo único que acerté a decir, por lo que no pareció que dominase demasiado nada, pero lo dije segura. Ni me tembló la voz ni nada. Algo es algo. Mis amigas me rodearon haciendo un corrillo y las integrantes de la banda de Felipa no parecieron muy impresionadas.

Como me observaban sin decir nada, continué hablando:

—Sé dónde tenéis escondida la droga.

Maca y Carolina intercambiaron una mirada que no sabría decir qué significado tenía. Felipa no despegó sus ojos de mí. Pasaron unos segundos, que a mí se me hicieron eternos, y, finalmente, dijo:

—Bueno, pues si te olvidas ya mismo de dónde está, igual ni siquiera te mato.

No me gustó nada el cariz que estaba tomando esa conversación. Las amenazas de muerte no molan.

—Bueno, yo puedo olvidarlo, sin duda. —En este momento hice una pausa intencionada antes de seguir hablando, arqueé las cejas y me miré las uñas para intentar mostrar desinterés. Estaban

horribles, por cierto, me impactó verlas así, pero no era bueno centrarse en mis uñas en ese momento. Actué como si no me preocupase en absoluto que Felipa acabara de decir que me iba a matar. Me preocupaba y mucho ¡yo no quería morir!, pero tenía que marcarme un órdago.

Se produjo un silencio, así que continué hablando:

—Pero si yo me olvidase, ya no sabríamos nadie dónde está, porque la he cambiado de sitio. Ahora solo yo sé dónde se encuentra la droga.

Felipa estaba procesando lo que le acababa de decir y aún no había pronunciado palabra, cuando ocurrió algo que cambió el curso de la negociación. Clara salió disparada hacia Felipa y le clavó el pincho en un ojo. Después, lo sacó y lo introdujo con fuerza en el otro ojo. No lo volvió a sacar, lo dejó ahí clavado. Ante esto las reacciones fueron diversas e inesperadas: Clara se rio, confirmando, ahora ya sí, que estaba muy loca, Felipa rodeó con la mano su ojo libre de palos, del que no paraba de salir sangre a borbotones, Maca se echó las manos a la cabeza, Carolina se quedó petrificada, Tere se tiró al suelo y se puso a llorar, y Laura, Sheila y yo, cuando conseguimos reaccionar, echamos a correr sin saber muy bien ni hacia dónde dirigirnos.

Capítulo 24

Liberad a Clara

Igual habría sido mejor que Sheila se hubiese chivado, ahora ya no sabía qué pensar. ¡La que se había liado en un momento! Conseguimos alejarnos de las escaleras sin que nadie nos viese y camuflarnos entre las internas. Salimos y estuvimos las tres andando por el patio sin decir nada, por lo menos durante cinco minutos.

—¿Pero por qué ha hecho eso? —Sheila fue la primera en hablar. Le temblaba la voz y parecía muy asustada—. ¿Qué le pasa? Es que no entiendo nada, solo íbamos a hablar con ellas. No sé por qué ha atacado a Felipa.

—No tengo ni idea —le contesté con sinceridad, yo también estaba alucinando—. ¿Tendrá algún trastorno o algo que no sepamos? No tiene ningún sentido que haya reaccionado así.

—Clara siempre ha sido un poco agresiva, pero últimamente estaba mucho más calmada —dijo Laura.

Y tanto que estaba calmada, si había que azuzarla para que arrancase cuando trataba de contar algo. A mí se me cerraban los ojos cuando la escuchaba hablar debido a lo despacio que lo contaba todo. Eso cuando no se encontraba ausente en su mundo. Además, estaba hecha un fideo y no era capaz de hacer ni una flexión; lo había comprobado. No sé de dónde habría sacado la fuerza de repente, porque el palo había estado a punto de salirle a Felipa por la nuca. Parecía otra persona, como si se hubiese transformado.

—Es que creo que tomaba unas pastillas y que las ha dejado de tomar. Debería haberle prestado más atención —se reprochó Laura, que parecía bastante consternada.

Y digo yo que ya podía haber compartido antes esta información con nosotras, para estar prevenidas más que nada. Igual si no tenías ni idea, le llevabas la contraria jugando al parchís y te atacaba con la lanza esa que llevaba siempre oculta en la barriga. ¡Qué poquito le habría costado avisarnos! Yo, si hubiese sabido lo loca que estaba, no la habría llevado allí ni de broma, ¡si ellas solo iban para que no me vieses sola! No tenían que hacer nada.

—¿Y ahora qué va a pasar? —me preguntó Sheila, asustada. No le pude contestar y negué con la cabeza. Me daba cuenta de que ella necesitaba que la tranquilizase y que me tenía a mí como la encargada de dirigir al grupo y de buscar soluciones, pero me había pillado esto tan de sorpresa como a ellas y no tenía ni la más remota idea de lo que iba a pasar a continuación. Ni siquiera sabíamos lo que había pasado en la escalera, porque esta vez habíamos sido nosotras las que habíamos salido corriendo disparadas como por un resorte, seguramente un resorte llamado pánico. A ver quién era la guapa que se quedaba allí a ver cómo estallaban los ojos de una interna peligrosa... Pies en polvorosa que pusimos y era lógico, era la única reacción posible

ante ese hecho. Al menos a mí seguía sin ocurrírseme qué otra cosa deberíamos haber hecho. Lo de intentar sacarle el palo del ojo ni de coña, creo que me habría desmayado del asco y no tenía por qué meterme yo en esos jardines.

—Esperaremos a que llegue la hora de la comida. Si Tere o Clara vienen al comedor, nos contarán qué ha pasado. Por ahora tendremos que andar con mil ojos y, si nos preguntan los funcionarios, les tendremos que decir que nosotras solo hablábamos con Felipa y con las otras dos, cuando Clara se ha enajenado y ha atacado con el palo sin previo aviso y sin venir a cuento.

—Laura y Sheila asintieron cabizbajas, creo que en ese momento de incertidumbre y miedo, si les hubiese dicho que íbamos a cavar un túnel y a escapar de allí, se habrían puesto manos a la obra con la palita de playa y, si les hubiese ordenado que subiesen a sus celdas y se hiciesen las dormidas, lo mismo. Habrían hecho cualquier cosa que yo ordenase, estaban más perdidas que un daltónico montando un cubo de Rubik.

La verdad es que no esperaba que Clara apareciese por el comedor. Los golpes que me habían dado a mí las amigas de Felipa los había podido disimular y por eso no habían supuesto represalias, pero a ver cómo disimulas unos ojos atravesados por una lanza. A Clara la habrían pillado seguro y no sabía qué es lo que iba a pasar con ella.

A las que sí que vimos a la hora de la comida fue a Carolina y a Maca. La expresión de sus caras indicaba que les encantaría torturarnos y matarnos en un periodo de tiempo no demasiado largo. Estaban las dos solas, no se veía a Felipa por allí, como era de esperar. Le debían de estar reconstruyendo las córneas. Ahora que lo pensaba más fríamente, lo que habíamos presenciado era digno de una peli de terror muy bestia. Yo ya veía claro que iba a tener pesadillas durante una larga temporada y no iba a conseguir olvidar nunca la cara de Clara riéndose como una maníaca mientras sujetaba el palo lleno de sangre.

Busqué por el comedor a Tere, la vi a lo lejos y le hice una señal para que se reuniese con nosotras. Cogió su bandeja y se aproximó arrastrando un poco los pies. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto y nos dijo que le habían dado una especie de sedante para tranquilizarla, porque estaba muy alterada. Clara y Tere tenían mucha relación allí dentro y Tere la apreciaba de verdad.

Cuando se sentó y bebió un trago de agua, nos contó que, en cuanto echamos a correr, Maca fue a buscar a algún guardia mientras Carolina trataba de sostener a Felipa. La ayudó a sentarse, porque estaba a punto de desvanecerse y presionó su ojo para que no tratase de abrirlo. El otro ojo seguía teniendo el pincho clavado y, cuando por fin aparecieron los guardias, se llevaron corriendo a Felipa. Si la trasladaron a la enfermería o directamente al hospital es algo que nadie sabía. Nosotras comentamos que, debido a la magnitud del desastre ocular, Felipa habría ido de cabeza a un centro hospitalario. Tere nos siguió contando que llegaron otros guardias y preguntaron quién había sido la autora del ataque. Carolina delató a Clara y la buscaron por todas partes, pero no apareció. Tere nos confesó que estaba tan impactada observando el palo en el ojo de Felipa, que no se dio cuenta de en qué momento Clara se había evaporado, así que no sabía nada más.

Estábamos terminando de comer cuando los guardias avisaron de que nos iban a mandar a

todas a nuestras celdas con la intención de despejar las zonas comunes y hacer un recuento. Estábamos saliendo del comedor cuando oímos un llanto desgarrador. Nos giramos y vimos a Clara sentada en una esquina, llorando sin consuelo. Un guardia se acercó a ella y le pidió que se levantara, pero ella no reaccionaba, estaba como en trance. El guardia se empezó a poner nervioso y la agarró del brazo. Clara empezó a gritar. Cada vez gritaba más fuerte y acaparó la atención de las reclusas, que habían dejado de andar hacia las celdas y se habían agolpado alrededor de Clara para verla de cerca. El rumor de que una interna había atacado a una de las presas más peligrosas de la cárcel había corrido como la pólvora y todas querían ponerle cara a la persona que había cometido semejante insensatez.

Tere se abrió hueco entre el tumulto, corrió hacia Clara y le ordenó al funcionario que la soltase. Le gritaba que le estaba haciendo daño y le pedía que le diese un poco de tiempo, que ella se levantaría sola. Él no le hizo caso, le urgía llevarse a Clara de allí, porque las internas se estaban empezando a descontrolar. Se formó un gran revuelo, las presas gritaban y abucheaban al funcionario, y este nos ordenó a todas que saliésemos del comedor y le obedeciésemos, pero ninguna parecía tener intención de hacerlo. Ahora eran varias las reclusas que le pedían que soltase a Clara. El guardia la tenía agarrada muy fuerte y la empujaba para que anduviese, pero ella no se movía y cada vez parecía más aturdida. El corrillo que se había formado alrededor de ellos se fue cerrando y un par de internas empezaron a empujar al funcionario, una hasta le saltó encima por la espalda y casi lo hizo caer al suelo. Él se puso nervioso y observé que trataba de localizar a algún compañero, pero estaban todos muy ocupados intentando contener a otras presas que se habían venido muy arriba aprovechando la coyuntura de lo que estaba pasando con Clara. Yo me había unido a la reivindicación y estaba en el centro del corro, aunque sin golpear ni empujar a nadie; no quería meterme en problemas, pero me estaban entrando ganas de atacar porque el guardia estaba siendo muy poco cuidadoso, estaba lastimando a Clara y se notaba que no es que ella no quisiera colaborar, es que estaba sobrepasada, seguramente en estado de *shock* y por eso se había quedado inmóvil.

Una presa, a la que llamábamos la Rusa, básicamente porque era rusa, empezó a desnudarse allí, en vivo y en directo, y varios guardias, que en ese momento estaban tratando de calmar a un montón de presas alteradas, se abalanzaron sobre ella intentando que se volviese a vestir. Otras internas la empezaron a imitar, se desnudaron allí mismo y lanzaron sus bragas al aire entre risas y aplausos. Pensé en lo que le gustaría a Felipa estar allí, consiguiendo bragas gratis para su negocio. Pero seguramente ahora mismo no estaba ella para poner el foco en la ropa interior, suerte tendría si volvía a ver un tanga, una braga o cualquier otra cosa cuando se encargasen de ella los oftalmólogos.

Varias internas abucheamos a los guardias que habían acudido a intentar levantar a Clara, que ahora mismo parecía totalmente ida y era un peso muerto tirado sobre el suelo. Tere le sujetaba la cabeza y yo fui a ayudarla. En cualquier otro momento de mi vida no habría movido mi culo por nadie, pero algo me dijo que debía hacerlo, entre otras cosas porque me sentía un poco culpable. Yo había descubierto la droga y había llevado a Clara y a las demás ante Felipa.

Aunque mi intención era buena, yo solo quería frenar el acoso, el plan no podía haber ido peor y me sentía responsable de ello.

Me metí en el medio, esquivando los empujones que se estaban propinando unas a otras, ya que, en ese momento, aquello era una batalla campal, para ayudar a Tere a liberar a Clara. Laura y Sheila también se unieron, y los dos guardias que habían venido a ayudar a su compañero trataron de apartarnos a empujones. Llegó un momento en que ya no les preocupó demasiado coger a Clara, y ese momento fue cuando un grupo de presas se abalanzó contra varios funcionarios y consiguieron tirarlos al suelo. Gritaban: «¡Una, dos y tres!», y se lanzaban a la vez hacia su objetivo. Golpearon en el trayecto a otras internas y se formó una pelea muy grande entre todas. La dirección de la cárcel estaría observando por las cámaras el follón que se estaba montando, porque aparecieron entonces varios guardias preparados con unos trajes especiales. Yo ese atuendo solo se lo había visto a los antidisturbios de las manifestaciones. Llevaban un traje reforzado, un casco y un escudo transparente que se colocaban frente a ellos, cubriéndose el cuerpo. Llevaban también una especie de defensas de goma y golpeaban con eso a las presas que les oponían resistencia, que en ese momento éramos todas. El espectáculo era curioso: mujeres desnudas correteando por allí, guardias uniformados intentando contener el caos que reinaba, mis amigas acobardadas, Clara desvanecida y yo intentando que nadie me diese una paliza cada vez que me empujaban y me obligaban a caer sobre una presa. Entonces me di cuenta de una cosa: la cárcel en ese momento era un caos y en unas horas entraríamos en el día en el que había citado a Raúl, la fecha en la que por fin descubriría si aún tenía una mínima posibilidad de arreglar las cosas. En cualquier caso, era el día que llevaba semanas esperando. Vi a Tere llorando con Clara sobre sus rodillas, que no se movía, y me entraron ganas de llorar a mí también.

Capítulo 25

El peor día para amotinarse

Esa tarde la cosa aún se complicó más: varios funcionarios terminaron heridos y también varias presas. Cuando aparecieron cuatro guardias, se dirigieron directamente a Clara y la cogieron en brazos; ya no pudimos hacer mucho más por ella. No nos quisieron decir a dónde se la llevaban. Fuimos andando las cuatro por todos los rincones de la cárcel. No sabíamos muy bien dónde meternos. Nos preocupaba el hecho de que nos encontrasen Maca y Carolina, porque era posible que pensasen que nosotras estábamos al día de la ida de olla de Clara y se quisiesen vengar por lo que le había hecho a su amiga. Íbamos intentando esquivarlas y pasar desapercibidas y, al no verlas en la cocina, entramos. Allí reinaba el caos. Varias presas devoraban las magdalenas del desayuno y lanzaban al suelo tomates, lechugas y todo lo que encontraban a su alrededor. Tenían la boca manchada con restos de comida. Parecían animales en lugar de mujeres y, viéndolas así, comiendo sin cubiertos ni nada, me recordaron a un grupo de caníbales que se disponía a engullir una especie de carne en adobo que habían colocado en el centro. Me causó mucha impresión. En la cárcel no te pegabas comilonas de esas que luego te dolía la barriga, como podías hacer en la calle, pero tampoco pasábamos hambre; al menos en mi caso no era así. Aunque igual las rollizas que estaban dismantelando la cocina no opinaban lo mismo. En cualquier caso, se estaban poniendo las botas y no iba a ser yo la que se lo impidiese. Nos miraron mal al vernos entrar y, como seguíamos esquivando los malos rollos, nos movimos a la biblioteca. Me resultó curioso escuchar por los altavoces de la cárcel indicaciones, que las presas ignoraban totalmente, en las que se les instaba a terminar con esa actividad delictiva y a encaminarse civilizadamente a las celdas. Creo que yo era la única que escuchaba ese mensaje, las demás estaban divirtiéndose y disfrutando de ese rato en el que se sentían libres para hacer lo que quisiesen. Seguramente yo también lo habría hecho de no ser porque seguía pensando en Raúl y en que, en teoría, al día siguiente iba a venir a verme. Las presas de esta cárcel tenían que elegir justo este día para amotinarse. Ya no veíamos a muchos funcionarios rondando, yo creo que se habían replegado para pensar cómo afrontar esta locura, ya que estaban en seria desventaja numérica. Nosotras éramos muchas más. Estaba anocheciendo, las presas cenaban lo que pillaban por allí (o, mejor dicho, lo que les habían dejado las sucesoras de Hannibal Lecter), pero a mí se me había cerrado el estómago. Y aún se me cerró más cuando me asomé al jardín y vi a Julieta con cuatro mujeres más destrozando todas las plantas. Seguí caminando con Laura, Sheila y Tere y nos acercamos a ellas.

—¿Qué estás haciendo, Julieta? —le pregunté malhumorada.

—Nada, echando el rato aquí con las colegas —señaló a las otras cuatro con la cabeza. Aquellas no cesaron su actividad que consistía en vaciar toda la tierra de las plantas. Estaban muy sucias, llenísimas de tierra, pero no parecía importarles demasiado.

—No deberíais hacer eso, es una pena —le dijo Sheila con un hilo de voz y tono de súplica.

—Tú cállate, mierda seca —le contestó con rabia una de las amigas, y yo miré amenazante a Julieta para que controlase a sus chicas.

—A callar y a trabajar —le ordenó Julieta.

Y entonces caí en la cuenta de algo...

—¡Tú estás buscando la droga de Felipa! —la acusé casi gritando. Mi compañera de celda no lo negó y me miró fijamente.

—Pues claro que sí, la manicura nos gusta en tonos más claros —me contestó mirándose las uñas negras. ¡Me estaba vacilando la muy descarada!—. ¿En qué planta está escondida?

Las chicas sabían que yo la había cambiado de sitio y me observaban asustadas. Si no teníamos bastante con la banda de Felipa, nos faltaba ahora tener que enfrentarnos a la de Julieta.

—Yo la vi en esa de ahí —señalé la planta del rincón, en la que había encontrado la droga aquella tarde. Habían pasado tantas cosas después, que me daba la sensación de que, en lugar de días, habían pasado meses desde que encontré las bolsas con pastillas. En ese momento pasó una presa en pelota picada justo por delante de nosotras y dos segundos después un guardia persiguiéndola. Una escena bastante surrealista. Nosotras buscando droga y el guardia persiguiendo a la muchacha desnuda.

La presa que había insultado a Sheila se acercó hasta la planta y comenzó a revolver la tierra. Tras unos minutos en los que Julieta y yo estuvimos mirándonos las caras, la presa confirmó que allí no había nada y Julieta dio un paso amenazante hacia mí.

—Felipa lo habrá descubierto y lo habrá cambiado de sitio —dijo Laura con voz temblorosa, mirándose los pies y demostrando así que mentía como el culo y que mejor habría estado calladita.

—O igual tú sabes dónde está y me lo quieres contar antes de que te dé un puñetazo que te haga volar hasta el cielo como si fueses una cometa. —Julieta se había encarado ahora con Laura. Tenía las manos en la cintura y movía el peso de su cuerpo hacia un lado y hacia el otro, mientras su enorme culo se bamboleaba de la misma manera.

Me dio mucha rabia que tratase así a mi amiga. En ese momento, y sin ninguna reflexión por mi parte, le di un cabezazo a Julieta. Aunque había cambiado mucho estando en la cárcel y me notaba más centrada, aún quedaba dentro de mí algo de la vieja Daniela: la que no reflexionaba las cosas y actuaba de forma demasiado impulsiva. Ella me miró sonriendo, pero esa mueca en su cara no indicaba simpatía, precisamente. Me temí una nueva pelea y quise pararla a tiempo. No me apetecía nada que Raúl me viese toda llena de moretones si es que pensaba presentarse, se acababa el motín y le dejaban verme, cosa que cada vez veía más improbable. Pensé que podría parar a Julieta antes de que volasen los primeros puñetazos, ella parecía respetarme.

—Oye, mira, nosotras no sabemos dónde está la droga, seguramente se la hayan llevado ya, así que haz el favor de dejarnos en paz.

Tras pronunciar estas palabras me giré hacia mis amigas y les hice un gesto para que me siguieran. Pensé que escucharía un grito de Julieta o un ataque por la espalda mientras tratábamos de irnos, pero nada de eso pasó. Julieta nos dejó marchar de allí, aunque les indicó a las otras dos que siguiesen escarbando. Yo dudaba mucho que fuesen a encontrar la droga, sobre todo porque no estaba entre las plantas, estaba enterrada en el suelo. Pero no es que ellas tuviesen nada mejor que hacer, así que continuaron acumulando tierra debajo de las uñas.

Con el tembleque aún en el cuerpo, nos sentamos en los bancos del patio. Casi todas estaban dentro y nos sentó bien estar al aire libre. Me recosté a mirar las estrellas. Las chicas hablaban cerca de mí, pero yo no les prestaba atención. Estaba mirando la luna, que hoy estaba prácticamente llena (quizá era esa forma de la luna la que había desatado la locura de las internas, no me extrañaría que algún funcionario se convirtiese esa noche en hombre lobo, o quizá alguna presa. Por el pelo que tenían muchas en el cuerpo, no sería nada descabellado) y pensé que, por primera vez desde que estaba allí, cabía la posibilidad de que, en ese mismo momento, Raúl estuviese viendo exactamente lo mismo que yo, y eso me hizo sentir conectada a él y un poco más alejada de las presas peludas.

Apenas dormimos esa noche. El día había sido demasiado intenso y nosotras estábamos asustadas. Se veía a internas destrozando cosas, se oían muchos gritos, se escuchaba música, que no entendía de dónde podría estar saliendo, y a alguien aullando: todo parecía indicar que se trataba del hombre o la mujer lobo. Los guardias siguieron tratando de imponerse dentro de la prisión durante toda la noche y mis amigas y yo permanecemos en el patio, que seguía bastante despejado, hasta que, al amanecer, unos guardias salieron y nos obligaron a entrar y a dirigirnos a las celdas. Parecía que, por fin, habían conseguido hacerse con el control de la cárcel y yo respiré un poco aliviada porque me daba miedo lo que pudiese pasar si nos quedábamos solas y a nuestra suerte allí dentro. Mientras me dirigía a mi celda, pasé por delante de la de Maca y me hizo el gesto de cortarme el cuello con el dedo. Me alegré de ir acompañada y me hice una anotación mental: pegarme a algún funcionario como si fuese su sombra para evitar que la banda de Felipa me mandase a criar malvas.

Ese día nos dejaron encerradas en las celdas como represalia por el motín. Llevábamos un montón de horas allí y Julieta, a la que habían traído a empujones por el destrozo que había hecho en el jardín, no me había dirigido la palabra. Tanto tiempo en silencio me iba a volver loca. De vez en cuando me lanzaba una mirada poco amistosa, pero yo ya estaba hasta el gorro de los líos carcelarios y quería un poco de tranquilidad. No tenía ganas de morderle la pierna ni arrancarle la oreja para imponerme, así que ignoré su enfado y me dirigí a ella como si unas horas antes no le hubiese dado un cabezazo que, a mí por lo menos, aún me dolía:

—Julieta, ¿dónde te irías hoy mismo si pudieses? —Mi compañera de celda me miró debatiéndose entre seguir con su cara de odio extremo o contestarme y terminar así con el agobiante silencio que nos acompañaba desde hacía demasiado tiempo. Tras unos segundos de reflexión, se decidió por la segunda opción:

—Me iría a ver a mi hija, hoy cumple doce años —me contestó y, por primera vez desde que la conocía, le vi un brillo especial en los ojos.

—No sabía que tuvieras una hija —contesté alucinada. En el tiempo que llevábamos en prisión habíamos hablado durante muchas horas; me extrañó que no me hubiese comentado nunca algo tan significativo.

—Es que no te lo había dicho. No tengo relación con ella, así que igual ni podría verla. La abandoné cuando ella tenía cuatro años porque no podía mantenerla. La adoptó un matrimonio que parece que la cuida bien. Cuando cumplió siete descubrí dónde estaba e iba a verla desde lejos a la puerta de su colegio, pero ella no sabe ni quién soy. Yo solo quería tener dinero para intentar recuperarla —me dijo, cabizbaja.

—¿Por eso trataste de envenenar al viejo? ¿Para quedarte con toda su pasta y recuperar a tu hija?

Julieta apretó la mandíbula y me pareció que hasta oí rechinar sus dientes. ¡Qué bocazas era a veces! Me dio miedo que me pegase, porque ahí sí que estábamos las dos solas, así que dije la primera majadería que se me ocurrió.

—Yo habría hecho lo mismo. Por recuperar a un hijo está todo justificado. ¡Ole tu papo de reina mora! Venga, vamos a bailar.

Me aproximé a ella, la cogí de la mano y la acerqué a una improvisada e imaginaria pista de baile. Mis manos casi no abarcaban su voluminosa cintura y cuando pensé que me iba a apartar de un empujón, empezó a mover su culazo al ritmo de la canción *Guantanamera*, que yo cantaba en homenaje a sus orígenes. Así se lo hice saber.

—Yo no soy cubana —me dijo ofendida, y paró en seco su baile.

—¿Cómo que no lo sos, mi cubanita? —dije con un acento mezcla de cubano y de argentino, porque se me daba fatal imitar acentos.

—Yo soy venezolana. —Flipé demasiado, habría apostado mi tarjeta de peculio (antes de que me la robase Felipa) a que esta mujer era cubana de los pies a la cabeza. Cabeza que adornaría con un colorido pañuelo. ¡Es que le pegaba un montón! Pero bueno, asimilé la información y le hice la pelota para que se volviese a relajar:

—¿Y no habrás sido tú *miss* Venezuela algún año?

Se rio y siguió bailando. Las dos lo hicimos. Nos pasamos bailando y cantando tanto rato que, cuando al fin paramos, nos dolían las piernas. Cuando nos emocionábamos demasiado y subíamos la voz, algún guardia se acercaba y nos daba con algo metálico en los barrotes para que bajásemos el tono.

—Y tú, ¿a dónde irías si pudieras? —me preguntó entonces, mientras las dos nos tumbábamos en nuestras literas.

Lo tenía clarísimo.

—Iría a ver a Raúl y le daría un beso tan gordo que le iban a doler los labios. Aunque no sé cómo se lo tomaría, porque no me quiere ni ver. Nos íbamos a casar, ¿sabes? —le confesé—. Ahora ya no quiere saber nada de mí. Le escribí una carta pidiéndole que me esperase. Le había

pedido que viniese hoy; si lo hiciera, significaría que aún tenía una posibilidad de que me perdonase y de que podríamos estar juntos en el futuro.

—¿Y ha venido? —Julieta se asomó para verme la cara desde arriba de su litera. Parecía un murciélago de cara roja, si es que esa especie de murciélagos existe.

—No lo sé. No habrá podido, ¿no? Aunque quisiese... por esto del motín.

—Ah, coño, es verdad —me contestó Julieta, a la que, al parecer, ya se le había olvidado el lío que se había organizado—. Pues llámale y así sales de dudas.

—No me dejan. Lo he preguntado antes —le expliqué desanimada.

—¿Tienes tarjeta para llamar?

—No, me la quitó Felipa. —A saber dónde estaría ahora, igual la habían heredado sus secuaces.

—Toma, pues ten la mía. —Me quedé asombrada con ese acto de generosidad. No me lo esperaba. En el jardín había pensado que Julieta era un bicho muy falso, porque fingía que nos llevábamos bien y, a la primera de cambio, me la había jugado, pero ahora me quería prestar su tarjeta. No entendía nada.

—¿Por qué eres maja ahora? Antes has sido una borde.

—Eso no tiene nada que ver. Son temas de negocios. Si no te metes en mis asuntos, aquí tendrás a una amiga para toda la vida. —Se acercó la mano en forma de puño al corazón y me dio a entender que eso significaba que lo estaba diciendo totalmente en serio.

—Pues muchas gracias —le contesté llegando a la conclusión de que nos podríamos llevar bien si no me metía en sus trapicheos—. Pero no me van a dejar llamar.

—Anda, cállate. Tú prepárate y, cuando yo te diga, gritas: «¡Emergencia! ¡se muere!». Cuando entren los guardias a socorrerme, tú sales corriendo. Igual ni entran esos hijos de puta, porque me tienen ganas; si la palmo, una menos a la que mantener, pero tú insiste, ¿eh? Les dices que les vas a denunciar por dejarme morir o algo así que les acojone.

No tenía ni idea de lo que pensaba hacer Julieta, pero decidí hacerle caso. Aún nos quedaban bastantes horas de estar encerradas y yo no me iba a poder sacar de la cabeza la duda de si Raúl habría querido venir a verme o no.

Miré cómo Julieta se dirigía hacia nuestra ducha y se ponía en la mano un montón de gel. Después, se lo echó a la boca, se tumbó en el suelo y empezó a moverse como si estuviese temblando o como si un montón de hormigas se le hubiesen metido por dentro del mono carcelario. Me hizo un gesto con los ojos para indicarme que chillase, mientras por su boca salían espumarajos a borbotones. Observé la escena analizando si los guardias iban a pensar que a Julieta le estaba dando una especie de ataque o si se percatarían enseguida de que era una payasa con la boca limpiísima.

Teníamos que intentarlo. Grité lo que ella me había dicho lo más fuerte que pude y, en pocos minutos, teníamos frente a la puerta a dos guardias que entraron y se colocaron al lado del cuerpo de Julieta, que cada vez se movía más descontrolado. La tía le estaba poniendo ganas. Parecía la niña del exorcista. Con la tarjeta prestada en la mano, escapé por la puerta antes de que se cerrase y me dirigí hacia la zona en la que se encontraban los teléfonos. Corrí todo lo deprisa que me

permitían mis pies y no me pareció que me siguiese nadie, aunque tampoco me pude fijar mucho, la verdad. Algunas presas me miraban desde sus celdas sin entender muy bien por qué no estaba encerrada ni adónde podía estar dirigiéndome con tanta prisa. Una de ellas empezó a ovacionarme como si estuviese llegando a la meta de una maratón y esto contagió a muchas otras, que hicieron lo mismo. Yo prefería que no me animasen, porque quería pasar lo más desapercibida posible, teniendo en cuenta que me había escapado y por las cámaras me habrían visto ya correr como una atleta olímpica, porque otra cosa no, pero yo en forma estaba un rato. Las internas, al oír tumulto, se pusieron a chupar barros: me refiero a que estaban con sus caras pegadas para ver qué podía estar causando semejante escandalera; y yo, poco podía hacer ante eso.

Las ignoré, vi a lo lejos a varias guardias que seguro que se acercaban a comprobar por qué las presas estaban chillando de esa manera y continué corriendo por los pasillos vacíos hasta que por fin llegué ante los teléfonos.

Paré en seco y coloqué mis manos sobre las rodillas para tomar aliento. Había echado una buena carrera y me faltaba el aire, pero no sabía lo que tardarían en aparecer los funcionarios, así que me dispuse a marcar el número de Raúl.

El corazón me latía desbocado debido al esfuerzo y también a los nervios. Raúl podría descolgar el teléfono en cualquier momento y volvería a escuchar su voz.

Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos, contestador automático.

Colgué y volví a marcar.

Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos, contestador automático.

¡Mierda! ¿por qué no lo cogía? Lo volví a intentar.

—¿Sí? —contestó una voz de hombre.

—¿Raúl? —pregunté dudando.

—¿Qué Raúl? —me preguntó el hombre, y yo bufé, porque esto era fácil. Si tienes el teléfono de Raúl, dáselo, porque quiero hablar con él. Si eres algún amigo o algo, pues pásale el maldito teléfono y no me hagas perder un tiempo que no tengo.

—¿No es el teléfono de Raúl? Necesito hablar con él y no puedo esperar mucho —le expliqué con tono de súplica.

—¿Quién pregunta por Raúl? —Este señor me estaba desesperando. Si era su padre, o su abuelo, que me avisase, porque estaba a un minuto de mandarlo a la porra.

—Yo soy Daniela. ¿Tú quién eres? —le pregunté malhumorada. Empezaba a oír pasos acercándose y me estaba poniendo nerviosa.

—No conozco a ninguna Daniela ni a ningún Raúl.

Pegué un grito que lo debió de dejar sordo, y colgué el teléfono. Me había equivocado. A saber quién era ese señor que me había hecho perder un tiempo precioso. Con las manos temblorosas volví a marcar el número que me sabía de memoria, esta vez fijándome bien en las teclas que pulsaba para que no me volviese a pasar lo de confundir algún número.

Un tono, dos tonos...

—¿Sí?

Esa sí era la voz de Raúl.

—Hola... —Solo me dio tiempo a decir eso, porque se cortó la llamada y empecé a escuchar los pitidos de la línea telefónica. Una funcionaria con cara de pocos amigos había cortado la comunicación y me miraba perdonándome la vida.

—Espero que te hayas divertido, te esperan unas *minivacaciones* en aislamiento.

Me llevó hasta la celda de aislamiento a empujones. Cuando llegamos, abrió y me hizo pasar a un cubículo diminuto que se encontraba prácticamente a oscuras.

—¿Dónde está Julieta?

—Se la han llevado a enfermería, si se confirma lo que sospechamos, que estaba fingiendo un ataque, también visitará una de estas celdas.

Después de decir esto, cerró la puerta y yo me quedé a solas con mis pensamientos. Me puse a pensar en lo relativo que era el tiempo. Para mí, como para casi todo el mundo, antes de entrar a la cárcel la vida pasaba muy rápido. La semana volaba y el fin de semana aún más. Los meses me parecían semanas de lo rápido que transcurrían. En la cárcel me había pasado justo lo contrario. Una semana dentro equivalía, por lo menos, a un mes. Los días se me hacían muy largos, aun teniendo mis talleres y mis rutinas, y a una psicóloga a mi disposición con la que pasaba mucho tiempo. Tiempo en el que, sobre todo al principio, permanecía en silencio y aún se estiraba más. Un minuto charlando con una amiga mientras te tomas una cerveza se va en un suspiro, mientras un minuto mirándote las caras con alguien y sin soltar prenda puede ser eterno. Cinco minutos. ¿Qué son cinco minutos? Lo que te cuesta lavarte los dientes, comerte una mandarina o regar las plantas. Cinco minutos no son nada, pero para mí lo habrían sido todo. Cinco minutos y habría podido hablar con Raúl, y quizá ahora sabría si aún me quería.

Capítulo 26

Tirando de reservas

Me tiré dos días en aislamiento. Tuve tiempo de pensar en todo: en cómo estaría Clara, en si le habrían puesto a Felipa un ojo biónico y nos iba a dejar en paz porque viviría en su «Matrix» particular, en si Julieta estaría aislada o seguiría rebuscando la droga entre la tierra, en cómo esa venezolana podía parecer tan sumamente cubana, en hasta dónde se lavan la cara los calvos, en si se puede sudar dentro del agua... Conforme avanzaban las horas entre esas cuatro paredes, mis desvaríos iban en aumento. Me acordé de todas mis amigas, repasé mi infancia y juventud y me volvieron a doler algunas cosas que yo tenía muy enterradas en algún rincón de mi mente. Pensé en la barbaridad de tíos que habían pasado por mi vida, y por mi cama, y en los pocos datos que podía recordar de la mayoría de ellos. De algunos, sobre todo de los ligues de una noche, no conseguía ni acordarme del nombre. Dato curioso: había estado con muchos chicos que se llamaban Adrián. No era un nombre tan corriente, ¿no? Pues yo acumulaba unos cuantos en mi lista de conquistas. Sin embargo, Raúl solo había existido uno en mi vida, y ese fue el que acaparó cuarenta de las cuarenta y ocho horas de mis pensamientos de encierro. Y no es que no durmiese, es que hasta soñé con él, así de obsesionada estaba. Me pasa esto en la calle y me cago de miedo, seguro que habría escapado de la situación marchándome a vivir a otra ciudad, porque pensar tanto en alguien no podía ser bueno. Lo terminaría pasando como el culo si la cosa no iba bien, así que lo mejor sería alejarse cuanto antes o estropearlo todo con mis infidelidades, que eso se me daba bien. Pero ahí dentro no tenía escapatoria. Estaba atrapada con mis pensamientos y tratando de hacer caso a la psicóloga que llevaba meses trabajando conmigo en mejorar mi forma de afrontar el amor y la vida. Bea me había dicho en alguna ocasión que no me vendría nada mal ir a terapia para trabajar mi impulsividad, mi mala cabeza y, básicamente, descubrir por qué acababa estropeando todas las cosas buenas que me pasaban o alejando a las personas que de verdad valían la pena, para así poder ponerle remedio. No le hice ni caso. A terapia que fuese su tía la del pueblo, ¡qué manía tenía todo el mundo con meter sus narices donde nadie les llamaba! Así había reaccionado en el pasado, pero ahora me veía en serias dificultades para manejar cómo me sentía con mis pensamientos sin poder escapar a ningún sitio, sin poder cambiar de aires ni usar ninguna de las técnicas que me habían funcionado fuera de la cárcel.

Cuando salí de la celda de aislamiento después de dos días, me molestó la luz y entrecerré los ojos. Se oía mucho ruido alrededor y eso me mareó un poco. Salí al patio y las *Nancys* fumadas se alegraron mucho de verme. Estaban juntas en un banco, pero faltaba Clara: seguramente no la volveríamos a ver porque, según me contaron las chicas, la habían trasladado a un módulo donde estaban las internas con problemas de salud mental. Me dio lástima, pero me quise animar

pensando que al menos allí nadie le quitaría las bragas para venderlas a pervertidos, que, por cierto, ya había que tener cuajo para querer las bragas de Clara, que era como la *prota* de la película de *The Ring*, toda flacucha, con los pelos en la cara y que siempre parecía que le hacía falta un baño, ¡a saber cómo llevaría las bragas! Pero, bueno, allí ninguna parecía un ángel de Victoria's Secret. Hasta yo, en ese instante, parecía la versión AliExpress de mí misma: ojerosa, flaca, despeinada y sin maquillar. Más de una a la que le había robado el novio se alegraría de verme en semejante estado de decrepitud, y no es broma; me había dado por creer que la cárcel era una especie de castigo que me había traído el karma por todas las parejas que había roto en el pasado y por todo el daño que le había hecho a mi familia y a mis amigos. ¡Maldito karma! Oye, que hay gente peor por ahí suelta, ¿eh?, que yo jamás me había dedicado a la política, ni cosas de esas chungas de verdad. En fin, como me dijo una vez mi psicóloga: «Todo lo que nos pasa, nos pasa por algo. Los tiempos difíciles por los que pasamos nos hacen mucho más fuertes». Pues yo ahora mismo me sentía el increíble Hulk.

Las demás estaban bien; durante el día anterior habían estado esquivando a Maca y Carolina porque, según me dijeron, sin mí eran presas muertas. Pero, después de un rato hablando, las vimos salir también al patio y parecían no prestarnos demasiada atención. De vuelta a mi celda por la noche me esperaba Julieta, la habían descubierto y también había pasado los dos días en la celda de aislamiento, pero no me guardaba rencor y me preguntó si había logrado hablar con Raúl. Al contarle que, justo al escuchar su voz, la funcionaria de turno había cortado la comunicación, chasqueó la lengua y escupió al suelo de la celda, lo cual me pareció asqueroso, pero no se lo dije porque entendí que era su forma de mostrar su disconformidad y solidaridad ante mi drama.

—De todas formas, no me ha llamado. Supongo que ya tengo mi respuesta. No hace falta ser un genio para entender la situación —le dije fingiendo pasotismo, pero muy dolida por dentro.

—Los tíos son unos cabrones. Los envenenaba a todos —me contestó ella riendo y me llamó la atención que la jodida sí que podía bromear sobre sus dotes de envenenamiento, pero no le hacía gracia si lo hacía yo.

Lo cierto es que yo sabía que Raúl no era un cabrón y por eso me daba más rabia aún haberlo perdido.

Al día siguiente tuve visita de Bea, que estaba preocupada porque se había enterado de lo del motín.

—Esto parece una película, Daniela. Motines en la cárcel, ¡qué peligroso!

—No te preocupes que, cuando volvimos a Valencia después de que salieses del *reality* y fuimos a ese concierto en los jardines de Viveros, peligro más mi vida que aquí dentro.

—La verdad es que esa noche fue un caos, casi me tiran al suelo cuando me mantearon lanzándome por los aires —me contestó riéndose. Me dieron ganas de levantarme y abrazarla, y de volver a esos días donde todos mis problemas eran pillarme una buena cogorza y buscar una casa cercana para dormir la mona. Pero no estaba permitido el contacto en las visitas. Estaba planteándome volverme lesbiana para conseguir un poco de cariño dentro, aunque fuese por parte de unas delincuentes, y así, igual, dejaba de pensar en Raúl todos los días, que ya me

aburría hasta a mí misma siempre pensando en el cansino de Raúl. No era cansino, ¡qué va! Era mi gran amor, pero ¿por qué era tan cabezota y no me daba otra oportunidad?

—Ojalá pudiese obligar a Raúl a estar conmigo, aunque fuese a la fuerza —le hice ese horror de confesión a Bea, con voz lastimera, porque es lo que me salió en ese momento.

—No digas tonterías. Eso no tiene sentido.

—Pero ¿es tan grave lo que he hecho? ¿No sabe que estoy aquí encerrada y que lo estoy pasando fatal? Ya me podría decir que sí, que me espera, aunque sea mentira, yo qué sé. Luego, fuera, que me deje si vuelvo a no estar a la altura, igual allí fuera lo puedo superar. Pero es que no puedo soportar más estar aquí sin ningún aliciente para querer salir. ¿Qué me espera fuera si no lo tengo a él?

A Bea le rodaron un par de lágrimas por las mejillas. Se quedó callada, porque no sabía qué decirme. Yo tampoco sabía qué podía haber dicho ella que me sirviese de consuelo.

—Dani, aunque cuando salgas no tengas a Raúl, te has encontrado a ti misma, y eso, pequeña, es lo más importante.

En ese momento las palabras de Bea no tuvieron sentido para mí, o yo no quise que lo tuviesen, porque no les presté la suficiente atención. «Palabrería barata de amiga», bufé. Seguí reconcomiéndome en mi soledad y en mis escasas ilusiones. Pero, con el paso de los días, volví sobre las palabras de Bea y me hicieron cambiar el chip. Tenía que parar ya. No cambié de opinión respecto a que Raúl era el hombre de mi vida, seguía pensando que lo era y que cuando saliese de allí, si él no había contactado conmigo, lo haría yo con él, para cerrar una etapa o para retomarla con ilusión, porque los dos teníamos pendiente una conversación que no me iba a dejar descansar tranquila hasta que no tuviese lugar. No obstante, eso no podía ser el centro de mi vida ni el foco de mis ilusiones. El foco tenía que ser yo, pero no la narcisista y egoísta Daniela del pasado, sino una Daniela mejorada y una Daniela que no pensara en volver a desperdiciar las oportunidades de ser feliz que le ofreciese la vida.

Bea no fue la única que vino a verme, después tuve más visitas. Quizá mi mejor amiga, al verme tan hecha polvo, había tenido algo que ver en que me visitasen las demás. Una tarde vinieron Sara y Ana, y otra me visitó Marta, que me dio consejos de abogada y me hizo prometer que le haría caso y no me metería en líos. Vi todo esto como una segunda oportunidad y me prometí a mí misma que nunca jamás volvería a defraudar a mis amigas. La reunión fue extraña, en ambos casos: habían pasado muchos meses y yo llevaba un mono carcelario y unos ojos que contaban cosas que yo no me atrevía a relatar. Pero las sentí cercanas, apoyándome sin palabras y haciéndome saber que estaban allí, que las iba a tener fuera y que no se pensaban marchar a ningún sitio. Fue un chute de adrenalina justo en el momento que la necesitaba, cuando llevaba semanas tirando de reservas, deprimida y sin ilusiones. Las visitas me llenaron de energía, yo que pensaba que no me hacía falta nadie y, sobre todo, nadie que me cuestionase o que me intentase cambiar. «Bienvenidas de vuelta, mis pesadas amigas que siempre tenéis razón». Echaba de menos sus broncas, que pusiesen los ojos en blanco cada vez que yo decía una grosería, una majadería o cualquier cosa reprochable. A partir de ahora, pensaba hacer caso de

sus consejos y, sobre todo, quería que se sintiesen orgullosas de ser mis amigas, algo que hasta ahora no había conseguido.

Más animada, me enfrenté a los últimos meses que me quedaban en la cárcel. Solo pretendía no meterme en líos y que el tiempo pasase lo antes posible, pero había un asunto que no se había resuelto y cuando, semanas después, vi aparecer a Felipa en el jardín con un parche en el ojo y me hizo una señal para que me acercase a ella, creí que estaba a punto de mearme en los pantalones. No sé si las bragas meadas también le servirían para su negocio, se lo tendría que preguntar. Estaba acompañada de Maca y Carolina, pero yo estaba sola. Casi lo preferí, la última vez que había llevado conmigo a las *Nancys* fumadas a este tipo de reuniones, la cosa no había terminado demasiado bien.

Me acerqué a ellas lentamente. Mientras lo hacía, no dejaba de observar el otro ojo de Felipa, el que no llevaba parche. Esperaba ver de cerca un ojo de cristal o algo parecido, pero conservaba el suyo.

—Por lo menos la loca de tu amiga no me destrozó los dos ojos y no me ha dejado ciega. Las heridas de este ojo —se lo señaló— fueron superficiales, nadie lo diría, ¿eh?, con el espectáculo que protagonicé ese día. Me han tenido que operar tres veces el otro y, cuando pasen unas semanas, sabremos si aún conservo algo de visión.

Me pareció algo bueno que Felipa quisiese compartir conmigo su parte médico hasta que me dijo:

—Y todo esto es por tu culpa, por haber metido tus narices donde no te llamaban —me acusó con tanto odio que me preocupó bastante estar sola con ellas tres y sin que nadie lo supiese.

—Bueno, técnicamente, fue por culpa de Clara. Se le fue la olla. La han llevado a algún centro psiquiátrico. —Mi dedo daba vueltas cerca de mi sien con el típico gesto que indicaba que la aludida estaba loca de atar. Lo sentía mucho por Clara, pero era poco probable que ella volviese y yo tenía que salvar mi culo.

—Déjate de mierdas y dime dónde cojones está mi droga. —Se acercó a mí hasta colocar su frente junto a la mía y yo, al verla tan grande, tan fea y tan doble, casi me desmayo.

La aparté. Le di un empujoncito. No quería enfadarla, pero tampoco podía dejar que ella me tratase así.

—Si te digo dónde está, ¿me dejarás en paz?

—Si no me dices donde está, te mataré.

Me había convencido. Era un motivo bastante contundente para aflojarme la lengua. Definitivamente, no me quedaban muchas opciones.

En ese momento, pasó algo que precipitó los acontecimientos. Por los altavoces de la cárcel informaron de que Daniela Moreno tenía una llamada y que acudiese a la zona de las cabinas.

Hice un amago de escapar y Felipa, con un gesto de la cabeza, lanzó a sus dos matonas a por mí. En un segundo me tenían agarrada cada una de un brazo dejándome sin posibilidades de moverme lo más mínimo.

—Vale, te digo dónde está, pero después me soltáis. Esa llamada puede ser muy importante para mí.

En mi cabeza, Raúl podía estar ahora mismo esperando al otro lado de la línea y yo, mientras, pasando el rato inmovilizada por dos monstruos horrendos.

—Tú habla, y luego ya veremos.

Repitieron el mensaje por el altavoz.

—Soltadme o no os podré señalar dónde está —les rogué ansiosa. Quería terminar con este asunto cuanto antes.

Felipa volvió a hacer el gesto de la cabeza que las autorizaba a que me liberasen. En cuanto lo hicieron, eché a correr. Ellas casi me vuelven a agarrar, pero se relajaron al caer en la cuenta de que corría hacia el lugar en el que estaban enterradas las dos bolsas de pastillas.

—Están aquí, ¿vale? —Rodeé con mi pie la tierra en el punto exacto en el que se encontraba enterrado el botín—. ¿Me dejaréis ahora en paz? —pregunté con voz de hastío.

—Nos lo pensaremos. No te cruces en nuestro camino por si acaso, y yo que tú no me volvería a juntar con la fumada de Clara: tiene los días contados.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, ¡pobre Clara! Seguramente la buscarían hasta en el módulo ese de salud mental para matarla. Eché a correr todo lo rápido que me permitieron las piernas hasta llegar a los teléfonos. Se ve que estaba destinada a correr la maratón cada vez que tuviese que llegar a la zona de las cabinas. Le había confesado a Felipa dónde estaba la droga sin pensar una estrategia, sin negociar, sin plantearme nada más, solo porque tenía una llamada y... ¿podía ser Raúl? Ojalá fuera Raúl.

Capítulo 27

La llamada

Descolgué el teléfono en el que me dijeron que tenía la llamada y dije un simple «¡Hola!» con la respiración entrecortada a causa de la carrera. Estaba muy nerviosa, más incluso que unos minutos antes, cuando Felipa me había amenazado de muerte si no le indicaba dónde estaba la droga.

—Hola... soy yo.

Casi me desmayo al escuchar la voz de Raúl, seria y apagada, al otro lado de la línea. Pero la voz de Raúl al fin y al cabo.

—¡¡¡¿Raúl?!!! ¡Me has llamado! ¡No me lo puedo creer! —Mi voz, tan alegre y chillona, contrastaba con la suya, pero es que Raúl me había llamado. Quería hablar conmigo.

—Bueno, quería asegurarme de que estabas bien, nada más. —Ese nada más me olió a cuerno quemado, como se suele decir coloquialmente. Me estaba quitando la ilusión con solo dos frases —. Has tardado en contestar al teléfono, estaba a punto de colgar.

—Sí, bueno, es que estaba leyendo en la biblioteca —le mentí. Decirle que le estaba confesando a una matona, a la que una de mi grupito casi había dejado ciega, dónde estaba la droga que le había escondido, no me pareció una buena idea.

—¿Tú, leyendo? ¿Qué tenéis, la Cosmopolitan por allí? —Raúl sonó algo más relajado, pero enseguida se volvió a poner serio—. Perdona, es que nunca has cogido un libro estando conmigo. Bueno, una vez para sujetar la pata de esa mesa de la terraza que cojeaba cuando quisiste apoyar tu cerveza y casi se te cae. ¿Te acuerdas?

Claro que me acordaba. Después de aquel aperitivo en la terraza le había desnudado y habíamos tenido una sesión de sexo salvaje que haría que se ruborizase hasta Nacho Vidal.

—Sí, me acuerdo, y también de lo que pasó después. —Raúl carraspeó al otro lado de la línea y no dijo nada, lo noté incómodo—. Aquí leo, Raúl, participo en talleres, pinto, cuido de las plantas, practico deporte y hablo con mi psicóloga, que me está ayudando a entenderme mejor y a tratar de mejorar como persona.

—Ah, vaya, eso está genial, Daniela —me dijo, y me sonó sincero.

Estuvimos unos segundos en silencio y después él volvió a hablar.

—Bea me dio tu carta...

—Sí, lo sé, me lo dijo —le contesté sin saber bien qué añadir.

—Llamé para hablar contigo. No estaba seguro de ir a verte y llamé para explicarte mis motivos, pero me contaron lo de los disturbios que había allí y, al volver a telefonar al día siguiente, me informaron de que no podías recibir llamadas porque estabas en una sala de

aislamiento. Por lo que me explicaron, allí van las presas que han desobedecido o se han metido en algún lío. —Noté el reproche en su voz—. ¡Qué pena que no aprendas y sigas complicándote la vida, como si no fuese ya suficientemente malo estar encerrada en la cárcel! —Raúl me dijo esto abatido, no enfadado, pero igualmente me sentó muy mal. Tomé aire para no estallar, porque había trabajado mucho en controlar mis impulsos, así que respondí lo más calmada que pude:

—Acabé aislada durante dos días porque sentía una necesidad tan grande de hablar contigo que me arriesgué a hacer una llamada cuando no estaba permitido. Llegaste a descolgar y te dije «hola». Seguramente me equivoqué al desobedecer, pero no te permito que digas que no aprendo y que me sigo complicando la vida. He aprendido muchísimo aquí y por supuesto que he cambiado. Ya sé lo malo que es estar aquí dentro, tú ni te lo podrías llegar a imaginar. —Noté que resbalaba una lágrima por mi mejilla y me la limpié con brusquedad.

—No sabía que había sido por eso... —Raúl se había quedado bastante cortado.

—Entonces, no ibas a venir, ¿no? ¿No me vas a dar otra oportunidad? —le pregunté, y noté que se formaba un nudo en mi garganta. No quise seguir hablando porque era consciente de que me iba a poner a llorar. ¡Y Raúl aún dudaba de si había cambiado! Yo no lloraba, yo era la que hacía llorar, y ahora estaba a punto de derrumbarme.

—No, no iba a ir, Daniela. Estoy intentando remontar y verte no me iba a hacer ningún bien. Lo he pasado muy mal. Nos íbamos a casar, ya lo sabes. Esto ha sido muy gordo para mí también, sabes la ilusión que me hacía. Te he llamado porque soy de enfrentar las cosas y tú tratabas de comunicarte conmigo. Además, Bea me dijo que te veía mal, sin ilusión y me preocupé. Que ya no estemos juntos no significa que no me siga preocupando por ti y siga queriendo que estés bien.

—¿Me has llamado porque sentías lástima por mí? —pregunté. Ahora me sentía muy herida, lo último que quería era que nadie me mirase con pena. Y menos él.

—No quiero que estés mal... —Esa fue su contestación, y me deprimió mucho.

—Tranquilo, que estoy bien. Por un momento pensé que eras el único motivo para querer salir de aquí y empezar una nueva vida. Entiéndeme, paso muchas horas al día encerrada, aquí se come la cabeza hasta el más pasota del mundo. Pero después cambié de parecer: hay muchas razones por las que quiero salir y la fundamental es por mí misma. Porque quiero demostrarme que he aprendido, que estos meses han servido para algo, que he mejorado en las cosas importantes. Ahora me conozco mejor y me quiero, antes parecía que me quería demasiado, pero era justo al contrario. Hasta he llegado a pensar que me autosaboteaba. Cada vez que algo me iba francamente bien, cada vez que tenía algo bueno, me encargaba de estropearlo. Me he dado cuenta de eso estando aquí dentro. Ahora soy una nueva Daniela y tengo la convicción de que saldré fortalecida de aquí y podré ser feliz.

Raúl se quedó en silencio. No me extrañó, menuda charla de automotivación me había cascado.

—Me alegra mucho escuchar eso —dijo al fin...

—Bueno, pues te libero de llamarme para ver cómo estoy. Yo no quiero a nadie en mi vida por pena. Yo te sigo queriendo y algún día te lo demostraré, sé que desde aquí poco puedo hacer,

pero, si cuando salga me das la oportunidad, verás que he cambiado. Si no, tampoco pasará nada, tanto si encuentro a otra persona que me llene como si continúo con mi vida sola, ya tengo lo más importante: a mí misma.

—Cuídate allí dentro, Daniela. —Por cómo pronunció esta frase, me dio la sensación de que Raúl estaba llorando. Colgué el teléfono y rompí a llorar yo también.

Siguieron pasando las semanas en la cárcel, ya no volví a recibir una llamada de Raúl y mucho menos una visita, pero esto dejó de obsesionarme. Había cambiado el foco y me estaba centrando en mí, quería sentirme lo mejor posible y, añorándolo tanto, no lo conseguía. Eso no significaba que ya no quisiese a Raúl, lo seguía queriendo, pero había hecho un hueco grande en mi corazón para más cosas. Para mi familia, que por fin empezaba a visitarme y a apoyarme, y se mostraban muy sorprendidos por lo cambiada que me veían; para mis amigas, que me habían dado otra oportunidad y, sobre todo, para mí misma. Estaba aprendiendo a escucharme y a quererme, y eso significaba buscar lo mejor para mí, disfrutar de la tranquilidad y de las pequeñas cosas.

Siguieron pasando las semanas, por la cárcel todo marchaba mejor: la banda de Felipa por fin me había dejado en paz, aunque pretendieron seguir extorsionando a mis amigas y tuve que tener otra charla con ellas. Pero hay tanta gente en la cárcel, muchas recién llegadas, que no les costó poner el foco en ellas y a nosotras nos dieron un poco de tregua. Es duro, pero es así: allí dentro cada una tenía que mirar por sí misma. Había convencido a Laura y a Tere para que por fin se tomasen en serio lo de desintoxicarse del todo. Las estaba controlando y las mantenía ocupadas intentando que hiciesen algo de ejercicio para que se olvidasen de esnifar pegamento o de fabricarse sus porros raros. Además, habían aceptado ir a terapia de grupo y habían permitido que los profesionales les ayudasen a enfrentarse a sus adicciones.

Sheila veía que mi tiempo allí estaba llegando a su fin, que pronto saldría en libertad, y se sentía agobiada. Sobre todo, el último mes, desde que Felipa nos había dado un descanso, habíamos sido absolutamente inseparables. A Sheila siempre le habían gustado los números y, ya que a ella aún le quedaba una larga estancia allí, yo le había animado a que estudiase la carrera de Administración y Dirección de Empresas. Igual al salir podría trabajar en algún negocio llevando la contabilidad. Era una chica lista y trabajadora, solo le faltaba confianza en sí misma, algo que traté de mejorar con ella. Digamos que, al ver lo perdidas que estaban mis amigas allí dentro, me autonombré *coach* y las ayudé a ellas, a la vez que ellas me ayudaban a mí sin darse cuenta, haciéndome sentir útil.

Cuando me quedaban unas semanas para salir (un juez ya había aprobado la reducción de la condena), tuve varias charlas con la trabajadora social. Quería saber qué pensaba hacer en la calle y en qué iba a enfocar mi vida.

—Tengo ganas de trabajar, nunca me ha importado hacerlo. Antes de trabajar como *wedding planner* en la masía, tenía experiencia como fotógrafa y me gustaba mucho, aquí he hecho varios cursos de fotografía que me han ayudado a no oxidarme y a aprender algo más, quiero tirar por ahí. Si alguien me da una oportunidad, no la pienso desaprovechar.

La trabajadora me felicitó por tenerlo tan claro y me avisó de lo importante que era que no volviese a meterme en ningún lío fuera; le di mi palabra de que así sería. Yo era la primera interesada en no volver a la cárcel jamás. Iba a tener un orgasmo la primera vez que me metiese en mi bañera, la llenase de espuma y sumergiese mi cuerpo en el agua caliente. ¡Qué poco valoramos las cosas cotidianas cuando las tenemos!

A Julieta también le fastidió que se acercase el momento de marcharme. En dos días estaría en la calle, aún no me lo podía ni creer. Ya nos habíamos acostumbrado la una a la otra y no sabía a quién le pondrían de compañera. Yo no roncaba, no chillaba, no lloraba y olía bastante bien para lo que se olfateaba por allí, así que para ella era una gran pérdida.

—¿Vas a intentar que la próxima compañera de celda sea «tu putita»?

—Vaya recibimiento te di, ¿eh? —contestó riéndose. Ahora ya nos reíamos al recordarlo. En ese momento, recién aterrizada en la cárcel, casi me desmayé del susto.

—Te voy a echar de menos, *barbie* oxigenada.

—¿Me concedes un último baile?

Agarré a Julieta por las caderas y bailamos nuestro último *Guantanamera*. Me despedí de ese culazo que se bamboleaba de forma hipnótica y le deseé de corazón que un día pudiese abrazar a su hija. Me dio una palmada en el hombro con tanta emoción que casi me tira al suelo.

Mi último día en la cárcel fue bastante raro. En esencia pasó lo de todos los días: recuentos, comidas, talleres, patio... pero en mi interior todo era distinto. Me despedía de todos y cada uno de los sitios de aquel lugar, al que no tenía intención de volver jamás. Agradecí lo que me habían aportado los libros, las pinturas, las plantas... No iba a salir de la cárcel la misma Daniela que había entrado, y eso se lo debía, en parte, a haber dejado que todas esas nuevas ocupaciones animasen mis días y me aportasen cosas nuevas. Me había vuelto más tranquila y reflexiva, se podría decir que a la fuerza, pero poco importaba el motivo, lo único que importaba para mí en ese momento era el resultado. Había aprendido a valorar las cosas y me había prometido que no volvería a caer en los mismos errores. Había pasado los peores seis meses de mi vida allí, pero me habían dejado un aprendizaje.

Me despedí de Laura y de Tere con un fuerte abrazo a tres. Tere nos espachurraba con toda su fuerza y a mí me faltaba el aliento, pero estaba feliz. Me prometieron que se iban a cuidar, que no iban a recaer en sus malos hábitos y que rehuirían a la banda de Felipa. Me aseguraron que no se acercarían a ellas ni aunque les ofreciesen *pastis* gratis; bueno, que eso no iba a pasar nunca, pero, sobre todo si pasaba algo así, demostrarían su fuerza de voluntad y huirían sin mirar atrás. Me prometieron que se volverían a ocupar de las plantas ahora que la banda de Felipa había perdido el interés en el jardín. Se ve que las traficantes ya no querían esconder allí la droga, porque ya sabía de su paradero demasiada gente.

Cuando caminé hacia Sheila para darle un abrazo, se lanzó directa hacia mí llorando a moco tendido. Me estrujaba muy fuerte y no paraba de preguntarme qué iba a hacer sin mí. Yo me había dado cuenta de que ella había creado una fuerte dependencia de mi persona. En general, todas lo habían hecho, pero las otras tres (antes de que se llevasen a Clara) se llevaban muy bien,

y Sheila no cuajaba tanto con ellas. Yo era el pegamento que las unía a todas y esperaba que, ahora que yo me iba a marchar, Sheila no se quedase sola.

—¿Y si llegan nuevas y la toman conmigo? —me preguntó agobiada, sorbiendo los mocos acumulados en la nariz.

—Les muerdes en la pierna.

Ella dejó entrever una sonrisa en su cara, por la que no paraban de rodar lágrimas.

—¿Y si Felipa me vuelve a molestar?

—Le clavabas un pincho en el ojo bueno.

Sheila me pegó un golpecito amistoso en el hombro.

—¿Puedes hablar en serio? Me voy a quedar aquí sola y no eres capaz de darme ningún consejo que merezca la pena.

Le levanté la barbilla para que me mirase a los ojos.

—Sheila, intenta no meterte en líos. Haz tu marcha y no te metas con nadie. Pero no te dejes pisotear y no dejes que te extorsionen. Eso después se te queda clavado dentro y te pasa factura. Yo ya no estaré aquí, pero tú eres tan fuerte como yo, solo tienes que creértelo.

A ver, esto último no me lo creía ni yo. Sheila era uno de esos seres de luz delicados y un poco manipulables, pero yo no me había sacado ningún máster en psicología, así que tenía que tirar de inventiva. Ella asintió convencida, así que igual la había hecho recapacitar y se había empoderado. Ojo, que, visto lo visto, podía tener yo dotes de psicóloga.

—Te voy a echar de menos, Dani. Has sido una buena amiga y un gran apoyo para mí aquí dentro.

Lo que me dijo Sheila me llegó al alma, porque a mí nadie me había dicho semejantes palabras de amor y amistad. Seguramente porque nunca había sido una buena amiga y no había apoyado a nadie, a no ser que hacerlo me hubiera reportado algún beneficio. Sonreí y creo que hasta me puse roja.

Repartí mis escasas pertenencias entre las tres y, cuando llegó el momento de marcharme, me acompañaron hasta donde les permitieron, y luego yo seguí avanzando. Me sentía muy rara, estaba deseando dejar atrás la cárcel, pero también era posible que la echase de menos en algún aspecto. No tiene lógica, ¿verdad? Es que en la cárcel todo está planificado, no tienes que pensar lo que vas a hacer con tu vida. Está claro que tienes otras preocupaciones, como que no te maten y todo eso, pero me refiero que, aunque lleves meses fantaseando con salir, cuando llega ese momento te da un poco de miedo volver a enfrentarte a tu vida anterior.

Recogí las cosas que había dejado al entrar y me despedí de la funcionaria Milagros, a la que ya conocía un montón, con un abrazo. Pensé que me apartaría como si tuviese la peste, pero la verdad es que no lo hizo. Se rio y me estrechó fugazmente entre sus brazos, como si no se sintiese a gusto haciendo eso con una interna, pero a la vez sin poder evitar devolverme esa muestra de afecto.

—Espero no volverte a ver nunca más —me dijo.

—Tus deseos son órdenes, Milagritos —le dije sonriendo, me encaminé a la puerta y salí sin mirar atrás. La dejé allí plantada mirándome con una sonrisa en la cara.

Salí y fue como volver al pasado: volvíamos a estar solas Bea y yo en la puerta de la prisión. Di unos pequeños saltos de emoción al verla y se me saltaron un par de lágrimas, y ella se acercó corriendo a abrazarme llorando con ganas.

Permanecimos en la misma postura, fundidas en un abrazo, durante varios minutos. ¡Qué bien olía, por favor! Olía a su perfume y a algo así como a leche con galletas, imaginé que eso tendría algo que ver con sus dos peques.

—¿Nos vamos a casa? —me preguntó al fin mirándome a los ojos y limpiando las lágrimas de mis mejillas.

—Será lo mejor. ¿Te quedarás hoy conmigo a dormir? —le pregunté, y recé por que me dijese que sí, no me sentía muy preparada para pasar esta primera noche sola.

—Claro, ahora aviso a Kike y seguro que no hay ningún problema.

Eché un último vistazo a la imponente fachada de ladrillo de la cárcel y me despedí de aquel lugar para siempre, haciéndole un corte de manga.

Bea sonrió. Aún quedaba algo de la antigua Daniela en mi pequeño y escuchimizado cuerpo.

Capítulo 28

El paquete de bienvenida

No había avisado de que salía de la cárcel a mis padres porque no quería que viniesen a por mí; aún no estaba preparada para verlos, pero Bea se había tomado algunas libertades (como ella decía, por mi bien) y había considerado que mis progenitores tenían derecho a saber que ya estaba fuera. Eso tuvo como consecuencia que se presentasen en mi casa y que se crease una situación un poco incómoda entre nosotros, ya que yo no podía ni quería contarles nada de lo que había vivido en prisión, así que permanecí bastante callada mirándome las manos a cada rato. Es que la gente debería entender que, cuando alguien acaba de salir de la cárcel, le apetece estar tranquilo, y no soportando las miradas de pena y de apuro de su familia. Supongo que la mayoría de las personas no son conscientes del batiburrillo de emociones que te invaden al conseguir la ansiada libertad, porque no es demasiado habitual acabar encarcelado. En eso, una vez más, había dado la nota.

La que llevaba la voz cantante en la conversación era mi madre, que, presa de la emoción y del nerviosismo, me actualizaba los progresos de estos últimos seis meses en la vida de algunas de sus amigas, vecinas y hasta de personajes televisivos que poco me importaban en ese momento, la verdad.

Una hora después de su llegada y terminado el café que se traían entre manos, me harté de la situación y los invité a marcharse.

—Papá, mamá, muchas gracias por la visita, pero os tenéis que ir ya, porque quiero descansar.

—¿Te encuentras bien, hija? ¡Estás muy delgada! ¿No te habrán hecho nada malo ahí dentro? —mi madre preguntó esto con la boca pequeña, como si quisiera saber cosas, pero al mismo tiempo, no saber nada. Yo no les había dicho lo de las peleas cuando estuve en prisión y tampoco se lo pensaba decir ahora.

—Todo bien, es que aún se está recuperando la herida que me hicieron cuando me abrieron en la cárcel para sacarme el hígado y traficar con mis órganos.

Mi padre, que era inmune a mis ocurrencias, puso los ojos en blanco y mi madre me miró horrorizada, pensé que se iba a desmayar de la impresión. A veces se me olvidaba lo sensible y frágil que era.

—Es una broma, mamá. Estoy bien. —Pero la mujer se había puesto pálida y su color no remontaba. Mi padre la cogió del brazo y se la llevó. Me dijeron que me llamarían al día siguiente y no me hizo gracia semejante control, ¡a ver si ahora volvía a tener quince años!, pero no se lo dije porque estaba tratando de ser más paciente.

Bea no entendía cómo yo podía ocultarles a mis padres lo de la paliza para no preocuparlos y luego bromear sobre lo de traficar con mi hígado.

Aunque no tenía muchas ganas, se lo expliqué:

—Una cosa es hacer una broma un poco macabra, lo que se conoce como humor negro, y otra bien distinta contar tus intimidades, explicarles cosas que han pasado de verdad.

—Ya, pero, puestos a no agobiarlos, la bromita te la podías haber ahorrado —me dijo Bea, que parecía un poco picada y no supe bien el porqué—. Creía que la cárcel te habría hecho madurar.

Ese comentario no me gustó un pelo.

—Pues claro que he madurado; si no lo hubiese hecho, ya te habría echado de mi casa por lo que acabas de decir. No sabes cómo lo he pasado yo ahí dentro, no me juzgues. Si quiero hacer una broma chunga, pues la hago y punto —le contesté muy alterada y, como no quería que ella percibiese lo mal que lo había pasado, contrarresté con otra parida:

—Mira la cicatriz. —Levanté la camiseta para mostrarle la supuesta cicatriz para robarme el hígado y ella, riéndose, me golpeó suavemente en la costilla. Con eso volvimos a la normalidad y no volvimos a hablar de la cárcel.

No podía esperar más para ver a mi perrita, así que, antes de cenar, desempolvé la moto y fuimos a casa de Bea a por ella. Kike había salido a dar un paseo con las niñas y no los vimos. Me dio pena, pero por una parte sentí alivio: ya había tenido bastantes emociones ese día y aún no me sentía preparada para ver a las peques. Me notaba rara, como un pez fuera del agua, cogiendo grandes bocanadas de aire para no ahogarme. Pensé que sería mejor verlas cuando me hubiese adaptado un poco. El recibimiento de Bimba, mi perrita, fue una pasada. Primero me olisqueó, la tía, como si yo hubiese perdido, además de muchos kilos, mi olor y mi esencia. Pero después se me lanzó encima y me llenó de amor perruno y lametones varios. No paraba quieta la polvorilla, creo que me había echado tanto de menos como yo a ella. Por la noche, las tres vimos una película en mi piso. Bimba se acurrucaba contra mí y por fin me sentí en casa. Cuando terminó la peli, Bea se fue a dormir y yo me metí en la bañera y, de lo a gusto que estaba allí dentro, casi me quedé dormida. Después, me fui a la cama. ¡Mi cama! ¡Por fin! ¡Qué gustazo más grande! Olía bien, a sábanas limpias, y era cómoda, no recordaba hasta qué punto lo era. No tenía nada que ver con el horrible colchón de la cárcel. Aunque estaba muy cansada, me costó dormirme. Todo lo que no había pensado en el pasado acerca de mi futuro lo estaba haciendo esa noche. Finalmente caí y dormí profundamente hasta las doce del mediodía, hora en que me despertó Bea, asustada por si había muerto durante la noche, porque se ve que ni notaba mi respiración. Estaba KO.

—Necesitaba dormir, es como si llevase seis meses sin hacerlo. —Bea asintió compasiva.

—Me ha sabido mal despertarte, pero es que me tengo que marchar y no quería que abrieses los ojos y te sintieses sola...

—Vale, tranquila, normalmente a los que se quedan a dormir les echo yo antes de que se acomoden demasiado. Solo hay dos excepciones a esa regla: Raúl y tú, vosotros sois bienvenidos a mi casa y podéis dormir aquí, comer, usar mi cepillo de dientes y hasta hacer caca.

—Vale, gracias —me dijo sonriendo—. Por cierto, hablando de Raúl... —Miré a Bea con

interés, no podía evitar que se removiese todo cuando escuchaba su nombre. Me invadían muchos sentimientos, sobre todo desde que habíamos hablado por teléfono y me había dejado claro que era bastante reacio a darme otra oportunidad —. Te ha llegado un paquete esta mañana y creo que es de él.

—¡No me jo...! —Sí, dije una palabrota, empujé las sábanas con fuerza para salir de allí y me lancé hacia el supuesto paquete. Bea no me había dicho dónde estaba, así que fue bastante cómico verme buscar por toda la casa desesperada en lugar de preguntarle a mi amiga por su paradero.

Finalmente lo hice:

—¿Me dices dónde está o te tengo que matar? Sabes que soy una tía peligrosa, acabo de salir de la trena.

La cara de Bea me indicaba claramente que a ella aún le parecía un poco pronto para bromear con eso, pero que, si a mí no me dolía, ¡adelante! Y me pregunté cómo podía conocer tanto a mi amiga para ser capaz de traducir sus expresiones y equivocarme tan poco en su significado.

—La caja está en la entrada —me confesó con una sonrisa enorme en la cara.

Me pareció algo bastante lógico, pero con las prisas no me había dado tiempo a fijarme demasiado. Corrí por la casa como alma que lleva el diablo y me abalancé sobre la caja como si de verdad no estuviese bien de la cabeza y no solo lo pareciera.

La abracé, la olí y hasta me hice un selfi con ella. ¿Para qué quería ese selfi? Pues no lo sabía, pero ya lo tendría para siempre en mi teléfono. Ese teléfono que ahora mismo era un extraño para mí y al que no había tenido la necesidad de acudir desde que estaba fuera, porque había conseguido desintoxicarme bastante de él. Antes de entrar en la cárcel era adicta al teléfono móvil, a sus aplicaciones y a sus redes sociales, pero no hay nada como estar seis meses sin el dichoso aparatito para resetear. Ahora solo lo había cogido para llamar, ¡menuda locura!, ¿eh? Llamar con el teléfono, si es lo que menos hacía antes con él, dónde estuviesen unos buenos *whatsapps* con sus audios interminables, que se quitasen las arcaicas llamadas telefónicas... ¡Lo que me gustaban los audios! Bueno, pues que lo había cogido para llamar y para hacerme esta foto con una caja. Pensé que igual la tenía que imprimir, porque sin duda haría bulto en el álbum de mi vida donde habría siempre seis meses en blanco. Tampoco es que me hiciese ilusión una foto con Julieta o con Felipa y su parche pirata. Solo me habría hecho una foto con Sheila, como si fuésemos dos colegas arreglando las plantas de un bonito jardín, eso habría estado bien. Pero tampoco me mataba la idea de fotografiarme con el resto de las *Nancys* fumadas, porque parecería que estábamos todas internas en un centro de desintoxicación. Eso es una cosa muy real. Yo lo llamaría el efecto aspensor: si eres una persona agraciada y te juntas con un grupete de cracos (dícese del hombre o mujer desagradable a la vista o con nulo atractivo físico según el criterio personal del que lo emplea), pues pareces más fea. Y lo mismo pasa al contrario. En otro orden de virtudes, si vas con un grupo de listos, puedes parecer un empollón aunque seas limitadillo. Esto solo no es así en el caso de que seas una persona muy alta o muy baja; es curioso, pero ahí pasa justo al contrario. Los altos parecen gigantes y los bajitos, enanos. Bueno, pues aplicando la teoría esta del aspensor que me acababa de inventar, en la que la misma

cualidad salpica a los que están alrededor, las *Nancys* fumadas me habrían hecho parecer una yonqui con una facilidad pasmosa, sobre todo porque yo era de constitución delgada y la ingesta de los manjares carcelarios, a los que a veces había renunciado para el disfrute de las demás presas, aún habría acentuado más mi delgadez.

Volviendo al tema de la caja, la sostenía entre mis manos y no me decidía a abrirla.

—Venga, ábrela. Que quiero ver lo que hay antes de marcharme.

Yo también quería ver lo que había, pero a la vez quería seguir disfrutando de esta dulce intriga. Un regalo para mí, y de Raúl, ¡qué ilusión más grande! Hacía tanto tiempo que no tenía un regalo que me ilusionase en mis manos... En la cárcel, tanto Bea como mi familia me habían traído cosas, pero yo no lo consideraba regalos ni me hacían ilusión. Eran cosas útiles que hacían su papel en prisión. Pero esto era distinto. No sabía lo que había dentro de la caja, pero, viniendo de Raúl, ya me parecía especial.

Abrí la caja con sumo cuidado. Yo era una persona muy ansiosa que destripaba los papeles de regalo para visualizar rápido el interior y los dejaba esparcidos por toda la casa, pero esta vez estaba saboreando el momento y tomándome mi tiempo.

Lo que contenía la caja me hizo una ilusión inmensa. Era un desayuno, bueno, más que un desayuno podríamos decir que era: «El Desayuno». Llevaba de todo lo que os podáis imaginar: zumo, pan, fruta, dulces, bollería... ¡un festival gastronómico! Y todo con una pinta increíble. En un lateral de la caja que lo contenía había una nota:

«Espero que disfrutes de tu primer desayuno en libertad. Me alegro de que ya estés en casa. Un abrazo. Raúl».

Me puse a saltar de alegría y a besar la nota.

—¿Se puede ser más bonito? —Bea me miraba sonriendo—. Te lo digo yo. No se puede. Es absolutamente imposible ser más bonito que él. —A Bea no le había dado tiempo a contestar, pero seguro que estaba de acuerdo conmigo. Lo precioso que era Raúl era un hecho objetivo.

—¡Qué detalle más increíble, Dani! —me dijo mi amiga, que curioseaba en la caja y debía estar pensando que igual podría catar estos manjares antes de irse a su casa.

—¿Qué crees que significa? —le pregunté emocionada—. ¿Crees que quiere volver conmigo? Ay, que aún hay una oportunidad. Creo que aún me quiere, Bea. Semejante desayuno es de amar profundamente, no es un *cutredesayuno* de quedar bien, es un desayuno de amar a alguien con todas tus fuerzas. —Yo giraba con la nota apretada al pecho, mientras Bea me miraba seria.

—Para el carro, Dani. Nada indica aquí que Raúl quiera estar contigo ni nada por el estilo. No seas fantasiosa. Es un buen chico que aún te quiere, claro que sí, y que ha tenido un detalle precioso. Pero hasta ahí; él no quiere tener una relación contigo. No quiero que te hagas ilusiones porque, si de verdad quisiese estar contigo, te habría traído él el desayuno y, en este momento, yo estaría cogiendo la puerta porque os habríais empezado a desnudar y a comeros a besos delante de mí, lo cual también sería razonable después de seis meses de sequía. Pero él no está aquí, estoy yo y alguien te tiene que ayudar con este desayuno porque tu cuerpo ahora mismo no está acostumbrado a las comilonas, y no quiero que te sienta mal. Voy a hacer el esfuerzo de ayudarte. —Bea se apropió de la caja y se dirigió a la mesa dispuesta a sacrificarse, y yo guardé

la nota en el bolsillo. Mientras comíamos a dos carrillos, pensaba en Raúl y, aunque no quería, no pude evitar ilusionarme con que quizá no estaba todo perdido.

Capítulo 29

La mariposa de Daniela

Bea se marchó con el estómago lleno y yo me dispuse a empezar mi nueva vida. Tras ponerme al día en internet acerca de las ofertas de empleo y mandar algunos currículums, salí a la calle y puse rumbo a un sitio que tenía pensado visitar desde que entré en la cárcel. Se trataba de un estudio de tatuajes que conocía cerca de mi casa; quería tatuarme algo que simbolizase la fuerza que había descubierto que tenía y el cambio que había experimentado tras mi paso por prisión. Y además no quería olvidarme de quiénes habían estado a mi lado y me habían ayudado, hasta prestándome dinero, cuando más falta me hacía: Bea y Raúl. Así que me tatué en el hombro una mariposa, como símbolo de mi metamorfosis, y en cada ala puse una inicial: la B y la R. No me dolió demasiado y quedó francamente bonito.

Después, me paseé por las calles sin rumbo fijo, parándome a observar el paisaje y a oler las flores de la calle con una sonrisa en la cara, como si estuviese majara o acabase de escaparme de un anuncio de compresas. Las nubes no llegué a olerlas, pero todo lo demás sí. Me sentía en plan zen, recreándome en las cosas sencillas de la vida que no había podido disfrutar durante algunos meses. A la hora de comer me senté sola en una terraza y pedí una cerveza fresquita y una ensalada. Pensé que mi cuerpo aún no estaría preparado para mezclar comida con cubatas, como acostumbraba a hacer antes. Comí en silencio mientras observaba a una pareja que se hacía arrumacos cariñosos. Los dos tenían teléfono móvil, pero no les prestaban atención. No era una pareja corriente en los tiempos que corren. Lo normal era observar más parejas como la que comía al lado de la barra: un hombre y una mujer que compartían mesa, pero permanecían centrados en sus móviles, paseando con el pulgar por todas las aplicaciones y páginas que les salían al encuentro. Apenas se dirigieron la mirada, solo él miró a la chica, reprendiéndola cuando uno de sus vídeos sonó demasiado alto. Preferí centrarme en la pareja poco tecnológica. Pero la chica observó que no les quitaba ojo y redujeron las muestras de afecto. Me supo mal haber interrumpido su momento amoroso. No es que yo fuese una *voyeur*, es que llevaba tiempo sin ver cosas bonitas y tampoco tenía nada mejor que hacer allí. Me centré en el sabor de la cerveza y cerré los ojos como si fuese una catadora de cerveza profesional y la estuviese disfrutando más que Homer Simpson.

Después de acosar a miradas indiscretas a la parejita feliz y de terminar la cerveza, que me sentó de categoría, volví a casa y permanecí en el sofá durante horas tratando de ordenar mis ideas, decidiendo qué iba a hacer con mi vida y comiendo queso, que me apetecía mucho. El buen queso, el chocolate, la cerveza... ¡cómo los había echado de menos! Podrían mejorar un poquito la comida de las cárceles y permitirnos algún capricho, que estamos cumpliendo una

condena privativa de libertad, pero no privativa de comer con algo de sabor. Desde luego ahora lo disfrutaba todo mucho más, debe ser lo que siente la gente cuando termina una dieta o cuando se cuida durante la semana y el fin de semana se lía la manta a la cabeza y se pone a engullir cualquier cosa. Yo de eso no tenía ni idea, porque nunca había tenido la necesidad de privarme de nada. Lo habría llevado mal de haberlo necesitado. Pero me imaginé que debía de ser algo parecido. Después de la abstinencia, la comida prohibida se disfrutaba más.

Las semanas siguientes fueron de adaptación, de volver a acostumbrarme a la vida en libertad. Los primeros días andaba un poco desubicada, no sabía muy bien qué hacer ni por dónde tirar. No me llamaba nadie de los sitios a los que había mandado mi currículum, empecé a darme cuenta de que sin patearme las calles no iba a ser capaz de conseguir un empleo, así que empecé a visitar todas las empresas que se dedicaban a la fotografía y a tratar de hablar con el gerente o con el encargado de personal. Me llevé unos cuantos portazos, pero no me desanimé, aunque los días se me hacían cuesta arriba sin mucho que hacer, así que empecé a abrir el abanico de posibles empleos. Reponedora de supermercado, dependienta, camarera... En realidad, cualquier cosa iba a ser mejor que quedarme en casa viendo *La ruleta de la suerte*. Me costó casi un mes encontrar un empleo como camarera; sé que hay gente que permanece parada mucho más tiempo y que debería dar las gracias por haber conseguido trabajo tan pronto en mi situación, pero a mí ese primer mes fuera se me hizo larguísimo. Veía a mis amigas, salía a correr y trataba de mantenerme ocupada, pero había tardes en las que me daba la sensación de que mi reloj iba hacia atrás en vez de hacia delante. Pensaba mucho en Raúl y en la caja que me había regalado, que, como decía Bea, no tenía por qué significar nada o, como pensaba yo, podía significar mucho. Pero esa caja no vino acompañada de un «¿tomamos una copa y nos ponemos al día?». Aunque la verdad es que no me habría hecho mucha gracia que me escribiese eso, porque yo sobre la cárcel no quería hablar con nadie. No es como si me hubiese ido de viaje a las islas Fiyi y tuviese un millón de anécdotas que contar. Anécdotas tenía, pero eran un poquito deprimentes. Pero bueno, que si él hubiese querido quedar conmigo para hablar del bufé de la cárcel o de la habitación sin vistas, pues oye, que no le habría dicho que no. Con tal de verlo, cualquier cosa. Como si le tengo que narrar el salto con pértiga de Clara en el ojo de Felipa con voz de comentarista deportiva. Habría hecho lo que él me pidiese. Pero no me pidió nada. No se comunicó conmigo. Se aseguró de que no muriese de inanición el primer día, pero, luego, a otra cosa mariposa. Entonces, yo, que soy muy de Mahoma cuando me interesa, pensé que, si Mahoma no pensaba venir a la montaña, la montaña se tendría que tomar dos copas de vino para envalentonarse e ir a ella a Mahoma.

¿Sabía que Raúl los viernes salía del trabajo y se tomaba unas copas con los amigos? Lo sabía.

¿Sabía dónde solía ir? Lo sabía.

¿Me presenté sin que él se lo esperase? Lo hice.

¿Puso cara de mierda cuando me vio? La puso.

Todo eso fue así. También era lógico, yo había tirado de impulsos y eso no solía darme buenos resultados. Pero necesitaba verlo y hablar con él.

—¿Qué haces aquí? —La pregunta que me hizo no pudo ser más directa.

—¡Hola, Raúl! —le dije sonriendo. Tras casi ocho horas trabajando en el bar estaba horrorosa, así que había tratado de arreglarme un poco el pelo, me había maquillado tanto que parecía que llevaba cinco filtros de Instagram y me había puesto un vestido que dejaba poco a la imaginación. Luego me había cambiado. Ya no me sentía cómoda así vestida y maquillada, pero, aun así, había quedado bastante presentable. De todas formas, aunque hubiese ido ataviada con una bolsa de basura, a Raúl le habría importado poco. No parecía ver en mí más que a una intrusa sin invitación en su reunión de colegas.

—¿Qué estás haciendo aquí, Daniela? —El repertorio de Raúl estaba siendo limitado. Tanto tiempo sin vernos y con tanto que contarnos, y se centraba todo el rato en preguntarme lo mismo.

—Solo quería tomarme algo antes de cenar con Bea, no recordaba que solías venir por aquí —mentí descaradamente imaginándome que él también era consciente de mi embuste, pero era demasiado educado para hacérmelo saber—. Pero, ya que te he encontrado, me gustaría hablar contigo para agradecerte lo del desayuno y que me cuentes cómo te va todo. Me preguntaba si podríamos hablar un rato a solas —le dije tratando de controlar el mal humor que me había causado su recibimiento.

—No es un buen momento —me contestó nervioso, y se giró a mirar a sus acompañantes. Cuando uno de ellos me reconoció y subió la mano a modo de saludo, reparé en que había una mujer entre el grupo de compañeros de Raúl que me miraba sin ningún disimulo. Me imaginé que sería la nueva compañera a la que me dieron ganas de matar en la cena de empresa a la que acompañé a Raúl, porque no le quitaba los ojos de encima. No veía muy bien su cara, pero debía de ser ella. La miré con dignidad, aunque me imaginé que yo ya sería conocida como la exnovia presidiaria y narcotraficante de Raúl.

—¿Qué hace esa aquí? ¿Salís mucho juntos? —me salió del alma y la respuesta no fue ninguna sorpresa.

—Eso no es asunto tuyo. —Raúl sonaba bastante molesto. Le estaba perturbando su tarde relajada de viernes y noté que quería que me marchase.

—Dame unos minutos, hablemos un poco. Te prometo que después me iré y no te molestaré más.

Raúl aceptó a regañadientes y me acompañó a una mesa un poco alejada. Su grupito no nos quitaba ojo y la odiosa nueva integrante parecía molesta ante el hecho de que le había robado al compañero más guapo y maravilloso que tenía. De eso estaba segura.

—Esa chica está soltera, ¿verdad? Creo que le gustas —le dije en cuanto nos sentamos, y por fin me miró.

—¿En serio vas a interrogarme sobre ella? Ya no somos pareja, Daniela. No te debería interesar lo más mínimo con quién comparta ahora mi tiempo libre.

—Si no me importa —le dije mostrando desinterés—. Además, no creo que esa chica sea de tu estilo: tiene una cara de mala que no es ni medio normal. Y tú de esas cosas te das cuenta. No te gusta la gente maligna. —La cara de Raúl me indicó que había llegado con un frasco de 2 mg de paciencia y yo acababa de consumir 1,95 mg. Me preocupó que se levantara sin darme la

oportunidad de decir alguna cosa razonable que no le hiciese sentirse controlado y rectificué—. Sabes que es una broma, ¿verdad? Oye, te veo muy bien —le dije cambiando de tema.

—Muchas gracias, tú también estás muy bien. La verdad es que estás guapísima, como siempre —me dijo, y me sonó sincero.

—¡Muchas gracias! Mi trabajo me ha costado volver a parecer una mujer, que no sabes el peligro que tiene la presa colombiana a la que le dejé arreglarme el pelo allí dentro. Salía de las sesiones de peluquería que parecía que había metido los dedos en un enchufe y luego me había meado un perro sobre el pelo. Raro, ¿verdad? Abombado por partes, liso por otras. En fin, un horror. Y una china, amiga de Julieta, casi me dejó sin cejas. Me quitaba los pelos a la velocidad del rayo, como si le fuese la vida en ello, casi me echo a llorar cuando me toqué las cejas. Porque esos pelos luego ya no crecen. En fin, parece que la cosa ha sido reversible.

Raúl sonrió, pero el ambiente se quedó enrarecido al haber sacado a colación mi estancia en la cárcel.

—Bueno, pues lo has arreglado bien; a simple vista yo no habría sospechado las peripecias de esa china con las pinzas sobre tu cara. Manejar las pinzas es parecido a manejar los palillos, a ella se le debería dar bien. —El hecho de que Raúl bromease sobre la prisión me relajó, pero que mirase tanto a sus compañeros me volvió a tensar. Me daba cuenta de que había sido muy inoportuna, pero yo creía que aceptaría más fácilmente hablar en un sitio público, porque imaginaba que, si hubiera ido a su casa no me habría dejado entrar. En todo caso ya estaba hecho y no podía rectificar.

Conseguí relajar el ambiente, estuvimos un rato charlando como dos amigos. Él me contó las novedades en su trabajo (aunque omitió mencionar nada de la nueva compañera), sobre su familia y los amigos que yo conocía. Le conté muchas anécdotas de mi nuevo trabajo. Aunque no llevaba mucho tiempo currando allí, ya había conseguido tener unas anécdotas buenísimas, como cuando un tipo muy borracho había intentado salir del bar a través de la máquina de tabaco. Y a mí me había entrado semejante ataque de risa que acabé con dolor de tripa. Me di cuenta de que podía seguir contándole cualquier cosa surrealista que me pasase a Raúl, porque él era hogar. Me refiero a que era la típica persona a la que, le contase lo que le contase, sentía que no me iba a juzgar, que me aceptaba como era y que no tenía que disimular lo más mínimo cuando estaba con él. Así había sido siempre. Pensaba que, con lo de la cárcel, a él ya no le iban a hacer ninguna gracia mis locuras, pero esa noche me dio la sensación de que no había pasado el tiempo. Como cuando te encuentras con amigas que hace demasiado que no ves, pero habláis de todo y de nada y parece que no han pasado meses o años, sino días, desde vuestra última quedada. Fue bonito. Nos reímos un montón, lo estábamos pasando genial, sentí que era el rato más feliz que había vivido en mucho tiempo, pero, cuando a colación de una broma mía empezaron a sobrevenirnos recuerdos de nuestra relación, él fue poniendo fin a nuestra conversación excusándose en que le sabía mal haberse ausentado de la quedada con sus compañeros. Al parecer, estaban celebrando que uno de ellos había ganado un juicio importante y Raúl me dijo que se tenía que marchar. Aunque me habría quedado hablando con él hasta el infinito, le dije que lo entendía y me dispuse a marcharme de allí. No sabía muy bien cómo

despedirme de él, así que me alegré de que él tomase la iniciativa dándome un caluroso abrazo. Y digo caluroso porque a mí me entró un calor enorme solo de tener sus brazos fuertes recorriendo mi cuerpo. Me costó separarme de él, me había convertido en la mujer lapa y se estaba produciendo en mí un efecto ventosa que me impedía alejarme. Cuando lo estaba logrando, reparó en mi tatuaje y se acercó a mirarlo.

—¿Y este tatuaje? —me preguntó deslizando sus dedos suavemente sobre la mariposa.

Yo la toqué también y nuestros dedos se encontraron posados sobre las alas.

—Me lo acabo de hacer —le expliqué mirándolo a los ojos—. Es el símbolo de mi metamorfosis. Quería tener un recuerdo de un cambio que ha sido muy importante para mí. Sabes que yo antes no me tomaba nada en serio... Pues esta mariposa me recuerda que he vivido cosas muy duras, pero que yo soy fuerte y que puedo con todo.

Raúl asentía mientras seguía contemplándola.

—Es muy bonita... ¿Tiene una R en un ala? —me preguntó y lo vi sonrojarse.

—Sí, es una R de Raquel, una novia lesbiana que me eché en la cárcel. —No sé por qué dije eso, seguramente porque soy idiota, pero Raúl se quedó cortadísimo, apartó sus manos del tatuaje y me di cuenta de que se lo había creído.

—Es broma, tonto. La R es de Raúl y la B es de Bea. Quería llevar siempre en mi piel a las dos únicas personas que me han apoyado hasta en los momentos más duros.

Raúl sonrió, ahora relajado.

—Ha estado bien verte. Cuídate mucho. —Lo que habría estado bien es que me comiese la boca fruto del romántico momento, pero no lo hizo. ¡Que me había tatuado una puta metamorfosis muy importante! ¿Qué más pruebas necesitaba de que había cambiado? Supuse que Raúl lo había pasado muy mal y que no iba a volver a mis brazos por que me hubiese tatuado un insecto precioso con su inicial, que me quedaba francamente bien, en el hombro.

Le dije un escueto «adiós, Raúl» y salí del bar. En mi camino hacia la puerta no pude dejar de observar que la mesa de los amigos de Raúl me seguía con la mirada, especialmente la tipa que yo ya había bautizado como la mala malísima.

Capítulo 30

La mejor idea del mundo

Pasaron las semanas y yo seguí conservando mi trabajo de camarera. Sé que no parece algo digno de mención, ¡ni que estuviésemos hablando de que habían pasado años! Pero es que antes a mí los trabajos me duraban bastante poco. En alguna ocasión, en el momento en que habían localizado un uniforme de mi talla, ya me habían despedido y no llegaba ni a estrenarlo. El hecho de conservar un trabajo que, en un primer momento, no me pareció el curro de mis sueños, era una gran noticia.

Poco a poco fui acercando posiciones con Raúl. Tras nuestro encuentro, le mandé un mensajito diciéndole que me había alegrado mucho verle y que cuando le volviese apetecer su copa preferida (un güisqui solo y con mucho hielo), se podía acercar al garito donde estaba trabajando y le prepararía la mejor copa que había probado en su vida. Por supuesto, la invitación corría de mi parte, aún era consciente de que le debía mucha pasta.

Raúl me agradeció el detalle, aunque nunca se acercó a verme al trabajo y a disfrutar de su copa gratis. Yo que tenía pensado marcarme unos bailes tipo los de *Abierto hasta el amanecer* pero con un poquito más de ropa y sin serpientes de por medio cuando lo viese llegar, para llamar su atención... pero nunca pude hacerlo. No obstante, me sentía feliz porque, muy de vez en cuando, Raúl me preguntaba cómo me iba, me mandaba ofertas de empleo relacionadas con la fotografía o me enviaba chistes muy tontos que sabía que me harían poner los ojos en blanco. Cuando éramos pareja me enseñaba ese tipo de gracias partiéndose de risa y yo le pegaba en el hombro y le decía que eran horribles y que apenas tenían gracia, pero, aun así, me gustaba que me los enseñase y oírle reír. Empecé a mandarle yo también los peores que encontraba y me di cuenta de que si alguien me robaba el móvil y abría nuestra conversación de WhatsApp, pensaría que éramos dos frikis con un extraño sentido del humor.

Esta era la última perla que aparecía y se la había mandado yo:

¿Pero qué haces hablando con una zapatilla?

Aquí pone «converse».

Raúl había contestado a mi chistaco con un montón de iconos en los que le caía la lagrimilla de la risa.

Sabía que estas conversaciones, únicamente vía WhatsApp, nos situaban, como mucho, en la posición de amigos o, ni eso, ciberamigos sería más correcto. Pero, aun así, eso era mucho mejor que la posición de indiferencia, reproche y, por supuesto, la de odio extremo. Por lo menos Raúl seguía presente en mi vida y no se había alejado para siempre. Lo que pasaba era que ese acercamiento no era suficiente para mí, yo quería volver a tener una relación con él.

Una tarde que tenía a mis amigas en casa (por fin las había recuperado por completo, cosa que me alegraba muchísimo), les conté la idea que llevaba bullendo en mi cabeza prácticamente desde que estaba en la cárcel.

Ana y Sara se encontraban sentadas en mi sofá. Ana sujetaba un almohadón y Sara entrecerraba los ojos porque, según nos dijo, estaba muy cansada. Y Bea y Marta se encontraban sentadas alrededor de la mesa, igual que yo. Bea rodeaba con sus manos una taza de café caliente y Marta hacía acopio de mis galletas para llevárselas a su hija, que se ve que le encantaban. Las metió en el bolso sin disimulo y me recordó a las señoras mayores que siempre se tienen que llevar las galletas que regalan junto al café para otra ocasión, quizá solo porque son gratis. Pero las mías no lo eran, y no comprendí por qué Marta no las compraba en el supermercado, pero no le dije nada porque desde mi despedida de soltera tenía la sensación de que estaba en deuda con ellas y les permitía cualquier cosa, hasta que me robasen unas ridículas galletas y una cucharita de café. Sí, seguía flipando con Marta y me preocupaba que fuese cleptómana, pero no lo comenté con nadie.

Les expliqué la idea que me hacía tantísima ilusión y les pareció horrible, la peor idea que había tenido nunca. Ana hasta me tiró el almohadón pretendiendo golpearme con él en la cara y darme lo que se conoce como un «almohadonazo». Lo cogió Marta y me preocupó no volverlo a ver. Aunque no sabía cómo lo iba a ocultar, porque no le cabía en el bolso, igual me robaba también alguna mochila y lo guardaba ahí. La veía capaz de cualquier cosa en su nueva faceta de ladronzuela de poca monta.

—Pero ¿por qué? —les pregunté sin entender en absoluto su reacción—. Es romántico, ¿no?

—Mucho, pero ni se te ocurra hacerlo —me advirtió Sara con un ojo entreabierto. Al parecer, su cansancio no le había impedido coger mis ilusiones, formar una bola con ellas y lanzarlas a la torre donde apilaban mis ideas absurdas, las que no me permitían llevar a cabo.

—Explicadme el porqué —les rogué sin entender nada. A mí, de verdad que me parecía que había tenido una idea maravillosa. De las mejores de mi vida.

—¿Quién se lo dice? —Marta miró a las demás como si la respuesta que me iban a dar fuese muy obvia y todas estuviesen de acuerdo sin hablarlo. Y así era.

—Mira, Dani —Bea tomó la iniciativa—. La idea es muy romántica como tú dices, pero es muy precipitada y está fuera de lugar. Yo que tú la olvidaría. Tienes que pasar página.

—Sí, hay muchos peces en el mar. —Esa mierda de frase manida que soltó Ana me obligó a lanzarle una mirada de odio profundo.

Yo no quería a un pez cualquiera del mar, yo quería a mi sardinita. ¿Por qué me refería a Raúl como mi sardinita? Pues no lo sé. No sé en qué momento nos habíamos puesto a hablar de mi relación en términos marinos y tampoco sé por qué me había referido a él como a una sardinita, en lugar del tiburón guapo que seguramente fuese. Supongo que la palabra tiburón me tiraba para atrás en plan animal peligroso, pero, bueno, que tampoco hay que darle más vueltas a este tema. Decidido, los dos éramos un par de peces tropicales.

—Bueno, pero es que yo quiero hacerlo. Siempre es mejor intentarlo y fracasar que nunca haberlo intentado. Vosotras siempre decís esas cosas, ¿no?

—Sí, solemos decir esas cosas. Pero no en tu caso, en tu caso es mejor no intentarlo, al menos por ahora —me dijo Marta, y por un momento pensé que esta panda solo había fingido amistad para poder arruinarme la vida y echar por tierra mis fantásticas ideas. Luego me sentí mal y quise pensar que seguro que estaban intentando ayudarme, pero igual ellas también se equivocaban. Ellas no lo sabían todo. Si fuesen capaces de adivinar el futuro, sabrían cuándo comprar y vender acciones, o qué número de lotería iba a salir premiado y estarían forradas; y no era el caso...

—Pero, vamos a ver, Dani. Es que no entiendes que Raúl ni siquiera ha querido volver contigo como pareja... ¿Qué te hace pensar que te diría que sí si le pides casarse contigo en este momento? —Bea me hablaba alterada, como si estuviese hablando con una marciana a la que trata de comprender, pero no lo consigue.

—¡Porque él me quiere! ¡Yo lo sé! Solo tiene miedo de darme una oportunidad por si la vuelvo a liar. Pero no lo voy a hacer. Eso él no lo sabe, ¡pero yo sí! Así que, que esté todo el mundo tranquilo, que lo tengo todo controlado.

—Yo no lo haría. Te vas a dar un tortazo y me va a saber fatal, de verdad que sí. Ahora que estás más centrada y currando, no quiero que te desanimes si lo que planeas no obtiene la respuesta que tú esperas. —Sara tenía los ojos abiertos, pero se le notaba adormecida. Estaba realmente cansada. Con lo importante que era este tema para mí, que me estuviese quitando la ilusión un ser medio dormido me enfadó bastante. Fantaseé pensando que le tiraba una taza de café por la cara para que espabilase, pero luego recordé que esos impulsos son los que me habían llevado a entrar en prisión y a quedarme sola, así que le ofrecí con buenas palabras una taza para que se la tomase de la manera tradicional y no en plan tónico facial.

—Y os olvidáis de lo más importante... —les remarqué con una sonrisa en la cara, muy emocionada. A mí era complicado desanimarme... Me miraron con atención, hasta Sara abrió los ojos—. ¡¡¡El *flashmob*!!!

Ana hizo un amago de sonrisa, me pareció una buena señal y continué con mi discurso.

—¿Cómo le vas a decir que no a alguien que organiza un *flashmob* para pedirte matrimonio? Voy a darle una sorpresa y un montón de gente se va a aprender una coreografía que le va a dejar con la boca abierta. Me va a costar prepararlo, se va a dar cuenta de que me he esforzado un montón, de que he cambiado... —les dije intentando que viesen las cosas tan claras como las veía yo.

—Tú le dijiste que no a esa pedida tan romántica que te organizó en la habitación de hotel. Él tampoco será el mismo, también se habrá endurecido. No ha querido quedar contigo, Dani. Desde que fuiste a su encuentro a la salida de su trabajo ya no os habéis visto más. Han pasado meses de eso —dijo Marta con voz cálida, aunque sus palabras me estaban dejando muy fría.

—Igual hasta está saliendo con alguien, igual con esa mujer que viste con él y los compañeros; igual no, ¿eh?, pero es una posibilidad —intervino Ana, que me pareció que quería desanimarme a toda costa elucubrando de esa forma sobre posibles amoríos de mi hombre. Las otras asintieron con la cabeza, como si valorasen la descabellada posibilidad de que Raúl hubiese pasado página y pudiese estar saliendo con alguien perfectamente.

—Si él estuviese con esa, lo sabría —afirmé convencida—. Sigo hablando con él por

WhatsApp, no hablaría conmigo si tuviese pareja. Raúl no hace esas cosas.

—Tampoco es que habléis de nada íntimo, la última conversación giró en torno a unas zapatillas de marca que invitaban a hablar. —Sara se estaba cachondeando de nuestra preciosa y risueña conversación de zapatillas, de perros, de monos o de magos:

¿Cómo queda un mago después de comer?

¡Magordito!

Ese había sido buenísimo. Bueno, buenísimo en cuanto a chistes tontos; en cuanto a humor sutil y refinado, pues no. Pero yo veía más allá de esos chistes y de esas cadenas. Yo veía complicidad, para mí significaba que nos conocíamos el uno al otro y que sabíamos cómo hacernos reír, cómo ayudarnos a desconectar y a ponerle buena cara a la vida. Que sí, que mejor que en lugar de chistes me dijese que era la mujer de su vida o me mandase un: «buenos días, amor», como hacía antes. Pero que ahora no lo hiciese no significaba que no lo sintiese, significaba que lo sentía, pero que aún no me lo quería decir. Si no, habría cortado toda comunicación conmigo. Siempre hay miles de personas a las que mandarles un chiste tonto, pero para mí eso era la excusa para no perder el contacto. Eso pensaba yo y ya lo tenía decidido. Agradecí a la pandilla de aguafiestas sus consejos, seguro que bienintencionados, y estuve pensando en ello muchísimo, sopesando pros y contras, pero yo tenía que lanzarme e intentarlo, aunque eso significase darme el batacazo padre y remontar desde el suelo. Lo haría. Necesitaba hacer lo que sentía y, como habría dicho John Wayne si hubiese sido mujer: «Una mujer tiene que hacer lo que una mujer tiene que hacer» y no es otra cosa que seguir su instinto y, cuando ve la felicidad, lanzarse a por ella. Que nadie nos tiene por qué bajar la luna, cogemos una escalera y nos la bajamos nosotras.

Con mi discurso de mujer todopoderosa, independiente y con las ideas claras bien fijado en mi mente, les dije a mis amigas que agradecía sus consejos y que recapacitaría sobre ellos. Lo hice y, cuando hablé con Bea (que me volvió a llamar al rato de marcharse para comentar la extraña cleptomanía de Marta, que había estado a punto de llevarse a su casa mi felpudo en el que ponía: «Bienvenido si traes vino», hecho que nos había dejado muy extrañadas), le expliqué que, valoradas las opciones, seguía pensando que le iba a pedir matrimonio a Raúl con una escenografía de *flashmob* que se iba a cagar la perra. A ver, no se iba a defecar nadie, es una expresión. Quería decir que la puesta en escena iba a ser espectacular y que yo visualizaba a Raúl diciéndome que sí. Bea estaba convencida de que me equivocaba, pero me dijo que, al verme tan decidida, me iba a apoyar, porque, de no hacerlo, siempre le guardaría rencor por no haberme dejado intentarlo. Solo se equivocaba en una cosa, yo lo habría intentado igualmente, aunque ella no estuviese de acuerdo. No es que me diese igual su opinión, es que cuando se me metía algo en la cabeza no me dejaba persuadir fácilmente. Pero no se lo dije; si había decidido apoyarme, eso era lo importante.

Capítulo 31

Una mentira piadosa

Una vez Bea se implica en algo, te resulta difícil creer que en un primer momento no lo quería hacer. Prácticamente lo organizó todo ella. Y eso hizo que estuviese muy bien ideado y que no pasase lo que a menudo me ocurría a mí: que veía claramente en mi cabeza lo que quería, pero luego me organizaba mal, me faltaba el dinero y el tiempo, y acababa tomando forma un churro del que difícilmente alguien se podía sentir orgulloso. Pero esta vez tenía a Bea, que era lista, organizada y le gustaba más un sarao que cualquier otra cosa. Ella fue la que decidió qué personas llevarían a cabo el *flashmob*: un grupo de baile que había contactado meses atrás con ella intentando que los sacase en su canal de YouTube. Bea les había dicho que, si se curraban la coreografía, colgaría el vídeo nombrándolos en su canal y, como este grupo no era por el momento nada conocido, les pareció una oportunidad buenísima. Era un grupo numeroso de chicos y chicas, y una tarde en una terraza, cerveza fría en mano, Bea y yo empezamos a estudiar la mejor manera de organizar el baile. Lo primero que teníamos que hacer era elegir la canción. Yo quería una canción movidita, discotequera, que invitara a pegar botes y, a ser posible, a casarse, pero Bea me convenció de que no estábamos eligiendo una canción para oír en el coche o para pedirle al *DJ* de una discoteca; estábamos eligiendo una canción para pedir matrimonio y ella me sugirió que una buena opción sería la de *Marry you*, de Bruno Mars. Yo no era nada fanática de este tipo de música, pero también pensé que, si empezaba a negarme a llevar a cabo las ideas de Bea, ella se iba a cansar y me quedaría yo sola organizando una pedida de mano con una canción muy poco romántica y, con toda probabilidad, inapropiada para el momento, así que le dije que vale, que la dejaba hacer. Y ella se lo tomó al pie de la letra. A partir de ese momento ya no me dejó organizar nada, lo tenía todo claro en su cabeza y hasta le pidió unos accesorios (una especie de pañuelos que las chicas llevarían en la cabeza y los chicos a modo de cinturón) a Carmen, la hermana de su marido Kike.

Elaboró la coreografía y dividió a los chicos en grupos sobre el papel. El baile empezaba con una sola persona y progresivamente se iban incorporando los demás. Sacó unos folios y se puso a pensar pasos de baile, organizó a los bailarines en su plantilla y no levantó la cabeza de los folios hasta que me aburrí y le lancé unos frutos secos que nos habían traído para picar con la cerveza. Me entró hasta miedo de que Bea se olvidase de que todo esto tenía como objetivo la pedida de mano a Raúl. Me daba la sensación de que ella estaba tan metida en el tema que citaría a su marido en la plaza de la Virgen, lugar elegido para el baile, y le volvería a pedir matrimonio ella. Así de entregada a la causa la veía.

Pasamos semanas organizándolo todo. Bea me preguntaba constantemente si había habido

algún progreso en mi relación con Raúl. Yo le dije que los chistes eran un poco más largos y ella me indicó que eso no le parecía demasiado avance. Me imaginé que, con todo el esfuerzo que estaba haciendo, le gustaría que la pedida tuviese final feliz, aunque me daba la sensación de que no confiaba mucho en ello. Yo, en cambio, al ver semejante preparación, cada día estaba más segura de que era imposible que alguien dijese que no a semejante puesta en escena. Iba a triunfar, lo tenía claro. Pero, para ello, antes tenía que conseguir que Raúl quedase conmigo y, por muy optimista que fuese, tenía que reconocer que él no daba muestras de querer quedar conmigo para hacer nada, ni siquiera para ir a alguna quedada friki con amantes de los chistes malos. No creía que ese evento existiese, aunque como ahora se organizan fiestas y eventos de casi todo, igual sí que existía alguno y yo no me había enterado. Si lo hubiese organizado yo, haría que todo el mundo fuese con una camiseta con su chiste corto y malo impreso en ella. Ojo que quizás lo organizaré algún día, igual a eso Raúl sí que vendría conmigo por solidarizarse con la causa, siempre que no lo viese su jefe, que pensaba que él, que en los tribunales era conocido como «el temible», jamás hacía nada que no fuese pasarse el día trabajando en sus casos. Además, le atribuía un humor incisivo y depurado y no le cuadraría que uno de los chistes favoritos de Raúl fuese:

¿Qué guarda Darth Vader en su nevera?

Helado oscuro.

Ya, lo sé. Era un chiste muy malo, pero a Raúl le encantaba *La guerra de las Galaxias*, de modo que un chiste con uno de sus protagonistas y un juego de palabras era éxito asegurado.

Bueno, pues no se me ocurría ninguna forma de que Raúl acudiese voluntariamente a una quedada conmigo (en contra de su voluntad, pero sin infringir la ley, porque yo no tenía ninguna intención de volver a la cárcel), pero al final tuve una idea: pensé que la única forma de convencer a Raúl sería que creyese que, al quedar conmigo, me estaba ayudando. Pensé que, si me inventaba que una revista me había pedido que fotografiase a un modelo masculino y que, si les gustaban las fotos, me darían el trabajo, Raúl me querría ayudar y diría que sí.

—Raúl, no tengo a nadie y me interesa mucho ese curro. ¿Me harías ese favor? Solo son unas fotos...

—¿Por qué no se lo dices a Kike, el marido de Bea? Seguro que él te ayudaría. Además, él queda muy bien en las fotos, mucho mejor que yo.

—Ya, pero a mí me da igual lo bien que quede en las fotos Kike, yo solo te quiero ver a ti. Se me caen las bragas al suelo cada vez que te veo, me muero por revolver ese pelo engominado que peinas con tanto cuidado y quiero dibujar un mapa con los lunares de tu espalda —pensé en decirle esta especie de poema que había inventado un día de aburrimiento carcelario pensando en él, pero era consciente, Julieta me lo había dejado intuir con su mofa escandalosa, de que seguramente eran los peores versos que había escrito nadie, así que me abstuve. En cambio, le dije:

—Kike no puede, tiene firmado un contrato de exclusividad y no puede participar en nada sin que lo apruebe su representante. Y mi sesión fotográfica no ha sido aprobada. Ya sabes, cosas de

actores famosos —me inventé todo esto de Kike, pero podría ser perfectamente cierto, así que a Raúl no le extrañó.

—¿Y Víctor, el marido de Marta? —Al parecer, Raúl pensaba mencionarme a todos los tíos conocidos con tal de no posar para mí. Esto ya me estaba empezando a mosquear.

—Uy, ese menos. Le ha salido un sarpullido enorme por todo el cuerpo, cara incluida, y está el pobre fatal. —Esa patraña es lo primero que se me ocurrió—. No podría estarse quieto ni para la foto, no puede parar de rascarse, da una lástima...

—Madre mía, pobre. —Raúl parecía preocupado y esperé que no llamase a Víctor o escribiese a Marta para preguntarle por él. Raúl era muy considerado, de los que se acuerdan de los cumpleaños sin echar mano de los recordatorios de Facebook y te llevan comida casera cuando estás enfermo.

—¿Y te han pedido que fotografíes a un hombre, entonces? ¿No puede ayudarte Bea ni otra amiga?

—Hombre, a Bea se le ha quedado un poco de sombra en el bigote después del embarazo debido al sol, pero no creo que cuele si la intento hacer pasar por un tío, ni vendándole las tetas. Pero no te preocupes, les digo que no tengo a nadie que quiera hacerse esas fotos y ya está. No quiero obligarte, solo es que me hacía tanta ilusión ese trabajo... —Me di cuenta de que podía intentar conseguir algún trabajo de actriz, era muy buena interpretando, pero seguro que, si me hacía famosa, me sacarían a colación mi estancia en la cárcel. ¡*Fucking* periodistas entrometidos!

—No, tranquila. Lo haré. ¿Cuándo tienes que hacer las fotos?

—Pues es dentro de dos semanas, el sábado. Madre mía, no sabes el favor que me estás haciendo, de verdad. Mil gracias. Te prometo que no te robaré más de media hora.

—Vale, no hay problema. Ya me dices dónde quedamos.

Colgué el teléfono con sentimientos encontrados. Por un lado, no me gustaba haber tenido que mentir a Raúl, pero, por otro, no veía más posibilidades. Era una causa de fuerza mayor. Ya había conseguido lo más difícil, que Raúl quedase conmigo. Ahora solo quedaba que dijese que sí a mi pedida inesperada de matrimonio. Vale, tenía dudas, que no quisiera quedar conmigo no era una buena señal, pero seguía pensando que lo que teníamos no se había podido desvanecer en unos meses. Yo me imaginaba que eso estaba ahí, latente, como un herpes recurrente que te sale cada vez que te bajan las defensas. Pues así estaba el amor que Raúl me profesaba: latente, oculto. E, igual que el herpes me volvía a brotar cuando me daba demasiado el sol, el amor de Raúl volvería a mí también en un día soleado. La analogía no era muy romántica, pero yo confiaba en que se cumpliera.

Concreté con Bea horarios y seguimos preparando al grupo de bailarines para el gran espectáculo. Ellos ensayaban la coreografía varios días a la semana y Bea se pasaba por allí para supervisar. Le tenían pánico y no me extrañaba nada. Bea quería que todo saliese perfecto y se lo estaba tomando muy en serio. Gritaba histérica: «¿¿¿Tan difícil es??? Es una coreografía bastante sencilla. ¡¡¡No os puede costar tanto!!!».

A ver, igual la coreografía era sencilla para los integrantes del Circo del sol, pero unos bailarines que acaban de empezar no saben hacer los dobles mortales hacia atrás que les había

marcado Bea. Yo creo que la nueva bebé no la dejaba dormir y pagaba la mala leche consecuencia de su insomnio con todo el que se cruzaba en su camino, y estos bailarines de pacotilla no iban a ser una excepción.

—Pero, Bea, que no se van a presentar al programa *Got Talent*, nadie les va a dar el pase de oro a la final ni nada por el estilo. Solo tienen que quedar medio coordinados para sorprender a Raúl y sacar la pancarta cuando yo me acerque a él con el anillo. Yo eso creo que lo harán bien.

—¿Medio coordinados? ¿Ese es tu nivel de exigencia? Yo a estos no los saco en mi canal si van a hacer ese churro que parece el baile del festival de fin de curso de mi hija Eva. Mantente al margen, que esto no tiene nada que ver contigo. —Después de chillarme esas dulces palabras, se volvió hacia un bailarín con melena y la vi tentada de cogerlo de los pelos y arrastrarlo por el suelo hasta que aprendiese a hacer piruetas perfectas. Pero, vamos, que conmigo algo tenía que ver, aunque yo ya dudaba de que Bea se acordase de que hacíamos esto para que yo le pidiese matrimonio a Raúl. La labor de organizadora de eventos se le había subido a la cabeza y estaba totalmente fuera de control.

Pareció volver a recordar el objetivo de esta puesta en escena cuando le conté cómo había conseguido que Raúl se presentase allí, y me echó una bronca más grande que la de los bailarines que no sabían hacer el pino puente.

—¿Cómo se te ocurre mentirle para conseguir que venga?

—Estaremos de acuerdo en que la verdad no se la podía decir. —Esto estaba claro: si le contaba que pretendía darle una sorpresa para pedirle matrimonio, pues la cosa ya perdía su gracia. Además, estaba segura al 80% de que no se habría presentado, lo cual me agobiaba un poco, pero prefería pensar que, con la emoción del momento, me diría que sí.

—Bueno, pero no le tenías que haber dicho que era para conseguir un trabajo. Se lo puede tomar fatal cuando se entere de que le has mentido. Tienes que demostrarle que has cambiado; si no, olvídate de volver con él.

Yo sabía que Bea tenía razón, sobre todo porque, desde que había hablado con Raúl, me acompañaba un sentimiento de culpa y eso era algo nuevo para mí. Aun así, quise convencer a Bea de que aquello no era tan grave. Igual, de esa forma, también conseguía convencerme a mí misma.

—Yo le voy a hacer las fotos y las voy a mandar a una revista que acepta fotos de muestra, así que técnicamente no le voy a mentir.

—Haz lo que te dé la gana, Dani. Tú sabrás lo que haces, ya eres mayorcita. —¡Qué mal me caía Bea a veces! Es que era una odiosa sabidilla.

Me hizo sentir mal, porque yo de verdad quería que la historia con Raúl funcionase, pero Bea tenía razón en que no podía empezar de nuevo con mentiras. Así que le mandé el siguiente mensaje a Raúl y crucé los dedos para que Bea no me matase si había que cancelar el *flashmob* después de su respuesta.

«Raúl, el sábado no tengo que hacerte fotos para un trabajo. Necesito decirte algo importante y, como no quieres quedar conmigo para tomar algo, pensé que si te decía lo de las fotos aceptarías venir. Lo siento. Entiendo si ya no te apetece. Un beso. Dani».

La respuesta de Raúl tardó en llegar dos horas, que se me hicieron muy largas. Casi me quedé sin batería venga a darle al botón de desbloqueo para ver si tenía un nuevo mensaje.

«Iré igualmente a hablar contigo. Conociéndote, te habrá costado mandarme ese mensaje, y eso me demuestra que estás tratando de mejorar. Nos vemos el sábado. Un beso».

Me daba rabia reconocerlo, pero Bea tenía razón. Era una sabidilla muy lista. Ahora sí que sí, las cartas estaban echadas. En unos días sabría si el hecho de que Raúl estuviese viendo una versión mejorada de mí sería suficiente para que dijese que sí a la pregunta final o si, por el contrario, Bea emitiría en su canal a unos bailarines muy bien preparados y un rechazo bastante bochornoso a mi propuesta de matrimonio.

Capítulo 32

El flashmob

Había llegado el día. Ese sábado en que le iba a pedir matrimonio a Raúl estaba más nerviosa que el día en que ingresé en prisión. Bea vino a mi casa a ayudarme a elegir la ropa. Ella lo había preparado todo con tanta ilusión que quería que el vestuario estuviese a la altura. Me quería poner muy exuberante, con unos pantalones de tela negros con lentejuelas y un poco de campana, una blusa semitransparente de pico con algo de encaje que me dejase lucir escote, unos zapatos de cuero con un poco de plataforma y tachuelas a los lados, mi cara maquillada al estilo «Antes muerta que sencilla» y mi pelo engominado hacia atrás como si fuese la encargada de presentar la gala de Nochevieja este año en la tele. Yo le dije que ya no me sentía cómoda así vestida; conseguí convencerla y quitarme media capa de maquillaje, bajar el nivel de gomina a la mitad, cambiarme los pantalones a unos que no brillasen más que el sol, cambiarme los zapatos por otros que no me hiciesen parecer un ser del futuro o una ama del sado (este punto no lo teníamos claro), y la blusa por... No, la blusa me la dejaba. La blusa era tremenda y tuve que hacerle esa concesión.

Subimos a un taxi y Bea fue dándome instrucciones:

—No te precipites, recuerda lo que tienes que hacer. Deja actuar a los bailarines y hasta que no saquen la pancarta, no te acerques a Raúl con el anillo, que eres muy ansiosa y eres capaz de estropearlo todo. Tampoco lo agobies mientras esté mirando el baile, ¿vale? Contrólate —me aleccionó Bea. Asentí y me prometí que intentaría hacerlo. Lo mejor sería que me mantuviese alejada de él, aunque iba a ser imposible que no estudiase a cada segundo los gestos de Raúl al ver el baile. Raúl era un chico listo y la canción no dejaba mucho a la imaginación. El nivel de inglés de Raúl era muy bueno, no era el nivel avanzado que me inventaba yo en el currículum cuando en realidad los niños que iban a una guardería bilingüe ya eran capaces de formar frases más largas que yo en inglés, así que, en cuanto escuchase el estribillo de la canción de Bruno Mars, ya se podría hacer una idea de por dónde iban los tiros.

El taxi nos paró cerca de nuestro destino y Bea y yo fuimos caminando a la plaza de la Virgen, el lugar donde habíamos quedado con los bailarines y donde iba a tener lugar el espectáculo. Era una plaza peatonal muy concurrida, ya que nos encontrábamos en una zona muy turística, así que íbamos a acaparar bastantes miradas. Me empezó a agobiar el hecho de que Raúl me pudiese rechazar, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás. Si le hubiese dicho a Bea de cancelar todo esto, habría temido por mi vida. Ella estaba poniendo más esfuerzo en que este baile saliese bien que en cualquier otra cosa que le hubiese visto hacer en la vida; bueno, para convertirse en *influencer* también se lo curró bastante, eso es así.

Bea aleccionó al grupo de baile, que ya estaba ataviado con la ropa y los complementos elegidos por mi amiga. También había traído a un compañero de Kike, que era el encargado de la música, mientras ella iba y venía de un lado a otro dando órdenes a diestro y siniestro.

Vi aparecer a Raúl a lo lejos. Estaba guapísimo, aunque ese día, al ser sábado, no llevaba traje y vestía de *sport* con unos vaqueros, unas zapatillas y una sudadera ancha. No íbamos muy coordinados en cuanto a vestimenta, pero no pasaba nada. Supongo que la del atuendo extraño para un sábado tarde era yo. Raúl puso una mueca rara al reconocer a Bea entre el gentío, al tío de la música, a un cámara y a un par de personas con pañuelos y ropas modernas. El resto de los bailarines permanecían ocultos.

Fui a saludar a Raúl y, cuando se acercó a darme dos besos y abrió la boca, supongo que para preguntarme qué era todo eso, la música empezó a sonar y los dos primeros bailarines empezaron a moverse con mucho ritmo.

Raúl parecía extrañado y señaló a Bea como diciendo: «Ah, esto tiene que ser cosa de ella» porque Raúl sabía que Bea acostumbraba a organizar espectáculos y a grabarlo todo para su canal de YouTube. Pareció relajarse, como quien está en el cine disfrutando de una película, con la tranquilidad de saber que, si les pegan un tiro a los protagonistas o si les piden matrimonio de forma muy romántica, la cosa no iría con él. Sonreía y me señalaba fascinado las piruetas, ahora sí muy conseguidas, de los bailarines. Ya eran unos diez los que bailaban coordinados, las chicas y el melenudo movían sus pelos largos de arriba abajo; después, un par de bailarinas se abrieron de piernas y se vieron algunas piruetas. Se había congregado un montón de gente alrededor del espectáculo y miraban a Raúl cada vez que se decía la frase: *Marry you*, y los bailarines lo señalaban. Eso empezó a resultarle extraño y cambió su cara risueña a una de agobio y malestar. Fue un leve cambio, pero yo lo percibí. Miraba el baile más seriamente, y eso que los bailarines lo estaban haciendo genial. Bea sonreía de oreja a oreja, yo estuve a punto de decirles que parasen, porque la cara de Raúl, que me dio la sensación de que ya lo había comprendido todo, era un poema. Me miraba frunciendo el entrecejo como esperando una explicación que yo, en ese momento, no le podía dar, ya que tenía que esperar a que acabase el baile (o Bea me mataría). Cuando terminó y los bailarines sacaron la pancarta en la que le pedía a Raúl que se casase conmigo, me acerqué a él y le enseñé el anillo. Había comprado una alianza de oro sencillita, no la típica que se usa para casarse, sino otro anillo un poco más original, porque la verdad es que no tenía ni idea de con qué anillo se le podía pedir matrimonio a un hombre, pero con un solitario con un brillante como el que me había regalado él a mí, no lo veía.

Raúl me miró y noté en su cara que estaba agobiadísimo. La gente nos miraba con atención, la cámara que estaba filmando todo para el canal de Bea se acercó a nosotros y me grabó mirando expectante a Raúl, que no pronunciaba palabra.

Cuando logró hablar me dijo:

—¿Qué significa esto, Daniela? —Le sudaba la frente y estaba muy serio. No me pareció que se fuese a lanzar a mis brazos en cualquier momento y que fuésemos a vivir otro momento romántico como el que tuvo lugar en Venecia.

—Significa que he preparado todo esto porque te quiero y porque quiero que te cases conmigo

—le dije emocionada, estaba a punto de saltárseme alguna lágrima de la emoción.

Después de unos segundos, Raúl me contestó:

—Pero yo no puedo casarme contigo. —Sentí que me faltaba el aire y que me iba a desmayar en cualquier momento—. Ni siquiera he podido quedar contigo ni me he sentido preparado aún para volver a intentar retomar lo nuestro. ¿Cómo se te ha podido ocurrir que estaría listo para casarme contigo, como si no hubiese pasado nada, como si los meses anteriores no hubiesen tenido lugar?

—Yo... No lo sé. Yo pensé que me querías y que solo te hacía falta una demostración de que estoy loca por ti y de que he cambiado —le contesté, y noté que mi voz temblaba al dirigirme a él.

—Eso por ahora no es suficiente —me dijo Raúl acabando así con todas mis esperanzas y consiguiendo, ahora sí, que rodase por mi mejilla una lágrima que no era de emoción ni de felicidad.

Bea, al ver lo que estaba pasando, indicó al cámara que cortase la grabación y empezó a dispersar a la gente gritándoles que ya no había nada que ver allí. Los bailarines también se marcharon, después de intentar asegurarse de que el vídeo se emitiría aunque yo hubiese sido rechazada en vivo y en directo. Nos quedamos solo Bea, Raúl y yo; bueno, y unos pocos cotillas desobedientes. Bea se retiró para darnos espacio y yo estuve hablando más tranquilamente con Raúl, que me explicó las cosas tal cual las veía él. Me confesó que me quería, pero lo de la cárcel lo había superado y le había asustado mucho seguir enamorándose más y más de mí, porque lo había pasado muy mal y, al escucharlo de su boca, me pareció que la idea del *flashmob* era la idea más ridícula y fuera de lugar que había tenido nunca. Incluso mi ropa me pareció en ese momento de lo más absurda y disparatada. Y eso que había conseguido tumbar el excesivo *lookazo* propuesto por Bea. Me había vuelto a equivocar y lo había vuelto a hacer a lo grande. Raúl se marchó pidiéndome espacio, con lo impaciente que yo era, pero entendí que lo necesitaba y que se lo merecía, y me hizo pensar que eso no significaba que fuese a volver conmigo, pero al menos tenía una mínima posibilidad de que sí lo hiciese.

Pasaron las semanas, Bea se vio obligada a emitir el vídeo, pero solo sacó el baile, no sacó las tomas en las que nos enfocaban como protagonistas, por lo que los bailarines quedaron contentos, y Raúl y yo no nos viralizamos como el mayor *fake* de pedida de mano de España, o igual del mundo, porque la carita de Raúl bien lo habría merecido.

Yo seguí trabajando como camarera, quedando con las chicas, que no tardaron en recordarme que ellas ya me habían avisado de que lo del *flashmob* era una mala idea y, aunque las habría cogido de los pelos por recordármelo, no pude evitar reconocer que tenían razón. Quizá mi destino era estar sola e igual estaba forzando una situación que no tenía cabida para mí. El hecho de haber sido siempre tan independiente, alocada y bastante rara, peculiar o distinta al resto de chicas, me estaba indicando que las cosas que buscaba todo el mundo igual no eran para mí. Desde luego «mi persona» era Raúl; si con él no era posible un futuro, sería complicado que lo fuese con nadie más. De todas formas, el tiempo lo diría.

El siguiente fin de semana salí con las chicas a cenar, quisieron salir a tomar unas copas y a bailar, y a mí, por raro que pueda parecer, no me apetecía nada. Llevaba toda la semana trabajando y estaba muy cansada, y además, tenía cero ganas de beber de más. Aun así, salí con ellas prometiéndome que volvería pronto. Lo pasamos genial, hablamos mucho y nos reímos mucho también. Hacía tiempo que no me reía ni me divertía tanto. Ellas comentaron que me veían muy cambiada, que agradecían ese punto de calma que les transmitía ahora, pero que se sentían raras, como si estuviesen pasando el rato con otra persona. En ese momento no entendí a qué se referían. Era cierto que yo me sentía diferente, no tenía ganas de montar el numerito, de beber hasta vomitar ni de seguirle el rollo al primer guapo que me tirase la caña, pero, bueno, seguía siendo yo.

Me di cuenta de que había cambiado más de lo que me imaginaba cuando en la discoteca, mientras me acercaba a por una botella de agua, un moreno con unos rizos muy graciosos que le caían sobre la frente me quiso invitar a una copa. Se lo agradecí y rechacé su oferta. Pensé que yo jamás habría rechazado esa copa en el pasado, ni aun estando genial con Raúl. Habría bebido, me habría reído, habría bebido más, él me habría dado su número en una servilleta y me habría invitado a otra copa, yo me habría guardado ese número en el bolsillo, aunque seguramente no le habría llamado, pero si Raúl me hubiese visto, se habría enfadado... y nada de todo eso habría sabido evitarlo. Porque antes la vida me manejaba por donde quería, porque yo no tenía claro de dónde venía ni a dónde iba. Pero ahora mandaba yo, y no quería ese teléfono, ni esas copas, ni tontear con el guapo de los rizos. Ahora yo tenía el control y, con Raúl o sin él a mi lado, pensaba agarrar las riendas de mi vida y no soltarlas aunque me doliesen los dedos. Me había encontrado a mí misma y no me pensaba volver a perder.

Epílogo

Tres meses después

Era viernes, yo estaba trabajando; bueno, terminando mi jornada de trabajo. Agotada y sudada por el esfuerzo, recogía las últimas mesas y fregaba el suelo del local. El jefe me había dejado sola y estaba deseando terminar para irme a casa. Había sido un día agotador. A primera hora de la mañana había ido a visitar a Sheila a la cárcel. Mi amiga estaba genial, cuidando de sí misma y del grupete destartelado de fumetas. No se habían metido en marrones ni en peleas, me fui de allí muy tranquila. Después, me había presentado a dos entrevistas de trabajo como fotógrafa y tenía buenas vibraciones con una de ellas. La jefa casi me había asegurado el puesto, pero, aun así, no quise dejar el trabajo en el bar hasta recibir la confirmación oficial de que tenía un nuevo empleo. A estas alturas de mi vida ya me había dado cuenta de que lo que yo creía que iba a pasar y lo que pasaba realmente, en demasiadas ocasiones, no se asemejaba en absoluto. Así que me había vuelto más precavida.

Después de las entrevistas había quedado a comer con Bea, la había acompañado a recoger a Eva al cole y a Paula a la guardería, y este hecho no me había provocado ningún sarpullido ni reacción adversa. Es más, estaba sorprendida de cómo estaba disfrutando de pasar más tiempo con las niñas, que ya me buscaban para que jugase con ellas. Había entrado a trabajar a media tarde, pero aun así estaba muy cansada. Mientras fregaba con ímpetu una asquerosa mancha negra que no salía ni a tiros, estaba visualizando cómo me pensaba lanzar al sofá nada más pisase mi casa y cómo me iba a poner una serie para, a los cinco minutos, estar pegando cabezazos debido al sueño. La cárcel y mi nuevo ritmo de vida, que consistía básicamente en trabajar, seguir centrada y no meterme en líos (lo que implicaba que apenas salía de fiesta) me habían hecho envejecer como diez años, pero la verdad es que agradecía la tranquilidad y la ausencia de malas decisiones, que no pocas veces eran fruto de los altos niveles de alcohol en mi menudo cuerpo. Dado que la dichosa mancha no salía, decidí colocar estratégicamente un taburete sobre ella para ocultarla, cuando escuché el sonido de la puerta al abrirse.

—Lo siento, estamos cerrados —dije sin levantar la vista y con los brazos pegados al mocho. Pero la persona no se marchó, oí unos pasos acercándose y escuché:

—Veo que llego tarde, solo quería tomarme una copa de güisqui con hielo muy fría. Creía que me invitarían en este local, conozco a la camarera y me lo dijo hace un tiempo. No sé si la oferta sigue en pie...

Al escuchar la voz de Raúl levanté rápidamente la cabeza y mi pelo, recogido en un moño nada glamuroso, estuvo a punto de desbaratarse por completo, así que lo solté y le sonreí de oreja a oreja, o de oreja a nuca, porque yo creo que mi sonrisa le daba la vuelta a mi cara y deseé que mi

aspecto no fuese tan horrendo como el reflejo que me devolvía el suelo (el hecho de que pudiese ver mi reflejo en las baldosas indicaba que las tenía como los chorros del oro).

Raúl estaba apoyado en una columna con una sonrisa de lado en la cara y, al verlo así, tan sexi y atractivo (ese día sí que iba trajeado porque seguro que acababa de salir de trabajar), sentí el impulso de acercarme a él, abrazarlo y comérmelo a besos. Me reprimí, no quería hacer nada fuera de lugar que lo ahuyentase.

Fue él el que vino hacia mí, me quitó el mocho de la mano, me acercó a su cuerpo y me dio un abrazo de esos que te hacen sentir en casa. Nos pasamos abrazados varios minutos. Yo me recreaba en el perfume de Raúl y en su olor. Todos tenemos un olor difícil de describir que nos hace únicos, y a algunos el suyo les hace irresistibles. A mí me pasaba eso con Raúl, me atraía muchísimo el olor que desprendía su cuerpo. Permanecimos así hasta que la situación se volvió extraña, hacía meses que no nos veíamos y aún más que no nos abrazábamos y, de repente, Raúl se había sentido preparado para hacerlo, pero, aunque me hubiese gustado, no podíamos quedarnos así para siempre. Nos separamos, le cogí una mano y lo acerqué a la barra. Le ofrecí un asiento y le preparé ese güisqui que le había prometido. Cogí el mejor que tenía mi jefe y fui generosa con la copa. Raúl la cogió y le dio un buen trago.

Salí a colgar el cartelito de cerrado y rebajé las luces. No podíamos irnos, al menos hasta que Raúl se hubiese terminado su copa. La realidad es que se la terminó y le serví otra, y me serví yo otra, y estuvimos hablando hasta las cinco de la madrugada.

Hablamos de todo, hasta de lo que yo no quería hablar. Le expliqué lo duro que había sido para mí estar en la cárcel y le dejé claro que no pensaba volver jamás. No le hice promesas, sabía que él no las quería. Le fui sincera y él lo fue conmigo. Demasiado, me dolieron las cosas que me dijo. Tenía dudas, no podía imaginarse un futuro conmigo y le pedí que no lo hiciese, que solo se imaginase un presente conmigo. Me dijo que eso podía hacerlo...

Esa noche no pasó nada, no me besó, no lo besé, solo hablamos, nos abrimos el uno al otro y estuvimos, sin más, pero eso para mí ya era muchísimo.

Después de esa noche vinieron otras, todo avanzó con calma. Un desayuno un sábado, un «te acerco al trabajo» un miércoles cualquiera (un trabajo que, por cierto, ya era de fotógrafa), o unos gritos en un concierto una tarde de domingo. Un día me dio un beso y semanas después hicimos el amor en su cama después de haber salido a bailar. No le poníamos etiquetas a la relación, no pensábamos en boda ni en hijos, ni en nada más allá de estar juntos.

Se aproximaban las vacaciones y Raúl me propuso un viaje: irnos los dos juntos una semana a Lanzarote. Me apetecía tanto que no podía hacer otra cosa que pensar en ello todo el día.

El día en que volaríamos rumbo a las islas Canarias pasó algo muy importante. Raúl me había recogido en casa, íbamos cargados con las maletas y mirábamos el panel para saber si nuestro vuelo iba con retraso o saldría a la hora prevista.

Giré la cara y me topé con otra cara demasiado conocida. Estaba moreno, guapo y con su aire de surfista despreocupado. Creí que las piernas dejarían de sujetar mi cuerpo en cualquier momento. Tenía frente a mí a Mario, el que me animó a pasar la droga y el que me aseguró que no pasaría nada malo por hacerlo. Acababa de llegar a Valencia y una chica rubia lo recibía con

los brazos abiertos. Me quedé paralizada mirándolos. Había tratado de contactar con él varias veces, sobre todo al principio, cuando pasó todo y yo aún pensaba que él me ayudaría, pero nunca pude dar con él. Su móvil estaba apagado y había cambiado de casa. Le perdí el rastro. Era como si se lo hubiese tragado la tierra.

Empecé a sentir un calor tremendo en el cuerpo: él era el culpable de que hubiese terminado en la cárcel y ahora estaba ahí, frente a mí, tan feliz y sonriente. Quise ir hacia él. Tenía muchas ganas de pegarle, de chillarle y de que fuese consciente del daño que me había hecho. Él no había reparado en que yo estaba allí, justo delante de él.

Raúl me llamó, al parecer ya lo había hecho antes, pero yo no lo había escuchado. Raúl nunca había visto a Mario y se estaba empezando a poner nervioso al ver que yo no reaccionaba a sus llamadas.

Me encaminé directa hacia Mario dispuesta a chillarle o a pegarle, aún no lo tenía claro. Sabía que eso podía terminar mal, en una pelea o quizá en algo peor, porque igual esa maleta que llevaba el chico, al que había considerado como alguien de mi familia, estaba también llena de drogas. Me lo habían avisado, no podía meterme en líos o me volverían a encerrar, pero no podía soportar verlo ahí tan feliz y pasar por su lado como si nada. Me paré ante él, la chica no tenía ni idea de quién era yo y me miró con desconfianza, como si fuese una persona ocupando un espacio que no le correspondía, entrometiéndose entre el hueco íntimo de una pareja y de nadie más. No dijo nada. Mario, al alzar los ojos, reparó en mi presencia. Me di cuenta de que palidecía. A estas alturas, Raúl ya había andado hacia mí y me preguntaba molesto qué estaba haciendo en medio de esos dos desconocidos.

—Este es Mario, Raúl —acerté a decir con un hilo de voz. Él lo entendió todo.

Mario apenas podía mantenerme la mirada. Pensé que de sus labios saldría una disculpa y yo no sabía lo que le contestaría. Esto no era una broma pesada de patio de colegio. Aunque la máxima culpable de lo que me había pasado era yo misma, él también había sido responsable y, además, me había dejado colgada cuando me habían pillado. Pero Mario no se disculpó, se acercó a mi oído y me susurró:

—No le digas a mi novia nada de lo que ha pasado porque puedo cambiarte la maleta en un segundo y estarás de vuelta en el hotelito.

Noté que se me tensaban todos los músculos del cuerpo y que la vena del cuello estaba a punto de estallarme. Si dejaba que me controlase la ira que sentía, él me mandaría a la cárcel, pero yo le daría la paliza que se merecía. No podía permitir que esto se quedase así sin más.

Raúl se dio cuenta de que estaba a punto de perder el control, así que se acercó a mí, rodeó mi cuerpo y solo me dijo una frase.

—Tú y yo siempre estaremos juntos, ¿vale? Por favor, no te vuelvas a ir.

La novia de Mario, su ligue, o lo que fuese, le dijo mirándome con asco:

—¿Nos vamos? ¿O tenemos que seguir aquí mirándonos las caras con esta exnovia tuya tan rarita?

Mario le cogió la mano y empezó a agarrar su maleta y una bolsa de mano que llevaba.

—Suerte, bonita, te va a hacer falta —le advertí a la novia de Mario. Luego miré al que había

considerado durante tantos años mi primo, casi un hermano, y, sobre todo, mi amigo, y le dije un «gracias» que lo dejó extrañadísimo.

Después miré a los ojos a Raúl, al que parecía que le había quitado un gran peso de encima, le di un beso largo y apasionado, y me dirigí de su mano destino a Lanzarote, hacia mi nueva vida.

FIN

Agradecimientos

Tercera novela terminada. Aún no me creo que esta idea loca de escribir, que empezó casi como un juego hace varios años, esté dando estos frutos. Que tanta gente haya leído *Con B de Beatriz* y *Con V de Vip*, y me hayan preguntado cuándo iba a estar disponible el siguiente. Pues ya está, «proyecto C», como me gustaba llamarlo, ya es una realidad. Es *Condenada Daniela*, y espero que esté a la altura y que lo disfrutéis tanto, o más, que mis dos libros anteriores. A Daniela le encanta el cambio, la aventura y las nuevas oportunidades. Si ella existiese, estaría feliz de que su historia estuviese dentro de la Colección Mil Amores, de Lantia Publishing y Mediaset España. Gracias a Gala y a Jorge por la oportunidad y por el apoyo constante en cada paso del camino.

Este libro me ha costado lo suyo escribirlo, porque mi género es la comedia romántica y la cárcel tiene poco de cómico. Aun así, he tratado de llevarlo a mi terreno y he intentado que disfrutéis de esta historia llena de locura, de risas y de amor.

Que yo interiorizase el funcionamiento y las rutinas de la cárcel no habría sido posible sin la ayuda de mi primo Javi que, como funcionario de prisiones, me dio una *masterclass* y me alejó de algunas creencias estereotipadas que yo tenía sobre las cárceles a causa de las películas y las series de televisión. ¡Gracias, primo! También les quiero agradecer a mis lectoras cero: a mi Diana, mi Raquel, mi Lola y mi Patri, que leyese la historia y me ayudasen a mejorarla, y a Lolis (como yo la llamo cariñosamente) por ser la mejor correctora del mundo y resolver con paciencia todas mis dudas. ¡Sois geniales, chicas! A mi prima Marta, que siempre es la primera en conocer mis historias y en emocionarse con ellas. ¿Qué haría yo sin ti? Y a mi amiga Lourdes, con la que he intercambiado tantos audios eternos en los que nos hemos aconsejado la una a la otra. Estoy esperando que tu proyecto también sea una realidad.

A Miguel Delicado por dibujarme a esa Daniela que me enamoró y a la que ya jamás sacaré de mi cabeza; y también a Inma, por sus consejos.

A toda mi gente de Instagram, sobre todo a Naiara y a Sheila, por estar siempre ahí. Sheila, tú eres una de las *Nancys* fumadas y eso son palabras mayores. Y, cómo no, a ti, que estás leyendo esto. Sin ti nada de esto sería posible, así que gracias por dejarme soñar.

Índice

<u>Capítulo 1 No te creo</u>	<u>7</u>
<u>Capítulo 2 El conato de pedida</u>	<u>13</u>
<u>Capítulo 3 Vuelo 3354, destino Venecia</u>	<u>21</u>
<u>Capítulo 4 Ti amo</u>	<u>29</u>
<u>Capítulo 5 Para siempre es demasiado</u>	<u>37</u>
<u>Capítulo 6 Cría amigas y te sacarán los ojos</u>	<u>41</u>
<u>Capítulo 7 Gracias, pero mi despedida la organizo yo</u>	<u>53</u>
<u>Capítulo 8 La bella genio de su lámpara</u>	<u>63</u>
<u>Capítulo 9 La isla que nunca duerme</u>	<u>67</u>
<u>Capítulo 10 Mario, ¿el puto?</u>	<u>73</u>
<u>Capítulo 11 Vaya noche la de anoche</u>	<u>79</u>
<u>Capítulo 12 No rompas más mi pobre corazón</u>	<u>83</u>
<u>Capítulo 13 Una barriga llena de bebés</u>	<u>91</u>
<u>Capítulo 14 Coser y cantar</u>	<u>101</u>
<u>Capítulo 15 Ununami llamado Daniela</u>	<u>111</u>
<u>Capítulo 16 Un campamento con gente desaliñada</u>	<u>115</u>
<u>Capítulo 17 Bienvenida al infierno, Daniela</u>	<u>123</u>
<u>Capítulo 18 Haciendo amigas</u>	<u>135</u>
<u>Capítulo 19 Las <i>Nancys</i> fumadas</u>	<u>147</u>
<u>Capítulo 20 La sorpresa del jardín</u>	<u>157</u>
<u>Capítulo 21 Reencarnarse en cerumen no mola</u>	<u>163</u>
<u>Capítulo 22 El premio gordo</u>	<u>171</u>
<u>Capítulo 23 Clara, la lunática</u>	<u>177</u>
<u>Capítulo 24 Liberad a Clara</u>	<u>185</u>
<u>Capítulo 25 El peor día para amotinarse</u>	<u>193</u>
<u>Capítulo 26 Tirando de reservas</u>	<u>205</u>
<u>Capítulo 27 La llamada</u>	<u>213</u>
<u>Capítulo 28 El paquete de bienvenida</u>	<u>223</u>
<u>Capítulo 29 La mariposa de Daniela</u>	<u>231</u>
<u>Capítulo 30 La mejor idea del mundo</u>	<u>241</u>
<u>Capítulo 31 Una mentira piadosa</u>	<u>249</u>

[Capítulo 32 El flashmob 257](#)

[Epílogo 265](#)

[Agradecimientos 271](#)